

JOSÉ JAVIER ABASOLO

LA ÚLTIMA BATALLA



Lectulandia

Un antiguo miembro de ETA, que ha pasado casi tres décadas en prisión, es asesinado el mismo día de su liberación. En la acción que acaba con su vida es así mismo herido gravemente un *ertzaina* que se encontraba cerca del etarra. Ante la desidia y el desinterés de las autoridades policiales para investigar lo ocurrido, pues consideran que el herido es una «víctima colateral» del atentado sufrido por el etarra excarcelado, algunos de sus compañeros, sin licencia para actuar oficialmente, contactan con Mikel Goikoetxea, más conocido por «Goiko», *exertzaina* reconvertido en detective privado y amigo íntimo de la víctima, para que averigüe qué hay detrás de ese doble atentado. La investigación de Goiko, implicado personal y afectivamente en el caso, le hará retrotraerse a la década de los 80 del pasado siglo xx, una época conflictiva en Euskadi, con una brutal reconversión industrial que dejó en la calle a miles de trabajadores, una ETA en plena actividad con atentados casi diarios y, sobre todo, la libre circulación de la droga ante la inoperancia de una policía que tenía otras cosas de las que ocuparse.

Lectulandia

José Javier Abasolo

La última batalla

ePub r1.0

Ablewhite 11.03.2018

Título original: *La última batalla*

José Javier Abasolo, 2013

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Nada hacía presagiar que aquel día iba a ser distinto a los demás, aunque Koldo Ferreira era consciente de que antes o después algo tendría que ocurrir. No sabía definir ese «algo», pero cuando sus compañeros y él usaban ese pronombre indeterminado tenían claro que no se refería a nada bueno. Llevaban varios meses en lucha intentando defender no solo su puesto de trabajo y su medio de vida, sino también su concepto de lo que era la clase trabajadora, la lucha obrera, su propia dignidad y la de quienes les precedieron en tiempos mucho más oscuros. Seguramente sus antecesores en la lucha jamás hubiesen podido imaginar que iba a ser el tan anhelado gobierno socialista el que dismantelaría las empresas en las que se habían ganado el sustento, habitualmente en condiciones muy duras. Desde luego el padre de Koldo Ferreira habría rechazado firme y vehementemente esa idea por absurda, pero su hijo sabía que era real, tan real como que diariamente se enfrentaban en el puente de Deusto los trabajadores del astillero y las fuerzas antidisturbios de la Policía Nacional. En cierto modo, aunque eso significaba no contar con su consuelo ni apoyo, Koldo se alegraba de que su padre llevase ya cinco años fallecido y no fuera testigo de cómo los suyos, precisamente los suyos, estaban desmontando aquello de lo que siempre se había sentido tan orgulloso.

Luis Ferreira Dopazo había abandonado su pueblo natal, en la Galicia interior, con destino el País Vasco, movido por la idea de proporcionar un futuro mejor a sus hijos y atraído por el señuelo del desarrollo industrial surgido alrededor de Bilbao y su entorno, lo que entonces, con cierto empaque y la grandilocuencia verbal del régimen franquista, se denominaba el Gran Bilbao. Dejó su vieja casa, que había sido construida por su bisabuelo con sus propias manos, para instalarse en un piso del bilbaíno barrio de Rekaldeberri, una vivienda llena de humedades en la que el frío que hacía en invierno solo era superado, en incomodidad y malestar, por el calor que padecían los meses veraniegos. Y a pesar de todo, ese barrio pasó a ser su barrio, y esa ciudad su ciudad, y muy pronto su primogénito, Luisito, que solo tenía dos años cuando abandonó la tierra de sus padres, fue rebautizado por sus nuevos vecinos como Koldo, vasconizando su nombre, y allí nació el pequeño Antonio, al que todo el mundo acabó por llamar Andoni.

Los inicios no fueron fáciles, en una tierra nueva y con un trabajo para el que jamás se había preparado. En su Galicia natal compaginaba las labores agrícolas con pequeñas chapuzas, sobre todo de albañilería, que hacía a sus convecinos para ganarse unas míseras pesetas. Nada, en definitiva, que pudiera serle de utilidad en su nueva vida, pero era un hombre trabajador con una destacada inteligencia natural, lo que en un momento de necesidad de mano de obra le permitió ir aprendiendo y poco a poco ascender hasta acabar siendo oficial en una de las más importantes empresas de la provincia, los astilleros Euskalduna, fundados a principios del siglo xx por

Ramón de la Sota, uno de los próceres de la industria vizcaína.

Pero toda moneda tiene además de la cara su respectiva cruz y Luis Ferreira se topó con ella en muy poco tiempo. En Bilbao encontró trabajo y una estabilidad económica, eso era cierto, pero también se topó de frente con la represión y la injusticia. Sin derechos, sin libertades, sometidos a los caprichos de las autoridades políticas y económicas, pronto se convirtió en el líder natural de sus compañeros, con gran disgusto de Herminia, su mujer, que no dejaba de reprocharle que se metiera en líos «que nada bueno pueden traer a esta casa», y satisfacción de la temida Brigada Político Social, que siempre sabía a quién tenía que detener cuando se producían conflictos en la empresa. Pese a ello siguió trabajando por sus compañeros y construyendo unos barcos de los que siempre habló con orgullo, como si los hubiese construido con sus propias manos lo que, de alguna manera, no dejaba de ser cierto. Cada vez que en la ría de Bilbao, junto al puente de Deusto, se botaba un nuevo barco, él se sentía como si fuera su auténtico padre, el hombre que, junto a muchos otros, lo había sacado de los planos para convertirlo en una realidad.

En cierto modo, pensó Koldo, era una suerte que hubiera fallecido cinco años antes, cuando aún no había disfrutado más que unos pocos meses de la merecida jubilación a la que se hizo acreedor tras tantos años de brega y esfuerzo. Un traicionero e hijo de puta cáncer de próstata consiguió lo que nunca pudo lograr la policía de Franco, dobligar tanto su cuerpo como su espíritu, y en tan solo siete meses pasó del retiro a ocupar un nicho en el cementerio de Derio. Cinco meses después le siguió Herminia, oficialmente por culpa de una neumonía, aunque sus hijos siempre pensaron que falleció de pena por la muerte de su compañero de toda la vida. De pena y de desgaste, ya que ser la mujer de un líder sindical en una época en la que las libertades eran aún un sueño y la represión el pan nuestro de cada día, producía un desgaste que aunque no ha sido clasificado por las cabezas pensantes de la Organización Mundial de la Salud como causa de muerte, contribuyó a que tanto ella como muchas otras mujeres en su misma situación llegaran al final del camino mucho antes de lo que su ritmo biológico, en condiciones más favorables, hubiera marcado. Debido a esos acontecimientos al joven Koldo no le quedó más remedio que crecer antes de tiempo. Como herencia recibió doscientas mil pesetas, un piso pequeño en Rekalde y un hermano cuatro años menor que él al que prometió cuidar como lo hubieran hecho sus padres. También le legaron el ejemplo de toda una vida de lucha, dignidad y trabajo, pero esa herencia, pensaba en ocasiones Koldo Ferreira, constituía una pesada carga.

Sobre todo aquel día, 23 de noviembre de 1984, en el que Koldo intentaba mediar con los contingentes de la Policía Nacional que, cada vez más nerviosos, les instaban a desalojar los astilleros y disolver la asamblea en la que diariamente, desde hacía varios meses, los trabajadores debatían sobre su situación, presentaban propuestas y decidían cómo iban a proseguir su lucha contra una reconversión industrial en la que ellos tenían el papel de comparsas desechables. Koldo Ferreira había heredado tanto

las dotes de liderazgo como el prestigio de su padre, por eso era uno de los trabajadores más activos en las asambleas y su opinión era siempre respetada, incluso por quienes no estaban de acuerdo con él al ciento por ciento.

Mientras intentaba hablar con el comandante del contingente se percató de que esos no eran los policías con los que llevaban conviviendo, por decirlo de alguna manera, desde hacía muchísimas semanas, algunos de los cuales incluso llegaron a comprender sus motivos y a respetarlos. Posteriormente se enteró de que se trataba de un grupo cuya base de actuaciones se ubicaba en Miranda de Ebro, en la provincia de Burgos, pero en aquellos momentos no se preocupó por su procedencia, sino por el brillo que repentinamente apareció en los ojos de su interlocutor, que quizás paladeaba antes de tiempo el subidón de adrenalina que le iba a proporcionar las órdenes que ya tenía decidido dar a sus hombres, independientemente de los esfuerzos del elemento subversivo que a duras penas intentaba razonar con él.

Empujando con sus manos a Ferreira, que escapó como pudo del lugar, voceó a sus subordinados la orden de cargar. Una tanqueta derribó la caseta del guarda y la valla de entrada al recinto y las porras de los policías empezaron a golpear a diestro y siniestro. Las porras y también las armas de fuego, en una escalada de violencia policial inédita hasta aquel momento. Como si se tratara de arrasar una población enemiga en una guerra que no respetara las normas de la Convención de Ginebra, en pocos minutos destrozaron todo lo que pillaron a su paso, dependencias de las secciones sindicales, comedores, biblioteca, no dejando intacto nada que fuera susceptible de romperse, mientras arrancaban de cuajo lavabos, inodoros y tuberías. Un trabajador, Vicente Carril, recibió una bala en la pared abdominal derecha, otros tuvieron que ser atendidos por los servicios hospitalarios de las lesiones causadas por brutales palizas y muchos regresaron a sus casas heridos y magullados. Milagrosamente no se produjo ninguna víctima mortal, al menos causada directamente por la policía, ya que un operario, Pablo González Larrazabal, falleció víctima de un infarto mientras intentaba protegerse de la policía refugiándose en el interior de un barco que se estaba construyendo. Aunque agentes de las propias fuerzas de seguridad le transportaron hasta el Hospital de Basurto, los intentos por reanimarle fueron infructuosos y murió poco después de ser ingresado. Pablo González Larrazabal pasaría a la historia como el único fallecido en lo que posteriormente se ha llamado la batalla de Euskalduna, y seguramente eso es correcto técnicamente, pero Koldo Ferreira siempre supo que hubo al menos otro muerto más, y estaba convencido de ello porque quien él consideraba como segunda víctima mortal de esa batalla fue Andoni Ferreira, su hermano pequeño.

Andoni, al contrario que Koldo, no heredó el carácter serio y trabajador de su padre, quizás por ser el benjamín de la familia, tal vez por haber nacido cuando sus progenitores ya se habían asentado vitalmente o, sencillamente, porque no todo está escrito en el ADN, pero su hermano mayor siempre pensó que junto a esas circunstancias influyó mucho más la sensación de vacío, de falta absoluta de

esperanza, que en aquellos años de fuerte crisis económica y social se había adueñado de unos jóvenes que no vislumbraban en el horizonte ningún tipo de futuro. Y como otros muchos de sus coetáneos, fue víctima del siniestro influjo de la heroína, aunque gracias a los esfuerzos del propio Koldo, que nunca abjuró de la promesa hecha a sus padres de que cuidaría de él, consiguió desengancharse. Todo el mundo consideraba eso un milagro, ya que el porcentaje de quienes lograban sacudirse la adicción era más bien escaso, de ahí su desesperación cuando de repente Andoni recayó. Y su recaída, solía pensar con amargura, coincidió con la frustración que le produjo el no ser admitido en los astilleros.

Koldo entró a trabajar allí de la mano de su padre, como aprendiz, hacía ya muchos años y peleó fuertemente porque su hermano pequeño siguiera su mismo camino, pese a que esa figura había desaparecido oficialmente del organigrama laboral. Esa era una de las promesas con las que había conseguido que Andoni luchara contra su adicción y se ilusionara por salir de ella. Pero cuando les dijeron que contratarle no era posible, ni siquiera con el salario mínimo, ya que los tiempos no estaban para efectuar nuevas contrataciones sino, más bien al contrario, para echar a la gente a la calle, a la puta calle pensaba con rabia Koldo, se desmoronó y no tardó mucho tiempo en buscar refugio entre los brazos de esa amante que nunca le había fallado, la heroína. Koldo Ferreira siempre pensó que aparte de los motivos económicos, el hecho de que él se estuviese significando, cada vez más, como un líder obrero nato, había influido en que a su hermano se le cerraran las puertas del astillero. Ese rechazo, no albergaba la menor duda sobre ello, le destrozó anímicamente y fue la causa principal de su recaída y de lo que su recaída trajo consigo.

Aquel aciago y triste 23 de noviembre, cuando Koldo Ferreira regresaba a su domicilio de Rekalde, con todo su cuerpo dolorido y un labio cortado, pero con la dignidad y el orgullo intactos, no pudo evitar el pensar en su hermano. Mientras estaba en los astilleros, arengando a sus compañeros o enfrentándose a la policía, conseguía olvidarse de la tragedia que tenía en casa, pero cuando regresaba y veía cómo su hermano se iba autodestruyendo un cúmulo de negras sensaciones envolvían su cabeza y acababa pensando que nada, ni esfuerzos, ni lucha, ni sacrificios, merecía la pena. Aquel día fue incluso peor. De hecho fue el peor, o quién sabe, quizás el mejor.

Nada más verle tendido sobre la cama, con la mirada perdida, se percató de que le ocurre algo grave. Tiene los ojos vidriosos, la respiración entrecortada y se agita entre convulsiones. Koldo Ferreira mira a su hermano sin saber qué hacer. El hombre decidido, que no le teme a nada y que nunca duda cuando hay que dar un paso al frente, se queda paralizado como una tímida doncella al ver acercarse a su cuello los afilados dientes del lobo feroz. Pero pronto sale de su ensimismamiento y se da cuenta de que solo puede hacer una cosa, por eso con gran sangre fría y cierta parsimonia, alguna vez escuchó eso de «vísteme despacio, que tengo prisa», y pese a

lo paradójico de la frase asimiló su enseñanza, agarra el teléfono y llama a Urgencias.

–Da igual, hermanito –le sorprende Andoni, con una voz que parece proceder de ultratumba–, hagas lo que hagas no tiene remedio, esta vez la he cagado de verdad. Bueno, no la he cagado –intenta sonreír, pero apenas le sale una mueca antes de repetir entrecortadamente la misma frase–, no, quizás no la he cagado, ¿sabes?, quizás por fin voy a descansar y a ti te dejaré tranquilo.

Koldo le dice a su hermano que se calle, siente que con cada palabra que pronuncia se le va un trozo de vida, pero Andoni no le hace caso y sobreponiéndose a la fatiga vuelve a dirigirse a él.

–Siento haberte decepcionado, a ti y a nuestros padres, de verdad que lo siento.

Koldo desea interrumpirle, decirle que eso no es cierto, pero no se atreve a hacerlo, en parte porque sería ridículo, a esas alturas, mentirle, claro que le ha decepcionado, pero eso en el fondo no importa, qué cojones, son hermanos y los hermanos tienen que estar siempre unidos, al lado los unos de los otros, y por otra parte, por doloroso que sea admitirlo, intuye que quizás no vuelva a tener la oportunidad de escuchar su voz.

–Lo siento, Koldo, de verdad que lo siento, y te pido perdón. ¿Te acuerdas de cuando íbamos con nuestros padres a la playa de Larrabasterra? La de ahogadillas que me hacías, qué cabronazo que eras, pero luego siempre compartías tu Coca Cola conmigo porque yo me había bebido casi de un trago la mía. Ojalá estuviéramos ahora en la playa, zambulléndonos en el agua y bebiendo Coca Cola, aunque sea un típico producto del imperialismo capitalista yanqui, como tú solías decirme cuando aún intentabas adoctrinarme. Pero la cagué, no te hice caso y ahora ya lo ves, pago las consecuencias.

La convulsión que de repente sufre Andoni interrumpe sus palabras y Koldo piensa que ya todo se ha acabado, ¿dónde coño está esa puta ambulancia?, se pregunta en silencio, silencio que vuelven a romper las palabras, cada vez más débiles, de su hermano.

–Me muero, Koldo, me muero, pero no te pongas triste, es mejor así, esto no era vida, lo sabes mejor que yo. Quizás si hubiese conseguido ese trabajo..., pero da igual, supongo que antes o después la habría cagado con otra excusa. En el fondo para ti va a ser mucho mejor, una liberación, ya no tendrás que cargar conmigo, quién sabe, igual encandilas a una buena chorba con un par de hermosas tetas y te casas o te vas a vivir con ella, siempre has sido un ligón.

Koldo le pide que no siga diciendo chorradas, que nunca ha sido una carga para él, y hasta cree haber pronunciado esas palabras, pero Andoni no ha debido escucharle porque sigue hablando.

–Es el final, hermanito, pero ya te he dicho que no debes estar triste, en el fondo es lo mejor que me puede pasar. Por eso me he inyectado una dosis mortal de necesidad. Por fin voy a tener paz y, quién sabe, quizás pueda de nuevo abrazar a nuestros padres.

A Koldo le sorprenden estas últimas palabras. Los Ferreira nunca han sido religiosos, han bautizado a sus hijos y se han casado por la Iglesia porque era lo que había que hacer, pero nunca han creído en esas cosas. De hecho él, la única ocasión en la que pisó una en su vida fue hace ya unos años, cuando el sindicato aún estaba en la clandestinidad y un cura amigo y compañero de militancia les cedió los locales parroquiales para celebrar una asamblea. ¿Será verdad que la proximidad de la muerte lo trastoca todo, hasta las creencias, o increencias, más íntimas de los seres humanos?

Durante unos minutos intenta animar a su hermano, decirle que ya saldrán de esta, como lo han hecho en otras ocasiones, que si una vez consiguió salir del pozo seguramente podrá volver a hacerlo, pero ambos saben que en el fondo se trata de un paripé, que a la gente como ellos nunca se les concede una segunda oportunidad y cuando por fin llegan los sanitarios a su domicilio tan solo pueden certificar la defunción. Andoni Ferreira ha sido, o al menos eso piensa su hermano Koldo, la segunda víctima mortal de la batalla de Euskalduna, aunque seguramente habrá muchos como él, piensa con amargura, víctimas de la batalla del Euskalduna, o de la batalla de los Altos Hornos o de la Babcock Wilcox, o de la batalla de..., da igual, víctimas que nunca serán contabilizadas en las estadísticas, que nunca tendrán un reconocimiento y que solo sobrevivirán en la memoria de unos familiares a los que seguramente no les quedarán fuerzas para recordarles.

En el funeral apenas hay nadie, él era su única familia y los pocos amigos que tenía Andoni muy pronto, con casi total seguridad, seguirán su mismo camino, así que no están en condiciones, ni tienen ganas, de acompañarle en la iglesia. Y es que la única concesión a las tradiciones que ha aceptado, pese a su ateísmo, es la misa que oficia uno de los curas del barrio, un sacerdote que siempre les ha ayudado, tanto en los tiempos de la represión como en estos en los que, pese a ser legales, siguen siendo un cero a la izquierda a los ojos de quienes detentan de verdad el poder. Koldo hace años que no asiste a un oficio, por eso intenta imitar torpemente los gestos y las palabras del párroco y cuando este dice eso de «bienaventurados los perseguidos por buscar la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» piensa que es un hermoso deseo, pero que a quienes han luchado siempre por la justicia antes o después han acabado por darles por el culo. Y además no puede esperar tanto tiempo, él no desea de momento llegar al reino de los cielos, lo que él ansía es que reine la justicia en este mundo, en este puto mundo, pero sabe que el cura, un buen tipo en el que se puede confiar, ha intentado con esas palabras consolarle, por eso asiente en silencio y posteriormente, cuando ya se ha acabado todo, le da las gracias.

La escasa asistencia al funeral hace que otra de las tradiciones a las que no ha podido sustraerse, la toma de unos vinos con amigos y conocidos a la finalización de los funerales, no dure mucho tiempo y enseguida, tras despedirse de los pocos allegados que han acudido a arroparle, vuelve a encontrarse solo y por primera vez consciente de lo que esa soledad, supone. No quiere volver a su casa para pasarse las

horas muertas viendo la televisión o mirando las viejas fotografías en las que Andoni y él aparecen risueños y optimistas, llenos de vida. Tampoco quiere aferrarse a la botella, como ha estado a punto de ocurrir esa misma mañana cuando, casi sin darse cuenta, se ha bebido un tercio de una repleta de tinto peleón que hacía tiempo tenía guardada en la fresquera. Afortunadamente ha reaccionado a tiempo y ha tirado el resto de su contenido por la fregadera. Eso es lo que menos necesita en esos momentos, refugiarse en el alcohol, aunque en ocasiones piensa que no deja de ser una idea sumamente atractiva.

Prácticamente sin darse cuenta sus pies empiezan a moverse y baja por la calle Gordóniz, la arteria principal del barrio, hasta la Alameda de Urkijo, ya en Indautxu. Ni siquiera se ha percatado de que ha cruzado junto al feo edificio de ladrillo rojo que da cobijo a la Jefatura Superior de Policía. Aunque sigue sin fijarse por dónde transita, pronto llega hasta la Gran Vía y se interna en el parque de Doña Casilda, al final del cual está el puente de Deusto. Desde sus barandillas divisa precisamente la entrada de los astilleros donde él trabaja, aún no sabe por cuánto tiempo, y empieza a reaccionar.

Cuando llega al barrio de Deusto y camina por Botica Vieja, la calle que linda con la ría, las órdenes que le ha estado proporcionando su subconsciente comienzan a ser más tangibles y él a comprender por qué se encuentra allí. En pocos minutos rebasa el solar en el que durante los meses de verano se yergue la cervecera y llega hasta una vieja nave industrial cuyas paredes, llenas de desconchones, y las ventanas, sin ningún cristal intacto, delatan que también ha sufrido los embates de la reconversión industrial. Seguramente sus trabajadores habrán quedado peor que nosotros, piensa tristemente, al fin y al cabo que se cierre una gran empresa siempre es una desgracia nacional que suele intentar paliarse del mejor modo posible, pero ¿a quién cojones le inquietan los problemas de un pequeño taller? De todos modos no ha acudido hasta allí movido por sus ideas sindicalistas, sino por algo mucho más personal, más visceral incluso, por eso penetra en el interior de la nave sin pensárselo ni un segundo y, pese a que reina la oscuridad, enseguida distingue un bulto con la apariencia externa de un ser humano que dormita sobre un viejo camastro.

Cuando se acerca al bulto comprueba que, como había pensado, se trata del Gallego. Irónicamente piensa que en realidad es él el auténtico gallego, al menos lo eran sus padres y sus abuelos. El tipo al que ha ido a buscar, sin embargo, no tiene nada de gallego, le llaman así porque una vez estuvo trabajando durante un tiempo en Argentina y volvió diciendo a todo el que quisiera escucharlo que allí le llamaban de ese modo, «el gallego». Pero en esos momentos lo que menos le interesa son los orígenes étnicos del tipo, sino que es él quien suministraba la heroína a su hermano pequeño, era su camello, como se les denomina en ese ambiente. En el fondo no es más que un desgraciado, un delincuente de medio pelo, una auténtica piltrafa humana como lo demuestra el hecho de que se encuentre allí tirado, en esa nave húmeda y fría, pero eso a Koldo Ferreira le da igual, el que en el mundo del tráfico de drogas se

reproduzcan las mismas diferencias de clase que en el resto del sistema capitalista se la suda, no ha acudido allí en su condición de líder sindical y obrero sino de hermano mayor. De hermano mayor de un buen chaval que ha muerto por culpa de la puta droga que ese hijo de puta le suministraba, por eso la rabia vela su entendimiento y empieza a dar patadas al hombre que dormita sobre el camastro descontroladamente.

El Gallego está profundamente dormido, quizás a causa del mismo producto que vende en las calles, por eso no se despierta hasta que recibe la tercera patada y no reacciona hasta que con la cuarta se cae del camastro. Intenta protestar, pero no le salen palabras de la boca, tan solo algunos lastimeros quejidos y, caído en el suelo como está, es incapaz de defenderse y mucho menos de levantarse. Ni siquiera se molesta en comprender lo que le está ocurriendo, en el fondo sabe que antes o después tenía que pasar algo así y lo único que desea es que el castigo termine cuanto antes, para poder descansar.

Solo cuando El Gallego recibe una patada en la nuca y su cabeza se gira de un modo extraño y antinatural, es consciente Koldo Ferreira de lo que está haciendo, de lo que ha ido a hacer allí. Acaba de matar a un hombre, a un pobre infeliz que quizás, en el fondo, fuera tan poco culpable como su propio hermano Andoni, de lo que les había ocurrido. Mira con desesperación el cuerpo inmóvil del Gallego, como si su súbito arrepentimiento pudiera resucitarle, pero los milagros no existen, no al menos para gente como ellos, así que se limita a cerrarle piadosamente los ojos antes de comprender que tiene que irse de allí cuanto antes, huir como el asesino en que se ha convertido. Pero antes se acerca a la esquina en la que aún permanece el camastro y vomita encima de sobre él mientras, como si de una letanía se tratara, repite una y otra vez «lo siento, Gallego, no quería hacerlo, te lo juro por mi vida, lo siento, Gallego, no quería hacerlo».

Miré con satisfacción, y un punto de sadismo, lo reconozco, al enano cabrón que estaba sentado frente a mí. Había llegado mi turno y estaba dispuesto a machacarle para resarcirme de todas las palizas que me había propinado a lo largo de un tarde que se me estaba haciendo eterna. Para hacer más placentero el momento le di un sorbo al vaso de güisqui que acababa de servirme, antes de repartir las cartas. Mi contrincante hacía rato que había acabado su bebida, pero decidí no rellenarle nuevamente su vaso. Si deseaba tomar algo, que se humillara y me lo pidiera. Ya sé que era una mezquina venganza, pero qué coño, cuando uno lleva toda la tarde de derrota en derrota, no se le puede pedir que se sienta magnánimo y generoso.

Volví a mirar las cartas y comprendí que esta vez no se me podía escapar la victoria. Miré fijamente al desecho humano que se había atrevido a desafiarme y con un brillo en los ojos que delataba cómo estaba gozando, pronuncié con voz firme las palabras mágicas.

–¡Abuelo tirolés!

Ahora sí, como que me llamaba Mikel Goikoetxea, ahora sí que iba a saber el enano ese de los cojones lo que era sentirse derrotado, vencido y totalmente jodido, pero en lugar de venirse abajo el cabrón, sonriendo de oreja a oreja, me dijo que no lo tenía.

–Lo siento tío, has fallado, ahora es mi turno. Abuela tirolesa, padre bantú, madre bantú, abuelo mexicano...

No me lo podía creer. El pequeño hijo de puta me estaba chuleando vilmente. Era imposible que no tuviera el abuelo tirolés, porque yo no lo tenía y ya no quedaban cartas para robar encima de la mesa. Yo lo sabía y él lo sabía, pero me miraba imperturbable, como hubiera podido hacerlo un auténtico tahúr educado en los barcos de vapor que recorrían el Mississippi. Viendo que yo tardaba en reaccionar repitió su petición.

–Abuela tirolesa, padre bantú, madre bantú, abuelo mexicano...

Me encontraba en una situación muy difícil. ¿Cómo podía decirle a un niño de ocho años que me estaba haciendo trampas? El problema no es que fuese un niño sensible capaz de echarse a llorar allí mismo si yo me enfadaba con él, sino todo lo contrario, era la pequeña bestia la que me tenía agarrado por los huevos, y lo sabía perfectamente, de ahí su gesto triunfal y desafiante. Hacía dos meses que su madre y él se trasladaron a la vivienda contigua a la mía, y desde el primer momento, los hombres somos así, qué le vamos a hacer, un millón de años de pulsiones atávicas nos contemplan, intenté ligarme a la nueva vecina. Por eso cometí el error de decirle que me tenía a su disposición para lo que hiciera falta y por eso ella me había preguntado, esa misma mañana, si podía quedarme por la tarde con el crío, ya que había quedado con un amigo y no había podido conseguir a tiempo una canguro. Así que mientras otro tío se la estaba follando a mí me tocaba poner buena cara, más bien

cara de gilipollas, y aguantar al niño, no fuera a estropear las cada vez más debilitadas e inconsistentes oportunidades que tenía de camelarme a la madre.

Le di la abuela tirolesa, el padre bantú, la madre bantú, el abuelo mexicano y si me hubiese pedido la cuñada portuguesa también, aunque no apareciera en la baraja. Y claro, le di los cinco euros de rigor que habíamos apostado para darle más interés a la partida. Contando esos cinco últimos euros, esa tarde ya habían pasado de mi bolsillo al suyo treinta. Lo más jodido del asunto estribaba en que, en el caso de haber ganado yo una partida, no habría podido cobrarle porque, seamos sinceros, ¿cómo iba a pedirle a un tierno infante, un adulto hecho y derecho como yo, que me pagara una deuda de juego? Me estremecí al pensar que si eso era capaz de hacer con tan solo ocho años, qué no podría hacer cuando cumpliera quince más. Tal vez atracar bancos, por ejemplo. O quizás algo peor, como trabajar en uno de ellos de asesor de inversiones.

El pequeño monstruo estaba barajando de nuevo las cartas, no sé para qué, si total iba a volver a ganar él, hiciera yo lo que hiciese, cuando fuimos interrumpidos por el sonido del timbre. No esperaba a nadie, pero fuese quien fuese desde ese mismo momento se ganó mi gratitud eterna. Incluso aunque fuese el mismísimo Freddy Krugger. Es más, si venía dispuesto a practicar sus habilidades con el hijo de la vecina, contaba con mis bendiciones, pese a no estar nada seguro de que el resultado del combate pudiera ser favorable para el bueno de Freddy. Pero cuando abrí la puerta el rostro que vi no fue el del entrañable ser que no dejaba de aterrorizar a las buenas gentes de Elm Street sino el de Ander González, aunque tras contemplar su cara pensé que seguramente había salido perdiendo con el cambio.

Sin hacerle ninguna pregunta le dije que entrara y, tras deshacerme del hijo de mi vecina diciéndole que se fuera a la cocina porque en el congelador podría encontrar un helado de los que más le gustaban, volví a mirar a González. Mi primera impresión era cierta, tenía la cara desencajada y apretaba compulsivamente los puños, como si quisiera destrozar algo que llevara en su interior y se le estuviese resistiendo. Estuvo así unos pocos segundos hasta que por fin se animó a soltarme la bomba.

—Han disparado contra Eneko y se encuentra muy grave. En estos momentos están operándole a vida o muerte en el Hospital de Cruces. Lo siento, Goiko, ya sé que él y tú...

No finalizó la frase sino que después de decir eso se sentó, o sería mejor decir se derrumbó, en una de las butacas del salón, mirándome con ojos vidriosos, no sé si esperando una respuesta o, sencillamente, descansando tras haberse quitado un peso de encima al habérmelo traspasado.

No eran necesarias más explicaciones. Los dos sabíamos a quién se estaba refiriendo, a Eneko Goirizelaia, un oficial de la Ertzaintza que había sido compañero mío durante muchos años, primero en la Academia de Arkaute y poco después en la Brigada de Homicidios. Fue además uno de los pocos, si no él único, que me apoyó cuando caí en desgracia, pese a que le había dado mil motivos para mandarme a

tomar por culo. Me acerqué hasta González, cuyo rostro empezaba a dar síntomas de recuperación, y le pregunté qué era lo que había ocurrido.

–Ahora no hay tiempo, tienes que acompañarme hasta el hospital, en el camino te lo cuento todo.

Ander González siempre había sido muy leal a Eneko, por eso, aunque jamás habíamos llegado a coincidir en el cuerpo, me ayudó también cuando le necesité, de ahí que no tuviera ningún recelo ante lo que acababa de decirme, pero aún así me vi obligado a explicarle que no me era posible, ya que estaba cuidando al hijo de mi vecina y no sabía cuándo volvería.

–¿No puedes llamarla por el móvil?

–Sí, pero es que ni siquiera sé dónde está ni cuánto tiempo tardaría en venir, eso si consigo localizarla. Joder, Ander, sabes que estoy deseando acudir al lado de Eneko, pero me encuentro atado de pies y manos.

Ander González debía tener un interés aún mayor porque fuera a reunirme con mi amigo, porque diciéndome que por eso no había ningún problema habló a través de su móvil y en pocos segundos un *ertzaina* uniformado, al que conocía de vista, se presentó en la casa dispuesto a relevarme.

–Garrastatzu es un auténtico hombre de familia, con mujer y cuatro hijos –me informó González–, así que no tendrá ningún problema para ocuparse del retoño de tu vecina.

Eso es lo que tú te crees, pensé para mis adentros, pero me abstuve de hacer cualquier comentario. Como no conseguí hablar con ella le envié un mensaje, explicándole la situación. No pude evitar sonreír al pensar en el susto que se iba a llevar al llegar a casa, cuando comprobara que su encantador vástago había sido custodiado durante toda la tarde por un curtido y veterano policía. Si en algunos momentos llegué a albergar una remota esperanza de ligarme a la madre de la bestezuela, en esos momentos la di por finiquitada, aunque en el fondo tampoco lo lamentaba en exceso, ese tipo de mujeres suele venir con el lote completo y, las cosas como son, ya no tenía edad para ejercer la paternidad con un aprendiz de delincuente.

González había dejado el coche aparcado en doble fila, junto a la farmacia que se ubicaba al lado de los desaparecidos cines Mikeldi. Un joven con el pelo engominado y una ostentosa cadena de oro al cuello no cesaba de tocar el claxon, justamente indignado porque el vehículo del *ertzaina* le impedía salir. Cuando González sacó las llaves para abrir las puertas de su coche, el engominado empezó a despotricar contra él y toda su parentela, pero una simple mirada fue suficiente para que se callara como un muerto. La verdad es que González no es de esos policías prepotentes que allá donde van ejercen de un modo desmedido su autoridad, de ahí que el hecho de que con una simple mirada consiguiera hacer callar a aquel botarate me indicara la seriedad del tema. Aunque no hacía falta que me lo recordaran, lo poco que me había dicho anteriormente en mi casa, que alguien había disparado a Eneko y se encontraba en esos momentos luchando por su vida en un hospital, había sido suficiente para que

me percatara de la gravedad del caso.

Hasta que enfilamos la autovía estuvimos los dos callados, pero no pude contenerme durante mucho tiempo.

—¿Me lo vas a contar ya o tengo que presentar una instancia, con papel timbrado y todo?

En lugar de contestarme con un exabrupto, como seguramente hubiese hecho yo de estar en su lugar, Ander González, se relajó y tras disculparse por la actitud que había mantenido hasta ese momento, empezó a contarme lo poco que sabía.

—Ha ocurrido esta mañana, junto a la prisión de Basauri. Según parece había ido a recoger a un preso al que acababan de excarcelar cuando desde un vehículo cuya matrícula estaba borrada y que se dio a la fuga, les ametrallaron a ambos. El preso recién liberado falleció en el acto y a Eneko se lo llevaron a Cruces gravemente herido. Aún no sabemos si saldrá de esta, quién sabe, quizás para cuando lleguemos ya haya fallecido —se quebró su voz al decir esto último.

Intenté animarle, pero enseguida comprendí que era algo absurdo. Ambos habíamos visto, a lo largo de nuestras carreras, numerosas situaciones similares y éramos conscientes de lo que estaba en juego, ninguno de los dos necesitábamos vanos consuelos, eran otras ideas las que ocupaban nuestras mentes.

—¿Tenéis algún indicio lo que ha ocurrido? ¿Algún posible móvil?

González se encogió de hombros antes de decirme que de momento ni siquiera sabían si el objetivo principal era el expreso, Eneko o los dos a la vez.

—¿Acaso estaba trabajando en algún asunto excesivamente peligroso?

Vaciló durante algunos segundos antes de responderme que creía que no.

—¿Crees que no? —dejé la pregunta en el aire. Si quería entenderme me entendería, pero extenderme más sonaría a reproche, y no era mi intención enfrentarme con él, no al menos en esos momentos.

Supongo que comprendió el mensaje porque suspiró largamente antes de volver a hablar.

—Somos compañeros, ya sabes cómo funciona esto, prácticamente somos una pareja de hecho —se sonrió al decir esta última frase—, llevamos en común los mismos casos, hacemos el mismo trabajo, y en estos momentos no tenemos entre manos ninguna investigación potencialmente peligrosa. Ni en estos momentos ni en los últimos tiempos. Pero... —se calló durante unos instantes que aproveché para decir eso tan original de que «siempre hay un pero»—, últimamente se le veía nervioso, como muy agitado y llegué a pensar que estaba trabajando en solitario en algún caso del que no nos había informado a sus compañeros.

—Eso no parece propio de Eneko. De mí sí, lo reconozco, pero Eneko es un enamorado de los reglamentos.

—Así es —asintió González—, la única explicación posible es que se tratara de un asunto tan peligroso que de momento prefiriera llevarlo en secreto antes de decidir qué camino seguir.

–Sí, eso parece razonable, y también que debía ser un asunto peligroso, en el caso de que ese «desconocido asunto» tenga relación con el tiroteo que ha sufrido. ¿Se sabe quién es el preso liberado que ha fallecido?

–Sí, se trata de Koldo Ferreira, un antiguo militante de ETA que llevaba muchos años recluido y aunque se había alejado hace ya bastante tiempo de la organización no obtuvo la libertad con anterioridad porque le aplicaron la doctrina Parot.

–¿Un exmiembro de ETA? No lo entiendo, que yo sepa Eneko nunca ha estado destinado en las fuerzas antiterroristas.

–Así es –volvió a asentir González–, pero me cuesta creer que sea casualidad. Hoy no liberaban a ningún preso que hubiese tenido en el pasado relación con ningún caso suyo ni tampoco a alguno de sus confidentes, así que lo más razonable es pensar que había ido allí por Ferreira.

–¿No podía haber ido a Basauri para entrevistarse con alguno de los presos y por ese motivo estar en el lugar equivocado en el momento equivocado?

–Ya lo he pensado, pero en ninguno de los casos de los que en estos momentos nos estamos ocupando hemos considerado necesario hacer una gestión de ese tipo. También me he puesto en contacto con las autoridades de la prisión y me han dicho que no les había comunicado previamente su deseo de entrevistarse con ningún recluso. Así que, aunque no sepamos cuál era el motivo, lo más lógico es pensar que acudió a la prisión para recoger a Ferreira.

Lo que Ander González decía era totalmente razonable y asentí en silencio. Con los datos que me había proporcionado sus conclusiones parecían bastante lógicas y razonables, pero de momento eso no nos llevaba a ningún sitio. ¿Qué relación podían tener Eneko y Ferreira? Me imagino que no tardaríamos en saberlo, en cuanto sus compañeros empezaran a investigar en esa dirección, pero para mi sorpresa González me dijo que estaba equivocado, que de eso nada.

–Los mandos ya han dictaminado que las heridas sufridas por Eneko se debieron tan solo a la mala suerte de encontrarse junto a Ferreira en esos momentos, que en realidad lo que ocurrió fue una consecuencia no buscada de un atentado dirigido única y exclusivamente contra el antiguo etarra. De hecho las diligencias judiciales, aunque aún se encuentran en Bilbao ya que el levantamiento del cadáver lo practicó el juez de guardia, no van a tardar mucho en remitirse a Madrid, a la Audiencia Nacional.

–¿Tan pronto?

No puedo asegurarlo porque Ander González, mientras conducía, miraba fijamente al frente, pero en su frente aparecieron durante unos instantes unas pequeñas arrugas, deladoras tanto de su cansancio como del hastío que le producía lo que me iba a decir.

–Por lo que me han dicho, esta misma mañana el viceconsejero ha recibido en su despacho de Lakua^[1] una llamada procedente del Ministerio del Interior, de uno de sus gerifaltes, por la que amablemente le solicitaban que la Ertzaintza se abstuviera

de iniciar una investigación por su cuenta y, en todo caso, estuviera a disposición de lo que indicaran los magistrados de la Audiencia Nacional. Y por lo que me ha comentado mi informante, el «vice» no ha dado muestras, en ningún momento, de estar en desacuerdo con esas órdenes. Es más, parecía aliviado, como si el que uno de sus agentes pudiese morir a consecuencia del atentado le importara un huevo.

Había rabia en sus palabras, pero también impotencia, una rabia que empezaba a sentir como propia, aunque no la impotencia, al menos no de momento.

–Bueno, yo sigo estando en situación de excedencia, así que no me afectan para nada las órdenes del señor viceconsejero ni de todos los ilustrísimos jueces y magistrados de la Audiencia Nacional.

Por primera vez desde que pasó a buscarme apareció una sonrisa en la cara de González.

–Me imaginaba que ibas a reaccionar así, y en parte por eso he ido a buscarte, además de por saber que a Eneko y a ti os une una gran amistad, pero tú también puedes llegar a tener problemas. Te pueden quitar la licencia para actuar como detective e incluso acabar con tus posibilidades de reingreso. Eso en el mejor de los casos, porque te arriesgas a que te emplumen por un delito de obstrucción a la justicia o algo de similar cariz.

–Eso es lo de menos, la verdad es que aunque todavía no he convertido mi excedencia temporal en algo definitivo no tengo muchas intenciones de regresar al servicio activo. Y en cuanto a lo otro, puedo permitirme tanto la pérdida de la licencia como el mejor de los abogados.

Estábamos entrando en el aparcamiento del hospital así que permanecimos callados un buen rato callados mientras buscábamos una plaza libre en la que dejar el vehículo. Pocos minutos después cruzábamos la puerta del hospital y sin perder ni un segundo preguntamos por nuestro amigo.

Las noticias no eran ni buenas ni malas. Durante seis horas estuvieron operándole y la intervención fue un éxito, pero de momento los médicos no se atrevían a vaticinar si conseguiría o no sobrevivir. Se encontraba en situación de coma inducido, en una habitación individual equipada como si se tratase de una unidad de cuidados intensivos, pero la moneda aún no había caído al suelo y no se sabía si iba a salir cara o cruz.

Nos tomamos un café de la máquina que había en una sala de espera, embutido cada uno en sus propios pensamientos y sin saber qué hacer. No podíamos entrar en la habitación de Eneko, debido a su estado, y seguramente hasta dentro de unos días la balanza no se inclinaría a ningún lado. Estar allí no tenía ningún sentido y ambos lo sabíamos, pero de algún modo en nuestro subconsciente revoloteaba la idea de que si nos levantábamos de las incómodas sillas en las que nos habíamos sentado estábamos abandonando a nuestro amigo. Ander González se tomó de un trago su café y se levantó, dirigiéndose a la máquina, como si quisiera servirse otro, pero en lugar de ello miró hacia la puerta y tras comprobar que no había nadie cerca la cerró,

aprovechando que en esos momentos nos hallábamos solos en la estancia.

–Antes te he dicho que había ido a buscarte por dos razones, una de ellas porque eres uno de los mejores amigos, si no el mejor, de Eneko, y la segunda para involucrarte en la investigación que nosotros no podemos efectuar, paradójicamente, desde la Ertzaintza. Hay otra, relacionada con esta última. Me gustaría que esta noche te quedaras aquí, en el hospital, custodiándole.

Le miré extrañado antes de pedirle que se explicara, aunque intuía lo que iba a escuchar.

–Ya conoces la versión oficial, Eneko ha sido víctima accidental de un atentado que no iba dirigido contra él sino contra un antiguo terrorista que acababa de ser puesto en libertad, por eso, cuando algunos compañeros insinuamos que quizás fuera conveniente proporcionarle un retén de vigilancia para evitar que se pudiera repetir el intento de asesinato, nos tildaron de paranoicos y se negaron en redondo a hacernos caso. Incluso de un modo ciertamente sospechoso, nos han asignado de repente trabajos que nos van a obligar a alejarnos del hospital durante mucho tiempo.

–Entiendo –le contesté, y era parcialmente verdad, entendía perfectamente lo que estaba ocurriendo, pero no acababa de entender los motivos–, y no te preocupes por eso, lo que no sé es cómo voy a justificar mi presencia aquí, en el hospital, durante toda la noche. Ya sabes que a partir de cierta hora, no recuerdo muy bien cuál, no se permite la permanencia de visitas.

–Eso ya está arreglado –me tranquilizó González–, tenemos cierta influencia con uno de los directivos del hospital –no me dijo a qué se debía esa «influencia» y preferí no preguntárselo– y nos ha proporcionado una *txartela*^[2] que te identifica como segurata.

–¿Cómo segurata?

–Sí, como segurata, ¿no te gusta la idea? Nos ha jodido el señorito. ¿Qué querías, una que te identificara como cirujano maxilofacial y que de repente alguna enfermera te avisara para efectuar una operación urgente?

Supongo que ese fue el momento elegido por Ander González para desatar la tensión acumulada durante todo el día, así que no se lo tomé en cuenta y le dije que por mí lo de segurata estaba bien.

–Lo siento –me dijo en tono un poco avergonzado–, creo que me he pasado, en realidad te agradezco, te agradecemos lo que estás haciendo. De todos modos es la mejor cobertura que puedes tener, ya que así nadie te molestará pretextando problemas médicos y, por otra parte, podrás justificar más fácilmente el hecho de no despegarte ni un momento de la puerta de la habitación de Eneko.

Volví a quitarle hierro al asunto diciéndole que había obrado correctamente y le pregunté por Isabel, la mujer de Eneko. Llevaban catorce años casados y tenían dos hijas, de diez y doce años. González me dijo que las niñas estaban con la abuela materna, pero que Isabel había permanecido todo el día en el hospital.

–Antes de ir a buscarte le comenté que no tenía sentido que se quedara todo el

día, porque no puede hacerle compañía en la habitación, pero me contestó que prefería esperarte. Está en la cafetería. Te acompañaría, pero creo que ella prefiere verte a solas.

Asentí en silencio y me dirigí hacia la cafetería. Allí, sola, inclinada sobre un café que se había quedado frío, estaba Isabel. Su cara delataba que se había pasado todo el día llorando y cuando me vio las lágrimas volvieron a manar de sus ojos. Levantándose se acercó y me besó.

–Gracias, Goiko, gracias por venir. Eres un buen tío y..., lo siento, lo siento tanto..., ya sabes a qué me refiero.

Isabel fue una más de los que en su momento me dieron la espalda y no creyeron en mi inocencia. Sé que incluso tuvo alguna que otra fuerte trifulca con Eneko por ese motivo, pero para mí era agua pasada. A pesar de todo me caía bien, era una buena mujer y no se merecía –no se lo merece nadie– lo que le estaba pasando.

–Olvídalo, Isabel, entiendo perfectamente lo que ocurrió. Seguramente de haber estado en tu lugar yo habría actuado como tú, y más teniendo dos hijas de corta edad. Pero ya pasó y no merece la pena perder el tiempo hablando de ese tema. Ahora solo tenemos que ocuparnos de Eneko. Es fuerte y no me cabe duda de que saldrá adelante –no estaba muy convencido de esto último, pero era lo que había que decir y así lo entendió Isabel–. Lo mejor será que vayas a casa, a descansar, y a cuidar de las niñas, yo me quedo aquí y me ocupo de todo, ¿vale?

No quería abandonar el hospital, pero finalmente conseguí convencerla. Pedí por el móvil un taxi y no me despegué de ella hasta que subió a él. Incluso fui yo quien le dio la dirección al taxista.

Se estaba haciendo de noche, por eso la agitación que habitualmente reinaba en el hospital fue disminuyendo de intensidad. Me acerqué hasta el pasillo en el que estaba la habitación de Eneko, y junto a la puerta pude ver a Ander González y a otro *ertzaina*, sin uniforme, al que al principio me costó reconocer, pero que se había prestado voluntario a ejercer de vigilante hasta que yo pudiera relevarles. González me dio la acreditación que había conseguido a través de su contacto y tras prometerle que si había alguna novedad le llamaría enseguida, se marchó en unión de su compañero. Iba a ser una noche larga y no me había llevado nada para leer, pero seguramente daba igual, no habría podido concentrarme en la lectura y de haber tenido un libro lo más probable es que no hubiese pasado de la primera página.

Durante las largas horas nocturnas es posible comprobar, en vivo y en directo, la famosa teoría de la relatividad de Einstein, por lo menos da la impresión de que el tiempo fluye más lentamente, quizás debido a ese opresivo silencio que se apodera de todas las plantas, tan solo roto por los débiles susurros de algunas enfermeras que se comunican las escasas incidencias que van sucediendo. Cada poco rato miraba el reloj, pensando que ya habrían pasado al menos un par de horas desde la última vez, cuando en realidad solo habían transcurrido cinco minutos. Por eso cuando contemplé a aquel hombre alto y rubio que en su bata blanca lucía una placa en la que podía

leerse «doctor Ricardo Etxebeste» me puse en guardia y mis sentidos se sensibilizaron aún más al observar cómo, pese a haberse dirigido con paso decidido a la puerta de la habitación de Eneko, el verme allí le produjo una evidente contrariedad, como si no esperara encontrarse con nadie.

Cuando intentó hacerme a un lado para entrar en la habitación y le dije que no era hora de visitas, en lugar de explicarme que había surgido una emergencia o que hacía ocho horas que le habían dado una medicación concreta y tenía que renovársela, ese tipo de cosas que aunque no cuelen por lo menos parecen excusas válidas, lo que hizo fue intentar clavarme una jeringuilla que había sacado de un bolsillo de su bata.

Supongo que me subestimó, seguramente había pensado que no era más que un familiar obstinado en permanecer junto al enfermo o un celador que pasaba en esos momentos por allí y se había excedido en sus atribuciones, por eso no fue lo suficientemente rápido ni prudente y quien se encontró con la jeringuilla clavada en su cuello fue él. En cuestión de segundos me miró con ojos vidriosos y se desplomó en el suelo. Palpé su muñeca y comprobé que estaba muerto. No sabía qué había en la jeringuilla, pero estaba claro cuáles habían sido las intenciones del falso médico. En esos momentos agradecí con fervor las enseñanzas recibidas de mi madre durante mi infancia, que solía hablarme, de un modo casi obsesivo, sobre la necesidad de una estricta higiene corporal. De otro modo quizás no me hubieran extrañado las uñas del hombre aquel, tan sucias y negras que era imposible que pertenecieran a un médico o a nadie que trabajara en un hospital. Pero enseguida me olvidé de mi madre y me centré en el problema que tenía en esos momentos ante mí.

Lo lógico y razonable, incluso lo correcto desde un punto de vista legal, hubiera sido llamar a la Ertzaintza, pero un sexto sentido me advirtió de que no era lo más prudente. ¿Era casualidad que no se hubiese accedido a poner una escolta a Eneko o todo se debía a algún tipo de plan preconcebido? Desde luego el hombre que acababa de morir se había llevado una auténtica sorpresa al verme y en ningún momento, en caso contrario quizás quien ahora estuviese criando malvas sería yo, pensó que podía estar protegiéndole, pero aún así me costaba admitir que se estuviese desarrollando algún tipo de conspiración en contra de mi amigo, conocía bastante bien a los mandos que habían dado la orden y en ningún momento habría sospechado de ellos en ese sentido. Recordé lo que me había contado González sobre cómo el viceconsejero había aceptado sumisamente las indicaciones provenientes del Ministerio del Interior. ¿Podría estar ahí la clave? En cierto modo parecía lógico, sobre todo si tenemos en cuenta que el fallecido en el atentado era un antiguo miembro de ETA recién excarcelado, pero aún así no veía claro qué relación podía tener con Eneko. Además, y saltaba a la vista ahora que podía observarle con más tranquilidad e incluso registrarle, el hombre que había intentado matarnos no tenía aspecto de madero. Incluso aunque no llevara encima ningún papel que lo corroborara, tenía toda la pinta de proceder de la Europa del Este. No puedo afirmar si era rumano, búlgaro o albanos kosovar, a tanto no llega mi ojo clínico, pero que parecía procedente de uno de los

países del antiguo bloque comunista, de eso estaba seguro.

Afortunadamente el contacto de González, junto a la falsa acreditación como personal de seguridad, me había facilitado la llave de una pequeña garita, en el mismo pasillo, para que la usara como creyera conveniente. Aunque al principio nos habíamos reído por pensar, o eso decíamos en tono jocosos, que yo debía ser un émulo de James Bond necesitado de un lugar tranquilo donde guardar los extraños artefactos que algún pariente local de Mister Q creaba para mí, la verdad es que en esos momentos ese pequeño cubículo me venía muy bien para ocultar el cadáver de mi agresor, pero no podía permanecer allí eternamente. Y tampoco me interesaba tener que dar explicaciones a la Ertzaintza. Ander González podía protegerme, aunque tan solo hasta cierto punto, y los jueces de mi ciudad solían ser muy estrictos cuando había un fiambre de por medio, eso sin necesidad de mencionar que yo no era precisamente el personaje más querido por la magistratura local. No, para salir de ese embrollo no podía utilizar métodos legales, así que saqué mi móvil y llamé al único hombre que podía hacerse cargo del asunto sin hacerme ni siquiera una pregunta.

Antonio Jiménez Borja era un gitano de edad indefinida que fue mi protector durante la época en la que estuve recluido en la prisión de Basauri^[3]. Para ello no se le ocurrió mejor idea que apuñalarme y enviarme a la enfermería ya que pensaba que de esa manera sería más fácil controlarme y ponerme a salvo. Si sus cálculos hubiesen salido mal seguramente yo no estaría vivo para contarlos, pero cuando le conocí más a fondo comprendí que sus cálculos nunca salían mal y que si te ofrecía su amistad, era para siempre. Aunque los dos mil euros que le ofrecí por hacerse cargo del cadáver también influyeron, por supuesto. Nunca supe adónde se lo llevaron él y sus parientes, siempre trabajaba con la familia, eso al menos era lo que me solía decir, ya que así los costes de su negocio eran menores. Por lo que se veía su paso por prisión no le convirtió en un ciudadano honrado, al menos honrado en el sentido clásico de la expresión, ya que conmigo siempre ha sido leal, pero sí contribuyó a enriquecer su lenguaje.

Solucionado el tema del muerto quedaba otro problema aún más acuciante, y era cómo asegurar la vida de Eneko. Si lo habían intentado una vez, seguramente volverían a la carga. Trasladarle a una clínica privada, en la que pudiera garantizarse su seguridad parecía la mejor solución, sin lugar a dudas, pero de momento mi viejo camarada no se encontraba en condiciones físicas de afrontar un traslado. Y no veía fácil conseguir que los mandos de la Ertzaintza, no al menos sin antes decirles que había tenido que matar, aunque no hubiese sido esa mi intención, al hombre que habían enviado para acabar con Eneko, y que había hecho desaparecer su cadáver, accedieran a asignarle un retén de vigilancia.

Cuando descubrí, tras su fallecimiento, que mi viejo amigo Arturo Apodaka me había nombrado único heredero de sus bienes, se apoderó de mí un sentimiento agrídulce. Por una parte estaba el hecho de que la muerte de un buen amigo siempre es algo doloroso, pero por otra estaba el convencimiento, al que llegué precisamente

tras su fallecimiento, de que parte de su fortuna había sido conseguida con métodos poco honestos. Quizás no la mayor parte, pero sí una buena parte. Para ser sincero tengo que admitir que pude haber renunciado a ella, o donarla a alguna ONG de mi confianza, pero supongo que no soy tan angelical y entre tener pasta o no tenerla yo también prefiero lo primero, por eso, aunque no me obsesioné con el dinero recibido y más o menos mi vida siguió siendo la misma, solo que sin agobios económicos, opté por quedarme con la herencia. Y esa decisión quizás muy poco ética, pero muy humana, me permitiría pagar los elevados honorarios que me iba a costar contratar una empresa de seguridad que vigilara día y noche, siete días a la semana, a mi amigo, hasta que pudiera trasladarle a una clínica privada, si llegaba ese día.

Llamé a Isabel para contarle mis planes y estuvo totalmente de acuerdo conmigo, lo mismo que Ander González. Por lo que me dijo el servicio «urgente» que le habían endosado para que no permaneciera en el hospital había sido una gilipollez, una simple excusa, como ya sospechaba, para que no se quedara junto a Eneko. Cuando me preguntó qué tal había transcurrido la noche le dije que muy bien.

–Solo ha habido un pequeño incidente sin importancia –añadí como de pasada–, pero ahora no tengo tiempo de contártelo, mañana, o mejor dicho, hoy dentro de unas horas –me di cuenta de que al haber pasado la noche en vela había perdido la noción del día en que vivía– te lo contaré todo, con más calma.

Creo que se dio cuenta de que algo extraño había ocurrido, y no solo un pequeño incidente, precisamente porque no me pidió que se lo contara en ese momento y aceptó esperar a que nos pudiéramos reunir para hablar del asunto.

Cuando por fin llegaron mis relevos, aunque el coste económico aumentaría considerablemente exigí que fueran tres los vigilantes en cada turno, decidí volver a mi domicilio. No estaba seguro de poder dormir, pero al menos me acostaría durante un rato, aunque solo fuese para descansar y recuperar fuerzas. Estaba llegando al portal cuando un insistente pitido en mi móvil me indicó que tenía un mensaje en la bandeja de entrada. Temiéndome lo peor lo abrí con aprensión, pero no me lo enviaban desde el hospital sino desde la otra parte del descansillo de mi casa. Era un mensaje muy escueto y sucinto, pero clarificador. «Eres un cabrón y un hijo de puta, me has dado un susto de muerte», podía leerse con todas las letras, acento incluido. Borré el mensaje sin reenviar una disculpa o incluso contraatacar con otro insulto. En esos momentos el que cada vez viera más lejana la posibilidad de acostarme con mi vecina era el menor de mis problemas.

3

El cadáver lo encontraron dos yonquis que habían acudido a la desvencijada nave de la Ribera de Deusto en busca de su dosis diaria, pero cuando se dieron cuenta de que su camello ya no iba a poder venderles nunca nada más, se dieron a la fuga, no sin antes revisar sus bolsillos y llevarse toda la droga que encontraron.

Más cívicos fueron los dos niños que entraron en la nave desoyendo los consejos de sus padres mientras jugaban al escondite y que avisaron rápidamente a unos vecinos de lo que habían descubierto. Desgraciadamente la vida es muy injusta, como pudieron comprobar muy pronto, ya que la policía, sin ni siquiera darles las gracias, les echó de allí, privándoles de lo que hasta ese momento había sido la gran aventura de sus vidas.

El forense, como suele ocurrir en esos casos, ratificó lo que decía el sentido común a simple vista, que el fallecido había muerto a consecuencia de las graves heridas producidas por una paliza, a expensas, por supuesto, de lo que en última instancia pudiera descubrirse en la autopsia. Pero aparentemente no había señales de armas de fuego ni de armas blancas y el estado del cuerpo no era el típico de quien se ha intoxicado con algún producto letal.

–Parece un ajuste de cuentas o, quizás, la obra de un cliente insatisfecho –se aventuró a decir el juez de guardia que había acudido al levantamiento del cadáver, sin que nadie, aparte del Secretario del Juzgado, que con un bolígrafo bic y una gastada agenda tomaba notas para posteriormente, en el juzgado, levantar la correspondiente diligencia de inspección ocular, le hiciera mucho caso.

–¿Ha sido identificado? –en esta ocasión el juez alzó la voz, para ver si de ese modo la pléyade de policías que pululaban por el lugar se percataban de que estaba allí.

Un policía uniformado se sintió obligado, quizás por ser el que tenía la mala suerte de encontrarse más cerca de él, a decirle que entre los restos no habían hallado ninguna identificación.

–No es necesario –intervino un hombre joven, que se identificó como el inspector Ernesto Villalpando, de la Brigada Regional de la Policía Judicial–, aunque le han dejado la cara como un «ecce homo» está claro que se trata del Gallego, un pequeño traficante que trapicheaba para costearse su propia adicción. Un desgraciado del que antes o después todos sabíamos que acabaría mal, pero no de este modo –en sus palabras había un tono compasivo que no parecía casar con el propio de un hombre dedicado, precisamente, a perseguir delincuentes–. No, nadie merece acabar de este modo.

Al juez, que al parecer tenía prisa por volver a la comodidad de su despacho con calefacción, no parecieron impresionarle las palabras del inspector y le preguntó si ese «gallego» tenía nombre.

–Sí, señoría, hasta el drogata más arrastrado tiene un nombre –contestó el policía

haciendo gala de un ingenio inútil, ya que el juez no era un hombre capaz de captar las ironías—, cuando estaba vivo se llamaba Daniel Revuelta Pérez, y supongo que ese será el nombre que esculpirán también en su lápida, en el improbable caso de que el Gallego llegue a tener una.

Solucionados los problemas administrativos más perentorios los componentes de la Comisión Judicial se despidieron del inspector, alegando, y era totalmente cierto, que ya no pintaban nada allí, dejando el caso en manos de la policía.

Ernesto Villalpando volvió a mirar al Gallego, como si pensara que su rostro le iba a poder dar alguna explicación de lo ocurrido. No entendía tanto ensañamiento contra un pobre infeliz y, desde luego, le costaba creer, como había insinuado el juez, que se tratara de un ajuste de cuentas. Los ajustes de cuentas son asuntos de profesionales que llegado el caso, sobre todo si eso sirve de aviso a navegantes, pueden ser aún mucho más brutales que el asesino del Gallego, pero por fuertes que sean y preparados que estén no se fían exclusivamente de sus manos sino que inician o rematan la faena, según las circunstancias, con la ayuda de algún arma.

—No, no pondría la mano en el fuego porque de antemano no se puede descartar ninguna hipótesis, pero lo más razonable es pensar que aquí no ha habido ningún ajuste de cuentas —dijo para sí, ya que no había nadie cerca para poder escucharle—, esto es obra de un aficionado. Y tampoco creo que se trate de un cliente descontento. Los yonquis con síndrome de abstinencia no tienen tanta fuerza ni, mucho menos, el coraje necesario.

Ensimismado como estaba en sus pensamientos no se dio cuenta, hasta que un fuerte aroma a tabaco negro sin filtro penetró por sus narices, de que ya no estaba solo. Un hombre de mediana edad, mal afeitado y con el aspecto de no haberse duchado en varios días, le saludó sonriendo alegremente, gracias a lo cual pudo observar que a su dentadura le faltaban un par de piezas. Villalpando sintió un leve estremecimiento al verle, no a causa del olor a rancio que despedía, sino por el aura que emanaba su personalidad, que incluso a un policía experimentado como él le originaba una inequívoca sensación de incomodidad.

—¿Qué haces por aquí, Pareja? No sabía que te interesaran los camellos de medio pelo.

—¿Esa es la manera de recibir a un compañero? —chilló el recién llegado mientras abría su enorme boca en una gran risotada y echaba montones de saliva sobre la cara del inspector Villalpando—. Soy policía y qué mejor lugar para un policía que aquel en el que se ha cometido un delito. Además, como creo que ya sabes, o debieras saber a estas alturas, a mí me interesa todo, y cuando digo todo no exagero, me refiero a todo. ¿Le conoces? —añadió señalando al muerto.

—Sí, se trata de un yonqui que trapicheaba para costearse su propio consumo. Un tal Daniel Revuelta Pérez, apodado el Gallego.

—¿El Gallego? Entonces, ¿no era vasco, era gallego?

—En realidad había nacido en Bilbao, le llamaban el Gallego porque en una

ocasión...

–Da igual –le interrumpió Pareja–, por mí como si le dieron el apodo en una tómbola. Así que era vasco, ¿no?

–Bueno, sus apellidos no lo son, pero él había nacido en Bilbao así que supongo que sí, que era vasco.

–No te fíes de esos cabrones, Villalpando, ahora andan con la milonga esa de los cojones de que es vasco quien vive y trabaja en Euskadi, pero todo es un puro cuento, si pudieran nos darían en el culo a todos los que olemos a Maketolandia. ¡Hay que joderse!, así que ahora son vascos todos los que viven y trabajan en Bilbao. Pues yo me he pasado toda mi puta vida trabajando en esta ciudad de mierda y aún no me han hecho vasco honorífico.

–Quizás porque no se te ha ocurrido pedirlo –intentó ser irónico Villalpando, al que la conversación de Pareja le estaba poniendo nervioso.

–Muy bueno, Villalpando, muy bueno, porque no lo he pedido –le propinó un gran manotazo en la espalda en señal de camaradería, pero si el inspector no hubiese pesado casi cien kilos seguramente habría acabado rodando por el suelo–, eso es lo que tengo que hacer, un escrito en papel timbrado y con toda la parafernalia oficial solicitando que me nombren vasco honorario, si es que ya sabía yo que me faltaba algo para poder ser completamente feliz en la vida. Y ahora dejémonos de hostias y vayamos al grano. Tú le conocías bastante bien, ¿no es cierto?

–Así es –contestó en tono serio Villalpando–, aunque nunca se les llega a conocer del todo.

–No te me pongas místico, que no estoy para esas mamonadas. ¿Estás completamente seguro de que tan solo era un puto camello de mierda, de segunda o tercera división?

–Sí, lo estoy, no hay más que verle, no se puede decir que fuese un capo de la droga.

–No hay que fiarse de las apariencias, muchacho, no hay que fiarse de las apariencias, pero de momento voy a confiar en ti. ¿Cuánto tiempo hace que le conocías?

–Unos dos años, poco más o menos, casi los mismos que llevo destinado en Bilbao.

–Sí, ya sé que fuiste de los primeros de tu promoción y viniste aquí voluntario. ¡Hay que ser gilipollas y mamarracho! Así que dos años. ¿Y siempre ha sido un pequeño camello de mierda?

–¿Quién? ¿El Gallego?

–No, hombre, no, la Santísima Virgen. ¿Pero tú eres idiota? Pues claro que hablo del Gallego, de quién cojones voy a hablar, si no.

De tu puta madre, cabrón, pensó sin atreverse a expresarlo en voz alta Villalpando, que sabía perfectamente lo absurda que era su pregunta, pero que la había proferido tan solo para hacer una pausa y ganar algo de tiempo.

–Sí –respondió finalmente Villalpando–, es el típico caso del drogata que para poder pagarse las dosis se convierte a su vez en traficante, pero jamás a gran escala, lo suficiente para sobrevivir.

–Me da la impresión de que en eso último no has acertado, no se puede decir de él que haya sobrevivido –le interrumpió Pareja, haciendo gala de un macabro sentido del humor–. O sea, que no era más que un peón, un simple peón.

–En efecto, lo has descrito perfectamente, el Gallego no era más que un peón en un juego muy peligroso. Un peón prescindible, aunque no parece que le hayan matado por orden de algunos de los jefecillos que controlan la distribución en el País Vasco.

–¿Sabes a qué se dedicaba antes de engancharse?

–A nada especial, supongo que en las oficinas de la Seguridad Social tendrán archivado su historial laboral completo, pero no creo que merezca la pena solicitarlo, por lo que sé dejó muy pronto los estudios y trabajaba de vez en cuando en la construcción, como peón no cualificado. Creo que trabajó también de barman durante un tiempo muy corto en un tugurio de las Cortes, pero le dieron una buena paliza cuando intentó montárselo gratis con una de las putas y tuvo que salir del barrio con el rabo entre las piernas.

–Una descripción muy adecuada –se rio Pareja–. ¿Se le conocen contactos con ambientes radicales?

–¿Contactos con ambientes radicales? No te entiendo.

–Joder, Villalpando, que no eres nuevo, que ya llevas dos años en esta puta provincia. Que si tenía relación con gente ligada a Herri Batasuna, LAB, Jarrai o grupos de ese tipo.

Así que eso era lo que de verdad le interesaba al subinspector Antonio Pareja. Debía habérselo supuesto, ya que su fama le precedía. Una fama contradictoria, porque en el fondo nadie sabía quién era de verdad Pareja ni a qué se dedicaba. Se contaban muchas historias acerca de él, siempre en voz baja, como con miedo a ser escuchados, aunque el que hablara supiera que el aludido se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. Incluso se discutía sobre su graduación. Parecía impensable que un policía con su edad y experiencia, y con su hoja de servicios, no hubiera pasado del grado de subinspector. Teóricamente, y de acuerdo con las normas que regían el escalafón, sería un subordinado del propio inspector Villalpando, pero este era consciente de que no tenía ningún mando sobre él. Se especulaba con la posibilidad de que en realidad fuera comisario, aunque lo mantenía en secreto para realizar mejor su trabajo, y también se decía que el mismísimo Jefe Superior de Policía de Bilbao se cuadraba cuando estaba en su presencia. Por no mencionar sus visitas, a horas intempestivas, al Gobierno Civil de Vizcaya, o que a menudo solía ser visto en el cuartel que la Guardia Civil tenía en San Sebastián, en el barrio de Int xaurrondo. Muchos compañeros, basándose en este último dato, incluso se aventuraban a decir que no era policía, sino que pertenecía a otro cuerpo de seguridad

o inteligencia del Estado, posiblemente a alguno de extracción militar, pero todo ello no dejaban de ser conjeturas para las que no había respuesta. Lo único cierto era que siempre trabajaba a su aire, sin sujetarse a ningún tipo de disciplina, eligiendo sus casos y llevándolos del modo que mejor le parecía, sin dar explicaciones a ningún superior, y que en ese preciso instante se estaba interesando sobre la posible afiliación política de un pobre desgraciado que había muerto a consecuencia de una terrorífica paliza.

–¿Que si estaba ligado a la izquierda abertzale, quieres decir? ¡Coño!, Pareja, que estamos hablando de un yonqui de mierda, no le hubieran dejado entrar en una herriko taberna ni de lejos. Dudo mucho, ni siquiera, de que hubiese votado alguna vez en su puta vida.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

–Puede que estés en lo cierto, nosotros –no dijo a quiénes se refería con ese «nosotros» y Villalpando tampoco se lo preguntó– tampoco le teníamos fichado, así que tu tesis parece de lo más razonable. Has tenido suerte, capullo –volvió a reírse fuertemente, enseñando sus encías desnudas–, porque acabas de librarte de mí. El caso es todo tuyo. Eso sí –le advirtió, y más que un advertencia parecía una amenaza–, si en algún momento descubres algo que se sale de lo habitual, seguro que entiendes lo que quiero decir, no pierdas ni un segundo en avisarme. ¿Entendido?

–Alto y claro, descuida, pero ¿cómo te voy a avisar? Eres como la policía, nunca estás cuando se la necesita, nadie sabe dónde está tu despacho ni apareces por la comisaría durante el horario habitual.

–Muy bueno, sí señor, muy bueno eso de que «eres como la policía, nunca estás cuando se la necesita», para que luego vayan diciendo por ahí que los maderos no tenemos sentido del humor, pero tú por eso no te preocupes, utiliza el sistema más viejo del mundo, «radio macuto», y ya verás cómo aparezco antes de lo que tarda un niño en comerse un pastel.

El inspector Ernesto Villalpando sintió un inmenso alivio al ver marchar a Pareja, solo comparable con la inquietud que le produjo verle llegar, aunque ese alivio no era total. El extraño subinspector le había dicho que el caso quedaba totalmente en sus manos, y así iba a ser, pero de algún modo notaba la presencia de su extraño compañero soplándole en el cogote. Procuró olvidarse del oscuro significado que había tenido su presencia y centrarse en el caso del asesinato que llevaba entre manos, el de Daniel Revuelta Pérez, alias el Gallego, un drogadicto de mala muerte que vendía a su vez sustancias estupefacientes para poder costearse la adicción. Era un infeliz, un muerto de hambre, pero aún así no se merecía lo que le había ocurrido, nadie se lo merecía, aunque muchos de sus compañeros, era consciente de ello, pensarán lo contrario. ¿Por qué se habrían ensañado así con él? Solo había dos respuestas posibles, o se trataba de un crimen pasional o de una venganza.

La tesis del crimen pasional no le convencía. El Gallego no tenía novia, de vez en

cuando se lo montaba con alguna yonqui igual de colgada que él, una de esas tías a las que nadie, por años de abstinencia sexual que llevara padeciendo, se atrevería a acercarse con intereses libidinosos, ya que eran todo hueso, pellejos y venas abiertas. La única relación estable en su vida era la que tenía con la heroína y sus esporádicas parejas tampoco pertenecían a ese tipo de mujeres que quieren un piso de cien metros cuadrados con garaje, dos coches y dos niños, chico y chica, por supuesto, rubios y lozanos, matriculados en el Colegio Alemán. Además, la violencia con la que había sido atacado no parecía propia de una mujer, no tanto por el hecho violento en sí como por la fuerza requerida para hacerle las lesiones, algunas de ellas mortales, que le inflingieron. Y si se descartaba la autoría de una mujer, había que descartar también que se tratara de un crimen pasional. Del Gallego podían decirse muchas cosas, pero no que le gustaran los hombres, era un drogadicto, no un maricón. Así que de momento, y salvo que aparecieran de repente nuevos indicios sobre el caso, la tesis más probable, con la que tendría que trabajar, sería la de la venganza.

Sin embargo, ¿quién podría querer vengarse de un pobre infeliz como el Gallego? ¿Un cliente insatisfecho? No parecía muy plausible, sus clientes estaban aún más deteriorados que él y no tenían ni la fuerza ni las agallas necesarias para propinarle una paliza de ese calibre. ¿Tal vez algún drogadicto con síndrome de abstinencia? Esa le parecía una hipótesis más razonable, solo los que lo han vivido de cerca son capaces de imaginar lo que puede hacer un yonqui con el síndrome para conseguir su dosis, pero incluso en ese caso la violencia ejercida le parecía excesiva. Lo que de verdad desearía el drogadicto sería coger la droga cuanto antes y marcharse a toda hostia del lugar del crimen para inyectársela inmediatamente. Esa idea le recordó que aún no había preguntado a los policías uniformados que le acompañaban si habían revisado las pertenencias del muerto.

—Sí, señor —le contestó un agente que lucía en su uniforme los galones de cabo de la Policía Nacional—, y lo hemos requisado todo, pero no tenía más que mierdas, un pañuelo sucio, una foto gastada de una mujer mayor, unos chicles, unas pocas monedas, en fin, basura de ese tipo.

El inspector Villalpando pensó en lo significativo de que llevara una fotografía de una mujer mayor, su madre seguramente. Y es que hasta los drogadictos tienen madre. Pese a lo dramático se sonrió al pensar que esa frase parecía típica de un bolero. Se preguntó si sería, tal vez, la única atadura que aún ligaba al Gallego con una vida «normal» y si la llevaba como símbolo, como un resquicio de que aún había esperanza, o simplemente por costumbre. Llamar a eso basura, como había hecho el cabo, le pareció muy fuerte, pero no se lo recriminó, en el fondo entendía perfectamente a su subordinado. Lo más importante, de todos modos, desde el punto de vista de la investigación que ya estaba en marcha, era el hecho de que entre sus pertenencias no se había encontrado nada de droga. El Gallego era un traficante y, poco o mucho, siempre llevaba a mano su mercancía por si aparecía un cliente, y mucho más si se piensa que esa nave abandonada era su centro de operaciones. Como

no era lógico pensar que la hubiesen cogido los niños que le habían encontrado muerto, lo más seguro es que se la hubieran quedado el asesino o asesinos. Volvía a la hipótesis del cliente desesperado porque no tenía con qué pagar su dosis o por estar sumido en un insoportable síndrome de abstinencia. También podría haber ocurrido que quien se hubiese llevado el material no le hubiese asesinado, sino que hubiese aparecido posteriormente, en busca de mercancía, y que tras comprobar que estaba muerto hubiesen arramblado con todo lo que tenía sin preocuparse por dar parte de su descubrimiento a la policía, pero de momento lo mejor era ir paso a paso y solo explorar una hipótesis cuando la anterior hubiese sido descartada.

De una cosa, de todos modos, sí podía estar seguro, el asesino no era un profesional. La profusión de huellas dactilares encontradas, muchas de ellas perfectamente utilizables para un cotejo, así lo indicaban. El inspector Villalpando solicitó al laboratorio que las contrastaran con las de quienes estaban fichados por tráfico o consumo de estupefacientes y su intuición se vio confirmada pocos días después cuando le proporcionaron dos nombres: Ander Goiena e Íñigo Ruiz. Podían ser o no los asesinos, pero sus huellas indicaban que habían estado con el Gallego poco antes o después de su asesinato.

Para su frustración no pudo hablar con Ander Goiena. Según le explicaron pertenecía a una familia influyente y acomodada que había decidido finalmente tomar cartas en el asunto y enviar a su vástago a una cura de desintoxicación en una organización parecida a «Proyecto Hombre», solo que radicada en una pequeña población cercana a Ginebra, Suiza. Si esa repentina decisión tuvo algo que ver con la muerte del Gallego era algo que Villalpando podía sospechar, pero que no podía demostrar. No sin conseguir antes una orden para poder interrogarle en el extranjero, y el inspector era consciente de que en esos momentos ningún juez iba a atreverse a expedir dicha orden.

Afortunadamente para la policía, aunque no para él, Íñigo Ruiz era un paria que no tenía dónde caerse muerto, por eso no fue nada complicado localizarle. Solía refugiarse en un edificio abandonado de Larraskitu y de vez en cuando comía y dormía en el centro para indigentes ubicado en Elejabarrieta. Cuando una mañana, al salir de allí, fue detenido en la misma puerta por una dotación de la Policía Nacional a nadie de los que le estaban observando les extrañó tal hecho, antes o después todos ellos acababan pasando por alguna comisaría.

–No parece capaz de matar ni siquiera una mosca, no porque no quisiera sino porque no le veo con fuerzas ni como para levantar sobre su cabeza la pluma de un jilguero –Valentín Ortigosa, subinspector de policía adscrito al grupo que comandaba Villalpando no pudo evitar comentárselo cuando le vieron sentado junto a una mesa, esposado y cabizbajo, en la sala de interrogatorios–. Aunque nunca se sabe con esta gente... –intentó insuflar ánimos a su superior.

–No, si estoy de acuerdo contigo –le contestó Villalpando–. ¿Has visto sus uñas? ¿Y su aspecto en general? Apostaría mi sueldo de un mes, qué coño de un mes, de

todo el año, que no se ha lavado ni duchado desde antes de que muriera Franco, y sin embargo no hay trazas ni en su cuerpo ni en su vestimenta de que se peleara con nadie. Observa sus nudillos, si hubiera golpeado él al Gallego tendría algún tipo de marcas, pero no hay rastros de ningún tipo en ellos.

–Entonces, ¿le soltamos?

–De momento no. Al fin y al cabo sus huellas dactilares fueron encontradas en el lugar del crimen, eso es irrefutable, de modo que en algún momento tuvo que estar allí. Quizás sepa algo y cualquier cosa, por pequeña que pueda parecer, nos puede venir bien. Así que esperaremos un par de horas, calculo que en ese período de tiempo ya estará al borde de la histeria y quizás con el síndrome de abstinencia, y será más fácil hacerle cantar. Ya sabes, lo de siempre, a ti te tocará hacer de «poli malo» y yo iré de colega comprensivo.

–Coño, Villalpando, a mí siempre me toca hacer de malo, como se entere mi suegra va a pensar que tenía razón cuando no quería que me casara con su hija – bromeó Ortigosa, al que habitualmente le encantaba desempeñar ese papel en los interrogatorios, pese a ser de natural bromista y juerguista.

Las dos cervezas y el bocadillo de lomo con pimientos que se metió entre pecho y espalda el inspector Villalpando no contribuyeron a ponerle de buen humor. Le ocurría siempre que se veía en la necesidad de apretar las tuercas a un pobre desgraciado. Siempre se decía a sí mismo que lo hacía en busca de un bien superior, en este caso descubrir quién había asesinado tan brutalmente al Gallego, pero aún así le repugnaba en cierto modo. Ernesto Villalpando había coqueteado en sus años de estudiante con la izquierda y pertenecía al pequeño contingente de licenciados universitarios que, atraídos por los nuevos vientos que al parecer habían llegado con la recién nacida democracia, había decidido implicarse en la construcción de esos nuevos tiempos ingresando en la policía, pero a su pesar las cosas no habían cambiado tanto en ese oficio, ni siquiera ahora que gobernaban los socialistas. Al final iban a tener razón los veteranos que le decían que un policía era por encima de todo un policía, gobernara Franco, Felipe González o el mismísimo Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

–Los políticos pueden hacer todos los discursos que quieran –solían decirle–, pero a la hora de la verdad todos, y cuando digo todos me refiero a todos, sean del partido que sean, nos necesitan y echan mano de nosotros.

Tenían razón, por supuesto, pero a él eso no le hacía muy feliz. Mientras se dirigían de vuelta a la comisaría miró a su compañero Ortigosa, un buen tipo y un excelente compañero, un padre y marido ejemplar, siempre dispuesto a hacer un favor a quien lo necesitara, pero que asumía con total naturalidad que era policía y que, por el hecho de serlo, en ocasiones se veía obligado a hacer cosas que incluso iban en contra de su modo de ser y de su propia naturaleza.

Cuando entraron en la sala de interrogatorios dos ojos profundamente hundidos e inexpresivos se giraron hacia ellos. Estaba claro que el detenido quería preguntarles

por qué se encontraba en esa situación, pero no se atrevía a hacerlo.

–Vaya, vaya –Ortigosa fue el primero en hablar–, así que este es el tipo que se ha cargado al Gallego. Pues la verdad, no parece gran cosa, no creo que tenga ni media hostia –añadió mientras se remangaba la camisa.

–¿Qué? ¿Yo? No, eso no es cierto, oigan, se equivocan, de verdad, yo no tengo nada que ver con la muerte del Gallego –más que miedo, había auténtico pánico en los ojos del detenido mientras hablaba–, se lo juro por lo que más quiero.

–Tú lo que más quieres es la heroína y eso no nos vale como juramento. En realidad no nos vale ninguna cosa, Íñigo, ¿puedo llamarte Íñigo? Tendría que llamarte algo más fuerte, puesto que eres un asesino, pero ya ves, soy un tipo educado, aunque con muy malas pulgas y si hay algo que no me gusta es que me mientan y tú acabas de hacerlo ya que al decirnos que no tenías nada que ver con la muerte del Gallego estabas reconociendo que al menos sabías que el Gallego estaba muerto.

Íñigo Ruiz miró al policía con cara de no entender nada. Seguramente las frases tan largas le superaban, por eso se limitó a repetir que él no había matado al Gallego.

–¿No? En ese caso, ¿cómo justificas que encontráramos tus huellas dactilares junto a su cadáver? –volvió a preguntarle, con expresión triunfal, el subinspector Ortigosa.

–Yo, yo, no lo sé, de verdad –titubeó el detenido–, yo solo...

–No lo mataste pero estuviste allí, ¿no es así? –el suave tono de voz elegido por Villalpando para interrumpirle ratificaba su papel de «poli bueno»–. Venga, cuéntanoslo todo, es el único medio que tienes para salir libre de aquí. Yo sé que no le has matado, te creo, pero tienes todo en tu contra, así que lo mejor será que hables claro. Estuviste con el Gallego el día en que lo mataron, ¿no?

–No, no, quiero decir sí, pero...

–Pero qué –le apremió con tono hosco Ortigosa.

–Cuando llegamos, un colega y yo, ya estaba muerto, de verdad. Joder, era algo horrible, le habían dado de hostias hasta en el carné de identidad, era una pasada, de verdad, había sangre por todos lados. Pero nosotros no fuimos, solo nos encontramos con el muerto, de verdad.

–¿Y por qué no llamaste a la policía? –volvió a preguntar suavemente Villalpando, aunque conocía perfectamente la respuesta.

–¿Para que nos hicieran comer ese marrón? Joder, estábamos con el síndrome, tíos, habíamos ido al antro del Gallego a buscar unas papelinas, no a meternos en problemas, así que cogimos lo nuestro y salimos de allí cagando melodías. De todos modos no fue mucho lo que nos llevamos, se ve que ya lo había vendido casi todo.

–Por lo que dices –volvió a intervenir Villalpando–, aunque ya estaba muerto aún había costo en su poder.

–Sí, así es, no mucho, pero suficiente para pasar un par de días sin agobios. La verdad es que no estuvo mal, ya que nos salió la cosa gratis –contestó Íñigo Ruiz, casi sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, con una indiferencia por la muerte del

Gallego que en realidad era un trasunto de la indiferencia por su propia vida.

–¿Para dos días? Eso son unos cuantos talegos –dijo Ortigosa–, seguramente mucho más de lo que tienes en estos momentos en los bolsillos.

El detenido se encogió de hombros en lugar de contestar. Los tres hombres que estaban en la sala de interrogatorios sabían cuál era el único sistema con el que podía ganarse la vida, pero no era eso lo que le había llevado hasta allí, así que no merecía la pena contestar, ni se lo pidieron.

Villalpando y Ortigosa se miraron y, sin decir palabra, ambos salieron de la sala de interrogatorios.

–No le ha matado él –dijo Villalpando.

–No, tienes razón, habrá que buscar por otro sitio. ¿Qué hacemos con el detenido, le soltamos ya?

–No corre prisa, antes quiero hacerle algunas preguntas más.

Cuando volvieron junto a Íñigo Ruiz el joven yonqui estaba aún mucho más nervioso que antes, se pasaba la lengua por los labios, como si estuviese deshidratado y sus ojos no dejaban de moverse incesantemente, de izquierda a derecha.

–Escúchame bien –le dijo Villalpando–, creo que me has dicho la verdad, pero según cómo contestes a las próximas preguntas te dejaremos salir de aquí o no. ¿Lo has comprendido?

–Sí, sí, lo comprendo, lo comprendo, pero por favor, sáqueme de aquí cuanto antes, estoy jodido, muy jodido.

–Ahora que ha fallecido el Gallego, ¿quién ocupa su lugar?

–¿Cómo que quién ocupa su lugar?

–Quién se ha quedado con su clientela, quién os suministra ahora, ¿hay alguien que le haya sustituido y que os conociera a todos o habéis tenido que buscaros la vida?

–No, no, el Gallego tenía un colega, no sé su nombre, pero le llaman el Chanclas porque siempre, aunque llueva o nieve, va así vestido, que compartía con él muchas cosas y bueno, es él quien ahora lo lleva todo, pero ¡joder!, está claro, es ese hijo de puta el que se lo ha cargado, para quedarse con el negocio. ¡Será cabrón el tío!

Tras poner a Íñigo Ruiz en libertad, Ortigosa y Villalpando revisaron los archivos de la comisaría. A los dos les sonaba el apodo del Chanclas, un tal Gerardo Bermejo que estaba tan colgado, o más que el Gallego, pero desgraciadamente no se habían hallado sus huellas en el lugar del crimen y las indagaciones que se hicieron durante los días siguientes solo sirvieron para comprobar que, una vez fijada por el médico forense la hora del fallecimiento, el Chanclas contaba con una sólida cortada. Pese a ello Villalpando decidió cruzar unas cuantas palabras con él.

Gerardo Bermejo se había instalado en Deusto, en la misma nave industrial en la que había montado su asesinado colega su chiringuito de venta de drogas. Al fin y al cabo la policía ya había retirado sus efectivos y los clientes estaban acostumbrados a acudir hasta allí en busca de sus dosis. Lo que no les gustaba nada, ni a clientes ni a

proveedores, era que la pasma interfiriera en sus asuntos, por eso cuando apareció el inspector, pese a que no se había identificado como policía, la desbandada fue general, de repente todo el mundo tenía otros negocios más importantes que atender.

–¡Joder, tío!, que me estás espantando a la clientela.

–Ni soy tu tío ni el negocio que tienes aquí es precisamente legal, así que no te pongas chulo conmigo o te caerán más hostias que las papelinas que puedes llegar a vender en un mes.

–Vale, vale, no hay que ponerse así –levantó el Chancas las manos en gesto conciliador–. ¿A que vienes, a por tu parte? Porque te aviso que llegas tarde, se te han adelantado otros compañeros.

–¿Quiénes?

–Vamos, hombre, tú no estás bien de la azotea, si eso es lo que quieres saber lo tienes crudo. Y no me amenes con hostiarme, no me haría ni puta gracia, pero puedo aguantarlo, tus compañeros me harían algo peor.

Villalpando era plenamente consciente de que algunos de sus compañeros hacían la vista gorda en casos como ese y en el fondo no podía reprochárselo. ¿En que se diferenciaban los que protegían a los camellos a cambio de dinero de quienes, como él, lo hacían para conseguir confidentes? De hecho ambas cosas solían estar mezcladas, no era su caso, pero sabía que era extremadamente difícil luchar contra una costumbre tan arraigada.

–Me olvidaré de ese tema –dijo finalmente–, si tú me hablas del Gallego.

–¿Del Gallego? ¿Qué pasa con el Gallego?

–Vaya, debes ser el único que no sabe aún que el Gallego la ha palmado, y de mala manera además. Y eso que tú eres su heredero.

–Oiga, no es eso, sí que sabía lo del Gallego, pero no sé nada de su muerte, no tengo nada que ver con eso.

–Pero te ha venido muy bien, como te he dicho antes, has heredado su negocio.

–¿Sí?, pues si quiere se lo cambio por el suyo, no te jode, ni que yo fuera el hijo de Onassis. Oiga, dígame de una puta vez lo que quiere. Le juro que le contestaré todo lo que sepa si a cambio de eso me deja en paz y se va de una puta vez.

–De acuerdo, pero me tendrás que decir la verdad.

–¡Joder!, ya le he dicho que sí. Dispare, coño.

–¿Sabes si el Gallego recibió algún tipo de amenazas? ¿En algún momento dejó de pagar, acaso, a sus proveedores?

–No, era un infeliz, pero cumplidor, sobre todo por la cuenta que le traía, hay cosas con las que no se juega. Si no fuera así yo también estaría acabado, porque éramos colegas, eso ya lo sabe usted. En cuanto a lo de las amenazas, que yo sepa no. Ya sabe cómo es la gente en este negocio, y siempre hay broncas, pero vamos, nada serio.

–¿Y qué puedes decirme de clientes descontentos?

–Pero ¿qué cojones se cree que es esto, el Corte Inglés, que si el cliente no está

contento devuelve lo que ha comprado y le dan otra vez su dinero? Claro que la basca está descontenta, cómo no va a estarlo, se pasan todo el puto día protestando, que si no tienen ni pá comer y a ver si les fiamos, que la papelina cada vez está más cara, que si la calidad ha bajado, pero bueno, con no hacerles ni puñetero caso se acabó el rollo, al que tiene pasta se le vende y al que no, que se joda o se busque la vida, como hacemos todos.

—¿No hubo nada especial en los últimos días? Ya me has dicho que no se sentía amenazado, pero ¿no tenía algún tipo de miedo, algún presentimiento extraño?

—¿Presentimientos extraños? Me da que aquí el único extraño es usted, aunque bueno, sí que hubo algo, pero no puede tener nada que ver con su muerte, salvo que crea en fantasmas, porque el gachó está ya muerto.

—Explícame eso.

—Bueno, se trata de un tío que le pidió heroína en mal estado, como lo oye, heroína en mal estado. El gachó estaba pirado y quería suicidarse, pero no tenía las agallas necesarias para cortarse las venas de un tajo o tirarse a la ría. Al Gallego al principio no le hizo ni puta gracia, porque que se muera la gente no es bueno para el negocio, pero qué coño, el cabrón pagó bien así que le dio lo que le pidió, además, si alguien quiere palmarla, está en su derecho, ¿no?

Ernesto Villalpando no se sentía con ganas de discutir acerca de la eutanasia, por lo que se limitó a asentir con la cabeza y preguntarle quién era el suicida. Volvía a tener un presentimiento y le pareció que merecía la pena explotarlo a fondo.

—No sé, creo que le llamaban Andoni, Antonio en euskera —le tradujo convencido de que la inmensa mayoría, si no la totalidad, de los policías destinados en Euskadi habían nacido fuera de territorio vasco—, aunque a veces, sobre todo cuando estaba nervioso, le salía un curioso deje gallego.

Unos pocos días fueron suficientes para que Ernesto Villalpando llegara a saber hasta la talla de calzoncillos que gastaba el tal Andoni. Se llamaba en realidad Antonio Ferreira y había nacido en Bilbao, ciudad en la que residió durante veinticuatro años, justo hasta el mismo día en que falleció a consecuencia de una sobredosis. Durante más de ocho años estuvo enganchado al caballo y aunque tuvo una pequeña temporada en la que permaneció limpio, no tardó demasiado en volver a darle a la aguja, coincidiendo con su vuelta a las listas de desempleados. La historia de siempre, suspiró el inspector mientras releía concienzudamente su historial.

Sus padres habían fallecido hacía ya varios años y vivía en Rekalde, con su único hermano, que era mayor que él. El hermano, que se llamaba José Luis Ferreira aunque era más conocido como Koldo, estaba también fichado, pero sus motivos no tenían nada que ver con los de Andoni. A Koldo Ferreira nunca le detuvieron los agentes destinados en Estupefacientes sino los de la BPS, la temida Brigada Político Social, debido a sus actividades como líder sindical y militante izquierdista. Por los informes que había sobre su persona, no se le conocía ningún tipo de aficiones especiales y tampoco estaba casado ni tenía novia. Se trataba, claramente, del perfil

del militante entregado a la causa, casi un sacerdote de la religión del movimiento obrero. Entregado a la causa, y ¿entregado también a su hermano?

Encajaba con el perfil, un hombre honesto, serio, luchador, que de repente se encuentra a cargo de un hermano pequeño que tiene problemas de drogadicción. Estaba claro que había luchado por él, la estancia en centros de desintoxicación que seguramente habían sido costeados de su bolsillo así lo indicaba y, de repente, el hermano pequeño, su único hermano, se inyecta una mierda que acaba conduciéndole a la muerte. Parecía lógico que algo se rompiera dentro de él.

Lo bueno de que Koldo estuviera fichado era que tenía a su disposición sus huellas dactilares. Un simple cotejo ocular, era tan evidente que no necesitó realizar pruebas adicionales, le confirmó que se correspondían con parte de las encontradas en el cuerpo y la ropa del Gallego. ¡Ya te tengo!, dijo para sí, pero sin la alegría que habitualmente le producía resolver un caso. En el fondo se sentía muy cerca de su presa y lamentaba tener que detenerlo. Se preguntó si debía informar a Pareja de los resultados de la investigación, pero decidió que de momento no era necesario. Ferreira podía ser comunista, trotskista o maoísta, pero no era un terrorista. Por lo menos, ya que había que detenerle, mejor que lo hicieran él sus hombres y no el subinspector Pareja. Era lo menos que podía hacer con alguien con quien, en otras circunstancias, seguramente hubiera congeniado.

A los policías, aunque sean amigos y de confianza, no se les puede contar todo. Lo sé porque yo en otro tiempo, parece incluso que en otra vida, lo fui. Confiaba en González, sabía que por encima de todo era leal a Eneko, y con él tiempo él y yo también habíamos llegado a estrechar ciertos lazos de amistad, pero decirle que había matado a un hombre y hecho desaparecer su cadáver no me pareció lo más oportuno, así que me limité a contarle que un tipo había intentado penetrar en la habitación de nuestro común amigo y yo se lo impedí, pero no fui capaz de retenerle.

–¿No fuiste capaz de retenerle? –me preguntó en un tono un tanto escéptico.

–No, lo siento, se ve que me pilló en un momento de fatiga y no supe manejar bien la situación.

–Entiendo –dijo González, y me dio la impresión de que, en efecto, lo entendía perfectamente–. ¿Pudiste reconocer al agresor, te sonaba su cara de algo?

–No, era un auténtico desconocido para mí; no obstante, creo que tenemos una posibilidad, quizás remota, de identificarle. Aquí, en este pañuelo, tengo restos de su saliva y su mucosa bucal, quizás con ello podamos saber de quién se trata, en el caso de estar fichado.

Antes de que Antonio Jiménez Borja, el gitano, se hiciera cargo del cadáver, había tenido la idea de hacerme con esos restos. Explicarle a González cómo los había conseguido podría resultar embarazoso, pero era un tipo inteligente así que no me hizo ninguna pregunta, seguramente porque sabía que no iba a tener más remedio que mentirle.

–De acuerdo –se limitó a decirme–, haré lo que pueda con ello, pero no puedo prometerte resultados en poco tiempo, sobre todo no siendo un asunto oficial.

Asentí en silencio. Hacía tiempo que los archivos de ADN de la Policía Nacional y la Guardia Civil se habían unificado y, pese a las desavenencias y recelos que suele haber entre los diversos cuerpos, esos datos también estaban disponibles para las diferentes policías autonómicas, pero estas no tenían prioridad. Cuando yo abandoné la Ertzaintza la base de datos única contaba con unos cuarenta y cinco mil perfiles genéticos, de los que solo unos seis mil estaban correctamente identificados, pero supongo que en ese tiempo esos números habrían ido subiendo, por lo que quizás el hombre que había intentado matar a Eneko estuviese incluido en ese archivo. El problema era conseguir la información que necesitábamos en el más corto lapso de tiempo posible, y aunque lo que dije me sonó a las palabras pronunciadas por el malo en una película americana que transcurre en una república bananera, no pude evitar preguntarle si no había algún medio de agilizar la comprobación. La mirada que me echó González me indicó que había metido la pata hasta el fondo, pero no me sentí culpable por ello. No se trataba de corromper a nadie ni de buscar un beneficio espurio, sino de averiguar quién intentaba acabar con la vida de nuestro amigo para poder protegerle mejor, y así se lo hice saber.

–Sí, tienes razón, en el fondo estoy de acuerdo contigo, pero joder, esto de tener que actuar fuera de los cauces oficiales, no sé, no acaba de gustarme del todo tampoco. Aunque quién sabe, quizás no haya que llegar a esos extremos, hay un comisario adscrito a esa base de datos que colaboró en un asunto muy delicado con el propio Eneko y se hicieron muy amigos, quizás él pueda echarnos un cable. No te prometo nada, pero lo intentaré.

Cuando nos despedimos me dijo que sabía que no se lo había contado todo, pero que lo comprendía.

–En el fondo casi te lo agradezco, ya sabes que tengo las manos atadas, así que no me queda más remedio que permitirte que hagas las cosas a tu modo. No te puedes ni imaginar cómo es eso de sentirse impotente cuando uno de tus compañeros, que además es un buen amigo y un buen tío, está en peligro. O quizás sí, seguro que sí, que puedes imaginártelo. En fin, cuéntame tan solo lo que creas conveniente que yo fingiré que te creo y ya lo sabes, puedes contar con que intentaré apoyarte en lo que pueda, pero desde las sombras, nunca oficialmente, así están las cosas.

Sí, así estaban las cosas, no me quedó más remedio que admitir mientras, tras despedirme de él, llamaba desde mi coche por el móvil, en una flagrante violación de las normas de tráfico, a la prisión de Basauri. Por lo que me había dicho González, Eneko no llevaba en esos momentos ningún caso que le obligara a ir a la prisión, o por lo menos no les constaba en la comisaría, así que lo mejor sería hablar directamente con algún funcionario de prisiones que pudiera estar al tanto de todo. Por ejemplo, con el Relojero. Un tipo muy peculiar al que llamaban de ese modo no porque le gustara arreglar o fabricar relojes, sino por su afición a coleccionarlos. Además los que más le gustaban eran esos relojes baratos, pero de gran tamaño y cuanto más llamativos mejor, que se pueden comprar en un bazar chino por unos pocos euros. Se decía que su colección estaba compuesta por dos mil piezas o más. Quién sabe, quizás con un poco de *marketing* podría algún día colársela al Museo Guggenheim y vendérsela como una muestra de artesanía minimalista occidental. Pero lo importante del Relojero no eran sus aficiones, por estrambóticas que pareciesen, sino su posición dentro de ese pequeño mundo que conforma una prisión.

Aunque oficialmente se encontraba en lo más bajo del escalafón administrativo, controlaba todas las sustancias legales e ilegales que circulaban por la prisión, con la aquiescencia de las autoridades policiales y penitenciarias para las que era mucho mejor que alguien con experiencia y cierto sentido de la medida estuviera al mando de ese mundo subterráneo que inevitablemente se crea en todos los centros penitenciarios, que no algún delincuente endurecido o un funcionario aún más endurecido y corrupto. Gracias al Relojero se mantenía un estatus conveniente para todo el mundo y él, por supuesto, sacaba también su tajada. Eneko era, precisamente, uno de los policías con los que mantenía una muy buena relación y gracias a eso puedo decir que yo estoy vivo. Fue el Relojero quien, cuando estuve ingresado en Basauri y a petición de mi viejo compañero, se encargó de mi protección,

encomendándosela personalmente a Antonio Jiménez Borja, y era él también el único que podría explicarme, si le apetecía hacerlo, ya que gran parte del respeto que todo el mundo le tenía se debía a que callaba más de lo que hablaba, cuál era el motivo de que Eneko Goirizelaia se encontrara junto a las puertas de la prisión el día que fue tiroteado.

Tras mucho insistirle accedió a entrevistarse conmigo, pero dentro de los muros de la prisión. Teóricamente hubiese sido más discreto citarnos en cualquier otro rincón de la ciudad, ajenos a las miradas de terceras personas, pero al Relojero no le preocupaba que le vieran conmigo, estaba por encima de esos convencionalismos y en la prisión estábamos en su elemento, en cualquier momento podía acabar nuestra charla alegando cualquier pretexto acerca del servicio, o sin alegar ninguno, a su entera conveniencia.

Tras pasé la puerta del centro penitenciario con cierta aprensión, sabía que iba de visita, es cierto, pero quien ha estado recluido dentro de sus muros conserva en la memoria un cúmulo de experiencias y sensaciones que es imposible no rememorar cuando por alguna circunstancia tiene que volver. Quizás por eso, o porque era un perfecto anfitrión, el Relojero me ofreció una cerveza bien fresca que me bebí casi de un trago.

–He sentido mucho lo de Goirizelaia –me dijo antes de entrar en materia, y por su aspecto de aflicción daba la impresión de que era sincero–. Es un buen tipo. ¿Cómo se encuentra?

–Mal, muy mal, dudo que sobreviva –le contesté. No era cierto, aún estaba en coma, debatiéndose entre la vida y la muerte y los médicos empezaban a darnos una leve esperanza de que saliera adelante, pero a mí también me gusta guardarme cosas cuando estoy delante de tíos como el Relojero.

–Lo siento, de verdad que lo siento –repetió–. En fin, son los gajes del oficio, los que vivimos rodeados de delincuentes estamos siempre expuestos a este tipo de peligros.

Estuve a punto de contestarle que corría menos peligro que el Presidente de los Estados Unidos en el interior de la Casa Blanca, pero opté por callarme mientras me preguntaba qué podía hacer él por mí.

–Aunque como ya te imaginarás, no tengo ni idea de por qué han disparado contra tu amigo –añadió, poniéndose la venda antes de que se produjera la herida.

–Sí, lo supongo, pero el caso es que fue tiroteado cuando se encontraba en las afueras del centro penitenciario. ¿Sabes por qué se había acercado hasta aquí?

–No tengo ni idea. En ningún momento se puso en contacto con nosotros para avisarnos de que quería entrevistarse con algún preso. Es cierto que en ocasiones no nos anunciaba su visita de antemano, aunque si era factible arreglarle una entrevista inesperada lo hacíamos, pero en este caso no puedo decirte si quería hablar con alguien o no, le dispararon antes de que entrara, en el caso de que su intención hubiese sido entrar en el recinto.

–¿Sabes si en los últimos meses se acercó en alguna ocasión para interrogar o simplemente charlar con algunos de los reclusos?

–No, no lo hizo. Mejor dicho, sí, pero vino para hablar con un tío que salió ya hace un par de meses, tras cumplir su condena, así que por ese lado no hay nada que rascar. Por si acaso te he copiado sus datos, de todos modos, por si te interesa comprobarlo –mientras hablaba me dio una hoja impresa con la ficha del exrecluso, en la que no aparecía el membrete de la prisión–, pero dudo mucho que te sean de utilidad. De todos modos –añadió–, he hablado con algunos de tus excompañeros y me han dicho que la hipótesis más probable es la del accidente, por lo que me contaron el bueno de Goirizelaia se encontró ese día en el sitio equivocado a la hora más inconveniente, ya que a por quien iban los asesinos era a por uno de los prisioneros que en esos momentos estaba siendo liberado.

–Koldo Ferreira –dije.

–Sí, así se llamaba, si no recuerdo mal. Un preso modélico, las cosas como son, pero nunca se sabe lo que puede pasar, y menos en este mundo –finalizó filosóficamente.

–¿Tú crees en las coincidencias, Agustín? –delante de él nunca le llamábamos por su apodo sino por su nombre de pila.

El Relojero se encogió de hombros, como si esa fuera una pregunta a la que no merecía la pena responder.

–Háblame de Koldo Ferreira.

–¿De Koldo Ferreira? ¿Para qué?

–No me toques los cojones, Agustín, ¿tengo que explicártelo?

–No, no tienes que explicarme nada –su voz sonaba irritada y por unos momentos temí que diera por finiquitada la conversación, pero quizás apreciara de verdad a Eneko y quería ayudarme en lo posible, así que continuó hablando–. Sé a lo que te refieres, de ahí viene tu anterior pregunta sobre si creo en las coincidencias, pero es que no tiene ningún sentido. Koldo Ferreira fue militante de ETA en la época conocida como los años de plomo, y estaba condenado por varios asesinatos así como por pertenencia a banda armada, pero que yo sepa tu amigo nunca estuvo destinado en involucrado en ese tipo de asuntos. Y si quieres saberlo también, en ningún momento estuvieron en contacto. Lo comprobé poco después de que me llamaras.

–¿Por qué se encontraba Ferreira aquí? Por lo que sé, se trataba de un preso con una larga condena, al que se le había aplicado la doctrina Parot.

El Relojero volvió a encogerse de hombros antes de decirme que él era un simple funcionario de prisiones al que no solían darle muchas explicaciones.

–Si desde la Dirección General se decide que un recluso que está en otro centro penitenciario sea trasladado hasta aquí, nos limitamos a proporcionarle una cómoda y acogedora *suite*, sin hacer ningún tipo de preguntas. Tú, como yo, sabes perfectamente lo que significa tener un superior jerárquico, donde manda patrón no manda marinero.

–¿Se relacionaba Ferreira con el resto de los reclusos?

–No demasiado, era un tipo muy reservado que no se relacionaba especialmente con nadie. Puedo confirmarte, porque también lo he comprobado al imaginarme que querías saberlo –sonrió satisfecho, como el estudiante que ha resuelto en la pizarra un complicado problema de Matemáticas–, que desde que le trasladaron a Basauri no recibió ninguna visita, ni siquiera de su abogado.

–¿Y no había ninguno con el que tuviera más relación que con los demás?

–No, ni siquiera con sus compañeros de celda. En cuanto podían nos decían que les trasladáramos a otra, no porque les molestara ni fuese violento, pero a todos les ponía muy nerviosos su impasibilidad, bueno, ya te puedes imaginar que no lo expresaban con estas palabras, la mayoría no tienen un nivel cultural muy alto, esto es la prisión, no la Real Academia de la Lengua, en fin, me estoy yendo por las ramas, lo que solían decir era que les ponía muy nerviosos su frialdad, sobre todo cuando les miraba con unos ojos que parecían estar viendo algo muy lejano, más allá de las paredes.

–¿Tampoco se beneficiaba de su derecho al vis a vis?

–La verdad es que no. Jamás vino ninguna mujer a estar con él. Eso incluso le creó al principio fama de marica, pero pronto pudieron comprobar que no lo era, sencillamente se trataba de un tipo muy extraño y solitario, sin más.

Me despedí del Relojero y regresé a Bilbao lo más rápido que me lo permitió la carretera, por unos momentos había estado a punto de asfixiarme en el interior del centro penitenciario. Era la primera vez que regresaba a Basauri desde que me excarcelaron y sabía que si seguía ejerciendo mi profesión seguramente tendría que volver en más de una ocasión, pero en esos momentos lo único que deseaba era alejarme de allí para alejar de ese modo también mis fantasmas. Aparqué el coche en la Alhóndiga, donde desde hacía poco tiempo era propietario de una pequeña plaza de garaje y me tomé una cerveza y un pincho de chorizo en La Taskita, muy cerca de la salida del aparcamiento. Eso consiguió calmarme y en el mismo bar empecé a hojear los papeles que me había proporcionado El Relojero.

Eran informes burocráticos y anodinos, tanto sobre Koldo Ferreira como sobre Eladio Marchante, el delincuente liberado hacía dos meses y con el que se había reunido de vez en cuando Eneko. El expreso no era más que un simple raterillo, un chapuzas que de vez en cuando se metía en peleas por su mal carácter. En general su historial se limitaba a broncas motivadas por el alcohol, pequeños hurtos o robos a punta de navaja, agresiones a exnovias aunque sin consecuencias graves, peleas multitudinarias aprovechando eventos deportivos e incluso en un par de ocasiones fue acusado de participar en actuaciones de «kale borroka», si bien lo que le movía a ello no eran sus inexistentes ideas políticas sino el que cualquier excusa le parecía buena para sumarse a un alboroto, pero todo ello no dejaban de ser asuntos menores.

Los motivos por los que le encerraron la última vez eran también francamente nimios. Le imputaron una sucesión de asaltos a tiendas de electrodomésticos y puntos

de compraventa de móviles, pero la condena que recayó sobre él no fue muy grande y prácticamente se compensó con el tiempo que cumplió de prisión provisional. No estaba metido, aparentemente al menos, en asuntos de mayor trascendencia o que requirieran la presencia de un *ertzaina* curtido y experimentado como Eneko Goirizelaia, así que supuse que en realidad ejercía como confidente de mi amigo. De todos modos un confidente, en el interior de una cárcel, solo es útil si necesitas saber cosas que pasan en el interior de esa misma cárcel. Salvo que el supuesto confidente sea alguien con mucha influencia y contactos e incluso estando prisionero vaya llegando a sus oídos el relato de todo lo que ha pasado, está pasando o pasará en las calles, pero si me atenía al informe de Instituciones Penitenciarias el tipejo era un desgraciado, un muerto de hambre que no se correspondía con el perfil del tío que está al tanto de todo. Por si acaso decidí indagar qué era lo que había podido hablar con mi compañero cuando se encontraron en el interior de la prisión, aunque para ello necesitaría la colaboración de la Ertzaintza. Llamé a Ander González, pero me surgió el buzón de voz. Estuve a punto de dejarle el mensaje de que investigara su paradero actual, aunque finalmente opté por ser más prudente y decirle que me llamara cuando tuviera tiempo. Quizás el asunto me estaba volviendo algo paranoico, pero cuando han estado a punto de matar a tu mejor amigo la paranoia está más que justificada.

Aparqué el tema de Eladio Marchante hasta que González me devolviera la llamada y me centré en Koldo Ferreira. Curiosamente era muy poco lo que se decía de él en el informe. Daba la impresión de que hubiera sido un preso modélico, de los que no causan ningún dolor de cabeza a las autoridades penitenciarias, pero eso no casaba con su encuadramiento en las filas de ETA, no porque fueran peores prisioneros que los demás, sino porque consideraban su estancia en la prisión como un frente más de lucha, y por eso me extrañaba que jamás hubiera sido sancionado o expedientado, ya que me costaba creer que no hubiera participado en las actividades y reivindicaciones del colectivo de presos.

En mis tiempos en la Ertzaintza nunca estuve destinado en la unidad de lucha contra el terrorismo, pero un viejo compañero de colegio y también de la Academia, Félix Covaleta, con el que mantenía una relación cordial, pese a no ser íntimos, llevaba trabajando en ese campo desde hacía varios. Conservaba su número de teléfono móvil, de la última cena en la que habíamos coincidido ambos, así que sin salir del bar decidí llamarle.

–¡Aspaldiko^[4], Goiko!, me alegra que me hayas llamado –dijo Covaleta nada más contestar a mi llamada, sin darme tiempo a que le saludara–, aunque te me has adelantado porque iba a hacerlo yo enseguida. Quería decirte que lo siento en el alma, ya sé que es una putada con la ilusión que nos hacía a todos, pero tendremos que posponer la cena que habíamos programada para el próximo miércoles, en el batzoki de Abando. Al final nos ha fallado un montón de colegas, ya sabes, que si el trabajo, que si la familia, que si la abuela fuma..., en fin, como te he dicho, es una auténtica putada, ya lo sé, a ver si podemos arreglarlo y reunirnos pronto. En cuanto sepa algo

te vuelvo a llamar. Discúlpame, pero tengo que colgar, lo siento, es que ando muy liado, el trabajo, como te puedes imaginar, ya hablaremos, agur.

No me dio tiempo a meter baza, ni siquiera dejó de hablar para respirar, pero en esos escasos segundos comprendí lo que estaba ocurriendo. Covaleda y yo no teníamos programada ninguna cena de viejos amigos en el batzoki^[5] de Abando, ni en ningún otro batzoki o restaurante de ningún tipo. Había sido tan solo un aviso de que no podía hablar conmigo. ¿No podía o no quería? Me inclinaba más por lo primero, Covaleda era un buen tío y también un buen amigo de Eneko, así que supuse que, al igual que ocurría con Ander González, estaría atado de pies y manos a la hora de proporcionarme algún tipo de información. Daba la impresión de que alguien, aún no tenía claro si en Vitoria o en Madrid, estaba extremadamente nervioso, pero el saber eso no hacía que yo estuviera tranquilo, precisamente.

Covaleda se despidió diciéndome que en cuanto supiera algo me llamaría. Estaba claro que no se refería a una hipotética cena entre colegas, así que no me quedaba más remedio que confiar en que mi antiguo condiscípulo de los Escolapios y actual miembro de la brigada antiterrorista de la Ertzaintza no estuviera echando balones fuera sino que actuara de buena fe y en cuanto la situación de lo permitiera se pondría en contacto conmigo. Mientras tanto tendría que buscar otro sistema para recabar datos sobre el terrorista muerto, Koldo Ferreira.

Los archivos policiales pueden ser manipulados o guardados bajo siete llaves, pero los avances tecnológicos son imparables, así que decidí regresar a mi domicilio y encender mi portátil. Estaba convenido de que un paseo por Google o Yahoo me proporcionaría los datos suficientes para conocer más a fondo al tal Ferreira. Era curioso, siempre he procurado estar informado, no solo como policía sino, sobre todo, como ciudadano, de lo que ocurría en mi país y lógicamente, y aquí el hecho de ser *ertzaina* sí influía bastante, no me queda más remedio que admitirlo, las actividades de ETA despertaban un interés aún mayor, por eso, pese a no haber pertenecido nunca a la brigada antiterrorista conocía de memoria la vida y milagros de muchos de los etarras, sobre todo los más significados, pero el nombre de Koldo Ferreira me era desconocido por completo hasta que Ander González me informó de las circunstancias que concurrieron en el atentado en el que casi acaban con nuestro compañero Eneko.

Un paseo por Internet me proporcionó algunos datos sobre Ferreira, pero se trataba de una información muy aséptica, hechos delictivos, comandos a los que perteneció, condenas, y no demasiado extensa. Koldo Ferreira, por lo que parece, era un terrorista de perfil bajo, o al menos esa impresión daba, pero cuanto menos información hay sobre una persona más despierta mi curiosidad. Miré la hora, aún no habían dado las siete de la tarde, pero ya había anochecido y el cielo estaba totalmente oscuro y cubierto de espesos nubarrones, como correspondía a una típica tarde de febrero en Bilbao. A pesar de todo quizás Agurtzane se encontrara aún en la redacción del periódico o dando vueltas por ahí, en busca de alguna noticia. Quién

sabe, quizás en recuerdo de los viejos tiempos, o al menos seducida por el señuelo de una futura exclusiva, podría proporcionarme algún dato más sobre Koldo Ferreira.

Agurtzane Iturmendi era hija natural del expresidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco y la conocí cuando acudió hasta mí para que la ayudara a investigar las circunstancias de la muerte de una de sus mejores amigas. Nuestra relación no puede decirse que fuera idílica, pero acabamos respetándonos mutuamente, lo que no es poco. En ese caso incluso fue demasiado, ya que me dejó claro en más de una ocasión que ese mutuo respeto excluía toda posibilidad de contacto físico. Fue un poco decepcionante, pero lo superé, no era la primera vez que me decían algo así y seguramente no sería la última. Llevábamos varios meses sin vernos, pero había podido seguir su carrera gracias a la prensa y o bien había demostrado con creces su valía o bien había arrumbado sus viejos aunque juveniles principios éticos y había aceptado que su poderoso progenitor le echara un cable. Yo me inclinaba a pensar en lo primero, pero en este país nunca se puede estar seguro en este tipo de asuntos, el caso es que en ese período de tiempo había dejado de ser una anónima becaria y la frecuencia con la que su firma aparecía al pie de artículos y reportajes publicados en los periódicos más importantes de la ciudad, había aumentado considerablemente.

Cuando la localicé estaba a punto de salir del periódico, pero tras explicarle lo que necesitaba se ofreció a quedar conmigo para hablar sobre el tema. Ya estaba haciéndome ilusiones cuando añadió que iría acompañada por un colega experto en esos temas.

—Yo no sé apenas nada de ETA, pero el tío es un especialista y seguramente podrá contestar a todas tus preguntas.

Le pregunté si su amigo querría hablar conmigo, sin conocerme y de un modo tan apresurado, pero por lo que deduje de la respuesta de Agurtzane su colega andaba detrás de lo mismo que yo había andado en el pasado, así que por ese lado no había problemas, el curtido periodista delante de Agurtzane se transmutaba en un perrito faldero. Quedamos en vernos en mi domicilio, ya que debido al tema que íbamos a tratar no me parecía prudente debatir sobre él en un bar. Y de paso saquearemos tu nevera y tu despensa, finalizó antes de decirme que estarían conmigo en un plazo de cuarenta y cinco minutos y cortar la comunicación.

No fueron tres cuartos de hora sino una hora completa lo que tardaron en llegar, por lo que me dio tiempo a adecentar un poco el viejo piso heredado de mis padres que había convertido en mi nido de soltero, con todo lo que ello conlleva, sobre todo en el plano del orden y la higiene. Para cuando llegaron seguía siendo un desastre, pero un desastre aceptable. Tras los besos y apretones de manos de rigor y después de preparar las bebidas, para lo que me ayudó Agurtzane, que no tuvo ningún reparo en saquear mi bodega, y algo de picar, ya cómodamente aposentados en el salón de la casa, entramos en materia.

El compañero de Agurtzane, que se llamaba Jon Basabe, era un treintañero enjuto

y con barba, que lucía unas gafas de concha que le daban un aire de intelectual de la década de los ochenta del pasado siglo y solía repetir insistentemente una frase, ¿me entiendes?, a modo de coletilla, que me crispaba los nervios, aunque teniendo en cuenta que había venido voluntariamente para colaborar conmigo procuré que no se notara mi desagrado. Lo que sí parecía evidente era que se moría por los huesos de Agurtzane, pero teniendo en cuenta que eso había redundado en mi beneficio no me mostré celoso, aparte de que no tenía derecho a serlo, pero en ocasiones, cuando pensaba en ella, en fin, son cosas de la vida, de la vida y de lo gilipollas que somos los hombres cuando tenemos una mujer delante de nosotros, no podía evitar sentir una punzada de celos por todo el cuerpo.

De todos modos, en esos momentos lo que más me importaba de Jon Basabe no era su relación con Agurtzane sino que, como periodista, se había especializado en el seguimiento de las noticias generadas por los grupos terroristas.

–No solo de ETA –me afirmó complacido–, afortunadamente poco a poco empezará a ser historia, sino sobre otras amenazas que se ciernen sobre nuestros países. La Yihad Islámica, por ejemplo. Según informaciones procedentes del Mossad...

Le corté lo más amablemente que pude. El terrorismo islámico, como el budista, en el caso de que lo haya, el irlandés o el groenlandés, quién sabe, igual también existe un terrorismo groenlandés y aún no nos hemos enterado porque son muy discretos, es un tema apasionante, no lo pongo en duda, y del que seguramente Basabe podía ilustrarnos profusamente, pero en esos momentos, y teniendo en cuenta que no disponíamos de mucho tiempo –sobre eso no habíamos hablado, pero yo no estaba dispuesto, pese a ser de natural bien agradecido, a darles de beber y comer hasta altas horas de la madrugada–, prefería que fuéramos al grano y me explicara todo lo que sabía sobre un etarra recientemente excarcelado y asesinado el mismo día de su salida de prisión, Koldo Ferreira.

–Sí, claro, Koldo Ferreira, la verdad es que es un caso extraño, muy extraño. De hecho, si no hubiera sido asesinado hace muy poco, cuando por fin recobró la libertad, podría haberme pasado meses, quién sabe si años, sin acordarme de él a la hora de escribir un artículo o reportaje. Para serte sincero, lo tenía totalmente alejado de mi mente.

–¿A qué te refieres con eso de que es un caso extraño?

–Bueno, no sé si conoces la historia de la organización. Como seguramente sabréis –incluyó a Agurtzane en el comentario, al parecer deseaba que estuviera pendiente de sus palabras y de lo mucho que sabía del tema–, ETA nació a causa del descontento de un puñado de jóvenes nacionalistas que creían que el nacionalismo oficial, el representado en el Gobierno Vasco en el exilio, se había adocenado y ya no era un instrumento adecuado para luchar por la democracia y la independencia. De hecho al principio se llamó EKIN que, como seguramente sabréis, en euskera significa actuar, acometer, insistir en la acción. Posteriormente sus militantes fueron

evolucionando a posiciones más izquierdistas, fascinados por la lucha de liberación de Argelia o el castrismo, entre otros movimientos, así como por el bagaje ideológico que les proporcionó Federico Krutwig con su libro «Vasconia», aunque Krutwig, en realidad, militó poco tiempo en ETA y nunca fue un dirigente destacado.

Si seguíamos por ese camino nos arriesgábamos a escuchar una auténtica conferencia sobre el tema, pero no me atrevía a interrumpirle, para que no se enemistara conmigo y cortara su colaboración, estos sabelotodo suelen ser muy picajosos. Afortunadamente Agurtzane captó la llamada de socorro que había en mis ojos y pidió a su compañero que abreviara todo lo que pudiera.

–Por supuesto, Agur, por supuesto –el tío la llamaba Agur, así, en diminutivo, como si fuesen íntimos–, procuraré ir al grano, solo quería hacer una pequeña introducción para que entendiera –aquí se dirigió exclusivamente a mí como queriendo indicar que no dudaba de la capacidad de Agurtzane para entender sus explicaciones, solo de la mía. O quizás no se tratara de eso y yo estuviera creándome películas sin sentido en mi cabeza– lo que os iba a decir. Resumiendo, a lo largo de su historia ETA ha tenido varias escisiones, pero siempre se han originado desde posturas de izquierdas por decirlo de algún modo, instigadas por militantes involucrados en el movimiento obrero o sindical que pensaban que había que potenciar la acción política en detrimento de la militar. Así, por ejemplo, «Komunistak» fue el germen del Movimiento Comunista, dirigentes de la VI Asamblea se integraron en la Liga Comunista Revolucionaria y los polimilis se disolvieron para fundar Euskadiko Ezkerra. Por eso he dicho que el caso de Koldo Ferreira es muy extraño, podría decirse que atípico, porque siguió el camino contrario.

–¿A qué te refieres con eso?

–Koldo Ferreira, como delata su propio apellido, no era de origen vasco sino que procedía de Galicia. Eso, en cierto modo, no es muy extraño, si excluimos los primeros tiempos, en los que sus fundadores provenían en su totalidad de familias nacionalistas, ha sido habitual que muchos hijos de la inmigración se integraran en ETA, uno de los últimos fusilados por el régimen franquista, Txiki Paredes Manot, es un buen ejemplo, aunque no el único. Lo verdaderamente atípico es que para cuando ingresó en ETA ya llevaba varios años de lucha a sus espaldas, en una época extremadamente difícil, como líder sindical, e incluso había militado en la Joven Guardia Roja, la organización juvenil del PTE, el Partido del Trabajo de España, una agrupación maoísta que tuvo cierta importancia en los años de la transición y que no simpatizaba excesivamente con los ideales independentistas aunque en su programa, como en aquellos tiempos ocurría con todos los partidos que se consideraban de izquierdas, defendía teóricamente el derecho de autodeterminación. Quiero decir con esto que Ferreira no era un jovenzuelo exaltado que de repente descubre las virtudes de la lucha por la liberación nacional del pueblo vasco, sino que era un líder obrero que se había formado leyendo textos marxistas y llevaba ya varios años de lucha

sindical y política. No parecía, desde luego, el candidato más idóneo para integrarse en las filas no ya de ETA, sino de cualquier organización armada.

–Entonces, ¿a qué se debió ese repentino y brusco giro en su concepción de la lucha política y en su vida?

Jon Basabe se encogió de hombros antes de contestarme, como diciéndome de antemano que esa, precisamente, era la pregunta del millón.

–¿Quién puede saber por qué alguien toma las decisiones que toma? Ya te he dicho que conociendo su historial no deja de ser sorprendente que acabara en ETA, pero los seres humanos tomamos todos los días decisiones que sorprenden a quienes nos conocen y el mundo sigue girando –además de ser un pedante el periodista se las daba también de filósofo, menuda joya era el pretendiente de Agurtzane–. Hay una coincidencia en el tiempo entre el ingreso de Ferreira en la organización terrorista y los peores momentos de lo que se llamó la batalla de Euskalduna, ya sabes, la lucha de los trabajadores de los astilleros por la continuidad de la empresa y la salvaguarda de sus puestos de trabajo. Ferreira estuvo metido en esa pelea, pero me parecería muy atrevido aventurar que el desencanto que le produjo fue lo que le llevó a dar un paso tan drástico, aunque no se puede descartar de plano. De todos modos los auténticos motivos se los ha llevado a la tumba, lo único que podemos hacer los demás es especular y las especulaciones no suelen ser buenas, ni en este caso ni en otros parecidos.

En eso llevaba razón el plumilla, por interesante que fuese el tema, especular sobre los motivos profundos de Ferreira no nos llevaba a ningún sitio, al menos de momento, por eso decidí cambiar de tercio.

–¿Qué lugar ocupaba Ferreira en la jerarquía de ETA cuando fue detenido?

–No tenía ningún puesto específico, como dirigente, pero era muy respetado por las bases. Todo esto, claro, según los informes policiales, yo nunca tuve la oportunidad de entrevistarme con él. En realidad, como te he dicho varias veces, se trataba de un elemento bastante atípico, por eso, aunque era casi imposible que ascendiera en el organigrama de la banda, no se le trataba como a un militante normal, y sus opiniones solían ser escuchadas con atención. Y cuando se distanció de la organización tampoco tuvo excesivos problemas, en cierto modo era algo esperado y asumido de antemano por sus correligionarios. Por usar una expresión que actualmente se suele aplicar a los políticos que van por libre en su propio partido, Koldo Ferreira era un «verso suelto» dentro de ETA.

–¿Dices que se separó de la organización y pese a todo no sufrió ninguna clase de represalias?

–Así es, en ningún pueblo de Euskadi aparecieron pintadas acusándole de traidor, su fotografía no fue tachada en los carteles de las herriko-tabernas, no fue marginado dentro de la prisión e incluso pudo seguir, por un tiempo, con los mismos abogados que le defendieron cuando fue detenido.

–Sí que parece un caso atípico –no me quedó más remedio que reconocerlo.

–Ya te lo había dicho. Pero aún hay más –sonrió ostensiblemente, aunque su sonrisa no iba dirigida a mí sino a Agurtzane, que parecía escucharle con auténtico interés–, parece como si su entrada en ETA también hubiese sido atípica, es decir, que no pasó a militar en sus filas para conseguir con las armas la independencia de Euskal Herria sino que tenía otro objetivo, diferente y totalmente personal, aunque en algún motivo confluyeron, lo que facilitó la mutua colaboración.

–Ahora sí que me estás dejando descolocado, no puedo entender a qué te refieres –no era un reproche, sino la expresión de mi desconcierto por sus últimas palabras.

–Sí, parece algo difícil de digerir –admitió displicente Jon Basabe–, y en realidad no es más que una hipótesis que yo mismo he establecido, pero creo que se trata de una hipótesis bastante consistente, aunque esté mal que yo lo diga –volvió a mirar a Agurtzane con ojos de carnero degollado y una pizca de orgullo.

»Como seguramente sabrás –se centró nuevamente en el tema– ETA ha tenido diversos objetivos tácticos según los momentos históricos y sus propias conveniencias. Al principio de su historia se centró sobre todo en policías o militares, a los que consideraba enemigos o represores del pueblo vasco, posteriormente se cebó en civiles a los que acusaba de chivatos o colaboradores y en los últimos tiempos se ensañó con militantes, sobre todo concejales de pueblos pequeños, pertenecientes a partidos españolistas. No ha sido algo monolítico, cuando mataban policías no significaba que los políticos estuviesen seguros, y viceversa, pero sí que solía haber cierta pauta en sus actuaciones. Y como quizás recordéis, hubo una época en la que se dedicó a hostigar a elementos que, según sus comunicados al menos, estaban relacionados con el tráfico de drogas. Pues bien, prácticamente casi todas las acciones que se achacaron a Ferreira se produjeron en ese ámbito, era como si se hubiese especializado en atentar contra narcotraficantes. Por poner un ejemplo relacionado con tu propio trabajo –se sonrió zorrunamente al decir esto último–, si ETA fuera la policía, Koldo Ferreira habría sido el inspector jefe de la unidad antidrogas, un inspector jefe tan enamorado de su trabajo que siempre habría rechazado el traslado a puestos más interesantes, como homicidios, por ejemplo, o incluso el ascenso a comisario.

La metáfora no dejaba de ser curiosa, aunque suficientemente expresiva, pero Basabe había dejado en el aire una duda que me parecía importante aclarar.

–Antes has dicho que prácticamente casi todas las acciones que se achacaron a Ferreira fueron atentados dirigidos contra supuestos traficantes de drogas. Casi todas –dejé sin acabar la frase porque los dos sabíamos a qué me estaba refiriendo.

–Sí, así es –admitió inquieto, tras una leve vacilación–, ese es el único punto negro en mi hipótesis, aunque se trató solo de un caso. La última acción en la que intervino, y de hecho la única por la que le condenaron, no fue el asesinato de un traficante de drogas sino el de un policía. En los demás casos nunca se aportaron pruebas materiales lo suficientemente consistentes como para condenarle en un juicio.

En otro momento le hubiera respondido que eso era pura coincidencia, para un terrorista matar concejales, policías, periodistas o narcotraficantes era lo mismo, se trataba simplemente de una cuestión de oportunidad y de valorar riesgos y beneficios, pero había empezado a creer a Basabe cuando me decía que Ferreira era un terrorista atípico con unas pautas de conducta muy personales. De todos modos no fui yo sino Agurtzane quien decidió intervenir por primera vez en la charla con una pregunta, por lo demás, bastante lógica.

—¿Y no podría ocurrir que ese policía hubiese sido, además, cómplice o parte activa en el tráfico de drogas? No sería el primer policía corrupto de la historia.

Jon Basabe la miró con el aspecto de estar pensando «qué lista es mi chica, además de ser guapa y estar buenísima tiene cerebro», pero se limitó a decirle que seguramente estaba en lo cierto.

—Sí, parecería lo más lógico, pero de todos modos no se puede afirmar taxativamente. Nunca se le encontraron relaciones con el tráfico de drogas, aunque de haberlas habido quizás se hubiesen negado. Tened en cuenta que estamos hablando de una víctima de ETA, ni sus compañeros, ni los dirigentes políticos ni la propia prensa hubiesen permitido que se manchara su nombre, así que nunca sabremos si al matar a ese policía Ferreira rompió o no su regla de atentar exclusivamente contra traficantes. Lo único que sí podemos decir sin equivocarnos es que fue el único policía que asesinó y la causa de que le procesaran y condenaran. Lo demás, quizás tenga que aclarárnoslo el señor detective —me hizo una reverencia, como si fuera el mismísimo D'Artagnan delante de la reina de Francia, aunque más que respeto destilaba ironía.

Cuando se despidieron me quedé con la sensación de haber recibido mucha información, pero de escasa utilidad, al menos de momento. Sobre todo seguía sin saber qué era lo que relacionaba a Ferreira con Eneko, porque cada vez estaba más convencido, aunque no tenía ninguna prueba de ello salvo mi instinto policial, que entre los dos había algún tipo de conexión. De todos modos no tuve mucho tiempo para pensar en ello porque, muy poco después de que mis invitados se fueran, aparecieron otros no tan deseados.

En cuanto les vi pensé que se trataba de algo parecido a lo del día de la marmota, pues la situación se repetía. Quienes llamaron a mi puerta eran los dos *ertzainas* que en el pasado me detuvieron por orden del juez Bourget Morán, antes de que este decretara mi ingreso en la prisión de Basauri. Para ellos, como para mí en circunstancias similares, lo reconozco, no se trataba más que de trabajo, lo que de verdad me jodió fue que disfrutaron como lo que eran, como un par de hijos de puta, cuando tuvieron que cumplir la orden que les dio el juez. Y cuando por fin fui exonerado de todos los cargos y convenientemente rehabilitado, fueron los únicos que, al menos públicamente, mostraron su desagrado, aunque eso sí, no se atrevieron a hacerlo en mi presencia, los muy cabrones. Y ahora de nuevo llamaban los dos a mi puerta, un tiparraco moreno y alto que llevaba una ostentosa cadena de oro al cuello, como uno de esos macarras de las películas de los años sesenta, y otro algo más bajo

y rubio al que en el reparto no le habían concedido la capacidad de reír, ni siquiera de sonreír. Hacía más de un año que me había olvidado definitivamente hasta de que existían, pero ellos al parecer no se aún se acordaban de mí.

–¿Se puede saber qué cojones queréis? –si en algún momento de mi vida he intentado ser bien educado y conciliador, no era ese precisamente–. Ya sabéis, y si no tendríais que imaginároslo, que no sois bienvenidos en esta casa.

–Da igual, no se trata de una visita social –dijo el más bajo de los dos, el rubio–. Y si a ti te desagrada vernos, a nosotros el tener que venir a hablar contigo nos jode más que unas almorranas, así que cuanto antes acabemos mejor. Déjanos pasar, te conviene.

–Ah, ¿sí? ¿Por qué?

–Supongo que no querrás que armemos un escándalo aquí fuera, en el descansillo –sonrió irónico el que tenía pinta de macarra–, qué pensarían los vecinos.

–Mis vecinos tienen de mí una opinión aún peor que la que yo tengo de vosotros, así que como comprenderéis me la trae floja el que arméis o no un escándalo público. Supongo que no traéis una orden, pero de todos modos os dejaré pasar, hace tiempo que no voy al circo y el tener payasos a domicilio, qué queréis que os diga, hasta me hace ilusión. Pero con una condición, acabo de limpiar el piso y encerar el suelo, así que tendréis que descalzaros si queréis entrar.

–Déjate de hostias y entremos –contestó en tono irritado el rubio, intentando apartarme, pero lo único que consiguió es que chocáramos físicamente. Cuando vio que le obstaculizaba el paso volvió a bramar–. Te he dicho que te dejes de hostias, será mejor para ti que colabores.

–Y estoy colaborando, ya os he dicho que por mí no hay inconveniente en que entréis, pero si cumplís mis condiciones. ¿O acaso habéis traído una orden judicial?

–¿La necesitamos? –me preguntó desafiante.

–Sí queréis entrar por cojones, sí.

Quizás fueran dos impresentables, bueno, sin quizás, eran dos impresentables y posiblemente algo peor, pero no dejaban de ser dos policías con experiencia así que no les quedó más remedio que plegarse a mis exigencias y ambos se descalzaron antes de entrar. Su talante no mejoró cuando se percataron de que todo era un embuste y que el suelo hacía años que desconocía lo que era la cera.

–Poneos cómodos, chicos, y podéis volver a calzaros –les dije–. En realidad solo quería comprobar si teníais algún roto en los calcetines y ya he visto que sí. Tendríais que cuidar esas cosas, nunca se sabe lo que puede pasar, ¿no os lo decían vuestras madres?

–Qué, ¿ya estás contento? –me dijo el rubio con cara de mala hostia–, ¿podemos empezar ahora que has demostrado que rebotas ingenio? –quiso ser irónico, pero no podía evitar el que se le notara el cabreo.

–Pues no sé si podéis empezar, ni siquiera sé por qué estáis aquí.

–¿No te lo imaginas, tío listo? –volvió a hablar el rubio.

–Tengo mucha imaginación, pero no se me ocurre ningún motivo para que dos gilipollas como vosotros aporreen mi puerta y entren en mi casa –sabía que nunca íbamos a ser buenos amigos, así que no encontré ningún motivo, salvo el de la prudencia, y habitualmente esa virtud me era desconocida, para morderme la lengua.

–Nos decepcionas, Goiko –intervino por primera vez el macarra–, creíamos que eras más listo. Es más, creíamos que te preocupabas de verdad por tu amigo Eneko Gorizelaia.

Si pensaban que al escuchar ese nombre iba a bajar la guardia, se equivocaban de parte a parte. En realidad, teniendo en cuenta que en los últimos tiempos no había violado a ninguna ancianita, no había atracado ninguna gasolinera, ni había desfalcado las arcas de ningún banco, el único interés que podían tener esos imbéciles en mi persona tenía que deberse, precisamente, a mi relación con Eneko, pero de todos modos opté por hacerme el tonto.

–¿Habláis de Eneko? ¿Qué tiene que ver Eneko con vuestra agradable, aunque inesperada, visita?

–No te hagas el tonto de nuevo, Goiko. Queremos saber dónde está Eneko.

–¿Que dónde está Eneko? Pues dónde va a estar, en el hospital de Cruces, ¿no?

–Pero bueno, ¿acaso te crees que nos chupamos el dedo? –estalló totalmente indignado el rubio–. Sabemos que ya no está en Cruces y que tú te has encargado de su traslado. Te avisamos, Goiko, el secuestro es un delito muy grave.

–Vosotros estáis mal de la cabeza, chicos, o quizás simplemente lo que estáis es muy mal informados. ¿Acaso estaba detenido Eneko Goirizelaia por algún delito? Que yo sepa no. ¿Se le puso protección, pese a haber sufrido un atentado? Que yo sepa, tampoco. Estamos hablando, por tanto, de un ciudadano ingresado en un hospital al que su familia ha decidido trasladar a otro centro sanitario pensando que allí estará mejor atendido y que por discreción y respeto a su intimidad prefiere, de momento, no desvelar dónde se encuentra. Y sí, sois muy astutos, habéis acertado al suponer que yo he intervenido en el traslado, pero en todo caso corresponde a sus familiares decirnos, si lo desean y confían lo suficiente en vosotros, cosa que dudo, dónde le han ingresado. Pero de momento más os vale no molestarles, no sería inteligente aunque, claro, vosotros estáis especializaos en acciones poco inteligentes.

–Tienes que decirnos dónde está –insistió el moreno–, Eneko es testigo de un asesinato.

–Ah, ¿sí? ¿Y ahora os dais cuenta? ¿Dónde estabais cuando se decidió que no merecía la pena ponerle protección? ¿Y desde cuándo estáis destinados en la brigada antiterrorista? ¿Ahora reclutan paletos como vosotros?

–No nos toques los cojones, Goiko, no nos toques los cojones –volvió a explotar el rubio.

–No me los toquéis vosotros a mí. Ya os he dicho que si queréis saber dónde está preguntéis a la familia. Mientras tanto, si queréis volver a hablar conmigo, más os valdrá venir con un mandato judicial, aunque no creo que lo consigáis. Al fin y al

cabo la versión oficial es que lo de Eneko fue un accidente, un simple accidente, tan solo tuvo la mala suerte de ser una víctima colateral de un atentado dirigido contra otra persona, ¿no es así? Decidme, ¿quién os ha enviado a hablar conmigo?

Los dos *ertzainas* se miraron inquietos.

–Te crees que lo sabes todo, pero no sabes nada –dijo finalmente el macarra moreno.

–Déjalo –le comentó su compañero–, no merece la pena que perdamos más tiempo hablando con una basura como él –se refería a mí, por supuesto–. Será mejor que nos vayamos.

–Sí, será lo mejor –dije yo por mi parte, mientras les abría la puerta y les indicaba el camino de salida.

–Esto no va a quedar así, Goiko –me volvió a hablar el rubio antes de irse–, volveremos a vernos.

–Será un placer –contesté sonriendo, aunque era consciente de que lo que el rubio había dicho era cierto y que en ningún caso iba a ser un placer.

El habitualmente ordenado piso de Koldo Ferreira se encontraba totalmente destartado, como si hubiera pasado un ciclón. La cama sin hacer, los platos sin fregar, una botella de leche abierta que despedía un tufillo ciertamente agrio..., cualquiera que le conociera a fondo y hubiese pasado por su casa pensaría que algo le ocurría, y habría acertado. Él mismo se daba cuenta de cómo se estaba abandonando, de cómo parecía haber iniciado la senda de la autodestrucción, pero le daba igual. ¿Para qué iba a esforzarse en tenerlo todo en orden si ya no había nadie a su lado a quien educar con el ejemplo? ¿De qué le había servido ser, durante toda su vida, un hombre cabal, consciente y responsable, un hombre de esos que, como decía Bertolt Brecht, luchan toda la vida y se convierten en imprescindibles? Pero ¿de verdad había sido tan imbécil como para considerarse imprescindible? Sí, en realidad hubo un momento en que lo fue, cuando su hermano Andoni luchaba para salir del pozo en que le habían sumido las drogas, e incluso hubo una época pequeña, demasiado pequeña, en la que pareció que lo había conseguido, pero algo se quebró, quizás fue él mismo quien le falló, quien no supo entenderle, y al final la única persona para la que de verdad era imprescindible murió.

Y además, estaba lo peor, había cometido un crimen, había matado a un hombre. No estaba en sus cabales cuando lo hizo sino transido de dolor, pero aún así había cruzado una línea que nunca debió haber cruzado. En el fondo el Gallego no era más que otra víctima de un sistema putrefacto e insolidario, no era más que otro de los despojos generados por el capitalismo, un hombre que se buscaba la vida aprovechándose de las desgracias de los demás porque no tenía otro modo de hacerlo, porque él también era un desgraciado, otro puto desgraciado de esos que jamás heredarían la tierra. Y él lo había matado, lo había matado con sus propias manos. Y lo peor no era eso, lo peor de todo era que disfrutó haciéndolo e incluso ahora, cuando lo recordaba, un ramalazo de placer recorrió su cuerpo.

Aquella mañana acudió, como hacía habitualmente, al astillero. Hacía tres días que había abandonado su puesto, desde que enterraron a su hermano en un pequeño nicho al fondo del cementerio de Derio, para él no hubo un panteón ni una simple tumba, ni siquiera una placa, hasta en eso se notaban las desigualdades sociales. Una inmejorable ocasión para la patronal, pensó amargamente, para librarse de un trabajador rebelde, de un líder sindical molesto. Aunque en realidad la patronal ya no pintaba nada, era el gobierno central el que había decidido que mantener unos astilleros en plena ciudad de Bilbao no era rentable económicamente, por eso no tenía miedo a que su ausencia fuera motivo de despido. Antes o después acabarían despidiendo a todos, fueran al trabajo o no, cumplieran correctamente con sus obligaciones o fueran un desastre, se sometieran o se rebelaran. Los astilleros se acababan y con ello no solo su salario sino su forma de vida, lo que quizás era aún peor.

Durante esos tres días que habían transcurrido desde que dieron tierra a Andoni y acabó con la vida del Gallego había estado agazapado en su casa, comiendo las sobras que encontraba en el frigorífico o la despensa y bebiendo de la única botella de coñac, no, de coñac no, rectificó, él no podía permitirse lujos, de *brandy*, que encontró en el mueble bar. Desgraciadamente no era suficiente para emborracharse así que se encontraba completamente lúcido, con la lucidez de los desesperados.

En esos tres días no ocurrió nada, nadie le llamó, ni siquiera sus compañeros de trabajo, tal vez porque respetaban su dolor o quizás porque estaban ocupados con su lucha heroica aunque carente de futuro. Tampoco compró el periódico, ya que no salió de casa, así que lo único que aún le unía al mundo era el pequeño transistor en el que escuchaba las noticias de las emisoras locales. Gracias a eso se enteró de que un compañero había fallecido a consecuencia de un infarto tras una carga policial y también que nadie echaba en falta al Gallego. O al menos eso es lo que dedujo de la falta de noticias. Recordaba con cierta nostalgia que su madre solía comprar «El Caso», ese periódico especializado en noticias truculentas y reportajes de crímenes. A él nunca le agradó ese tipo de lectura, le parecía no solo frívola y de mal gusto, sino también carnaza ofrecida a los ciudadanos para que se adormilaran, mirad lo mala que es la gente, parecían decirles desde el periódico, mirad dónde y cómo acaban quienes no respetan las normas de la Santa Madre Iglesia y las leyes del Estado y, sobre todo, contemplad cómo nuestras fuerzas policiales combaten la delincuencia, el crimen no es rentable y quien la hace la paga, para mayor sosiego de los ciudadanos honrados.

Quien la hace la paga, quien la hace la paga. ¡Qué gran mentira!, otra mentira más del capitalismo. Solo la pagan los miserables, los pobres, los desarraigados, la carne de cañón, en suma. Y, por supuesto, los imbéciles como él, que aún pensaban que merecía la pena luchar por un mundo mejor. Quizás en el fondo la postura más inteligente había sido la de su hermano pequeño, refugiándose en un mundo diferente, un falso mundo creado por las drogas, eso era cierto, pero que para él fue mucho más gratificante y generoso que ese otro mundo real y salvaje que les había rechazado y en el que nunca habían tenido sitio.

Se preguntó, de todos modos, qué significado podía tener la falta de noticias sobre el Gallego. Quizás a la gente ya no le interesaran, como en la época de mayor florecimiento de «El Caso», las noticias sobre crímenes. Ahora eran otros temas los que preocupaban a los ciudadanos, la crisis económica, la reconversión industrial, la situación política con una democracia aún no consolidada, el terrorismo. ¿Se habrían olvidado del asesinato? Pese a lo que él mismo decía en ocasiones para enardecer a las masas, la policía no se dedicaba tan solo a reprimir a los obreros en huelga sino que también investigaba los delitos y, en ocasiones, atrapaba a los culpables. Pensó en el anónimo inspector que se estaría ocupando del asesinato del Gallego. ¿Cómo sería? ¿Qué sabría? ¿Se trataría de un tipo conciencioso, de esos que quieren llegar hasta el final del asunto o tal vez de un pelotazo, uno de esos que se limita a hacer

cuatro preguntas, marear la perdiz y, al ver que no es un asunto capaz de proporcionarle lucimiento ni un ascenso, archivarlo definitivamente en la estantería de casos no resueltos? Aunque no compartía la afición de su madre por las páginas de sucesos, era de los que no se perdían un capítulo de Colombo, Starsky y Hatch o Mannix. Por lo que él conocía de la policía, los agentes españoles no se parecían en nada a los de las series de televisión, pero tampoco eran tan inútiles como en ocasiones pensaba la gente, con una visión un tanto sesgada, aunque lógica, debido a que no habían transcurrido tantos años desde que la policía estuviera al servicio de una dictadura.

Seguramente acabarían por cazarle, pensó resignado. En ningún momento, mientras se dirigía a la nave en la que se refugiaba el Gallego, se ocultó, ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera era consciente de que deseaba matarle? Lo suyo, desde luego, no había sido un asesinato con premeditación y alevosía, como solía decirse, aunque llegado el caso, dudaba que eso fuera suficiente para que le absolvieran en un juicio, pensó acordándose de otro de sus héroes televisivos, Perry Mason. Además, sus huellas estarían por todos los sitios y otra de las cosas que había aprendido viendo la televisión era la importancia de las huellas dactilares para solucionar un crimen.

En cierto modo el pensar en lo que en otras ocasiones hubiera considerado frivolidades burguesas, sus series favoritas de televisión, le reconfortó un poco. No tenía ningún sentido quedarse en casa, lamiéndose las heridas y pensando en lo injusta que era la vida con él. Tampoco tenía manera de saber cómo se estaban desarrollando las investigaciones. A diferencia de los detectives de cine o novela él no tenía ningún contacto en el cuerpo de policía, así que decidió, en la medida de lo posible, hacer una vida «normal», por eso tres días después de matar al Gallego acudió de nuevo a los astilleros, a lo que antaño había sido primero su lugar de trabajo y posteriormente su puesto de combate.

La mayoría de sus compañeros le saludaron afectuosamente, con ese afecto contenido propio de quienes han compartido solidariamente momentos muy duros. Ninguno de ellos había acudido al funeral ni le había llamado por teléfono para presentarle sus condolencias, pero no importaba, Koldo sabía que sus mentes, como la suya hasta hacía tan solo tres días, qué poco tiempo había transcurrido y qué lejano, sin embargo, parecía todo, estaban ocupadas en otros asuntos. La totalidad de la plantilla rebosaba indignación y pese a que en una nota emitida por el Gobierno Civil se especificaba que la muerte de su compañero no se había debido a la actuación policial sino a causas naturales, y se amenazaba con querellarse contra quienes de un modo calumnioso y difamatorio osaran contradecir la versión oficial, la opinión de los trabajadores era unánime y señalaba la carga policial como el detonante del infarto y posterior muerte del trabajador oficialmente fallecido a causa de un infarto.

—¡Hay que responderles con contundencia, que sepan que no nos vamos a dejar avasallar! —era el grito unánime que salía de todas las bocas, aunque de alguna

manera sabían que esa batalla estaba perdida de antemano.

Algunos de los trabajadores cuando vieron a Koldo, que además de ser uno de sus delegados sindicales siempre había sido un auténtico líder natural, le preguntaron qué era lo que podían hacer, cuál era, en su opinión, los pasos que tenían que dar. Pero por primera vez desde que de la mano de su padre se implicó en la lucha por la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera no supo qué decir, limitándose a encogerse de hombros, no es que ya no tuviera una opinión propia o no quisiera involucrarse en la lucha de sus compañeros, es que ya no creía que hubiera futuro, que pudieran hacer nada de nada.

—¿De verdad crees que no se puede hacer nada?

Koldo miró al joven que le había hecho esa pregunta. Solo conocía su apellido, Irizar, así como que militaba en un sindicato abertzale. En alguna ocasión le había comentado la contradicción que suponía declararse de izquierdas e internacionalista y apoyar al mismo tiempo el nacionalismo vasco y la independencia de Euskadi. Los obreros no tenemos patria, solía decirle, tenemos que estar unidos seamos del país que seamos contra el enemigo común, el capitalismo, a lo que Irizar solía contestarle socarrón que sí, que tenía razón, pero que entonces, si la patria no era importante, por qué le preocupaba que la suya se dividiera en dos, tres o cuatro estados diferentes. Se trataba de una discusión interminable, en la que ninguno de los dos cedía, pero que no les había impedido luchar conjuntamente por la defensa de sus puestos de trabajo.

—¿De verdad crees que no se puede hacer nada?

Tras escuchar la pregunta por segunda vez, Koldo Ferreira volvió a mirar a Irizar. Recordó que en ocasiones había distribuido entre los trabajadores ejemplares de «Zutabe», el boletín que de vez en cuando publicaba ETA y creyó entender una segunda intención en la pregunta.

—No, creo que no se puede hacer ya nada —le respondió finalmente—, que no tenemos futuro. Quizás lo mejor sea aceptar lo que nos ofrece el gobierno antes de que sea tarde y retirarnos con el rabo entre las piernas, como los perdedores que somos.

Seguramente en el fondo no quiso decir lo que dijo, pero ya estaba dicho, y no solo lo había escuchado Irizar sino un buen puñado de compañeros, o quizás en esos momentos tenía que calificarlos ya como excompañeros, que le contemplaron compasivos más que indignados, por eso comprendió de repente que ya no pintaba nada allí y despidiéndose de quienes estaban a su lado salió de los astilleros. Mientras se alejaba sintió la mirada de Irizar posándose en su nuca además de un desagradable escalofrío.

Sin saber dónde ir volvió a su casa, al desorden en el que se había convertido su hogar. Contempló por enésima vez la cama deshecha, los platos sucios apilados en el fregadero, la botella de leche que a cada segundo que pasaba olía peor y los libros, los libros que antaño habían lucido orgullosos y enhiestos en las estanterías y ahora se desparramaban extendidos por el suelo.

Koldo Ferreira nunca había sido lector de ficción, jamás había perdido el tiempo con entretenimientos burgueses. Algunos de sus camaradas le decían que estaba equivocado, que muchas novelas, piezas de teatro, libros de poseía, eran también obras que podían leerse sin que por eso se estremecieran en su tumba los huesos de Karl Marx, pero él siempre prefirió leer otro tipo de libros, más educativos, más concienciados. En su pequeña biblioteca podían encontrarse las obras completas de Marx y Engels, algo de Althusser y Roger Garaudy, algunos libros publicados en plena euforia de la transición como «¿Qué es el comunismo?», «¿Qué es el socialismo?», «La lucha política por el poder», de Ramón Chao, en el que se entrevistaba a todos los partidos, desde la extrema derecha a la extrema izquierda acerca de sus ideas políticas y sus programas o «Los partidos marxistas en España», escrito en una época en que Isidoro, el actual presidente del Gobierno Felipe González, aún no había abandonado el marxismo. Y por supuesto libros de Trotsky y de Lenin, entre ellos el «Qué hacer». Sus ojos se posaron en él y lo recogió del suelo, pero en lugar de releerlo fue arrancando sus páginas una a una, mientras sin apenas percibirlo sus ojos se iban llenando de lágrimas.

¿Qué hacer? ¿Qué podía hacer un hombre que acababa de perder a un hermano y había matado a otro ser humano? ¿Qué hacer? El libro de Lenin no daba respuesta a esas preguntas, no le decía qué hacer, ninguno libro se lo diría, y él tampoco era capaz de hacerlo. O quizás sí, quizás sí tuviera la respuesta. Se acordó de cómo le había mirado Irizar y pensó que seguramente lo sabía, nunca le había dicho nada, pero seguramente lo sabía.

Hacía tan solo dos meses su compañero se había dejado la bolsa de deportes que siempre llevaba encima medio abierta y Koldo Ferreira, sin pretenderlo previamente, ya que era extremadamente respetuoso con la intimidad de sus compañeros, pudo entrever cómo algo parecido a una pistola o un revólver, él no conocía la diferencia entre ambos tipos de armas aunque posteriormente aprendió a distinguirlas, yacía al fondo de la misma. De un modo instintivo, aprovechando que nadie le veía, la recogió. No consideró que su acción fuese un robo sino que le estaba haciendo un favor a su compañero. Aunque no compartía su radicalismo en la cuestión nacional le apreciaba y le consideraba un buen elemento y un formidable compañero de lucha, pero no creía que las armas arreglaran nada, todo lo contrario, en la mayoría de las ocasiones el terrorismo, o el pistolero como se le llamó en otra época, había sido contraproducente para el avance de la causa popular. Por eso, y porque en el fondo apreciaba a su compañero y no deseaba que cometiera una acción irreparable, no le robó el arma, sino que se la confiscó. Siempre pensó que Irizar sospechaba de él, pero ninguno de los dos, las pocas veces que hablaron después de la sustracción, sacaron el tema a colación. Y el arma aún seguía en su poder.

La sopesó en su mano. Era ligera, muy ligera, nada que ver con los pistolones que a veces podían verse en las películas o telefilmes. Muy ligera, aunque seguramente muy letal. Parecía increíble que algo tan pequeño pudiera acabar con la vida de una

persona. Con la suya, por ejemplo. Introdujo el cañón por su boca, con tanto ímpetu que le dieron arcadas y tuvo que soltarla. ¿O no era eso, no se trataba de las arcadas? Quizás, sencillamente, lo que le sucedía era que no tenía las agallas necesarias para disparar y acabar de una puta vez con el infierno en el que se había convertido su vida en los últimos días. ¿Se trataba de cobardía o de ese instinto de supervivencia del que se dice que todos llevamos dentro? De repente pensó que todo lo que le estaba ocurriendo era injusto, no se lo merecía, él quería vivir, deseaba vivir, nada de lo que le estaba pasando tendría que haberse producido.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus disquisiciones mentales. Unos golpes y unos gritos:

–Policía, abran la puerta.

No era la primera vez que Koldo Ferreira escuchaba esos golpes y esos gritos, pero en esta ocasión se trataba de algo diferente. En esta ocasión no le buscaban por ser un agitador sindical o un elemento subversivo, ni se limitarían a darle una buena manta de hostias en la comisaría, no. Ahora le buscaban por asesinato y seguramente se pudriría en la cárcel un buen puñado de años, veinte o más, no lo sabía a ciencia cierta, pero seguramente serían más de los que llevaba vividos hasta ese día.

–Esperen un momento, estoy ocupado, enseguida les abro –intentó decir con voz serena, como si se tratara de una situación normal, un ciudadano corriente que es requerido por la policía para cualquier gestión baladí y que no tiene problema alguno para atenderles–. Ya está, siento haber tardado tanto –cuando la abrió se puso a hablar precipitadamente con los dos agentes uniformados que se encontraban al otro lado de la puerta y empuñaban sus armas reglamentarias–. Joder, no necesitan eso, ya me han detenido otras veces y conozco el procedimiento, no hace falta que me amenacen para que les acompañe a comisaría, pero que conste que ni mi sindicato ni yo tenemos nada que ver con los últimos sabotajes, eso no son más que calumnias de algunos periodistas pagados por la patronal.

Los dos policías se miraron confusos. Les habían dicho que tenían que ir a detener a un hombre acusado de asesinato y al parecer quien les estaba hablando no era más que un honesto y curtido líder sindical. No simpatizaban con él, en más de una ocasión habían aporreado a otros sindicalistas, pero estaba claro que tenía que haber un error, ese tipo no parecía un asesino.

–¿Es usted Luis María Ferreira Loureiro? –preguntó finalmente uno de los dos policías que habían acudido a detenerle.

–Sí, lo soy, aunque en realidad todo el mundo, tanto en el sindicato como en los astilleros, incluso mis amigos, me llaman Koldo, Koldo Ferreira. ¿Qué desean?, ya les he dicho que el sindicato no tiene nada que ver con los últimos sabotajes que han ocurrido en el astillero. Incluso, si quieren saber mi opinión, personalmente desapruuebo esos métodos de lucha, aunque a veces, las cosas como son, me siento inclinado a comprenderlos.

–No, bueno, no se trata de nada que tenga que ver con el sindicato. Mire, si nos

acompaña a comisaría se lo podrán explicar mejor.

–¿Qué ocurre, entonces, agentes? ¿A qué se debe esto?

–Mire, nosotros no sabemos nada –los policías se encontraban incómodos, estaba claro que el tipo que habían ido a detener era un «rojo», pero distaba mucho de ser un asesino peligroso–, supongo, como ya le ha dicho mi compañero que se lo explicarán en comisaría, rutina, ya sabe, seguramente algún malentendido que se podrá aclarar con su presencia.

–Comprendo, no se preocupen, ustedes solo cumplen órdenes, me imagino que tendrán razón, que se trata de algún asunto sin importancia, lo de siempre, ¿no?, a veces los vecinos se cabrean con uno aunque..., no sé qué digo, hablo por hablar, mis vecinos son buena gente, en fin, lo mejor será que les acompañe y así sabré a qué atenerme.

Posteriormente el propio Koldo Ferreira recapacitaría en el cómo y el por qué actuó como lo hizo en ese momento y ni él mismo fue capaz de dilucidar si se había tratado de una acción premeditada o no. La frialdad y aparente inocencia con la que estuvo hablando con los policías, hasta conseguir que estos le consideraran inofensivo y bajaran la guardia, así parecían indicarlo, pero él siempre defendió, no ante ningún tribunal, lo que hubiese sido inútil, sino ante sí mismo, que en el fondo todo ocurrió tan rápido que fue improvisado e inesperado hasta para él mismo. Fuera como fuese, el caso es que mientras decía a los policías que esperaran un momento, el tiempo suficiente para ponerse una chaqueta, cogió el arma con la que minutos antes había hecho un fallido amago de suicidio y les disparó. Los dos cayeron al suelo, sangrando aparatosamente y con un gesto de sorpresa y de rabia en sus rostros.

La doble detonación, o quizás triple, cuádruple o múltiple, Koldo Ferreira no sabía cuántas veces apretó el gatillo, tuvo que escucharse por todo el edificio, pero nadie fue tan osado como para asomar su cara al descansillo y no le llevó más que unos segundos plantarse en el portal de la casa. Había un furgón de la Policía Nacional, pero sus ocupantes tampoco debían haber oído el estruendo causado por los disparos, ya que continuaban resguardados en el interior del vehículo, aunque con aspecto vigilante. Eran años difíciles por culpa del terrorismo y todo policía destinado en Euskal Herria procuraba estar con mil ojos y mil oídos, por si de repente sucedía algún imprevisto. Koldo no sabía qué órdenes habían recibido los policías que se encontraban aposentados dentro del furgón, pero supuso que escudriñarían atentamente cualquier movimiento que se produjera en las inmediaciones del portal y, por otra parte, quizás, bueno quizás no, con toda seguridad, tenían alguna fotografía suya por lo que si le veían aparecer por allí no le permitirían irse así como así, como quien sale a dar un paseo por el Pagasarri.

Recordó que todos los pisos de la mano izquierda, la suya, tenían la misma distribución, y sin perder ni un segundo llamó a la puerta del primero. Allí vivía sola una viuda, gallega también, del pueblo de sus padres, que le conocía desde que era un niño o, como decía ella, desde que era un rapaz que no sabía sorberse los mocos.

Afortunadamente pese a su edad avanzada tenía buena vista y cuando observó a través de la mirilla quién estaba aporreando la puerta, le abrió sin sospechar nada. Koldo ni siquiera le dio los buenos días y según encontró la puerta abierta se dirigió a una habitación que tenía un balconcillo que lindaba con la puerta trasera del edificio y sin pensárselo dos veces saltó a la calle. Lo normal es que se hubiera roto un tobillo, o incluso ambas piernas, pero era su día de suerte o quizás, aunque él siempre se había considerado ateo, existía efectivamente un dios que tenía debilidad por los asesinos de policías desesperados, el caso es que de repente se encontró en la calle y lo suficientemente alejado de los agentes que custodiaban el portal de su edificio como para poder tomarles ventaja.

Pocos minutos después, tras bajar por la calle Gordóniz, llegó al barrio de Indautxu, a Licenciado Poza, una calle llena de bares que los fines de semana era tomada al asalto por la juventud bilbaína y entró en uno de sus locales con más solera, El Mugiqués. Rebuscó en el interior de sus bolsillos y encontró unas pocas pesetas, las suficientes para poder beberse un par de vinos. Los necesitaba, tanto para calmarse como para estar un rato tranquilo mientras pensaba en lo que podía hacer. No tenía muchas alternativas, en realidad no tenía ninguna. Si ya anteriormente era un hombre al que iban a detener acusado de la muerte de un camello, ahora era un prófugo que había disparado contra dos policías. Si en esos momentos existía en Euskadi un hombre sin futuro, ese hombre se llamaba Koldo Ferreira.

El vino, al que no estaba acostumbrado, ya que solía hacer gala de participar del ascetismo con que se adornaban los líderes revolucionarios de principios del siglo xx, le aclaró las ideas, o quizás se las enturbió aún más, y ya con una decisión tomada se dirigió de nuevo hacia los astilleros. Cuando llegó allí sus compañeros le saludaron efusivamente, sin recordarle su anterior deserción, que achacaron a que aún estaba sin recuperarse del golpe que le había producido la muerte de su hermano. Koldo agradeció los saludos con una sonrisa en los labios y unas pocas palabras, pero no se detuvo a charlar con ninguno de ellos, tenía un objetivo concreto y quería acabar cuanto antes. Finalmente sus desvelos dieron resultado y algo lejos de donde estaba, pero perfectamente visible y accesible, percibió la figura del compañero al que estaba buscando, Irizar.

Este, como si nada más cruzarse sus miradas hubiese entendido lo que ocurría, se quedó quieto, esperándole.

–Así que has vuelto –le dijo cuando llegó junto a él, sonriendo irónicamente–. Lo has pensado mejor y sigues en la pelea.

–Sí, sigo en la pelea –respondió Koldo–, pero no en esta pelea, sino en otra muy diferente. Y te necesito.

–No te entiendo.

–Creo que sí, pero por si acaso te ampliaré los detalles. Acabo de disparar contra dos policías nacionales. Aún no sé si están muertos o simplemente heridos, pero ya no puedo volver a mi casa ni estar mucho tiempo aquí, necesito esconderme. O aún

mejor, necesito cruzar la muga y unirme a ETA.

–¡Tú estás loco!

–Supongo que sí, hay que estar algo loco para disparar contra dos maderos, pero se trataba de ellos o yo. De momento no tengo tiempo para más explicaciones. ¿Me vas a ayudar o no? Sé que tienes contactos con la organización, no sé si directos o indirectos, pero los tienes, en más de una ocasión has distribuido su revista entre los compañeros y hasta hace muy poco tiempo tenías un arma.

–Entonces, ¿fuiste tú el que me la quitó?

–Sí, pero no he venido a hablar de eso, no de momento. ¿Quieres ayudarme o no?

–Pero bueno, ¿tú te has creído acaso que se puede entrar en ETA así como así, como si se tratara de un club de golf? Estamos hablando de la vanguardia del MLNV, el Movimiento de Liberación Nacional Vasco, joder, no puede venir uno y decir, simplemente, «quiero ser miembro de ETA, ¿dónde hay que apuntarse?». Tú estás loco, Ferreira, completamente loco.

–Que sí, que lo estoy, ya te lo he admitido antes, pero necesito una respuesta. Mira, sé que hemos tenido nuestras discrepancias políticas, incluso que en más de una ocasión he cuestionado delante de los compañeros tu apoyo a la lucha armada, pero las circunstancias han cambiado, tanto las del país como las mías propias, y estoy dispuesto a rectificar y dar ese paso. De hecho ya lo he dado, aunque de manera individual, al disparar contra esos dos policías. Por cierto, lo he hecho con la pistola que te sustraje, así que seguramente tus huellas aún estarán en ella.

–Serás cabrón... –los ojos de Irizar echaban fuego.

–Sí, soy un cabrón, o mejor dicho, me he convertido en un cabrón, pero estoy dispuesto a unirme a vosotros. ¿Qué me dices?

–Que gente como tú siempre es bienvenida –se distendió el gesto de Irizar y le estrechó la mano–. Venga, vayámonos ya, por lo que me has dicho me parece que no tenemos tiempo que perder.

Tan solo unos pocos minutos más tarde de que Irizar y Koldo Ferreira salieran apresuradamente de los astilleros, un enfurecido subinspector Pareja subía furioso las escalinatas que daban acceso a la planta superior de la Jefatura Superior de Policía y sin llamar a la puerta entró en el cubículo en el que se refugiaba el inspector Ernesto Villalpando. Sus ojos estaban encendidos como si fueran de carbón y su aspecto resultaba realmente amenazante.

–¡Jodido cabrón! ¿Se puede saber qué cojones has hecho? ¿Acaso no quedó bien claro que antes de dar un paso, cualquier paso, tenías que hablar conmigo?

Mientras le hablaba en ese tono, Pareja había agarrado a Villalpando por las solapas de su chaqueta, pero el inspector se liberó de un manotazo. Durante unos instantes dio la impresión de que se iban a atacar como perros rabiosos, pero ninguno de los dos se animó a dar el primer paso.

–¿Se puede saber qué te ocurre para entrar aquí de ese modo? –preguntó finalmente Ernesto Villalpando.

En realidad sabía lo que quería Pareja y por qué estaba actuando así. Villalpando era consciente de que la había cagado. Nada en el historial de Koldo Ferreira indicaba que fuera un hombre violento, sino todo lo contrario, pese a sus ideas izquierdistas radicales siempre se había opuesto, si los informes que había examinado en Jefatura no mentían, al uso indiscriminado de la violencia y el terrorismo, incluso en más de una ocasión se enfrentó en las asambleas del astillero a elementos que querían continuar la lucha utilizando ese tipo de medios. No, su perfil no era el de un hombre que se sirve de las armas para afrontar sus problemas. Incluso el asesinato del Gallego tenía algo de «accidental», por decirlo de algún modo. Se había servido exclusivamente de sus pies y manos, no de una navaja o de un arma de fuego, y la propia muerte del camello fue producto de un atípico, y en cierta manera comprensible, estallido de cólera, de un trastorno o pérdida temporal de la razón, como en ocasiones solían esgrimir en los juicios algunos abogados, más que de una personalidad violenta o a un deseo intencionado de matar. Por eso consideró que era suficiente enviar, para su arresto, un contingente de cuatro agentes de policía de la escala básica, ya que pensaba que no opondría ninguna resistencia y así, de ese modo, acudiría a comisaría con voluntad de cooperación y el menor recelo posible, pero sus cálculos fallaron estrepitosamente y no le quedaba más remedio que asumir su responsabilidad. Afortunadamente ninguno de sus dos subordinados falleció en el tiroteo, aún no estaba claro si por simple y llana buena suerte o porque Ferreira no quiso matarlos, pero Vázquez se quedaría cojo del pie izquierdo y aunque podría andar ayudándose de un bastón, la policía se había acabado para él, y en cuanto a Sanchís dentro de unos meses podría retornar al servicio activo, a salvo de las secuelas psicológicas que pudieran quedarle. Seguramente incluso podría obtener destino en su localidad natal de la provincia de Cáceres, pero tendría que convivir hasta el final de sus días con el síndrome del Norte, esa forma de depresión que habitualmente hacía mella en los policías destinados en el País Vasco, que se tenían que enfrentar no solo a la posibilidad de sufrir un atentado sino al rechazo de la población.

No se lo dijo todo así, de carrerilla, a Pareja, pero de algún modo fue capaz de transmitirle sus pensamientos, mientras aceptaba con amargura esa extraña situación en la que un inspector de policía parecía rendir cuentas a quien teóricamente era su inferior en el escalafón.

—Lamento todo lo que ha ocurrido —finalizó su perorata, como si estuviera efectuando un descargo ante el comisario jefe—, pero creo que obré correctamente de acuerdo con los protocolos de actuación vigentes.

Antonio Pareja aplaudió lenta y fuertemente unas pocas veces, plas, plas, plas, mientras sus ojos, despojados del furor inicial, permitían entrever un poso de ironía.

—Así que el señorito actuó de acuerdo con los protocolos de actuación vigentes, ¿no? ¿Pues sabes lo que te digo? Que me cago en los protocolos de actuación vigentes. Te dije que en cuanto encontrases algo que tuviera relación con ETA, LAB,

Jarrai o la izquierda abertzale o que se saliera de lo habitual me avisaras antes de hacer nada, pero no, tú eres un gran policía que se lo sabe todo, el fabuloso inspector Villalpando, y claro, tenías que actuar por tu cuenta, no podías esperar a ponerte en contacto conmigo.

–Joder, Pareja, ya te he dicho que Ferreira no tenía ninguna relación con los terroristas, y tampoco encontramos nada fuera de lo habitual, se trataba simplemente de un tipo que había visto morir a su hermano de sobredosis y que en un raptó de furia acabó con la vida del camello que le suministraba la heroína. Si hasta le mató con sus propias manos, sin usar un arma.

–Lo que tú digas, Villalpando, pero resulta que cuando fueron a detenerle sí que tenía un arma y, puta casualidad, la usó contra nuestros compañeros.

–En eso tienes razón, toda la razón del mundo –admitió Villalpando, mientras parecía que el mundo entero se le veía abajo.

Extrañamente el subinspector Pareja no se aprovechó de la ventaja que en su combate dialéctico le acababa de proporcionar el repentino hundimiento de Villalpando, sino que pareció sumirse en sus pensamientos antes de hablar de nuevo.

–¿Sabes, Villalpando? Quizás después de todo seas tú quien tenga la razón, aunque a veces, como has podido comprobarlo, tener la razón y aplicarla puede ser peligroso, muy peligroso, y contraproducente. ¿Tienes ya el análisis de balística?

–Sí, acaban de traérmelo hace un momento.

–¿Y?

–Nada especial, en realidad tampoco tiene mucha importancia, sabemos que quien disparó fue Ferreira así que...–de repente se quedó blanco y se palmeó con dureza la frente–. ¡Joder, ya sé a dónde quieres llegar! Los cartuchos..., los cartuchos son del calibre 9 milímetros *parabellum*, igual que, igual que...

–Sí –el subinspector Pareja acabó la frase que aparentemente Villalpando no se atrevía a concluir–, igual que los que habitualmente utiliza ETA.

–Entonces, ¿nos ha tenido engañados a todos? ¿Ferreira no era un sindicalista sino un terrorista legal, que se ocultaba tras la apariencia de un trabajador honesto y combativo? Dios, ahora sí que se puede decir que la he cagado y a base de bien.

–Quizás no –le tranquilizó Pareja que, tras haber puesto en claro quien estaba al mando, se sentía magnánimo–. En una cosa tienes razón, parece raro que disponiendo de un arma y siendo un terrorista capaz de ocultarse durante años delante de nuestras propias narices, haya matado con sus propias manos a un pequeño y miserable traficante de drogas, dejando huellas de su acción por todos los sitios. Esa manera de actuar no encaja con la de un etarra experimentado.

–Quizás por la ofuscación del momento, ya sabes, el dolor por la muerte de su hermano pudo hacerle perder la cabeza –de repente Villalpando se vio haciendo de abogado del diablo.

–No lo creo, los terroristas no son superhombres, por supuesto, pero alguien capaz de actuar en la sombra sin delatarse en ningún momento tiene que ser un tipo

de temple frío y nervios de acero.

–Pero lo que es indudable es que dispone de una pistola y los cartuchos que usa son de 9 milímetros *parabellum*. Eso es algo que no se consigue en El Corte Inglés.

–No, tienes razón, ha tenido que conseguirla de una persona familiarizada con las armas. Por lo que me has dicho Ferreira no tiene antecedentes como delincuente común, ¿no?

–Para nada, los que tiene se deben exclusivamente a su actividad sindical en la época de la clandestinidad así como a su participación en alguna huelga salvaje en la actualidad, pero por lo demás está limpio como una patena.

–¿Y su hermano? ¿El que murió de sobredosis?

–Era un pobre desgraciado, en alguna ocasión fue detenido, pero lo único que solía llevar encima era una navaja tan herrumbrosa que su mayor peligro radicaba no tanto en que pudiera producirte con ella una herida profunda como en que te contagiara algún tipo de enfermedad infecciosa. Si en algún momento hubiese llegado a su poder un arma de fuego no habría sabido qué hacer con ella, salvo cagarse por las patas abajo.

–Entiendo, en ese caso habrá que buscar por otra parte, quizás algún vecino, o algún compañero de trabajo. Hablando de trabajo, vas a tener que currar de lo lindo así que ya puedes empezar, tendrás que interrogar a todo aquel que en algún momento haya podido tener relación con Ferreira y fuese susceptible de conseguir una fusca o ponerle en contacto con quien pudiera proporcionársela. La verdad es que no te arriendo la ganancia, es un trabajo tedioso y muy aburrido además de frustrante, porque es extremadamente difícil obtener resultados a corto plazo, pero es también parte del trabajo policial y, si lo miras bien, que esa sea la única consecuencia negativa de tu cagada no está tan mal, en el fondo tendrías que estarme agradecido, así que ya lo sabes, me debes una.

Ernesto Villalpando estuvo a punto de decirle a su extraño e inquietante compañero que no tenía sentido esa exigencia, sobre todo cuando sabían fehacientemente y sin ninguna dificultad probatoria que Koldo Ferreira era el autor del atentado sufrido por los dos policías nacionales, pero se mordió la lengua a tiempo, Pareja tenía razón en dos cosas, en que lo que le había ordenado era un trabajo tedioso, pero que había que hacer, y en que había salido mejor librado de lo que esperaba en un principio.

–Sí, te debo una –dijo débilmente, pero Pareja no pudo escucharle, no por el bajo tono de voz con el que pronunció esas palabras sino porque había salido, sin despedirse, del despacho.

Quince minutos después los trabajadores que estaban en el astillero observaron cómo un hombre de baja estatura, mal afeitado y que parecía haberse vestido con los restos de ropa que le quedaban a Cáritas porque ningún indigente se había atrevido a llevárselos, se adentraba en su lugar de trabajo. Pese a su aspecto los policías nacionales que le escoltaban parecían estar a sus órdenes e incluso atemorizados, lo

que despertó el recelo de la mayoría de los operarios, recelo que aumentó cuando empezó a preguntar por un tal Irizar. Curiosamente muchos de ellos, a raíz de la pregunta, se dieron cuenta de que últimamente no habían visto a su compañero.

Los trabajadores eran hombres curtidos que se enfrentaban todos los días, en las barricadas, a la policía, pero muy pronto comprobaron que ese policía era muy diferente a aquellos a los que estaban acostumbrados, y no pudieron evitar estremecerse al recordar a otros de similar aspecto que, en la época sombría de la dictadura, habían llegado a detenerles y torturarles. Ese policía, que decía ser un simple subinspector, parecía cortado por el mismo patrón que aquellos. Pareja observaba con inequívoco placer el miedo que podía vislumbrarse en los ojos de los trabajadores a los que fue interrogando, en una caseta en la que se guardaban las herramientas, uno por uno. El interrogatorio no fue fructífero, nadie sabía dónde podía parar Irizar en esos momentos, pero aún así salió contento con la promesa por parte de algunos de los trabajadores, que sabía que iban a cumplir porque no le quedaba más remedio, de que en cuanto tuviesen alguna noticia de él le avisarían, aunque suponía que era extremadamente improbable que eso llegara a suceder.

Pese a intuir que tampoco allí iba a conseguir nada se dirigió, tras abandonar los astilleros, al domicilio de Irizar. Sin preocuparse por obtener una orden judicial abrió sin mayores problemas la puerta y comprobó que el pájaro, como ya sospechaba de antemano, había volado. Y lo había hecho de un modo apresurado, por lo que podía verse. Seguramente estaría bien escondido, a la espera del momento más propicio para cruzar la frontera y adentrarse en el País Vascofrancés. Y si su instinto no le engañaba, junto a Irizar se encontraba Koldo Ferreira. Es más, tenía la certeza de que Koldo Ferreira, con su acción desesperada, había sido el principal detonante de la huida de Irizar. Sonrió para sus adentros, Irizar y Ferreira, Ferreira e Irizar. Ahora tenía dos por el precio de uno y sabía que antes o después, quizás en un día no muy lejano, volvería a encontrarse con ellos.

Aunque había intentado tomármelo de un modo ligero, la intromisión en mi domicilio de los dos *ertzainas* que intentaron sonsacarme el paradero de Eneko me dejó preocupado. Por impresentables que fueran ambos, que lo eran en grado sumo, lo sabía porque tras nuestro primer encontronazo, en tiempos ya algo lejanos, había procurado informarme sobre ellos, no eran, y también estaba al tanto de ese dato, ningunos incapaces con los que se pudiera jugar sin tener las cosas muy claras y las espaldas bien guardadas. No se les podía acusar de corruptos, o al menos no había pruebas, ni siquiera indicios para ello, pero todos los excompañeros con los que hablé me comentaron que no eran trigo limpio y, aunque eso de por sí no constituyera un delito, que eran el prototipo del policía chulo y prepotente que uno asocia automáticamente a una república bananera más que a un país democrático y moderno.

Que no actuaban por su cuenta estaba meridianamente claro, esos dos no iban a mover el culo sin tener un motivo suficiente o la posibilidad de obtener alguna clase de beneficio, ni siquiera aunque se tratara de joderme, el dilema estribaba en quién o quiénes les habían ordenado visitarme. Si lo que me había dicho Ander González era verdad, y no tenía motivos para dudar de su palabra, la postura oficial de la Ertzaintza era que se trataba de un «accidente». De acuerdo con esa versión Eneko tuvo, simplemente, la mala suerte de estar en el lugar y el momento equivocados cuando atentaron contra Koldo Ferreira, así que no parecía lógico que esos dos gilipollas actuaran obedeciendo órdenes de sus mandos inmediatos. Pero, en ese caso, ¿quién les había transmitido la orden de visitarme? Menuda pregunta acababa de hacerme, estaba orgulloso de mí mismo, solo tenía que respondérmela para solucionar definitivamente el caso. Si no me aplaudí con entusiasmo se debió tan solo al pequeño detalle de que lo ignoraba y, cada vez que me la replanteaba aún era peor porque o los mandos de la Ertzaintza eran unos auténticos ineptos, idea que pese a gustarme en grado sumo y serme muy gratificante no era del todo cierta, o se habían limitado a acatar órdenes. Y ahí estaba otra de las incógnitas: ¿quién tenía tanto poder como para poner en posición de firmes a todo un cuerpo de policía? Ahí sí que me venían a la cabeza varias hipótesis, pero ninguna de ellas me gustaba.

Dándole vueltas a esas ideas acabé por dormirme, pero el sueño no me duró mucho tiempo, o eso al menos fue lo que le pareció a mi fatigado cuerpo. Me despertó el estimulante olor a café recién hecho, que me indujo a levantarme de la cama automáticamente, sin pensarlo, como el gato que sigue excitado por el olor de las sardinas, pero antes de salir de la habitación comprendí que eso no era normal, yo había dejado la cocina apagada al acostarme y llevaba un par de días sin usar la cafetera. Además mi nariz enseguida detectó, junto al aroma del café, el producido por un farías, lo reconocí enseguida porque mi padre se pasaba todo el día fumándolos, con la excusa de que aspirar un puro era mucho más sano que exhalar el humo de un cigarrillo. Miré el despertador que tenía junto a la mesilla y comprobé

que todavía no habían dado las siete de la mañana, lo que me desconcertó aún más. Sin vestirme, tal y como estaba, en calzoncillos y con una vieja camiseta que lucía rotos y lamparones por todas sus costuras, saqué del interior de la mesilla una pistola y me dirigí a la cocina.

—Baja esa pistola, hermano, que así no se recibe a los amigos. Y vístete, no vaya a ser que el verte en paños menores me excite y haga algo de lo que después tenga que arrepentirme.

Miré alucinado a Antonio Jiménez Borja, el gitano, que tras decir esas palabras había empezado a reírse desaforadamente con la lógica consecuencia de esparcir las migas del bollo que estaba untando en su café por toda la cocina. No entendía nada de lo que estaba pasando, quizás aún estaba dormido y todo era un sueño, no, un sueño no, una pesadilla, así que con la flema que según dicen caracteriza a los lores ingleses le dije al gitano que iba a darme una ducha y que luego hablaríamos.

—No hay prisa, hermano, aquí se está muy a gusto y tengo todo el tiempo del mundo, eso es lo bueno de levantarse temprano, ya conoces el refrán, «a quien madruga Dios le ayuda» —volvió a reírse mientras yo me dirigía hacia el cuarto de baño.

Una vez duchado, rasurado y vestido decentemente me encontré, por fin, en condiciones de enfrentarme no solo al mundo, sino también a Antonio Jiménez, aunque mi perplejidad no había disminuido un ápice, por lo menos no con la misma velocidad que había aumentado mi mala leche.

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí y cómo has entrado? —le conocía lo suficiente para saber que, pese al tipo de actividades con las que se ganaba la vida, era de fiar, así que no creía que viniera a chantajearme por lo del muerto que se llevó del hospital, ni a exigirme más dinero, pero en esos momentos fue la única razón que se me ocurrió para justificar su extemporánea visita.

—Cálmate, chiquillo, cálmate. Mira, tómate una taza de este café que he preparado y, no lo digo por alabarme, está de puta madre —dijo mientras me la extendía. Le di un pequeño sorbo y tuve que reconocer que el gitano era todo un experto a la hora de hacer un café—, Bueno, la segunda pregunta no tendría que contestártela, incluso me ofende, si algún día no pudiera abrir una cerradura como la tuya, y que conste que no puedes reclamar que te devuelvan el dinero que habrás pagado por ella ya que es una cerradura de primera, hacía tiempo que me habría retirado. En cuanto a lo de qué cojones hago aquí —por primera vez desde que nos habíamos encontrado su gesto se puso serio—, me ha enviado el Relojero.

—¿El Relojero? ¿Qué es lo que quiere de mí el Relojero?

—¿No estuviste hablando ayer con él?

—Sí, pero...

—Ni peros ni hostias —me cortó el gitano—. Por algún motivo que desconozco, desde que estuviste ingresado en Basauri, a su cuidado, el Relojero te ha tomado cariño. En fin, seguramente hay cosas peores en la vida, así que habrá que aceptarlo.

Y como te tiene cariño no le importa colaborar contigo, siempre que eso no perjudique a otros colegas –no le pregunté a qué tipo de «colegas» se refería porque conocía la respuesta–, pero como es fácil comprender no se puede contar todo de golpe, aunque el que lo esté contando haya elegido el momento y el lugar. Ya sabes lo que se dice, hasta las paredes tienen ojos y oídos. De hecho las paredes de la prisión los tuvieron, el propio Relojero se encargó de ello.

–¿A qué te refieres?

–A que accidentalmente se dejó abierto un micrófono y toda la conversación entre vosotros dos pudo ser escuchada por un funcionario del que no se fía nada. Bueno, no es que no se fíe, es que sabe que es un confidente de policías, periodistas y todo aquel que quiera pagarle bien. En una ocasión le dije que podía encargarme de él, pero me contestó que no, que era mejor tener al enemigo en casa, convenientemente controlado. Si desaparecía enseguida ocuparía otro su lugar, dijo algo así como que a la naturaleza no le gustan esas cosas, no sé, no lo entendí muy bien.

–La naturaleza tiene horror al vacío.

–Sí, joder, eso mismo dijo, cómo se ve que los dos tenéis cultura, aunque no sé yo qué coño tiene que ver la naturaleza con los chivatos, pero bueno, vosotros sabréis, el caso es que por culpa de la naturaleza o de lo que sea, si hacía desaparecer a ese tipo, el Relojero pensaba que alguien ocuparía su lugar y hasta que se detectara su presencia podía pasar mucho tiempo y crearse un montón de problemas. Explicado así, las cosas como son, parecía una idea razonable.

Sí que lo era, pensé yo, sobre todo si teníamos en cuenta que ese, precisamente, era el motivo por el que Eneko Goirizelaia toleraba las actividades del Relojero, pese a conocer de qué manera complementaba sus ingresos de funcionario.

–De todos modos –le dije–, no entiendo por qué permitió que se escuchara nuestra conversación.

–Eres un auténtico pardillo, Goiko –el gitano me obsequió con otra de sus estridentes risotadas–, no sé cómo has conseguido sobrevivir hasta ahora. Parece mentira, un tío como tú, que ha sido *ertzaina* muchos años, que ha estado en prisión, que pistola en mano se enfrentó a un grupo de degenerados que explotaban a menores de edad –en esto último, la verdad, es que el gitano exageró un poco, pero como no era un tío al que le gustara que le llevaran la contraria opté por callarme–, ¿y aún así no entiendes por qué hizo el Relojero lo que hizo? Macho, yo es que flipo, voy a tener que pensar que todo lo anterior tuvo que deberse a que tienes una flor en el culo, ¿cómo decía el morito ese al que me cargué en Nanclares?, sí, ya sé, a que tienes baraka, una baraka de la hostia. Bien pensado, lo mejor que podría hacer contigo sería apiolarte y luego descuartizarte para vender tus trocitos como amuletos de la suerte, me iba a sacar una pasta larga, seguro. Tranquilo, hombre, tranquilo –me palmeó la tripa mientras volvía a reírse de un modo más fuerte que Godzilla, en el caso de que el monstruo mutante tuviera, en algunos momentos, ganas de reírse–, que era solo una broma.

–Acabas de quitarme un peso de encima –le contesté en plan irónico, aunque no estoy seguro de que lo pillara–, pero te agradecería que te explicaras un poco mejor.

–Pues es muy sencillo. Vamos a ver, ¿qué es lo que te dijo el Relojero que te sirviera de algo?

Siempre se puede sacar algo de lo que te dicen los demás si sabes analizarlo, por eso yo no salí del todo descontento de mi entrevista con el funcionario de prisiones, pero Antonio Jiménez Borja había puesto el dedo en la llaga, a expensas de lo que pudiera averiguar sobre Eladio Marchante, el recluso con el que se entrevistó hace ya algunos meses Eneko, no me dijo nada que a corto plazo pudiera servirme y así se lo reconocí al gitano, aunque no con esas mismas palabras.

–Pues claro, clarinete, de eso se trataba –me contestó Antonio Jiménez, como si se dirigiera a un alumno torpón que no acaba de comprender las explicaciones dadas en clase–, todo el mundo que estuviera interesado en ello iba a saber, antes o después, que os habías visto y habíais hablado, así que cuanto antes mejor y si encima podían saber todo lo que habíais chamullado, desde la primera a la última palabra, pues de puta madre. ¿Lo entiendes, no?

Asentí con la cabeza. El Relojero no daba, como se suele decir, una puntada sin hilo. Su postura parecía lógica, pero no entendía por qué había enviado al gitano para que me lo confesara. Preferí no preguntarle el motivo, para que no creyera que era aún más tonto de lo que en esos momentos me sentía, y porque intuía que me lo iba a explicar enseguida, sin necesidad de que yo me esforzara en sonsacarle.

Se hizo de rogar un poco, ya que se sirvió otro café y me preguntó si tenía coñac, para bautizar el café.

–Ojo, te he dicho coñac, no *brandy*, ¿eh, detective? Una vez estuve haciendo un trabajo en Francia –me abstuve de preguntar a qué tipo de «trabajo» se refería– y me aficioné al coñac.

Yo siempre había pensado que lo que le iba al bueno de Antonio Jiménez Borja era el vino peleón, a ser posible si venía envasado en tetrabrik, pero se ve que los prejuicios sociales me la habían vuelto a jugar y que hasta los más encanallados delincuentes son capaces, con el tiempo, de mejorar su paladar. Cuando, tras proporcionarle la bebida que deseaba, mostró su aprobación con un chasquido de su lengua que hubiera conseguido que le expulsaran fulminantemente de cualquier restaurante de tercera categoría del país vecino, volvió a sentirse con ganas de darle a la sinhuera.

–Bueno, a lo nuestro –parecía decirlo con pesar, como si el abandonar encima de la mesa de la cocina su taza de café con coñac le supusiera un tremendo esfuerzo–, al permitir que grabaran vuestra conversación, el Relojero cubrió tanto sus espaldas como las tuyas. Quienes hayan podido escucharla ya saben que te ha contado muy poco, en su mayor parte cosas sin importancia. Pero sabe muchas más cosas de las que te dijo, y por eso estoy yo aquí, para completar la información. Por cierto, por si no lo sabías tu casa está limpia, antes de hablar contigo me he cerciorado de que no

hay micrófonos ocultos en ningún sitio. Tengo un aparato que me costó un huevo, pero que es una auténtica maravilla –Antonio Jiménez volvió a sorprenderme con su repentina adaptación a los adelantos tecnológicos, aunque bien mirado mi sorpresa era totalmente absurda, en todo oficio o profesión, si no quieres quedarte obsoleto, necesitas estar al tanto de los últimos avances y el gitano, afortunadamente había podido comprobarlo en mi propio beneficio, era de los mejores en el suyo. Quizás, en lugar de albergar tantos prejuicios, era yo quien debiera aprender de él.

Se echó otro buen chorro de coñac a la taza, en la que, por lo que pude observar, ya no quedaba café, y tras bebérselo de un sorbo y limpiarse los morros con la manga de la camisa, volvió a retomar el hilo.

–Se trata de Koldo Ferreira, el tío ese al que mataron cuando salía de la cárcel, que ya tiene guasa, sobrevivir dentro del mako para diñarla nada más quedar libre, hace falta ser gilipollas. Bueno, a lo nuestro, por lo que me dijo el Relojero, para que yo a su vez te lo diga a ti, el Ferreira ese de los cojones estuvo en varias prisiones de alta seguridad, parece que era un terrorista o algo así, y en todas sufrió algún intento de asesinato. El tipo debía estar muy alerta o tener mucha suerte, porque salió indemne, ¿se dice así, indemne?, la gente no se lo cree, pero si en la cárcel te relacionas con las personas adecuadas se adquiere mucha cultura, bueno, vamos, el caso es que se libró por los pelos de morir en unas cuantas ocasiones. Lo curioso es que, por lo que le han dicho al Relojero, esos intentos por acabar con su vida finalizaron hará unos diez años.

–¿Dejaron de atentar contra él en el interior de las prisiones hace diez años y justo cuando sale libre le matan? –no pude evitar interrumpir al gitano para mostrar mi extrañeza, aunque eso a él le daba igual.

–Así son las cosas –me contestó encogiéndose de hombros, como si eso lo explicara todo–, pero si sigues interrumpiéndome no acabaremos nunca, coño.

Me disculpé sin ganas y le rogué que continuara.

–No, si acabo enseguida. Parece ser, aunque esto se lo han dicho al Relojero como con mucho misterio, que los atentados contra su vida cesaron tras reunirse en la prisión de Puerto de Santa María, tengo allí parientes, ¿sabes?, no en prisión, sino en el pueblo –se vio obligado a especificar mientras volvía a soltar una de sus alegres carcajadas–, bueno, a lo que iba, por lo que le han dicho al Relojero los atentados cesaron tras reunirse en la prisión con un policía muy extraño, un tal subinspector Pareja. Sí que debía ser muy extraño, porque pese a su graduación tenía más poder que un capitán general con mando en plaza.

–¿El subinspector Pareja? ¿Sabes algo más de él?

–No, solo lo que te he dicho, bueno, eso y que al parecer la gente como yo no le interesábamos para nada, afortunadamente, él se dedicaba a los políticos. Si es que ya me lo decía mi padre, la política mejor verla de lejos, que nada bueno nos puede traer.

Independientemente de las reaccionarias, aunque muy extendidas socialmente, opiniones del padre de Antonio Jiménez, no dejaba de ser lógico que por un preso

perteneciente a ETA se interesara un policía especializado en la caza y captura de elementos subversivos, pero que a raíz de su conversación finalizaran los ataques contra su vida parecía ciertamente extraño. Claro que podía tratarse de una coincidencia, pero joder, una coincidencia muy oportuna y yo hacía tiempo que había dejado de creer en ellas.

—Y eso es todo, amigos, como decía el cerdito de los dibujos animados. Por mucho que quieras preguntarme —se adelantó al advertir que estaba ansioso por interrogarle—, no hay nada más, lo único que sé es lo que me ha contado el Relojero y ya te lo he dicho todo. Por cierto, muy bueno este coñac, ¿te importa que me lleve la botella? Seguramente tú tendrás más como esta o podrás conseguir las que quieras, eso es lo bueno de ser un tío importante.

No sabía a ciencia cierta si lo decía en serio o me estaba haciendo la pelota, pero por si acaso le dije que sí, que podía llevársela. No añadí «cuanto antes» para no herir sus susceptibilidades, pero deseaba estar solo. El día acababa de empezar y yo aún tenía muchas cosas que hacer.

Cuando por fin mi visitante me dejó solo eran cerca de las ocho de la mañana. Las calles de la ciudad empezaban a llenarse de gente que iba al trabajo o al colegio, de compras o a buscarse la vida, pero seguramente Ander González llevaría tiempo despierto, si es que el asunto le permitía dormir aunque solo fuera unas pocas horas, así que supuse que sería una buena hora para contactar con él.

Debía estar esperando mi llamada, o quizás alguna otra, porque no dejó sonar su móvil más de un timbrazo. Lo primero que me dijo fue que aún no había recibido ningún dato concreto de su colega madrileño sobre las muestras de ADN que yo le había proporcionado, pero que esperaba saber algo concreto dentro de unos pocos días. Luego llegó mi turno de explicarle lo que había averiguado e incluso las puertas que se me habían cerrado.

—¿Dices que Covalada no ha querido hablar contigo? No sé, es un buen tipo, y también aprecia a Eneko, pero ya sabes cómo respiran los que están metidos en esto de la lucha antiterrorista, pueden dar lecciones de discreción incluso al cura protagonista de la película «Yo confieso».

Para no aparentar ignorancia le dije que seguramente tendría razón y me anoté el nombre de la peli para verla cuanto antes. González era un auténtico cinéfilo y si él hablaba de una película, seguramente merecía la pena verla, pero no le había llamado para discutir sobre el séptimo arte, así que le pregunté si en alguna ocasión había oído hablar del subinspector Pareja.

—No, no me suena, ni tampoco conozco a ningún inspector o comisario con ese apellido, porque supongo que tendrá ya cierta edad, teniendo en cuenta cuándo se entrevistó con Ferreira. Por lo que me has dicho supongo que se trata de un policía español relacionado con la lucha antiterrorista. Quizás Covalada..., sí, ya sé que contigo ha sido más bien esquivo, pero si consigo que se sincere conmigo tal vez podría decirme algo, aunque admito que no tengo muchas esperanzas de sacar algo

positivo, ya te he dicho que las aguas están muy revueltas y si ya, sin que tú hayas tenido tiempo de decirle nada, te ha cortado antes de empezar a hablar porque se imaginaba lo que ibas a preguntarle, no parece probable que cambie de actitud. En cuanto a lo de Eladio Marchante me pondré enseguida a ello. El nombre me suena, y creo que, efectivamente, es uno de los informadores de Eneko, pero no sé mucho más sobre él, ya sabes cómo son estas cosas, Eneko y yo somos compañeros desde hace años, incluso en ocasiones intercambiamos confidentes, pero cuando uno de ellos, por algún motivo, solo quiere hablar con uno de nosotros en concreto, lo mejor es no insistir mucho en compartirlo e incluso, cuanto menos sepamos sobre él, casi mejor, para no meter la pata.

Volví a asentir y le di las gracias, diciéndole que en cuanto tuviera algo nuevo que contarle me pondría en contacto con él sin perder ni un segundo y que confiaba en que él hiciera, a su vez, lo mismo.

–Cuenta con ello, Goiko –me respondió–, y cuídate de Zipi y Zape.

–¿Zipi y Zape? –no pude evitar hacer la pregunta, aunque me imaginaba a quiénes se estaba refiriendo.

–Sí, Zipi y Zape, los compañeros que fueron ayer a visitarte, les llaman así no solo porque uno sea rubio y otro moreno, sino porque además se apellidan Zubieta y Zubiaga, hay que joderse, hasta en los apellidos se parecen, como los famosos Hernández y Fernández de Tintín, solo que estos últimos eran graciosos y Zubieta y Zubiaga no tienen nada de divertidos. Y no te confíes, pueden parecer un par de gilipollas cabrones, y seguramente lo son, pero no son imbéciles y, cuando quieren, pueden ser buenos policías, así que ándate con ojo.

Le prometí que seguiría sus consejos antes de cortar la comunicación. El que cumpliera o no esa promesa era algo diferente, y ambos lo sabíamos, sobre todo porque aún no estaba muy claro contra quiénes jugábamos. En ese sentido, Zubieta y Zubiaga o Zipi y Zape, como les había llamado González, no eran nuestro mayor problema.

De momento me intrigaba mucho más el subinspector Pareja. Lo que me contó Antonio Jiménez acerca de él, eso de que pese a su graduación tenía más poder que un capitán general con mando en plaza, no dejaba de intrigarme. Por supuesto, el gitano tenía razón, un subinspector no tiene tanto poder. Salvo que en realidad sea otra cosa. Aunque no albergaba muchas esperanzas, tecleé en Google para ver si podía enterarme de algo y, como por otra parte esperaba, no obtuve ningún resultado, por lo menos que me sirviera de indicio para adentrarme en su personalidad. No existía, al menos en la red, ningún subinspector Pareja. Sí pude enterarme de que un subinspector de policía había matado, hacía ya algunos años, a su pareja sentimental e incluso, para lavar el honor de la policía española, mancillado por la anterior noticia, que otro subinspector de policía había detenido a una pareja que traficaba con drogas, pero no encontré a ningún subinspector que se apellidara Pareja. Decidí teclear «inspector Pareja» y «comisario Pareja», quién sabe, quizás el individuo, con el paso

de los años, había logrado un merecido ascenso, pero nada de nada. Lo único que obtuve fue una dirección en la que aseguraban que podías encontrar la pareja de tu vida de un modo fácil y muy poco costoso. Decidí guardar la dirección en «Favoritos», teniendo en cuenta cómo se había desarrollado en los últimos tiempos mi vida sentimental no podía descartar que acabara recurriendo a esa página web.

El no hallar nada sobre ese enigmático policía no me frustró demasiado, ya que no confiaba demasiado en encontrar nada especialmente significativo, pero sí que me extrañó no encontrar nada de nada, el vacío más absoluto, como si nunca hubiese existido un subinspector Pareja. Quizás en el fondo se trataba de eso, que lo de «subinspector Pareja» fuese tan solo un apodo, un *nom de guerre* de alguien que tal vez ni siquiera fuese policía, podía tratarse de un guardia civil o de un miembro de los servicios de inteligencia, aunque en el pasado había conocido a alguno y la palabra «inteligencia» no era precisamente la más adecuada para describirlos.

Volví a teclear en Google el nombre de Koldo Ferreira. Aunque ya lo había hecho anteriormente sin obtener excesiva información, desde luego mucha menos que la que me proporcionó el colega de mi antigua cliente Agurtzane, quería comprobar un dato que necesitaba para dar mi siguiente paso, saber quién había sido su abogado. Soy consciente de que los miembros de ese gremio son reacios a dar información sobre sus clientes, y que yo no tenía muy buena fama entre los componentes del mundillo jurídico de mi ciudad, pero aún así me parecía que podía ser interesante tener una conversación con el letrado que le defendió tras su detención, era posible que estuviese dispuesto a hablar si sabía plantearle bien la cuestión.

Enseguida me percaté de que mis esperanzas habían sido vanas. El hombre que había defendido a Koldo Ferreira ante los tribunales era Xabier Zuloaga, un abogado duro y correoso que con el transcurrir del tiempo había abandonado sus veleidades independentistas y era en esos momentos miembro de una fundación en la que junto a viejos progresistas desengañados porque no habían conseguido realizar la siempre aplazada revolución socialista convivían partidarios acérrimos de los más caducos valores de lo que habitualmente se conoce como la España eterna. Zuloaga, tras caerse del caballo o comprobar que había equinos muchos más productivos económicamente, dejó pasearse por cárceles y juzgados e inició una carrera articulista de prensa y tertuliano, ese nuevo oficio que pese a no estudiarse en las escuelas de formación profesional ha florecido con inusitada fuerza en el país en los últimos años, lo que le llevó a ir de emisora en emisora y de plató en plató dando sus opiniones sobre todo lo divino y lo humano, opiniones que cuanto más se acercaban a las que debió tener nuestro antepasado común, el hombre de Cromagnon, más réditos económicos le producían.

Con quien sí tuve suerte fue con su excompañero de despacho, Rafael Bizkarrondo, que accedió a recibirme en cuanto supo quién era y qué quería. Al parecer también él, como la práctica totalidad de la fauna jurídica de mi ciudad, me conocía, sobre todo a raíz de la muerte del juez Bourget Morán, que la gran mayoría

achacaba a mi intervención, pese a mis esfuerzos por demostrar lo contrario. Quizás en ese caso concreto mi mala fama obró en mi favor, ya que seguramente más de uno de los clientes de Bizkarrondo acabó entre rejas como consecuencia de un auto firmado por quien fuera el juez estrella de Bilbao, pero por si acaso no osé preguntárselo.

Rafael Bizkarrondo, como muchos de sus colegas, tenía su despacho profesional cerca del Palacio de Justicia, más concretamente en la Alameda de Mazarredo, junto al palacio de Ibaigane, la antigua residencia de la familia Sota que en la actualidad servía de sede al Athletic, el equipo de fútbol de mi ciudad. Y como muchos de sus colegas, independientemente de sus ideas políticas o sus creencias religiosas, tenía una secretaria que me hizo esperar más de media hora, alegando que el «señor Bizkarrondo está muy ocupado y todavía tendrá que esperar un rato, no, lo siento, no sé cuándo quedará libre». La situación no me hizo mucha gracia, pero era yo quien quería entrevistarse con Bizkarrondo, no él conmigo, así que no había más remedio que aguantar y joderse.

El abogado debía ser un eyaculador precoz porque en lugar de la media hora, o más, vaticinada me recibió cuando tan solo habían transcurrido diez minutos. De aspecto campechano, externamente parecía más un cocinero de esos que salen en las televisiones explicándonos cómo se preparan unas buenas kokotxas que un circunspecto jurista, me palmeó la espalda mientras decía «así que es usted el famoso Mikel Goikoetxea, el superdetective» y me ofrecía un café. A lo segundo dije que sí, más que nada para molestar a la secretaria que mostró su desagrado al tener que mover el culo para ir a buscar la cafetera, pero en cuanto a lo primero intenté, sin éxito, que no siguiera mencionando el tema.

–Vaya, vaya, señor Goikoetxea, he oído hablar mucho de usted –volvió a decir mientras de nuevo me regalaba una de sus sonrisas de cocinero mediático–, la verdad es que tenía ganas de conocerle.

Estuve a punto de contestarle que no entendía cómo un abogado que había tratado con más de un militante de ETA y que continuamente les asistía en comisarías, juzgados y prisiones podía estar tan impresionado por conocer a un simple detective, pero prudentemente opté por callarme. Además, en el fondo, quizás la cosa no fuera tan rara, tratar con etarras era para él algo habitual y cotidiano, incluso rutinario, mientras que seguramente su idea de los detectives estaba lastrada por las películas que había visto y las novelas que había leído.

–No debe usted creerse todo lo que le cuentan –dije finalmente.

–Lo sé, lo sé, pero con que sea verdad solo la mitad, tiene más que suficiente. Además, como en la película de John Ford, esa en la que salen John Wayne y James Stewart, supongo que la habrá visto, «El hombre que mató a Liberty Valance», cuando la leyenda supera la realidad, se imprime la leyenda. Y para serle totalmente sincero, aunque humanamente lamento lo que sucedió con Bourget, como se puede imaginar no era santo de mi devoción y sé cómo se comportó con usted. Y con mucha

más gente –añadió sin especificar si se refería a clientes suyos o a otro tipo de ciudadanos libres de sospecha–. En fin, señor Goikoetxea, si no le he entendido mal cuando hablábamos por teléfono ha venido a hablar acerca de Koldo Ferreira. ¿Qué pasa con él?

–¿No lee usted la prensa? Ha muerto.

–Sí, ya sé que ha muerto, incluso sé que ha sido asesinado justo cuando salía de la prisión, tras haber cumplido íntegramente su condena. Como le dije por teléfono, cuando Zuloaga dejó el bufete, junto a muchas otras cosas –lo dijo en un tono que no supe discernir si estaba nostálgico por el amigo perdido o rabioso por el compañero desertor–, me hice cargo de parte de sus clientes, los relacionados con la lucha armada, pero apenas tuve contacto con Ferreira. De hecho al poco tiempo de ingresar en prisión me pidió que no fuera a visitarle, pero que yo sepa no nombró otro abogado, cuando en alguna contada ocasión necesitó uno, solicitó que le designaran uno de oficio.

–Supongo que eso le alejaría del resto de prisioneros, me refiero a los pertenecientes a ETA.

–Sí, claro, aunque por lo que yo sé nunca estuvo ligado al Colectivo de Presos Políticos Vascos. Desde el primer día que ingresó en prisión hizo rancho aparte, aunque tampoco puede decirse que fuera un disidente, sencillamente iba a su bola, como se dice ahora. En fin, eso es historia pasada, lo que no entiendo es que justo le maten ahora, no solo porque nunca fue, tras su ingreso en prisión, un preso conflictivo, sino porque estamos en período de tregua, muy cerca de lograr por fin la desaparición de la lucha armada, parece como si alguien quisiera dinamitar esa oportunidad.

No había acudido a su despacho a discutir sobre la situación política, y así se lo dije. En su rostro apareció un pequeño gesto de contrariedad, pero enseguida se rehizo y me ofreció nuevamente su sonrisa de cocinero vasco con un montón de estrellas Michelin.

–Entiendo, le gusta ir al grano, usted quiere saber qué relación puede tener la muerte de su amigo con la de Koldo Ferreira, pero es que no podemos obviar que Ferreira era un expreso político, la relación de su militancia con la de su asesinato no deja lugar a la duda, está claro que quienes han atentado contra él son elementos de extrema derecha, quién sabe si parapoliciales, que desean sabotear el proceso de paz.

–No todo en la vida debe medirse con parámetros políticos, abogado. Además, usted mismo ha dicho que Ferreira se desvinculó hace ya muchos años de la organización y si algún grupo parapolicial o de extrema derecha quisiera obstaculizar el proceso de paz, como acaba de insinuar, sería más lógico atentar contra alguien que todavía signifique algo en el mundo de la izquierda abertzale. Como usted mismo, por ejemplo.

En esta ocasión la sonrisa que me ofreció Rafael Bizkarrondo no fue una imitación de ningún cocinero televisivo, sino la suya genuina. Primero sonrió y luego

se rio sin ambages, puestos a buscar comparaciones su risa se parecía como un huevo a otro a la de mi visitante matutino, el gitano. Bizkarrondo era un hombre inteligente así que seguramente cuando hacía unos momentos me había dado esa explicación tan burda, más que intentar engañarme había intentado probarme y, por lo visto, yo había pasado la prueba con buena nota.

–Tiene usted razón, señor Goikoetxea, aunque por mi propio bien espero que sus dotes proféticas sean inexistentes. Sí, es cierto, lo que le he dicho anteriormente no tiene ninguna consistencia, pero si descartamos esa hipótesis nos quedamos sin nada, o al menos yo me quedo sin nada. Si a Ferreira no le han asesinado por cuestiones políticas, desconozco cuál puede haber sido el auténtico motivo. Créame que soy sincero cuando digo que lo siento, pero no veo cómo voy a poder ayudarle.

–Para empezar, no hablemos del Koldo Ferreira muerto, hablemos del Koldo Ferreira vivo.

–En realidad poco puedo decirle. Quien llevaba su caso, por decirlo de algún modo, era Xabier Zuloaga. Y si he hecho esa apostilla es porque tiene usted que entender de qué época estamos hablando. En aquellos años la organización estaba muy activa, fueron tiempos muy duros, para todo el mundo. Sí, ya lo sé –en esta ocasión su sonrisa tenía una clara aura de tristeza–, fue más duro para la gente que moría y para sus familiares, pero no fue fácil para nadie, también los militantes, no solo de ETA sino de la izquierda independentista, eran torturados y acosados, la endiablada espiral acción-represión-acción. Ahora, cuando echamos la vista atrás, comprendemos mejor lo que fue aquello y el sufrimiento que se causó, que causamos –volvió a obsequiarme con una triste sonrisa–, pero la historia no se puede cambiar. En estos momentos se nos exige que condenemos nuestro pasado. Quizás tengan razón quienes nos lo piden, seguramente la tienen, pero no podemos hacerlo, no podemos aceptar que, aún llenos de buena voluntad, con ese sacrificio propio de quienes siendo jóvenes tienen el corazón lleno de ideales, el único logro de nuestra historia haya sido el sufrir y producir sufrimiento. ¿Lo entiende, señor Goikoetxea?

Ni lo entendía ni dejaba de entenderlo. Como todo ciudadano tenía una opinión sobre lo que había ocurrido en mi país, ya lo decía Clint Eastwood cuando hacía de Harry el Sucio, las opiniones son como los culos, todos tenemos uno, pero no había acudido allí para discutir de política ni, mucho menos de ética y moral, tan solo quería averiguar qué relación podía tener la muerte de Ferreira con el atentado que había sufrido Eneko Goirizelaia, y así se lo dije a Bizkarrondo.

–Vuelve a tener razón, señor Goikoetxea, disculpe que me haya ido por las nubes, pero la introducción que le estaba haciendo, aunque haya derivado a esas otras consideraciones, tiene su importancia. Como le he dicho antes, los años ochenta fueron de intensa actividad, también para nosotros, los abogados. No era fácil defender a nuestros clientes, por lo menos hacer una defensa jurídica convencional. Independientemente de que hubiera pruebas más o menos sólidas, los jueces solían tener el convencimiento de que nuestros clientes eran culpables, y en gran parte de

los casos acertaban. Además, la gran mayoría de los detenidos no negaban su pertenencia a la organización, que hubieran participado en un atentado concreto u otro era lo de menos. Si no fuera porque moría gente podíamos decir que se trataba de un juego en el que cada uno conocía su posición y, sobre todo, que nadie pensaba que casi treinta años después ese juego no se habría acabado.

»Nuestro trabajo, por lo tanto, era complicado pero abundante. Cada abogado tenía un montón de militantes a los que defender y aunque nos ayudábamos los unos a los otros en los momentos en los que estábamos desbordados y más cuando, como era el caso de Xabier Zuloaga conmigo, compartíamos el mismo bufete. Lógicamente a quienes mejor conocíamos era a nuestros propios defendidos, no a los de nuestros compañeros. Por eso yo apenas traté a Ferreira, la mayor parte de lo que sé de él se debe a haber leído las copias de los expedientes que conservo en los archivos, así como por algún comentario que de vez en cuando me hacía Xabier, que no solía ser muy locuaz en la época en la que compartíamos despacho. Aunque una cosa sí recuerdo, en una ocasión me dijo que Koldo Ferreira era un militante atípico. Sí, lo recuerdo perfectamente, esas fueron las palabras que usó, textuales, un militante atípico.

—¿A qué se refería con eso?

—Pues es difícil definirlo, además ya le he dicho que yo no estuve en contacto con él al principio, lo que sé, como acabo de explicarle, me llegó a través de Zuloaga y de la lectura de los legajos que hablaban de él, pero quizás podría decirse que era atípico por sus orígenes. No me entienda mal, no me refiero a que fuese un hijo de la inmigración, eso no es tan raro en ETA, el caso de Txiki Paredes Manot tal vez sea el más conocido, pero no es el único, ni mucho menos, me refiero a sus orígenes ideológicos. Ferreira estaba más en la órbita del PCE o incluso de grupos más a la izquierda, organizaciones con una férrea disciplina marxista leninista que rechazaban el nacionalismo por pequeño burgués y el terrorismo por aventurerismo. Que alguien que se encontraba en esa línea abrazara repentinamente la causa de la independencia y no solo eso, sino que además entrara en ETA, no deja de ser sorprendente.

—¿Y no hay ninguna explicación para esa, digamos, opción tan inesperada?

Bizkarrondo se sonrió levemente, como si a pesar de todo lo ocurrido aún sintiera nostalgia de aquellos años tan duros, o quizás porque pensaba que yo no me enteraba de nada, antes de responderme.

—Mire, señor Goikoetxea, todo esto que le estoy contando está visto, por decirlo de alguna manera, con la perspectiva actual. Si echamos la mirada atrás, las cosas no son tan sencillas, como usted comprenderá no se hace uno miembro de ETA como se hace socio del Athletic, yendo a Ibaigane^[6] con un par de fotografías, un impreso de solicitud relleno y un número de cuenta donde hacer los pagos. Todo esto que le he contado, sobre la ideología de Ferreira y su trayectoria anterior a la entrada en la organización, cómo se lo diría, no se calibraba de la misma manera. Supongo que en la balanza se sopesarían los pros y los contras, los aspectos positivos y negativos e

incluso, sobre todo, los avales que presentase. El hecho incontrovertible, sobre eso no hay ninguna duda, es que en el año 1984 se incorporó a ETA y fue uno de sus miembros más activos, aunque, por decirlo de algún modo, su actividad estuvo muy especializada.

–¿A qué se refiere? –le pregunté, aunque si lo que me había dicho Jon Basabe era cierto, y no tenía motivos para dudar de su palabra, creía saber de qué estaba hablando.

–Todos los atentados en los que participó Ferreira, y por los que fue condenado por la Audiencia Nacional, se efectuaron contra narcotraficantes o personas de las que se sospechaba que se dedicaban al tráfico de drogas. Es curioso, tras haber estudiado los expedientes que le afectaban he llegado a pensar que en realidad Ferreira no entró en ETA porque de repente le hubiese surgido un irrefrenable afán de lucha por la independencia de Euskal Herria, sino para dar cobertura a una cruzada personal contra los narcotraficantes, aunque eso, por supuesto, es tan solo una hipótesis personal fruto de mis reflexiones sobre su trayectoria y su personalidad. Aunque hay un dato objetivo que podría avalar esa hipótesis. No aparece en las diligencias judiciales, pero creo recordar por algunas conversaciones que tuve en su momento con mi excompañero Xabier Zuloaga, que su único hermano falleció a consecuencia de una sobredosis.

No parecía tonto el abogado, y lo que me estaba diciendo concordaba con lo poco que sabía, pero en ese esquema había una nota disonante y así se lo mencione.

–Por lo que yo sé, eso no es totalmente cierto. Creo que también participó en el asesinato de un policía. ¿Se trataba de algún agente implicado también en el narcotráfico?

–Si tenemos en cuenta la trayectoria de Ferreira parecería lógico, pese a que desde instancias oficiales se rechazó con fuerza esa teoría, pero bueno, qué es lo que iban a decir, no iban a echar tierra sobre uno de los suyos, que además había fallecido víctima de un atentado terrorista –de nuevo afloró en su labios una señal de tristeza, disfrazada exteriormente de sonrisa desvaída–, sin embargo...

–¿Sin embargo qué? –le volví a interpelar cuando observé que callaba bruscamente, como si quisiera repensar lo que estaba a punto de decir.

–Mire, señor Goikoetxea, usted es vasco, además ha sido *ertzaina*, así que casi con toda seguridad conoce a fondo nuestro país y su historia más reciente, por lo que creo que es capaz de comprender ciertas cosas. No, no le estoy hablando de política –se adelantó a las palabras que estaba a punto de pronunciar, adivinándolas de antemano–, sino de otra cosa que podríamos llamar, por decirlo de algún modo, mecanismos psicológicos. Antes le he hablado de la dificultad que teníamos para defender a los presos, no solo por las pegadas que se nos ponían desde los foros judiciales sino porque, en realidad, a muchos de los detenidos no les importaba reivindicar sus acciones. No se defendían diciendo que ellos no habían cometido tal o cual *ekintza*^[7], sino que se limitaban a no reconocer la autoridad moral de los

tribunales españoles para juzgar sus acciones. La verdad es que eso no nos facilitaba las cosas –volvió a suspirar, pero en su gesto había más nostalgia que pesar–, pero era lo que había y teníamos que apechugar con ello. Sin embargo, el caso de Ferreira fue diferente. Asumió en primera persona, incluso diciendo que había sido no solo el instigador, lo que seguramente era cierto, sino el único autor, cosa que, por el contrario, no es creíble, de los asesinatos de los narcotraficantes, pero siempre negó, por activa y por pasiva, que hubiese participado en la ejecución del policía. No es que se escudara bajo la tesis de que pese a su condición funcional fuera también un engranaje del tráfico de estupefacientes, sino que en todo momento negó rotundamente haber disparado contra él.

–¿Conoce el motivo de esa negativa? –le pregunté, aunque intuía cuál podía ser la respuesta.

–Me temo que no soy el afortunado poseedor de una bola de cristal, así que no puedo responderle, pero ¿por qué no aceptar lo más obvio? ¿Por qué no aceptar que si Ferreira decía que no había participado en la muerte de ese policía su negativa se debía, precisamente, a que no había participado? No tenía ningún motivo para mentir, un asesinato más o menos no iba a afectar a su sentencia. Aunque sí es cierto que aquella acción, si pensamos en sus características, fue bastante atípica.

–¿A qué se refiere?

–El atentado se produjo en un descampado, en la zona de Loiu, no muy lejos de donde hoy se ubica el aeropuerto, lo que no era muy habitual, y junto al cadáver del policía se encontró el cuerpo, casi desangrado, del propio Ferreira, que salvó la vida por los pelos, como se suele decir. El lugar y la situación eran tan extraños que daba la impresión de que estaban citados, incluso se insinuó que Ferreira era un traidor que había quedado allí con ese policía para denunciar a sus compañeros, pero el hecho de que el policía muriera y él mismo hubiera sido malherido acallaron esos rumores. Además los datos forenses fueron concluyentes, cada uno de ellos había sido abatido por el arma que empuñaba el otro.

–No entiendo, entonces, que Koldo Ferreira se empeñara en negar la autoría del asesinato. ¿Dijo algo más, cómo había ocurrido todo, quién asesinó al policía?

–Nada de nada, se encerró en un mutismo total, limitándose a asumir el resto de los asesinatos, pero no ese. ¿Por qué lo hizo?, ni idea, todo son hipótesis, quizás porque pensara que matar a traficantes de droga estaba justificado, pero lo de aquel policía, en cambio, no tenía justificación alguna. Tal vez algo se rompió en su interior, quién sabe, a la larga a todos los que de un modo u otro hemos participado en esta aventura –sonrió tristemente al pronunciar ese eufemismo–, se nos ha roto algo por dentro, solo que algunos se niegan a admitirlo y otros ni siquiera lo saben.

Me miró como si deseara conocer mi opinión, como si esperara que yo pronunciara unas palabras de ánimo o consuelo, pero yo no había acudido a su despacho para hablar de políticas o hacer disquisiciones éticas y morales, sino en busca de hechos, por eso, eludiendo su muda petición, le pregunté si el atentado de

ese policía fue reivindicado por ETA.

Rafael Bizkarrondo me miró fijamente, sin pestañear, antes de hablar. Mi pregunta le había sacado de su ensimismamiento y le había hecho reaccionar, como si de nuevo fuese el abogado cuya única preocupación era trabajar por sus clientes, con todas las armas legales que estuviesen a su alcance, sin cortapisas morales ni de otro tipo. Por el tono de su mirada comprendí que tenía que ser un tipo muy duro de pelar en los tribunales y seguramente con otra clase de clientes, diferentes a los que habitualmente se veía obligado a defender, su porcentaje de absoluciones tendría que ser muy elevado.

–Entiendo lo que quiere decirme, señor Goikoetxea, pero ¿qué importancia tiene eso en estos momentos? Antes o después la lucha armada va a desaparecer y muchos tendremos que hacer, incluso en voz alta, reflexiones dolorosas. ¿Qué importancia tiene decir este sí, este no?

–Están los familiares, los amigos. Tienen derecho a saber la verdad.

–La verdad, sí, claro, la verdad. Por Dios, Goikoetxea, no sea usted ingenuo, a nadie, y cuando digo a nadie no exagero ni un pelo, le interesa la verdad. Desengañese, la verdad es lo que aparecerá dentro de cincuenta años en los libros de historia, pero nosotros ya no estaremos allí para desmentirla ni para apoyarla. Los familiares, los amigos, tienen derecho al consuelo, al resarcimiento, y eso en muchas ocasiones proviene más fácilmente de una mentira bien construida y maquillada que de la verdad. De todos modos, volviendo a su pregunta, lo desconozco, mi memoria no es tan buena y tampoco me he leído todos los comunicados que ETA ha emitido a lo largo de su historia, pero tampoco sería concluyente. Hay tanto acciones que nunca ha reivindicado como atentados no cometidos por ella, pero que en un momento dado prefirió aceptar que la gente, e incluso la policía, pensarán que había sido obra suya. Vivimos una era de publicidad, es decir, de apariencias, y eso se da tanto en los famosos que salen en la televisión como en las organizaciones políticas o militares.

El abogado podía ser un cínico, o quizás tan solo un hombre desencantado por todo lo que había tenido que ver a lo largo de su vida profesional, pero en una cosa se equivocaba, a mí sí me interesaba la verdad, y no porque me considerara moralmente por encima del resto de mis conciudadanos, sino porque quizás conocer «esa verdad» me ayudaría desentrañar lo que había ocurrido y, con ello, salvar a Eneko en caso de que su vida siguiera corriendo peligro, pero comprendí que no iba a sacar nada más de Bizkarrondo sobre ese tema, así que decidí darle un nuevo giro a la entrevista.

–Cambiano de tema, ¿le suena de algo el nombre del subinspector Pareja?

Antes de que me respondiera comprendí que sí le sonaba, claro que le sonaba, de otro modo no podría llegar a entenderse la acusada transformación que sufrió su rostro, salvo que se achacara a un repentino y muy poco oportuno ictus. De ser esto último sus facultades de hablar no se mermaron del todo, porque entre susurros me preguntó qué era lo que yo sabía sobre él.

–Nada, por eso se lo pregunto a usted. Su nombre ha aparecido en mis

investigaciones, pero no sé nada de él, para mí es como un fantasma, ni siquiera estoy seguro de si son su grado y su apellido verdaderos, podría ser un apodo, una tapadera. Lo único que he averiguado sobre él –decidí continuar sincerándome, seguramente no le iba a decir nada que él no supiera o imaginara y de ese modo conseguía que mantuviera su confianza en mí–, es que un tal subinspector Pareja visitó a Koldo Ferreira en la cárcel y a raíz de esa visita cesaron como por ensalmo los «accidentes» que había sufrido anteriormente e hicieron peligrar su vida.

Bizkarrondo asintió en silencio, como si lo que acababa de escuchar no fuera nuevo para él.

–¿Así que usted jamás había oído ese nombre con anterioridad? –me preguntó finalmente.

–No –respondí–. ¿Debería haberlo oído?

–Supongo que no, para ello tendría que haber estado muy implicado en, en... bueno, eso no tiene ya demasiada importancia o aunque pueda tenerla no es el momento de ponernos nostálgicos –a pesar de lo que acababa de decir, su sonrisa desmentía sus palabras, desde el primer momento me percaté de que le brillaban los ojos cuando hablaba del pasado, seguramente era sincero al decirme que no echaba en falta la violencia y los atentados, pero sí, posiblemente, la juventud y los ideales perdidos–, así que se lo explicaré brevemente. En la lucha antiterrorista, como se le llama oficialmente, desde siempre hubo tres escalones, bueno, podríamos decir que cuatro, pero el primero no importa, el primero es el de los policías honrados, los hubo, los hay y los habrá, pero por favor, no repita usted esto que acabo de decir por ahí fuera, hundiría mi reputación de abogado de terroristas fiero e intolerante –en esta ocasión no sonrió melancólicamente sino que se rio con fuerza, como un niño que acaba de soplar las velas de su tarta de cumpleaños y ha apagado todas a la primera–, policías que con la ley en la mano y absoluta dedicación profesional se dedicaron a luchar contra ETA. Seguramente eran la mayoría, pero usted no es ningún ingenuo y sabe que en este juego las mayorías no cuentan, por mucho que se nos llene la boca hablando de democracia.

»Hubo, o quizás sigue habiendo, aunque con el transcurso del tiempo las reglas del juego fueron cambiando, otros tres escalones. En el primero podríamos situar a aquellos policías provenientes del franquismo, en muchas ocasiones antiguos miembros de la Brigada Político-Social, que pese a las denuncias de muchos demócratas y de la prensa acabaron haciéndose imprescindibles, en parte precisamente por su conocimiento de la lucha antiterrorista y en parte por estar firmemente incrustados en todos los recovecos de la administración que podían proporcionarles una información privilegiada, es decir, un gran poder sobre los sucesivos gobiernos de la democracia, da igual el partido que gobernara. Como ya le he dicho muchos de ellos son conocidos, incluso salieron sus nombres en artículos periodísticos, por lo general artículos no excesivamente laudatorios, pero todos llegaron a jubilarse con honor y, lo que es mucho más importante, con buenas

pensiones. Supongo que los que ya han fallecido lo habrán hecho en sus camas, rodeados del afecto de sus familiares –una nueva sonrisa irónica afloró en sus labios.

»El segundo escalón es el que yo llamo de los chapuceros, aunque popularmente tienen nombres más rimbombantes, el Batallón Vasco Español, la Alianza Apostólica Anticomunista o, los más conocidos, los Grupos Antiterroristas de Liberación, los GAL. Grupos policiales o parapoliciales, en ocasiones en conexión con sectores involucionistas o de la propia administración, que intentaron combatir a ETA aplicándole su propia medicina, por decirlo de algún modo. Si les he llamado chapuceros es porque lo eran, ¿en qué país se ha visto que los policías encargados de ese tipo de lucha se equivoquen de objetivo o gasten en un casino el dinero que tenían para preparar los atentados, usando además tarjetas de crédito reconocibles? Entiéndame, no lamento que fueran tan ineptos, pero ese modo de actuar hiere la sensibilidad de cualquier persona que valore el trabajo bien hecho. La típica improvisación y chapuza española, nunca cambiarán, un motivo más para que nos independicemos, ¿no cree?

Podía creerlo o no creerlo, pero no había acudido a ese despacho para contrastar mis ideas políticas con las del abogado, y así se lo dije.

–Tiene usted razón y le pido mil disculpas –en esta ocasión su sonrisa indicaba insinceridad, al menos en lo referente a que creyera adecuado disculparse–, no era mi intención adoctrinarle políticamente, así que seguiremos con lo que estaba diciéndole. Ya le he hablado de los dos escalones, tres si incluimos al de los policías normales. Pues bien, quizás he sido un poco injusto al calificar de chapuceros a quienes participaron en la guerra sucia. Porque había otro escalón, el de los anónimos, los desconocidos, policías con tanto poder que podían cambiar de identidad, de grado, de edad, de todo, en definitiva, policías cuyos nombres, los auténticos al menos, jamás salieron en la prensa ni fueron citados nunca para que acudieran a declarar ante un juez. Lo único que se sabía de ellos era tan solo eso, que existían. Algunas veces trascendía algún nombre, supongo que es inevitable, pero salvo que trascendiera porque les convenía a ellos, ya sabe, en ocasiones una buena leyenda ayuda a acojonar al enemigo, nunca se sabía a ciencia cierta dónde estaba la ficción y dónde la realidad. Sí, señor Goikoetxea, he oído hablar del subinspector Pareja, pero no puedo confirmarle que sea real. Lo que sí puedo asegurarle es que si existe, lo mejor que puede usted hacer es volverse a su casa, meterse entre pecho y espalda una buena botella de algún gran reserva de la Rioja Alavesa y al día siguiente, cuando se despierte y desaparezcan los efluvios de la resaca, llamar a quien le haya contratado y presentar del modo más digno, o ni siquiera eso, hay momentos en los que la dignidad es lo menos importante, la dimisión.

Parecía un buen consejo, pero me pillaba algo mayor para atenderlo. Si a mi edad aún no había aprendido a alejarme de los problemas, seguramente ya era tarde para hacerlo.

Me despedí del abogado y me dirigí nuevamente a mi domicilio, quizás allí

podría ordenar en mi cabeza todo lo que había ido asimilando durante el día y fue justamente en el portal donde la vi. Iba a acercarme hasta donde estaba ella para explicarle lo que había ocurrido un par de días antes cuando sin darme oportunidad a abrir la boca me espetó un «hijo de puta» que me quitó el aliento.

–Hijo de puta –repetió, y como quizás le pareció insuficiente volvió a repetirlo, añadiendo otros epítetos de similar cariz–, sí, hijo de puta y rastroero además de castrado, eso es lo que eres, un castrado sin palabra, un irresponsable de mierda. Mira que dejar abandonado a un pobre niño, hay que ser hijo de puta y mala persona – finalizó mi vecina su retahíla y se volvió junto al hombre que estaba a su lado, para meterle la lengua en la boca como si me dijera «mira, esto es lo que te has perdido por mamón».

Viendo cómo se las gastaba la madre y lo cabrón que podía llegar a ser el hijo en un futuro bajo su férrea dirección, no lamenté que mis posibilidades de tener un rollo con ella se desvanecieran para siempre. En realidad lo sentí por el pobre desgraciado que estaba con ella, ya que pese a que intentó ocultarse lo reconocí sin la menor duda. Se trataba de Garrastatzu, el hombre que Ander González designó para sustituirme cuando hacía de canguro de su siniestro hijo, por ser un auténtico hombre de familia, casado y con cuatro hijos. Estuve tentado de decirle que se lo pensara mejor, pero qué coño, ya era mayorcito para colgarse con su propia cuerda, además sabía por experiencia propia que ese tipo de consejos nunca son bien recibidos y jamás han servido para nada.

La irónica sonrisa con la que Irizar acababa de anunciarle que iba a ser recibido por el Doctor no auguraba nada bueno, incluso daba la impresión de que su compañero se regocijaba, pensó Koldo Ferreira, anticipando su más que probable caída en desgracia, y en el fondo no podía reprochárselo, si echaba la vista atrás comprendía que su forma de solicitar el ingreso en la organización, presionando y amenazando a quien había sido su compañero en los astilleros no era la más adecuada, pero ya estaba hecho y no merecía la pena darle vueltas al asunto, sobre todo porque, sorprendentemente, fue admitido. Sí, sorprendentemente fue admitido aunque seguramente, y en esa ocasión no constituiría ninguna sorpresa, dentro de poco tiempo iba a ser expulsado, eso en el mejor de los casos, si es que el castigo a que se había hecho acreedor no era mucho peor, no en balde militaba en una organización que practicaba la lucha armada. Pensando en eso fueron sus labios lo que se adornaron con una sonrisa irónica, seguramente pasaría a la historia como el militante de ETA que menos tiempo había necesitado para sufrir un expediente disciplinario, aunque dudaba de que esa expresión fuera la más adecuada para explicar el juicio por insubordinación al que presumiblemente iban a someterle.

El hecho de que le recibiera el Doctor en persona, aunque quizás «recibir» tampoco fuese la expresión más idónea, así lo avalaba. Había ciertas versiones sobre su apodo, según algunos le llamaban así por ser hijo de un conocido médico de Bilbao, otros añadían que se debía a que él mismo había cursado estudios de Medicina e incluso los había finalizado e incluso un gracioso avanzó la tesis de que en realidad era doctor en Filosofía. Por último, algunos sostenían la idea de que el sobrenombre le veía de la palabra «dotore», que en euskera no significa doctor, sino elegante, debido a lo atildado y pulcro que podía vérselo en cualquier ocasión, incluso en las aparentemente más peligrosas, pero ninguna de esas hipótesis tenía más posibilidades de ser cierta que las demás. Ferreira pensaba, aunque guardaba para sí esos pensamientos, que quizás sí fuese doctor y que seguramente se había especializado en Psiquiatría o Psicología, porque en las pocas ocasiones en las que había estado en su presencia pudo percatarse de que sus escudriñadores ojos lo abarcaban todo y penetraban en tu interior como si fuesen afilados cuchillos internándose en un trozo de mantequilla. Seguramente más que «el Doctor» tendrían que haberle bautizado como «el Brujo», un brujo cuya magia lo mismo podía curar que causar tu desgracia.

–¿Damos un paseo? –fue lo primero que le dijo el jefe político de los comandos nada más verle entrar en el caserío en el que le había citado—. Hace un día estupendo para encontrarnos en pleno invierno, y un paseo nos vendrá bien para refrescar tanto el cuerpo como las ideas.

Acatando sus deseos Ferreira asintió con un simple cabeceo y juntos salieron al exterior, solos, sin nadie que les acompañara, sin nadie que sirviera de escolta al

Doctor. Koldo sabía que jamás iba armado y a pesar de ello no le producía la menor inquietud caminar, sin protección, junto a un militante sobre el que pesaban graves cargos de sabotaje cuando no algo peor, como insubordinación o traición.

El caserío se encontraba situado a las afueras de Sara, en la Navarra francesa, cuna de Pedro Dagerre Azpilikueta, más conocido como Axular, el autor de Gero^[8], la obra cumbre de la literatura clásica en euskera, y no muy lejos del valle del Baztán. Mientras paseaban por aquellos parajes, y pese a su formación marxista leninista, Koldo Ferreira comprendió el motivo por el que algunos de sus conciudadanos querían detener el tiempo y plantarse para siempre en esa bucólica patria que quizás nunca existió más que en su imaginación, pero por la que merecía la pena soñar, luchar y sufrir, aunque quizás no matar. Y ese era el problema, que su contribución a la causa consistía en matar a quienes obstaculizaban que ese sueño pudiera convertirse en realidad.

Daba la impresión de que el Doctor sabía en qué estaba pensando Ferreira porque en ningún momento cortó sus elucubraciones mentales, limitándose a acompañarle en una caminata que no tenía un destino prefijado, lo mismo torcían por la derecha que por la izquierda como volvían por sus pasos, guiados más por el deseo de disfrutar de la belleza del paisaje que de llegar a un punto fijo. Fue finalmente el propio Ferreira quien se atrevió a romper el silencio.

–Supongo que la he cagado, ¿no? Mi primera acción y me pongo nervioso, joder, quizás no valga para esto.

–¿De verdad te pusiste nervioso? –le preguntó finalmente el Doctor, tras permanecer un rato en silencio, como si quisiera evaluar con profundidad las palabras que acababa de escuchar.

–Sí, bueno, es normal, ¿no? Quiero decir, joder, iba a matar a un hombre, ¿no? Eso le pone nervioso a cualquiera, sí, ya sé que en las películas los asesinos son gente fría. Incluso heladora, pero bueno, esto es otra cosa.

–No lo sé, hace mucho tiempo que no voy al cine. De todos modos nosotros no somos asesinos, así que la comparación no es procedente. No matamos ni asesinamos, ejecutamos a los enemigos del pueblo. Hay una gran diferencia que espero que comprendas, de otro modo no tendría sentido que militaras entre nosotros.

–Sí, claro –reconoció Ferreira–, tienes razón.

–Y en cuanto a lo de que estabas nervioso..., no sé, según Irizar en ningún momento lo pareciste, y yo le creo. No porque sea un tipo muy inteligente ni porque acepte su criterio a pies juntillas, sino porque llevo tiempo observándote y me estoy dando cuenta de que ahora tampoco estás nervioso y eso que del resultado de nuestra conversación pueden depender muchas cosas, incluso el que sigas con vida, por eso no creo que fracasaras por culpa de los nervios.

–Bueno, quizás haya otra razón, en realidad no tengo muy buena puntería así que seguramente eso podría explicarlo todo... –nada más pronunciar esas palabras Koldo Ferreira comprendió que se trataba de la excusa más estúpida que a nadie se le podía

ocurrir, de ahí que la acompañara con una desvaída sonrisa, como si quisiera pedir disculpas por comportarse de un modo tan infantil.

El Doctor asintió en silencio, aunque Ferreira no supo discernir si es que aceptaba su extraña excusa o simplemente le estaba diciendo que sí, que sabía que era un perfecto gilipollas, pero que eso era lo que menos importaba en esos momentos. Finalmente habló para decirle que no se esforzara en disculparse, que el asunto estaba claro.

–En ningún momento tuviste la intención de matar a ese txakurra^[9].

–Sí, creo que vuelves a tener razón –reconoció finalmente Ferreira, tras permanecer ambos un gran rato en silencio–. Pero es que creía, y sigo creyéndolo, que ese policía no merecía morir. No era ningún torturador ni ningún violador de ancianitas o un madero corrupto. Es un simple policía destinado en Euskadi como podía haberlo estado en Badajoz, que se limita a hacer su trabajo.

–Parece que te has informado bien acerca de él, ¿no? –volvió a sonreírse socarronamente el Doctor–. Que conste que no me parece mal, demuestras tener iniciativa y capacidad para pensar por tu cuenta. Esas son cualidades positivas que sé apreciar en lo que valen, pero no te confundas. No estás en una organización anarquista, en la cual cada militante puede ir a su aire, nosotros somos una organización militar, revolucionaria, sí, socialista, sí, abertzale, también, pero de estructura militar, y en las estructuras militares la disciplina es fundamental. Y somos los dirigentes quienes decidimos qué acciones hay que llevar o cabo o cuáles deben ser aplazadas e incluso suspendidas indefinidamente. En tu opinión ese txakurra no merecía morir, y yo respeto tu opinión, pero la decisión estaba tomada y tú debías haberte limitado a acatarla. Así, sin más, sin rebeldías ni desobediencias.

–Supongo que estás en lo cierto, pero ya no tiene remedio. Ahora lo más importante es saber qué es lo que piensas hacer al respecto –le preguntó Ferreira, como si tuviese prisa por conocer su sentencia.

–Lasai, mutil, lasai^[10], no te precipites, la cosa no ha sido tan grave aunque tú así lo creas, todo tiene remedio, o eso espero, aunque tendrás que poner algo de tu parte. Negarse a matar a un enemigo no es necesariamente malo –continuó su razonamiento el Doctor, ignorando la pregunta de Ferreira–, no todo el mundo es capaz de hacerlo y si quieres que te sea sincero, lo entiendo perfectamente, yo jamás lo he hecho, me horroriza el pensar que con mis propias manos estoy cercenando la vida de otro ser humano, aunque pensándolo bien quizás sea un hipócrita, ya que doy las órdenes para que otros lo hagan en mi nombre. Pero bueno, no estoy tratando de filosofar, sino de decirte que comprendo tu postura, aunque habría sido mucho mejor que me la hubieses explicado antes de enviarte a Bilbao a ejecutar a ese madero y no después, tras boicotear la misión. En realidad el que no quieras matar no es el problema, no, ese no es el problema –finalizó sus palabras mirando al horizonte, como si en realidad estuviera contando sus cuitas al enrojecido sol que ya empezaba a ocultarse–. No, ese no es el problema –repitió–, el auténtico problema no es que no quieras matar, es que

deseas morir, ese es en realidad el auténtico problema. ¿Me equivoco acaso?

No, el Doctor no se equivocaba, pensó Ferreira, por lo menos no del todo. Había matado ya una vez y eso significaba que podía volver a hacerlo, incluso en su fuero interno deseaba volver a hacerlo, pero no a quienes en el fondo eran como él simples trabajadores explotados por un sistema injusto, aunque llevaran pistola y uniforme, sino a quienes de verdad se lo merecieran. Pero en lo que sí tenía razón su actual jefe, que quizás no fuera médico, pero estaba claro que era un brujo capaz de leer en tu interior, era no tanto en que deseaba morir como en que, de hecho, no le importaba morir... Quizás el auténtico problema estribara en eso, en que de algún modo, tal vez inconscientemente, buscaba la muerte. Hacía mucho tiempo que había dejado de creer en Dios, si es que creyó en Él algún día, pero parecía que ese era el sistema más idóneo que había encontrado para obligarle a expiar sus pecados. Por eso había entrado en ETA y por eso había boicoteado conscientemente la primera misión que le asignaron.

Sorprendentemente no tuvo problemas, o en todo caso muy pocos, para ser admitido en el seno de la organización, pese a que en cierto modo podía decirse que había secuestrado y chantajeado a uno de sus militantes, su antiguo compañero de trabajo, Irizar. Curiosamente este, tal vez porque no deseaba reconocer su fracaso al permitir que el propio Ferreira le sustrajera el arma que le habían proporcionado o porque pensara que antes o después se daría una buena hostia, en esto había sido premonitorio, y las consecuencias para él serían más graves que la no admisión, no vetó su solicitud de ingreso sino que la apoyó.

Su antigua militancia en organizaciones ultraizquierdistas tampoco supuso un gran obstáculo. ETA, además de por la independencia, luchaba también por la construcción de un Estado Vasco Socialista, por lo que ideológicamente existían evidentes afinidades. Quedaba el problema de la crítica que en ocasiones esas organizaciones, a menudo tildadas despectivamente de españolistas, habían lanzado contra la causa independentista, tildando a los nacionalismos, cualquier tipo de nacionalismos, como de movimientos reaccionarios y de pequeños burgueses, aliados del gran capital, pero poco a poco, con el predominio en el ámbito de la izquierda de una socialdemocracia clónica de la alemana, a la que escoltaba esa nueva práctica de los viejos partidos comunistas obedientes a los dictados de Moscú denominada eurocomunismo, y la desaparición de cualquier tipo de influencia que en el pasado pudieran haber tenido los partidos que se calificaban como marxistas leninistas, maoístas o trotskistas, esas diferencias iban perdiendo terreno y no parecía nada extraño que antiguos militantes de la Revolución Proletaria volvieran sus ojos a ETA, por tratarse de la única organización que aún mantenía vivo ese sueño revolucionario.

En el fondo le importaban bien poco las razones que tuvo la organización para aceptarlo, aunque por otro lado, y desde su primer día de militancia, el propio Ferreira desconocía qué era lo que le había impulsado a solicitar el ingreso.

Había tal vez un motivo personal, de pura supervivencia, si tras haber matado al

Gallego los ojos de las fuerzas policiales estaban posados en él, después haber tiroteado a dos policías estaba claro que no iban a descansar hasta darle caza, pero quizás podría haber intentado otra vía de escape. Algunos de sus camaradas aún conservaban contactos que le hubieran hecho pasar al este de Europa, o aún mejor a Sudamérica, donde seguramente podría haber iniciado una nueva vida con una nueva identidad y sin problemas de idioma como hubiese ocurrido en cualquier otro país europeo o asiático, pero un impulso que en esos momentos no supo calibrar ni discernir a qué se debía le obligó a optar por el exilio en el País Vasco francés, o Iparralde como denominaban a ese territorio sus actuales compañeros de militancia, e integrarse en ETA. ¿Quizás porque el haber atentado contra miembros de las fuerzas de seguridad le hermanaba, en cierto modo, con el resto de militantes? Era una respuesta cómoda y plausible, pero no del todo cierta. En realidad Koldo Ferreira conocía perfectamente la auténtica respuesta, pese a que hasta hacía muy poco tiempo no se había atrevido a admitirla ante sí mismo e incluso en esos momentos le costaba asumirla por completo.

De todos modos, fuesen cuales fuesen los motivos de su petición de entrada en la organización o los de esta al admitirle, desde el momento en que se produjo asumió las obligaciones y los derechos de cualquiera de sus miembros. Se sometió a un doble entrenamiento, uno ideológico y el otro, el más importante, militar. Aprendió a disparar, a preparar bombas no muy sofisticadas, a resistir los primeros embates de la tortura. Y cuando consideraron que había finalizado su adiestramiento con buena nota le comunicaron que ya estaba preparado para volver al «interior», como se denominaba al País Vasco español, y participar en su primera ekintza^[11], en la que le acompañaría Irizar, su mentor, el hombre que por su culpa había dejado de ser un militante legal de la organización para pasar a la condición de liberado. Se trataba de un trabajo muy sencillo, le dijeron, ejecutar a un policía que no desempeñaba su función en la brigada antiterrorista y que nunca se había significado especialmente, por lo que con toda probabilidad, o así al menos le indicaron sus informantes, había relajado en exceso sus medidas de seguridad. Su nombre era Ernesto Villalpando y estaba destinado en la brigada de estupefacientes de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao.

El Doctor tenía razón en una cosa, antes de atentar contra el policía que le asignaron como objetivo, Koldo Ferreira se informó sobre él y su trayectoria. Pese a la dificultad inherente a su condición de exiliado en la que tenía que sortear una doble vigilancia, la de sus actuales compañeros de militancia y la de los servicios policiales españoles, aún le quedaban contactos de sus viejos tiempos de luchador antifascista y dirigente sindical, incluso buenos amigos de esos que nunca hacen preguntas. Gracias a ellos pudo enterarse de que el inspector Villalpando, a pesar de ser miembro de los cuerpos represivos, no encajaba en el estereotipo de policía torturador y nostálgico del antiguo régimen. Era un funcionario que llevaba varios años trabajando en el grupo operativo de estupefacientes de Bilbao, luchando contra esa lacra que tanto

daño estaba haciendo entre los jóvenes vascos, como él sabía por triste experiencia personal. No se le conocían inclinaciones políticas, al menos no simpatizaba con ningún partido en concreto. Lógicamente, siendo oriundo de un pequeño pueblo extremeño, no simpatizaba con el nacionalismo vasco, pero tampoco era de los que sacaban la pistola reglamentaria cuando oía hablar en euskera, y si hubiera que clasificarle de algún modo podría considerársele como levemente progresista, aunque sin veleidades radicales ni mucho menos revolucionarias, por supuesto.

En el aspecto personal, era el menor de una familia compuesta por seis hermanos y había conseguido estudiar gracias a una beca de una orden religiosa. Estaba casado, sin hijos, y llevaba varios años destinado en Bilbao, siempre asignado al mismo grupo operativo. Anteriormente estuvo ejerciendo sus funciones en Melilla y Barcelona, pero su paso por esas dos ciudades fue muy fugaz. Todos esos datos ayudaron a que Ferreira se hiciera un bosquejo de la personalidad del hombre al que le habían ordenado ejecutar, pero no dejaban de ser circunstanciales y anecdóticos. Mucho más le impactó saber que Villalpando había sido el policía encargado de investigar la muerte del Gallego y de dirigir la operación en la que intentaron detenerle. De todos modos no dejaba de ser un hecho casual, no se imaginaba a los dirigentes de ETA ofreciéndole en bandeja, a modo de regalo de bienvenida, la cabeza del hombre que le había perseguido, como si se tratase de la del Bautista. Desechó ese pensamiento, afianzándose en la idea de que todo era producto de una extraña aunque curiosa coincidencia.

Pero su anterior vinculación con Villalpando no era lo más importante de ese asunto. Lo auténticamente relevante era que había recibido el mandato de asesinarle. Cuando pensaba en ello, Ferreira no usaba eufemismos como ejecutarle, y aunque a tenor de la formación recibida sabía que debía obedecer sin dudar esas órdenes, porque Villalpando era un miembro de las fuerzas de ocupación y por tanto un enemigo del pueblo vasco, en el fondo era un buen tipo. Y pese a todo lo que había vivido, experimentado y sufrido en los últimos meses, no deseaba matar a alguien que, si se le despojaba de su condición de policía, tenía toda la pinta de ser una buena persona. Sin embargo eso no dependía de él, la decisión ya había sido tomada y la maquinaria se había puesto en marcha. Desde ese mismo momento solo se le abrían dos caminos: acatar sumisamente la orden o boicotearla, y sorprendentemente no le costó mucho optar por uno de ellos.

Villalpando nunca había intervenido en la lucha antiterrorista y su nombre tampoco aparecía entre los listados de objetivos que de vez en cuando se confiscaban a los etarras detenidos, así que, pese a ser un buen policía, poco a poco fue relajando las medidas de seguridad que el Ministerio del Interior aconsejaba que tomaran sus agentes. Dejó de mirar los bajos de su automóvil, de mirar compulsivamente hacia atrás cada vez que caminaba o de cambiar diariamente de rutinas. No era un inconsciente, sino todo lo contrario, pero se negaba a entrar en esa dinámica según la cual lo más importante era su autoprotección y no el cumplimiento eficaz de su

trabajo. Todo eso lo descubrieron con relativa facilidad los informantes que anduvieron vigilándole durante más de un mes, y por eso se decidió que podía ser un objetivo fácil.

Demasiado fácil, incluso, pensó Koldo Ferreira mientras le observaba desde el vehículo que Irizar había robado hacía apenas dos horas y que se había colocado justo enfrente del bar de San Ignacio, muy cerca de Elorrieta, en el que todos los días Villalpando se tomaba un café antes de dirigirse a su trabajo en la Jefatura. Aunque en un primer momento él era el encargado de conducir e Irizar el elegido para descerrajar todo el cargador en la nuca del objetivo, Ferreira convenció a su compañero para que intercambiaran los papeles, aduciendo que mientras que era imposible que fallara el tiro a tan corta distancia, seguramente los nervios o la excitación, *compréndelo, va a ser mi primera vez*, le dijo, le impedirían manejar con soltura el vehículo que, además, era de una marca que nunca había conducido, por lo que corrían el riesgo de que se les calara el coche y la jodieran.

Planteado así el dilema a Irizar no le quedó más remedio que aceptar el cambio de roles en la obra que iban a representar, pese a su negativa inicial y al bloqueo mental que obviamente le producía el tener que desobedecer las instrucciones recibidas en Iparralde, pero no estaba dispuesto a asumir el riesgo de que el coche se quedara clavado en su sitio después de haber ejecutado al txakurra, así que cuando Villalpando salió del bar y se dirigió hacia el lugar en el que tenía aparcado su propio automóvil, quien caminó parsimoniosamente detrás de él no fue Irizar sino Koldo Ferreira.

Posteriormente lo recordaría como si se tratase de una película rodada a cámara lenta. Se acercó hasta el policía por detrás, a una distancia en la que casi podía tocarle, y amartilló su arma. Villalpando debió darse cuenta de que sucedía algo extraño porque intentó darse la vuelta y ese fue el momento elegido por Ferreira para disparar, cuatro tiros que pasaron por encima de la cabeza del policía y destrozaron el cartel anunciador de Coca Cola que se encontraba colgado en la fachada del bar.

—No te muevas —dijo en voz lo suficientemente baja como para que no le escuchara Irizar, pero audible para su objetivo—, como puedes comprobar habría sido muy fácil matarte y no he querido hacerlo, así que mejor que no te arriesgues, aún me quedan balas y estoy muy cerca.

No esperó a recibir ninguna contestación y echó a correr hacia el coche en el que le esperaba Irizar. Pese a sus advertencias a sus espaldas sonaron varias detonaciones, pero su compañero ya había metido la primera y pocos segundos después se encontraban muy lejos del lugar en el que se había producido el fallido atentado.

—¿Eres idiota o qué? Joder, tío, la has cagado, y de qué forma. Pero a mí no me vas a joder, no, a mí no me vas a joder, te vas a comer tú solo este muerto, gilipollas, que eres un gilipollas, joder, ¿cómo se puede fallar un tiro a tan pocos metros? Esto traerá consecuencias, vaya que si las traerá, pero a mí no me va a salpicar, ¿lo entiendes, gilipollas de mierda?

Koldo Ferreira contestó que sí, que tenía razón, que él era el único culpable de ese desaguisado y que por tanto arrostraría en solitario las posibles consecuencias, pero en realidad no estaba haciendo caso a su compañero más que con una limitada parte de su cerebro, ya que el resto estaba analizando lo que acababa de suceder hacía muy pocos minutos. Estaba claro que Villalpando no había obedecido sus órdenes de estarse quieto, ya que en cuanto se dio la vuelta sacó su arma y empezó a dispararle, pero estaba también meridianamente claro que no tuvo intención de abatirle, ni siquiera herirle levemente ya que, por mal tirador que fuese el policía, y suponía que todos los maderos estaban bien entrenados en ese aspecto, sobre todo los que como su fallido objetivo desempeñaban sus funciones en Euskadi, era imposible no acertarle a tan escasa distancia.

Así que, después de todo, ninguno de los dos hemos querido matarnos mutuamente, se sonrió de modo inadvertido, desatando nuevamente las iras de Irizar.

—Y encima el muy imbécil se descojona —su acompañante rebosaba indignación—, ya veremos cuánto te ríes después de que haya informado a la dirección de lo sucedido, gilipollas, que eres un gilipollas.

Y ahora estaba allí, en esa solitaria campa de Sara, junto a quien había sido designado como su juez, y posiblemente también como su verdugo. Ahora quien se estaría descojonando a mandíbula batiente sería el cabrón de Irizar, y no podía reprochárselo, pero tampoco podía contarle al Doctor lo que había sucedido, así que ya solo quedaba esperar su veredicto.

—¿Has dejado ya de hacerte pajas mentales? La verdad es que me gustaría saber en qué has estado pensando durante estos últimos cinco minutos en los que parecías estar ausente, como si te hubiesen transportado repentinamente a otro planeta, pero pese a lo que se dice sobre mis poderes extrasensoriales, desgraciadamente no soy capaz de leer las mentes, y tú tampoco vas a contármelo, así que será mejor que volvamos al tema que nos ocupa. Antes de que huyeras a Ganímedes te estaba diciendo que el auténtico problema no es que no quieras matar, sino que estás deseando morir, pero quizás las cosas no sean tan sencillas, si efectivamente quisieras morir lo tenías muy fácil, bastaba con haberte quedado quieto en lugar de huir hacia el coche en el que te esperaba Irizar y esperar a que el madero contra el que habías atentado con tan poco éxito alojara una bala en tu cerebro. Sin embargo, en lugar de eso, corriste hacia el coche y volviste aquí, a refugiarte entre nosotros, pese a sospechar que no nos iba a gustar ni un pelo lo sucedido y a que te arriesgabas a ser severamente castigado por tu gravísima falta. Eso es lo que me tiene intrigado, bueno, más o menos, porque creo adivinar tus motivos, pero me gustaría que fueras tú el que me los expusiera, con total libertad, por supuesto —se sonrió nuevamente el Doctor—, puedes estar seguro de que nada de lo que digas será utilizado en tu contra.

—La verdad es que tienes razón, toda la razón del mundo —admitió finalmente Ferreira—, en ningún momento tuve la intención de matar a ese policía. Como sabrás, porque no os lo he ocultado en ningún momento, soy un convencido marxista

leninista, creo que en eso coincidimos, y para mí ese policía no era más que otro hijo del pueblo que, por desgracia, ha optado por el bando equivocado, pero no era ningún represor ni ningún torturador. Sí, ya sé lo que vas a decirme –parecía como si quisiera hacerle callar al Doctor, pese a que este no había hecho amago de hablar–, que desde el momento en que pertenece a las fuerzas de ocupación es un enemigo y un objetivo, independientemente de sus orígenes y sus ideas, pero yo sigo sin verlo así. Me he unido a vosotros con todas las consecuencias, pero eso no me impide seguir pensando por mí mismo.

–Me alegra que seas capaz de utilizar tu propio cerebro –le interrumpió finalmente el Doctor–, esa es una cualidad que no abunda entre nuestros compañeros y, si no sonara muy cínico, diría que afortunadamente, pero cuando solicitaste unirme a nosotros ya sabías que no éramos una sección de Cáritas, no nos dedicamos a dar de comer al hambriento ni a consolar al afligido, sino a abatir, con las armas en la mano, a los enemigos de Euskal Herria, así que o bien eres un completo tonto del culo, cosa que no me creo, o tenías alguna otra cosa *in mente* cuando diste ese paso. Y eso es lo que me gustaría conocer antes de decidir qué podemos hacer contigo.

Koldo Ferreira respiró fuertemente antes de contestar. Sabía que antes o después iba a tener que confesarse y comprendía que era mejor hacerlo ante el Doctor, un hombre que pese a que como muy bien sabía no tendría ningún escrúpulo ni problema de conciencia en caso de verse obligado a dar la orden de eliminarle, al menos sabía escuchar y era capaz de penetrar en el interior de la gente. Por eso, como si lo hubiera ensayado más de mil veces, lo que en cierto modo era verdad, se sinceró totalmente ante él.

–Antes has dicho que no me gusta matar, y tienes toda la razón, pero ya lo he hecho. En cierto modo puede decirse que fue accidental, pero perdí, por expresarlo crudamente, mi virginidad en ese aspecto y es algo que ya no tiene vuelta atrás, con lo que tendré que apechugar toda mi puta vida. Lo pasé muy mal, estuve muy jodido, las cosas como son, pero sobreviví. Y comprendí que si había sobrevivido una vez podría seguir sobreviviendo siempre que fuera necesario. Lo que no me gusta es, precisamente, causar muertes innecesarias, al menos según mi propio criterio, no me atrevo a decir mi propia conciencia porque hace tiempo que decidí ponerla al servicio de mis ideas. No sé si me explico, pero lo que en el fondo quiero decirte es que estoy con vosotros, por supuesto, pero que creo que hay personas más dañinas, mucho más peligrosas que un pobre policía, y que merecerían ser ejecutadas con mucho más motivo. Si es con esas premisas, ponme a prueba y no os fallaré. En caso contrario, tú sabrás lo que hay que hacer, estoy en vuestras manos.

–No es necesario ponerse tan melodramático –le reprochó, entre risas, el Doctor–. ¿Sabes?, no me cuentas nada nuevo, y como soy bastante vanidoso me alegra haber acertado. Y aunque no esté de acuerdo con todo lo que me dices creo que sería absurdo desperdiciar tus cualidades y, sobre todo, la rabia que llevas en el cuerpo, por eso en nuestra última reunión he convencido al resto de los miembros del Biltzar

Ttippia^[12] para que no se te sancione y se mantenga tu militancia en la organización. Sí, amigo Koldo, no solo no vas a ser sancionado sino que vas a asumir una nueva e importante responsabilidad. Hace tiempo que en la organización estamos pensando en iniciar una nueva línea de actuaciones y estoy convencido de que tú eres la persona idónea para dirigir las y liderarlas. Se está haciendo tarde, el sol se ocultará pronto, así que mientras caminamos de regreso al caserío te iré explicando las peculiaridades de ese nuevo proyecto, que no dudo que será tanto de tu gusto como beneficioso para la causa.

Parecía como si hubiesen transcurrido varios siglos desde la anterior conversación y, sin embargo, solo habían pasado tres semanas, día arriba día abajo. Y como si se tratase de una noria que girara continuamente, sin tomarse el menor descanso, allí estaba él de nuevo, sentado en el asiento del copiloto de un coche robado hacía tan solo dos horas, con su viejo compañero Irizar al volante. Era consciente de que esa situación no agradaba a su acompañante, que se sentía injustamente postergado por la dirección a favor de un recién llegado que, además, la había cagado en su primera acción por su actitud indisciplinada y rebelde mientras que él, que siempre había sido un fiel y leal cumplidor de las órdenes tenía que hacerle de chófer y asistente, como si en lugar de tratarse de un militante veterano y experimentado fuese un novato sin cualificación alguna. Pero órdenes son órdenes y hasta que llegara el momento de reivindicarse, no le quedaban más cojones que acatarlas sumisamente haciendo de tripas corazón y disimulando lo mejor posible.

Koldo Ferreira, ajeno a los pensamientos de su compañero, aunque imaginando que irían por ese camino, procuró concentrarse en la puerta de la sociedad recreativa de Donostia frente a la que acababan de aparcar el vehículo. Si los informes que tenían eran buenos, y no había motivos para dudar del informante, dentro de diez minutos, puntual como un reloj manufacturado en Suiza, saldría por esa puerta Isidro Amunárriz, conocido relaciones públicas guipuzcoano y del que se decía que tenía participación en varias de las discotecas y restaurantes más importantes y reconocidos del País Vasco.

El informante, efectivamente, había hecho bien su trabajo. A la hora prevista Amunárriz, un ciudadano prominente, un pilar de la sociedad guipuzcoana, como se le calificó en un reportaje aparecido en el suplemento dominical de un periódico de la ciudad, salía del local con aspecto juvenil y risueño, pese a que hacía años que había rebasado la cincuentena. Como muchos de sus paisanos nada más salir a la calle escudriñó el cielo y cuando comprobó que los pronósticos no se habían equivocado y el día lucía completamente azul, soleado y sin nubes, se colocó el jersey encima de los hombros, sobre una camisa tan azul como el firmamento, y se encaminó con paso desenfadado hacia la bocacalle por la que más pronto llegaría a la Parte Vieja donde, como todos los días, tenía la intención de juntarse con algunos amigos para hacer la obligatoria ronda de vinos y pinchos. Solo que ese día (y ningún día más, en realidad) no llegaría a su cotidiano destino, aunque con toda certeza no se percató de ese

detalle en ningún momento, ya que la bala disparada por Koldo Ferreira entró limpiamente por su nuca y le mató en el acto, en milésimas de segundo.

Para cuando Ferreira abrió la puerta del vehículo en el que le esperaba Irizar este ya había arrancado y sin mayor dilación desaparecieron rumbo a la frontera, donde se desharían del coche y se juntarían con unos compañeros que les guiarían, sin mayores problemas, hasta una casa segura en lo que ellos llamaban «el otro lado».

–Enhorabuena, txapeldun^[13] –le dijo en tono irónico Irizar nada más entrar en el vehículo–, esta vez no la has cagado, aunque claro, errar el tiro a escasos milímetros del objetivo supongo que solo puede ocurrir una vez en la vida.

–Cállate y conduce, gilipollas –le espetó Ferreira a su compañero, en el tono más lúgubre y sombrío que jamás había utilizado.

El hombre que en esos momentos se hacía llamar Javier Arroyo (había usado tantos nombres a lo largo de su carrera que a veces necesitaba mirar el pasaporte que tenía escondido en un cajón inaccesible para recordar cual era el auténtico) golpeó cuatro veces la puerta, con los nudillos, de un modo rápido. Luego, tras dejar que transcurrieran tres segundos, volvió a golpearla con el puño, de un modo más fuerte aunque más cadencioso también. Era una estupidez, por supuesto, pero estaba tratando con un gilipollas, y si así se sentía más unido a él por el hábito de misterio que les rodeaba, ya se sabe, la conspiración, la contraseña, las citas nocturnas, toda esa parafernalia, por él no había inconveniente. No sabía su nombre, ni lo que pretendía, ni dónde vivía ni a qué se dedicaba, así que por ese lado estaba completamente tranquilo. Por gilipollas que fuese el ocupante de la vivienda, y lo era en grado mayúsculo, no representaba ningún peligro para él.

El gilipollas, cuyo nombre de pila era Alberto, le abrió la puerta mientras miraba sigilosamente hacia todos los lados, techo incluido, como si temiera que algún émulo de James Bond pudiera descolgarse de repente para atacarles. Cuando comprobó que no les acechaba ningún peligro sonrió al hombre que se hacía llamar Javier Arroyo y con gesto nervioso, mientras esbozaba lo más parecido que podía a una sonrisa, le dijo que pasara. Así hizo Arroyo mientras dejaba, a sus pies, la bolsa de deportes que hasta entonces había sujetado fuertemente con su mano derecha.

–Te estaba esperando, ¿sabes? Algo me decía que ibas a venir a verme esta noche.

Javier Arroyo se preguntó si el mono, porque era evidente que el gilipollas estaba en la primera fase del síndrome de abstinencia, acrecentaría las capacidades extrasensoriales de las personas, incluso de los engendros como aquel, pero desechó la idea según se le ocurrió, probablemente si hubiera tardado siete días en acudir habría escuchado la misma frase, por lo que se limitó a asentir y a pasarle, sin pronunciar ni una palabra, una bolsita en la que aparecía un polvo blanco. Nada más verla a Alberto se le iluminaron los ojos.

–¿Es tailandesa auténtica? Porque me dijiste que me ibas a traer tailandesa auténtica.

–¿Acaso te he fallado alguna vez?

–No, no, perdona, tienes razón, nunca me has fallado, lo siento, no quería decir eso.

–No tiene importancia, olvídalo. Límitate a disfrutarla.

Alberto no se lo hizo repetir dos veces y sacando una goma y una jeringuilla de un mueble cercano, así como un mechero, inició los preparativos para pincharse, bajo la atenta mirada, en la que el asco y la diversión participaban al cincuenta por ciento, del hombre que acababa de proporcionarle la heroína.

Javier Arroyo, pese a la repugnancia que le producía un tipo como Alberto, pensaba que había sido una suerte encontrarlo y cultivar su amistad, aunque quizás,

desde su punto de vista, esa no fuera una expresión muy adecuada. A veces ocurren cosas así, ves a un tío y comprendes que algún día podrás utilizarlo, aunque no sepas en qué ni para qué. Se trata de apostar por él, como se puede apostar por un caballo desconocido en una prueba hípica, y esperar a ver si la apuesta daba resultado. Y cuando se tiene buen ojo y experiencia la mayoría de las veces se sale triunfante de la apuesta.

Con Alberto no lo vio muy claro al principio, pero su instinto le dijo que sí, que pese a ser material de desecho era material utilizable, y su instinto, una vez más, no le falló. Cuando le encontró, o quizás sería mejor decir cuando le localizó, porque Javier Arroyo era un buscador infatigable de perlas como esa, ya se había convertido en una auténtica piltrafa humana, él lo único que hizo fue darle el empujón final.

Quizás si la infancia del gilipollas no hubiese estado marcada por el asesinato de su padre no hubiese acabado siendo un gilipollas, o quizás sí, aunque de otro tipo, eso en el fondo no le interesaba a Javier Arroyo, poco proclive a filosofar o, como él mismo solía decir, a hacerse pajas mentales. Las cosas son como son, y no hay que darle más vueltas, y en el caso del gilipollas de lo que no cabía la menor duda era de que el asesinato de su padre, cuando tan solo contaba seis años, marcó su vida para siempre, sobre todo porque idealizó una figura paterna que seguramente en otras circunstancias hubiese dejado mucho que desear. A su padre le mató ETA, pero su personalidad no tenía el halo heroico del policía que lucha aguerridamente contra el terrorismo por defender la unidad de España, ni el del empresario que crea riqueza o puestos de trabajo o el del político que se brega a diario en ayuntamientos o parlamentos por defender las libertades públicas o el bienestar de la ciudadanía, no. Su padre fue asesinado por partida doble, ya que en el comunicado posterior que sacaron los terroristas para justificar su acción se decía que era un traficante de drogas que se había enriquecido envenenando a la juventud vasca. Eran calumnias, por supuesto, aunque no lo comprendió hasta muchos años más tarde, en aquella época solo era consciente de que se había quedado sin ese padre al que veía en escasas ocasiones y de que su madre no le atendía como él veía que hacían el resto de las madres con sus hijos. Cuando pensaba en ello de un modo racional la exculpaba aduciendo que la muerte tan atroz de su marido la volvió loca, pero en el fondo sabía que de eso nada, en realidad su madre era una mujer joven acostumbrada a los lujos y los placeres que una vez desaparecido el hombre que se los proporcionaba no se sentía a gusto en su papel de pobre madre viuda, por eso internó a su único hijo en un colegio mientras buscaba hombres que le proporcionaran el tren de vida a la que estaba acostumbrada. Hasta que un día desapareció del todo y él tuvo que dejar aquel colegio y enfrentarse desnudo, con una mano detrás y otra delante, a la realidad, a la puta y dura realidad. Por eso, y porque no tenía oficio ni beneficio, cuando Javier Arroyo se topó con él ya se había convertido en un yonqui que trapicheaba para sobrevivir.

Arroyo enseguida calibró el potencial que tenía un tipo como el gilipollas, sobre

todo cuando se enteró de su condición de víctima del terrorismo. Hacerse amigo de él, que si de algo estaba necesitado era precisamente de una pizca de afecto y comprensión, fue extremadamente fácil. Incluso le consiguió alguna que otra subvención procedente de las administraciones públicas, con lo que se granjeó su gratitud eterna y, lo que era más importante, su plena y total confianza. El gilipollas comía y bebía de su mano, ahora lo único que necesitaba era ser paciente y esperar para ver cuándo y cómo podría utilizarle, aunque muy pronto intuyó para qué podría servirle.

Gracias a la fuerte influencia que tenía sobre él consiguió que se desintoxicara, pero cambió una adicción por otra. El gilipollas dejó de ser adicto, temporalmente, a la heroína, y empezó a serlo a Javier Arroyo. Era este quien llevaba las riendas de su vida y le decía lo que tenía que hacer, incluso de vez en cuando le proporcionaba alguna puta para que se desfogara y, de paso, se incrementara el agradecimiento y la dependencia en la que se encontraba. Y cuando ya había llegado a un punto irreversible en esa dependencia, empezó a envenenar su mente. Él no era, como decía mucha gente, un drogadicto de mierda ni una escoria social, no era un desecho ni un delincuente, él en realidad era una víctima más del terrorismo, una víctima que por sus circunstancias personales y familiares había estado aún más desatendido que otras personas en sus mismas circunstancias, y su destino estaba marcado. Muy pronto, le decía Arroyo, las cosas iban a cambiar y él podría demostrar al mundo que no era ningún pelele, sino un tío que sabía lo que quería y no se acojonaba ante nada.

Gracias a unos contactos Javier Arroyo consiguió que invitaran a Alberto Mellado Angulo (ese era el nombre completo del gilipollas) a un debate de una televisión autonómica, donde se explayó a gusto diciendo que a los terroristas había que pagarles con la misma moneda, sacándoles de sus escondrijos a todos ellos, así como a sus amigos y colaboradores, periodistas, políticos, profesores de ikastolas, sacerdotes y demás gentes de mal vivir, y fusilarles sin compasión. Sus palabras desataron un escándalo tan grande que fue repudiado por todas las asociaciones de víctimas siendo expulsado irrevocablemente de la asociación a la que hacía poco se había afiliado, o mejor dicho, le había afiliado Javier Arroyo, y nunca más fue invitado a ningún debate público ni a ninguna tertulia radiofónica o televisiva. Pero eso, a su mentor, no le importó lo más mínimo, ya que todo salió como él había planeado.

Poco tiempo después de aquel desafortunado incidente volvió a caer bajo el influjo de la heroína, influenciado en esta ocasión por el propio Arroyo, aunque él apenas se daba cuenta de nada, solo escuchaba las soflamas que su único amigo y sostén le endilgaba cada vez que se veían, diciéndole que estaban destinados a hacer grandes cosas en común y que picarse de vez en cuando no importaba, ya había demostrado que podía controlarlo, además podía ser una ayuda para sacar adelante sus planes con más lucidez y garantía, gracias a lo bien que se sentía cada vez que se inyectaba una dosis.

Una dosis como la que se estaba inyectando en esos momentos, bajo la atenta mirada de Javier Arroyo, que le miraba como puede hacerlo un carnicero ante la ternera que se dispone a despiezar.

Cuando observó cómo la euforia y el bienestar volvían a apoderarse del gilipollas le dijo que el momento en el que tocarían la gloria con sus manos se acercaba, preguntándole si estaba dispuesto para ello, aunque era una pregunta retórica, sabía que iba a contestarle que sí, que por supuesto, como efectivamente hizo.

–En ese caso, tengo un par de regalos para ti –dijo mientras abría la bolsa de deportes que había traído consigo.

–¿Un par de regalos? Me encantan los regalos –al gilipollas solo le faltó palmotear con ambas manos, como hacen los niños pequeños–. ¿De qué se trata? ¿Puedo verlos?

–El primero es el borrador del comunicado que enviaremos a la prensa cuando iniciemos nuestras acciones –dijo sacando de una carpeta un folio tamaño DINA-4–. Léelo y dime que te parece.

El gilipollas, como un niño obediente, cogió el escrito y de repente empezó a reírse desafortadamente.

–¿Se puede saber de qué coño te ríes? –Javier Arroyo no esperaba esa reacción y no pudo evitar que en su rostro y en sus palabras apareciera una evidente expresión de cabreo.

–¿VAT? ¿Venganza AntiTerrorista? ¿Ese es el nombre que has elegido?

–Sí, ¿qué pasa con él? ¿No te parece lo suficientemente expresivo?

–No, joder, está muy bien –respondió enseguida el gilipollas, que lo que menos deseaba en el mundo era que su único amigo se enfadara con él–, es muy claro, pero es que, es que...–hizo denodados esfuerzos por no reírse de nuevo–, las siglas, joder, las siglas, VAT, es como el nombre de un *whisky*, Vat 69. ¿No lo has probado nunca?

No, no lo había probado, pero eso era lo de menos, y cuando esas siglas se hicieran famosas a la gente tampoco le iban a entrar muchas ganas de reír, le contestó Javier Arroyo, intentando disimular su creciente irritación.

–Sí, claro, seguramente tienes razón –concedió amablemente el gilipollas–. ¿Y el segundo regalo?

Al oír estas palabras una radiante sonrisa apareció, sustituyendo a su anterior gesto de enojo, en la cara de Javier Arroyo, que sin contestar a la pregunta sacó de la bolsa una ametralladora.

–Es una Minimi, de fabricación belga –le explicó al gilipollas, aunque sabía que este no entendía un carajo de armas. En realidad la explicación la daba para sí mismo, le encantaban esos juguetes y hablar de ellos–. Un arma estupenda y muy fiable. Y es tuya.

–¿Mía? –le preguntó alborozado el gilipollas, como podría haber preguntado un niño que recibe su primer iPod al Olentzero o a los Reyes Magos.

–Tuya, toda tuya –le respondió sonriente Javier Arroyo–, pero antes tendrás que

aprender a utilizarla. De todos modos hoy tengo prisa, así que no puedo explicarte su manejo. Tampoco he traído municiones, para evitarte un accidente, aunque sé que eres un tío listo –volvió a sonreír, pero el gilipollas no se percató de que se trataba de una sonrisa irónica– y eso no va a ocurrir. Tú de momento hazte a ella, mírala, háblale, tócala con dulzura, duerme con ella incluso, hasta que la Minimi y tú forméis una unidad. Entonces estarás preparado para usarla y llegará nuestro gran momento. Aunque antes de que llegue ese día hay otra cosa que quiero que hagas. Escúchame con atención, porque se trata de algo muy importante, algo que no podrá salir jamás de estas cuatro paredes, ¿me entiendes?

Tras asegurarse su atención, Javier Arroyo le explicó al gilipollas lo que tenía que hacer antes de que VAT pudiera presentarse públicamente en escena, a lo que asintió alborozado, en parte por la euforia que le proporcionaba la dosis que se había inyectado y en parte porque aunque tendría que posponerse unos cuantos días, veía próximo el cumplimiento de la misión para la que se había estado preparando desde que su mentor entró en su vida.

Sin apenas despedirse, Arroyo abrió la puerta y se alejó de la casa del gilipollas, quitándose en el descansillo los guantes con los que había cubierto ambas manos, aunque seguramente esa precaución era innecesaria, el gilipollas manipulaba tanto la ametralladora que la habría llenado ya de huellas y las suyas, en caso de que hubiese sido tan descuidado, habrían desaparecido. Javier Arroyo no era muy aficionado a la televisión, pero cuando estaba en la calle, lejos del edificio en el que se cobijaba el gilipollas, se acordó del personaje de una serie que siempre solía repetir una frase, mientras se fumaba un puro: me encanta que los planes salgan bien. Pensando en esa frase volvió a sonreír.

La actividad de los últimos días parecía haber hecho mella en mi organismo, ya que me levanté de la cama a las diez de la mañana sin haber escuchado el despertador. O quizás sí que lo oí, pero decidí apagarlo en un estado de semiinconsciencia que ni siquiera me permitía estar seguro de lo que había ocurrido. Tenía que haber estado sumido en un sueño tan profundo que ni siquiera me percaté de que mi móvil había estado sonando continuamente desde las ocho de la mañana, ya que comprobé con asombro que tenía ocho llamadas perdidas. Dos de ellas eran, estaba prácticamente seguro, intrascendentes, pero de las otras seis (en realidad eran dos, ya que cinco de ellas correspondían al mismo número) no albergaba la menor duda de que tenían alguna relación con la investigación que llevaba sobre el atentado en el que fue herido Eneko.

Tengo un sentido de la justicia y del humor un tanto rebuscado, por eso decidí castigar a Ander González, que era quien me había hecho cinco llamadas seguidas, por su reiteración e insistencia y opté por llamar a quien había demostrado ser más paciente, al increíble Hulk, que ese era el nombre con el que le tenía agregado a la lista de contactos de mi móvil.

Obviamente no se trataba del héroe de cómic que se volvía verde y monstruoso cuando le dominaba la ira. El increíble Hulk, nunca he sabido su nombre, así que sigo denominándole de ese modo sin que a él le moleste, es más, creo que le hace gracia, tenía el tamaño a lo ancho y a lo largo de dos armarios superpuestos y era el guardaespaldas de un conocido y respetable empresario vasco, Gerardo Azurmendi, un hombre que había hecho su fortuna con asuntos situados al margen de la legalidad vigente. Azurmendi, de todos modos, pese a que tendría que haberse pasado más de la mitad de su vida entre rejas, no solo era habilidoso para ese tipo de negocios sino muy inteligente, y poco a poco fue reconduciéndolos hasta poseer tan solo empresas que cumplían estrictamente la legalidad e incluso cotizaban en bolsa. Una vez hecha fortuna y consolidado un imperio económico deseaba disfrutar tranquilamente de sus réditos y gozar del respeto de sus conciudadanos por lo que formalizó un pacto con las autoridades policiales, judiciales y políticas para que renunciaran a perseguirle, y tras deshacerse de los negocios que el Código Penal consideraba punibles, inició una nueva vida como prócer de la sociedad y mecenas de la cultura. Algunos recelábamos de que su conversión fuese total, no es fácil abandonar los hábitos construidos a través de toda una vida, pero se llegó a una especie de convivencia beneficiosa para todo el mundo que, en el fondo, era a lo más que se podía aspirar.

Pese a mis prevenciones contra el personaje me ayudó en un caso anterior y así conocí a Hulk, que seguía al servicio de Azurmendi, supongo que para hacer los mismos trabajos que cuando aquel era un «capo» de la delincuencia autóctona. Curiosamente, para colaborar conmigo tuvo que hacerse pasar por policía, al igual que yo, y la verdad es que no solo lo hizo muy bien sino que disfrutó como un cosaco

con una botella de vodka. El increíble Hulk, pese a que todo el mundo cuando le veía pensaba que era tan solo un conjunto de músculos y huesos ensamblados del mejor modo posible para acojonar y, llegado el caso, destrozar a una hipotética víctima, poseía también un cerebro muy bien amueblado y un desarrollado sentido del humor, así que, pese a las distancias que nos separaban, podría decirse que de algún modo llegamos a congeniar. Y ahora acababa de llamarme. Solo una llamada, no hacía falta más, sabía que con eso era suficiente, que en cuanto viera su número en el registro de perdidas le devolvería la llamada.

–Humphrey, ¿has resucitado por fin? –yo le llamaba Hulk, pero él, en justa correspondencia, me llamaba por un apodo que siempre he detestado, Humphrey–. Supongo que estarás afeitado, duchado, desayunado y que tendrás el periódico entre las manos.

Sus suposiciones eran fallidas y así se lo hice saber.

–Me halaga saber que lo primero que has hecho nada más despertarte ha sido llamarme –me dijo en tono alegre–, pero un hombre como tú lo primero que tiene que hacer es asearse y desayunar bien para poder hacer frente a una dura jornada laboral. Y sobre todo, querido Humphrey, leer la prensa. Leer la prensa es lo más importante del día, ya sabes lo que se dice, un hombre sin información es un hombre sin opinión –y sin darme ninguna pequeña oportunidad de contestarle, cortó la llamada.

Desoyendo los consejos de mi amable interlocutor no me duché, afeité ni desayuné sino que poniéndome encima la arrugada ropa que había usado el día anterior bajé hasta el kiosco más cercano a comprar los periódicos locales, que hojeé atentamente nada más regresar a mi domicilio, sin encontrar en ellos ninguna información que pudiera tener relación con el atentado contra Koldo Ferreira y Eneko Goirizelaia. Quizás todo se debiera a que aún me encontraba espeso, por eso decidí hacer caso a las recomendaciones del increíble Hulk y tras asearme, vestirme con ropa limpia y desayunar un café solo, bien cargado, y unas galletas María, volví a leer, esta vez con más detenimiento, los periódicos que acababa de adquirir, pero seguía en blanco. De todos modos estaba convencido de que el increíble Hulk no me había llamado para gastarme una broma, aunque seguramente no habría desperdiciado la ocasión de ejercer su extraño sentido del humor, por eso, desdeñando las tres nuevas llamadas que en ese intervalo me había hecho Ander González, volví a ponerme en contacto con él.

–¿Qué, ya te has ilustrado convenientemente? –me dijo sin más preámbulos, nada más recibir mi llamada.

–Pues no, como no me des más datos... Nada de lo que he leído me parece interesante, salvo que tú también estés a favor de un cambio en el sistema de juego del Athletic.

–Ay, cómo sois los bilbaínas, pensáis que no hay vida más allá de vuestro pequeño bocho. Quizás te convendría salir de vez en cuando de tu agujero y echar un vistazo a la prensa de Santander –volvió a colgarme, no sin antes reírse de un modo

ostensible a mi costa.

Como no estaba dispuesto a gastarme más dinero en el kiosco decidí abrir el ordenador y buscar en Internet algún periódico cántabro. Y esta vez no tuve que buscar durante mucho tiempo, ya que la noticia aparecía en portada. Tengo que admitir que también la recogían los periódicos de Bilbao, pero con menor información y sin excesivos alardes tipográficos, por lo que en un primer momento lo pasé por alto. Había sido un error imperdonable, no me quedó más remedio que admitirlo ante el espejo, que seguramente lo hubiera corregido con una tercera lectura, pero no iba a ser necesario, los periódicos de la comunidad vecina eran suficientemente explícitos.

Misterioso asesinato en la clínica Jorge Santos.

JUAN LOBATO. SANTANDER.

Ayer a la noche tuvo lugar un suceso que ha conmocionado a toda la sociedad santanderina. El conocido abogado, Juan Luis de la Brecha Fidalgo, antiguo vicedecano del Colegio de Abogados de la provincia, murió asesinado en un prestigioso centro sanitario privado de la capital, la clínica Jorge Santos. Según informaciones policiales, que deberán ser confirmadas por el correspondiente examen forense, el asesinato se produjo entre las dos y las tres de la madrugada, en la habitación 204 de la segunda planta, en la que había sido ingresado para someterse a la extirpación de unos cálculos en el riñón que le habían detectado en una revisión rutinaria.

El abogado ingresó en la clínica a las siete de la tarde del día anterior y al parecer no mostró en ningún momento señales de inquietud. La operación quirúrgica a la que iba a ser sometido es relativamente sencilla e inocua. Según declaraciones del personal sanitario que le atendió, que prefiere mantener el anonimato, parecía estar animado e incluso bromeó con los empleados de la clínica, sobre todo con las auxiliares que le prepararon la habitación. «En ningún momento nos dio la impresión que estuviese inquieto o receloso», nos ha comentado la misma fuente anónima.

Puestos en contacto con familiares y allegados nos confirmaron este extremo e indicaron que en ningún momento el prestigioso letrado dio señales de temer por su vida, negando asimismo que hubiese recibido amenazas de ningún tipo.

Lo que más desconcertados tiene a los efectivos policiales encargados del caso es que el asesinato parece ser obra de profesionales. «El hecho de perpetrarlo de madrugada, esquivando los controles de seguridad, que de todos modos no eran excesivos, sin que nadie se enterara del asesinato, seguramente porque utilizaron un silenciador, y sin dejar aparentemente el menor rastro de su presencia, avala esa tesis», manifestó una fuente policial que desea no ser identificada.

Los familiares de la víctima aseguran que todo tiene que deberse a un error, a un trágico error, pero ¿pueden equivocarse tan burdamente unos profesionales de alto

nivel como los sugeridos por la fuente policial? Y sin embargo, si no hubo ningún error, otra incógnita se abre en el caso, el motivo. ¿Quién querría asesinar a Juan Luis de la Brecha y por qué?

El abogado, sin llegar a ser una de las grandes fortunas del país, había logrado, a lo largo de años de ejercicio, una posición económica sólida y confortable. Estaba casado en régimen de gananciales con Rosario Barbero Ruiz-Rico, hija de un acaudalado empresario del sector de la construcción, y tenía dos hijos que en los momentos del luctuoso suceso se encontraban estudiando en los Estados Unidos sendos másteres en las ramas del Derecho y la Ingeniería, uno en Nueva York y el otro en Berkeley. Según quienes les conocen desde hace mucho tiempo, se trataba de un matrimonio sólido sin más problemas que los habituales en las parejas que han cumplido felizmente sus bodas de plata.

Puestos en contacto con sectores de la abogacía y de la judicatura manifestaron a este periódico que los asuntos de los que se ocupaba el señor De la Brecha no eran especialmente conflictivos. «En todo juicio hay siempre dos partes, por supuesto», nos explicó un letrado que conocía desde hace mucho tiempo al abogado asesinado, «y el juez solo puede dar la razón a una, lo que origina el resentimiento lógico de la parte perdedora, pero en ningún momento ha habido asuntos de tanta entidad o conflictividad como para originar no ya un asesinato, sino un simple altercado. Aparte de que el trabajo de Juan Luis era más de despacho, de organizar sociedades, acuerdos, propiciar relaciones comerciales, etc., que de asistir a vistas judiciales. No se qué habrá ocurrido, no tiene ninguna lógica y, desde luego, dudo mucho que su trágica muerte tenga nada que ver con asuntos relacionados con su bufete», nos aseguró el compañero del fallecido, opinión que fue corroborada por otros abogados y jueces.

Otra posibilidad que, sin descartarse totalmente, ya que en este estadio inicial de las investigaciones no se puede desechar nada, según nos ha indicado un portavoz de la Jefatura Superior de Policía de Santander, no parece probable, es la del atentado por motivos políticos, no solo porque el *modus operandi* no sería el habitual en los grupos terroristas sino también por la nula significación del señor De la Brecha en ese sentido, ya que nunca militó en ningún partido político y al que sus tendencias de cariz moderado y conservador no le impidieron llevarse bien con todos los segmentos políticos y tener amigos de cualquier partido.

Todo parece indicar, por lo tanto, que Juan Luis de la Brecha Fidalgo era la típica persona que jamás habría sido incluida en una hipotética lista de personas susceptibles de ser asesinadas; sin embargo ese hecho tan trágico y reprobable se produjo ayer, de madrugada, en un prestigioso centro sanitario de la ciudad, y posiblemente fue cometido por asesinos profesionales, lo que envuelve el crimen en un especial hálito de misterio.

Tras leer el artículo comprendí por qué me había llamado Hulk y casi sin

transición las tripas empezaron a revolverse y tuve que acudir rápidamente al baño para vomitar todo lo que había desayunado hacía aún muy pocos minutos. Porque la clínica Jorge Santos, de Santander, era la clínica en la que estuvo ingresado Eneko Goirizelaia tras sacarle apresuradamente del Hospital de Cruces, y la habitación 204 era la que ocupó, durante un par de días, mi viejo amigo. Quienes pensaban que el asesinato del abogado cántabro era un error estaban en lo cierto, ya que estaba convencido, al noventa y nueve con noventa y nueve por ciento de posibilidades, de que el objetivo real de la mano asesina era Eneko y, de algún modo, yo me sentía responsable de la muerte de Juan Luis de la Brecha, aunque no podía imaginarme que los posibles e hipotéticos (que dejaron de ser posibles e hipotéticos para pasar a ser reales) asesinos iban a actuar tan rápidamente de modo que no necesitaran comprobar la identidad del ocupante de esa habitación. Era algo que no podía haber previsto, pero no por ello dejaba de producirme un mal sabor de boca.

Cuando intentaron acabar con mi amigo en Cruces decidí, con el consentimiento de su familia y la aprobación de Ander González, trasladarle, lo más secreta y clandestinamente posible, a otro centro sanitario, y elegí esa clínica de Santander tanto por su prestigio profesional como por su cercanía a Bilbao, pero me sentía inquieto, intranquilo. Suponía que no podría burlar por mucho tiempo a quienes querían dar caza a mi amigo, por eso, venciendo todos mis escrúpulos morales, recurrí a Gerardo Azurmendi. Aunque había dejado atrás las actividades con las que se inició en los negocios, pero que podían haberle llevado a prisión o a algo aún peor en caso de no haber sabido retirarse a tiempo, no me cabía la menor duda de que el hombre al que antiguamente denominaban El Palé, por ser un payo que había conseguido hacerse con el control de un clan gitano, aún tenía influencias en muchos de los sectores sumergidos de la sociedad y, por supuesto, seguía teniendo en nómina a un montón de policías, jueces, periodistas y matones. Pese a mis reticencias no dudé ni un instante en dejar en barbecho mis sólidos principios morales y recabar su ayuda. Además, ya habíamos colaborado en alguna que otra ocasión, incluso sin yo pedírselo había vengado, según él en mi nombre, la paliza sufrida por una buena amiga, así que no era el momento de hacerme el estrecho. Le expliqué el asunto, le rogué más que pedí que me ayudara, y accedió sin pensárselo ni un instante. Por eso volvimos a trasladar a Eneko de clínica, a una en la que estaría totalmente seguro ya que era propiedad de una empresa controlada por Azurmendi. Y por eso habían matado al abogado santanderino. Esa misma noche debió ocupar la habitación que mi amigo acababa de desalojar y pocas horas después una persona desconocida entró en ella y con una sola bala acabó con su vida.

Volví a meterme en la ducha, con el único propósito de relajarme, y cuando estuve más sosegado pensé en qué camino tenía que seguir. Lo lógico, y hasta lo cívico, hubiese sido ponerse en contacto con los agentes encargados del caso, pero no me apetecía darles muchas explicaciones. Si ni siquiera los jefes de mi viejo compañero creían que su vida estaba en peligro, y pensaban que quienes opinábamos

eso éramos unos paranoicos, ¿qué no pensarían los policías de la provincia vecina? Pero por otra parte me interesaba estar en contacto con ellos ya que, pese a lo confuso del asunto, quizás podrían haber averiguado algo, por nimio que fuese. Quién sabe, quizás la clínica tuviera cámaras de videovigilancia, bueno, sin quizás, las tenía, lo sabía perfectamente de mi estancia anterior en ella, pero dudaba que un profesional, como seguramente era el asesino del abogado, no supiera esquivarlas perfectamente.

El sonido del «Agur Jaunak^[14]», que tenía incorporado como tono de llamada en el móvil, me sacó de mis elucubraciones. En la pantalla aparecía el nombre de Ander González, debía ser la novena o décima vez que intentaba ponerse en contacto conmigo durante esa mañana así que decidí no torturarlo más y contestarle.

Pensaba sinceramente que se iba a alegrar de que por fin aceptara sus llamadas, pero en lugar de eso me colmó de improperios, al parecer debido a mi falta de consideración por no haberle respondido antes, cuando llevaba más de tres horas intentando ponerse en contacto conmigo. Bueno, eso es lo que me pareció entender, porque una característica de Ander González es que, cuando está ofuscado, no vocaliza todo lo bien que sería deseable y, desde luego, no respeta en absoluto las reglas establecidas por la Real Academia Española de la Lengua. Por fin se serenó y me dijo, en un tono más sosegado, que quería intercambiar unas cuantas palabras conmigo. Sonaba muy oficial y así se lo dije.

–Depende a qué llames «oficial» –me respondió–. Me ha llamado hace unas horas el comisario madrileño del que te hablé, ese que tiene acceso a las base de datos unificadas del ADN de la Policía Nacional y la Guardia Civil, y tengo unas cuantas cosas que contarte, y otras cuantas que preguntarte –finalizó en un tono que me parecía excesivamente sombrío.

Afortunadamente para mí, en esos momentos, la investigación que estábamos llevando a medias, bueno, la estaba llevando yo en la mayor parte, pero no quería volverle aún más susceptible de lo que estaba ni aumentar su ya más que elevado grado de irritación, era semiclandestina o, al menos, extraoficial, por lo que no me pidió que acudiera a la comisaría, sino que nos citamos en territorio neutral. Cuando le propuse tomar un hamaiketako^[15] en el Sotera, un restaurante no muy alejado de mi domicilio, situado en Licenciado Poza, una de las más tradicionales zonas de bares de Bilbao, y en el que aparte de una carta excelente suele haber una barra rellena de pinchos que están diciendo continuamente eso tan socorrido de «cómeme, cómeme», aceptó sin pensárselo ni un segundo.

–De acuerdo –me dijo–, pero pagas tú.

–Por supuesto, eso está hecho. Al fin y al cabo comprendo perfectamente que, desde que a los funcionarios os han bajado el cinco por ciento de vuestro sueldo para que la banca pueda seguir teniendo beneficios, no podéis hacer gastos excesivamente suntuosos ni marcaros un largo.

Supongo que me pasé al hacerle ese último comentario, que no era sino una venganza pueril por su actitud anterior, pero como corté la comunicación en ese

preciso instante me libré de escuchar la nueva sarta de denuestos que con toda seguridad tenía preparada el bueno de Ander.

Enfadado o no, el lugarteniente de Eneko ya se encontraba sentado en una de las mesas que había cerca de la barra, según se entra, a la derecha, cuando yo llegué al local, pese a que desde mi domicilio había mucha menos distancia que desde la comisaría, pero opté por no preguntarle si sus prisas se debían a un exceso de profesionalidad y deseos de hablar conmigo o a que quería atacar los pinchos del restaurante a la mayor brevedad posible, algo me daba en la nariz que mi amigo no estaba para aguantar ironías.

Pese a todo, Ander González es un tipo educado y que sabe mantener la compostura, por eso no me repitió en público el numerito que me había montado por teléfono. Aún así se le notaba extremadamente serio, pero mi instinto me decía que su seriedad no se debía a que hubiese tardado en contestar a sus mensajes sino a lo que tenía que comunicarme. Por eso ni siquiera cruzó conmigo las frases de rigor habituales cuando se encuentran dos amigos o compañeros sino que directamente me dijo que de dónde había obtenido la muestra de ADN que le proporcioné para que la examinaran en los laboratorios de la Policía Nacional.

—Ya te lo dije, Ander, un tipo intentó penetrar en la habitación de Eneko, supongo que para darle el pasaporte, y yo se lo impedí. Forcejamos y en la pelea conseguí las muestras, pero no fui capaz de retenerle y escapó.

—¿Sí? ¿Escapó?

—Joder, Ander, claro que escapó, si no ese mismo día podría haberlo puesto a vuestra disposición y tal vez tuviéramos resuelto el caso.

—No, no creo que lo hubiésemos resuelto, seguramente el tío no nos hubiese proporcionado ninguna información, aunque quién sabe, pero lo pongo en duda. ¿Notaste en él algo especial mientras forcejeabais, tal vez un acento extranjero?

—No, no nos dirigimos la palabra en ningún momento. Es una pena, pero nadie nos había presentado y los dos fuimos demasiado tímidos como para tomar la iniciativa.

—¿Qué te parece si te olvidas de lucir tu ingenio y empiezas a contarme la verdad?

—Vale, de acuerdo —antes o después tendría que confesarme del todo, al fin y al cabo estábamos en el mismo equipo, pero aún tenía muy arraigada la tendencia a guardarme cosas en mi interior—, es cierto que ninguno de los dos pronunció palabra alguna, pero por su aspecto físico parecía ser originario de alguno de los países del antiguo bloque comunista. No sé si sería serbio, polaco o ucraniano, no llego a tanto a la hora de distinguirlos, pero estoy prácticamente seguro de que era nativo de la Europa del Este, posiblemente eslavo.

Ander González asintió con la cabeza antes de decirme que estaba en lo cierto, pero que el sujeto en cuestión no era serbio, ni polaco o ucraniano.

—Era búlgaro —me informó—. Su nombre era Luboslav Gruev, un antiguo militar, miembro de las fuerzas especiales del Ejército, que tras la caída del régimen

comunista se recicló en delincuente. Una historia muy común, por desgracia, entre los antiguos militares y policías que fueron fieles y privilegiados servidores de los regímenes comunistas y que de repente vieron que todo por lo que habían luchado, y todo lo que les había proporcionado un elevado estatus económico y social desaparecía de repente, como una paloma dentro del pañuelo de un prestidigitador.

–Supongo que todo eso te lo ha dicho tu contacto en Madrid –era evidente, no podía habérselo dicho nadie más, pero Ander González no era hombre de grandes discursos y yo sabía que iba a agradecer que le interrumpiera para permitirle tomar de nuevo la palabra algo más relajado.

–Así es. La verdad es que hubo suerte porque, afortunadamente, en los archivos constaba su ADN, lo que no es habitual ya que suele ser muy difícil obtener datos de los componentes de las bandas de exmilitares de los antiguos países comunistas que pululan por España, pero Luboslav Gruev fue detenido en una ocasión, aunque estuvo pocos días entre rejas ya que un magistrado de la Audiencia Nacional le concedió la libertad provisional y desde ese momento desapareció, sin que pudiera ser localizado. Y ahí está el problema –volvió a mirarme con una expresión que más que enojo demostraba seriedad y preocupación, una seriedad y preocupación extremas–, en que tú has conseguido una muestra de ADN de un delincuente muy escurridizo y que desde hace tiempo se encuentra entre la lista de los más buscados por la policía española. Mi amigo madrileño ha mostrado mucho interés por saber cómo ha sido eso posible. Como ya te puedes imaginar, están muy interesados en echarle el lazo al tal Luboslav. ¿Qué puedes decirme a ese respecto que suponga una ayuda para mi amigo?

Bueno, por fin habíamos llegado al punto al que antes o después sabía que íbamos a llegar. Ander González no era tonto y supongo que había intuido la historia, aunque mientras no le fue totalmente imprescindible conocerla me dio cuerda, pero ahora las cartas estaban encima de la mesa y era mi turno de jugarlas. Podía mentirle y contarle cualquier cosa, sabía que no me creería, pero no podría decirme lo contrario, o podía sincerarme con él, y eso es lo que finalmente hice. Era cierto que mi actuación había sido totalmente irregular y posiblemente hasta estaría tipificada en algún artículo del Código Penal, pero en la situación en la que nos encontrábamos, con nuestro amigo totalmente en coma y sin el apoyo, incluso con el rechazo, de sus superiores, no tenía otra salida. Por eso finalmente opté por contárselo todo, salvo la identidad del hombre que hizo desaparecer del cadáver.

Curiosamente mi confesión pareció aliviar a Ander González, que internamente ya estaba pensando qué le iba a contar a su contacto madrileño.

–Es un tío legal así que, aunque no le haga ninguna gracia porque ni siquiera podrá dar por cerrada la búsqueda de Luboslav Gruev, que seguirá constando oficialmente como «desaparecido», nos dejará en paz. Pero me gustaría poder ofrecerle algo a cambio, no sé, ya sé que no me vas a decir quién te ayudó a deshacerte del cuerpo, pero al menos, ¿no podría indicarnos qué ha hecho con él,

aunque solo sea para desenterrarlo y que en Madrid se queden satisfechos?

–No lo sé –dije dubitativo–, conociendo a mi amigo, que no desperdicia la ocasión de hacer negocio, lo mismo ha vendido sus restos para hacer hamburguesas.

A González se le quedó la boca abierta y sus ojos empezaron a lanzar chispas hasta que comprendió que se trataba tan solo de una broma, un tanto negra y necrófila, lo admito, pero es que de vez en cuando me dan esos prontos, no sé, quizás me convendría ir a algún psiquiatra de vez en cuando, aunque no conocía a ninguno que estuviese dispuesto a aguantarme.

–De todos modos lo intentaré –dije finalmente más conciliador–, pero habrá que esperar un tiempo, por lo menos hasta que todo esto se resuelva y enfríe.

–Si es que se resuelve –me contestó pesimista González.

–Claro que se resolverá, Ander, joder, se tiene que resolver o si no Eneko, y quizás nosotros también, seguirá estando en peligro.

–Por cierto, ¿qué sabes de él? ¿Cómo va?

Me encogí de hombros para indicar que aún no se sabía nada. Los médicos me habían dado una pequeña esperanza, «en esto también suele funciona lo de resistir es vencer», me dijeron, para luego añadir: «bueno, a veces, ya sabe usted que nunca se puede estar seguro de nada en estos asuntos». Por lo menos todavía seguía luchando, si no él, que hasta donde sabíamos seguía sin ser consciente, al menos su organismo. Aproveché el gesto de abatimiento de González para intentar sacarle más información de los búlgaros, pero era poco lo que se sabía de ellos.

–Tampoco he querido apretar mucho a mi contacto, ya que no podía ofrecerle nada a cambio –aprovechó la ocasión para lanzarme un dardo–, pero se trata de un clan, por llamarlo de alguna manera, dedicado al robo en chalés de las zonas residenciales de Madrid y a la explotación de mujeres provenientes de la Europa del Este, aunque no desdeñan hacer trabajos por encargo, como un asesinato.

–Supongo que ese sería el caso de Koldo Ferreira y Eneko.

–Sí, me imagino que sí –admitió con un tono ciertamente lúgubre.

–¿Y esa información no sería suficiente para que desde el alto mando se aceptara iniciar una investigación oficial? –nada más hacer la pregunta comprendí lo absurdo de la misma, ya que eso implicaría, entre otras cosas, que yo tendría que explicar cómo conseguí la muestra de ADN de Luboslav Gruev. Siempre podría repetir la historia que le conté a Ander González al principio y, me creyesen o no, no podrían desmontarla, pero tampoco yo podría demostrar lo contrario. En el mejor de los casos estaríamos en lo que podría denominarse un empate técnico, y así se lo comenté al compañero de Eneko antes de darle tiempo a responder a mi pregunta.

–Sí, veo que te has dado cuenta a tiempo de las dificultades. Si al menos no hubieses hecho desaparecer el cadáver del búlgaro.

–En ese caso –le repliqué en tono enfadado–, quizás me hubiesen enviado provisionalmente a la prisión de Basauri, y qué quieres que te diga, ya he estado y no tengo muchas ganas de repetir. Eso, en el mejor de los casos.

–Coño, Goiko, no me seas paranoico.

–¿Paranoico? ¿Paranoico yo? –había empezado a calentarme–, ¿y me lo dices tú, que recurríste a mí porque tus jefes políticos te habían prohibido investigar lo que ocurrió? ¿Es también paranoia el que Eneko se encuentre hospitalizado, luchando por su vida, y que ya hayan intentado acabar con él en otra ocasión?

–No, tienes razón, lo siento –me contestó abatido–, pero es que no encuentro por ningún lado nada a lo que podamos aferrarnos. Y hay más, Eladio Marchante, supongo que recuerdas quién es –asentí con un leve cabeceo–, el preso de Basauri que era confidente de Eneko, no aparece por ningún sitio. Sé que todavía puede ser pronto para localizarle, sobre todo porque está en libertad y no tiene ninguna obligación de comparecer ante el juzgado o en comisaría, y además tengo que extremar la prudencia a la hora de indagar sobre su paradero para no levantar sospechas, pero el caso es que desde que salió a la calle no ha aparecido por los lugares habituales ni se le ha visto con la gente que anteriormente frecuentaba.

Durante unos escasos segundos ambos estuvimos sumidos en nuestros más negros pensamientos, pero Ander González enseguida recobró su aspecto habitual y viendo que a pesar de nuestra aparente melancolía habíamos dado buena cuenta de los pinchos y las cervezas que habíamos pedido hacía un rato, me dijo que sacara otra ronda.

–Porque creo que tú y yo aún no hemos acabado de hablar –me dijo en un tono más misterioso que inquietante.

Me acerqué a la barra, obediente, y tras lograr que me sirvieran dos nuevas cervezas me acerqué, expectante, a la mesa en la que llevábamos sentados un buen rato.

–¿A qué te refieres con eso de que tú y yo aún no hemos acabado de hablar? –pregunté con el tono más ingenuo y sincero de que fui capaz.

González, tras dar un trago a su jarra, se limpió con la lengua la espuma que se había adherido a su labio superior y me sonrió de un modo que solo puede calificarse de irónico antes de responder a mi pregunta.

–Goiko, nos conocemos desde hace tiempo. De hecho, la primera vez que nos vimos me encontraba apoyando a un compañero que te estaba interrogando como sospechoso de asesinato –lo recordó cerrando los ojos, como si eso le trajera buenos recuerdos–, pero siempre he sido leal contigo. Primero porque confiaba en Eneko y más tarde porque llegué a conocerte en persona y coincidí con él, se puede confiar en ti, lo que no me impide reconocer que en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones eres más molesto que un grano infectado en el culo. Pero lo mismo que reconozco eso, sé que cuando te implicas en algo lo haces a fondo, no eres precisamente de los que te escaqueas, por eso me ha extrañado mucho que no me devolvieras ninguna de los ocho o diez, o quizás más, no he llevado la cuenta, llamadas que te he hecho. En otras circunstancias supongo que no te habría importado mandarme a tomar por culo –curiosamente sonrió al decir esto último–,

pero no en estos momentos cuando estamos metidos hasta las cachas en una investigación relacionada con el atentado que sufrió Eneko, así que has debido tener una razón muy poderosa para no cogerme las llamadas. ¿Te importaría explicármela?

En realidad no me importaba y, de hecho, era una de las cosas que quería contarle desde el principio, me parecía importante que lo supiera, si estábamos los dos juntos en esto no es que fuera de justicia, es que era absolutamente necesario; obrar de otro modo hubiese supuesto tirar piedras contra mi propio tejado, así que se lo expliqué todo, sin omitir la intervención de Azurmendi y sus acólitos, lo que no le hizo mucha gracia aunque no le quedó más remedio que aceptarlo, ni el asesinato del abogado que ocupó la cama que había dejado vacante Eneko.

Ander no era ningún estúpido, así que no me preguntó eso de si no podía haber sido una coincidencia. Desde el primer momento comprendió que habían ido a por nuestro amigo.

—De todos modos no estaría de más que recabáramos toda la información posible sobre lo ocurrido y para eso lo mejor será acudir a la gente de Homicidios de Santander. Mira, mientras tú vas pagando, yo me acerco a comisaría y haré algunas gestiones. Por cierto, ten preparado el coche y con el depósito lleno, si mis gestiones fructifican dentro de un par de horas cruzaremos la autovía en dirección Cantabria.

Estaba claro que el compañero de Eneko no era precisamente un ser dubitativo que perdiera el tiempo pensándose las cosas sino que era capaz de tomar decisiones y llevarlas a cabo sobre la marcha, por eso dos horas después le recogía en la comisaría y enfilábamos la autovía del Cantábrico, la gasolina corría de mi costa, por supuesto, pero como él mismo me dijo, los contactos con la policía cántabra iban a su cargo.

—He quedado con Manuel Rojas, inspector jefe del grupo de homicidios de la Jefatura Superior de Santander. Es un tipo muy curioso, durante unos cuantos años estuvo destinado en Bilbao, también en homicidios, pero cuando nosotros reemplazamos a la Policía Nacional pidió el traslado al grupo de extranjeros ya que no quería abandonar la ciudad, pese a la situación en la que vivían aquí los policías españoles. Supongo que a él no llegó a afectarle el famoso «síndrome del Norte», bueno sí, sí que le afectó —se sonrió—, aunque de otro modo, estaba colgado por una compañera nuestra que, curiosamente, antes de ingresar en la Ertzaintza, trabajó en la Policía Nacional y de la que se decía, aunque me imagino que son rumores sin fundamento, que estuvo liada con un exetarra reinsertado. El caso es que como a él lo que le gustaba era estar en homicidios, finalmente optó por trasladarse a Santander para poder seguir trabajando en lo suyo sin tener que renunciar a su chica. Ahora, curiosamente, viven juntos en Castro y todas las mañanas él se va a Santander, a la Jefatura de Policía, y ella se viene a Erandio, a la comisaría que tenemos allí. Una historia muy romántica, ¿no crees?

—Sí, si no me he puesto a tocar el violín ha sido porque estoy conduciendo —le repliqué. Y es que yo soy un admirador de Clint Eastwood, pero me gusta más cuando hace de Harry el Sucio que cuando se enamora de un modo imposible en

«Los puentes de Madison».

–No hace falta que te pongas sarcástico –me replicó Ander González–. Además, si no fuera por esa loca historia de amor –la sonrisa de oreja a oreja que apareció en su cara me indicó que estaba disfrutando de la conversación–, Rojas no estaría destinado en Santander ni dispuesto a ayudarnos. Si no es porque su mujer, Isabel, no sé si te he dicho que se casaron y además por la Iglesia, no es que sean excesivamente religiosos, pero ir a un juzgado o un ayuntamiento también el día de su boda como si estuvieran trabajando les parecía excesivo, nos ha echado una mano y le ha convencido, dudo mucho de que hubiera accedido a reunirse con nosotros.

Habíamos quedado a medio camino más o menos, en Santoña, un pueblo costero de Cantabria famoso por sus anchoas que desde hacía mucho tiempo se había convertido en residencia veraniega de un buen puñado de vascos, sobre todo vizcaínos. Como se acercaba ya la hora de la comida, el encuentro se efectuó en un conocido y caro restaurante de la localidad. Lo de caro puedo decirlo sin lugar a dudas porque de nuevo me tocó hacerme cargo de la cuenta. Se ve que los policías vascos y los españoles al menos se equiparan en una cosa, las dietas que reciben no les permiten hacer excesos. Mi caso era peor, yo era un autónomo que jamás recibía, por tanto, dietas, y además en esta ocasión estaba trabajando por pura amistad, no por dinero, pero eso no amilanó a González que me espetó eso de que no me quejara, que desde que Arturo Apodaka, un conocido notario y empresario bilbaíno que en vida fue para mí como un segundo padre, había fallecido dejándome heredero universal de todos sus bienes, estaba forrado. Pronunció la frase de que yo era «un rico heredero» con un tono tan festivo que durante unos segundos llegué a pensar que en lugar de llamarme Mikel Goikoetxea me llamaba Paris Hilton y en lugar de en Santoña estábamos en una fiesta en Beverly Hills.

Rojas era un hombre alto y fornido que tendría unos diez años más que yo, pero lo único que podría llegar a delatar esa circunstancia era la barba blanca, perfectamente recortada, que lucía en su rostro. Por lo demás lucía unos ojos inquietos que no dejaban de mirar a todos lados, sin que por eso diera la sensación de que no te estuviese haciendo caso mientras te dirigías a él, y cuando hablaba lo hacía de una forma suave y reposada, aunque no por ello producía una sensación de debilidad sino todo lo contrario, parecía ser el tipo de persona que no necesita alzar la voz para que sus órdenes sean obedecidas. O para intimidar a un detenido.

Tras comentarle el tiempo que hacía en Bilbao, ya se sabe, en esta época del año, sí, claro, aquí pasa lo mismo, al fin y al cabo las dos ciudades están en el norte y el clima es similar, ¿no?, pero bueno, a vosotros la lluvia os llega antes, sí, pero también se nos va antes, o hablar de la familia, la pequeña acaba de empezar la ESO, hay que ver lo rápido que pasa el tiempo, a mí me lo vas a decir, e incluso discutir amigablemente sobre la congelación salarial, ¿congelación?, ojalá fuese congelación, nos han bajado el cinco por ciento los muy cabrones y todo, ¿para qué?, ¿para dárselo a los parados?, los cojones, para dárselo a los bancos, sí, así es, y así ha sido siempre,

compañero, cuando ya estábamos con los cafés, por fin entramos en materia.

–¿Tenéis algo nuevo sobre el asesinato de Juan Luis de la Brecha? –le preguntó directamente Ander a Rojas–. ¿Algo que no haya salido en los periódicos?

–La verdad es que es muy poco lo que puedo deciros –se sinceró Rojas–. Es un asunto que nos tiene desconcertados por completo. Ya sé que nadie está libre de ser asesinado, si algo he aprendido en estos años de profesión es precisamente a desconfiar de las apariencias, pero De la Brecha, no sé, me cuesta imaginar cuál ha podido ser el móvil. Si nos fijamos en los más comunes, odios o rencillas personales, celos o asuntos sexuales, el dinero, el afán de poder o trepar, en fin, en toda la amplia gama de móviles que pueden manejarse, ninguno encaja.

»La familia, por ejemplo. Por lo que sabemos ni De la Brecha ni su mujer tenían amantes o relaciones extramatrimoniales y en lo que respecta a su relación, no es que su matrimonio fuese el típico de película Disney, pero funcionaba razonablemente bien y aparentemente había una buena sintonía entre marido y mujer. En cuanto a los hijos, todos nuestros informantes nos han comentado que son unos chavales bastante normales que se llevaban muy bien con el padre, por supuesto dentro de lo normal en las relaciones intergeneracionales en las que siempre hay puntos de discrepancia, a veces bastante fuertes. Además se encontraban los dos estudiando en Estados Unidos en el momento de los hechos, por lo que están descartados como sospechosos.

»Tampoco hemos encontrado nada oscuro en su entorno profesional y laboral. Aunque el bufete iba bien y la posición económica de De la Brecha era muy desahogada, la mayor parte de sus clientes son, o quizás habría que decir eran, pequeñas o medianas empresas, algunas más boyantes que otras, pero de las que sería muy aventurado sospechar que estén metidas en negocios sucios y por otra parte ninguna de ellas tienen un volumen o unos intereses económicos lo suficientemente grandes como para tener que recurrir a métodos tan expeditivos para solucionar sus problemas.

»Por supuesto, como seguramente estáis pensando, todo esto que acabo de comentaros es basura, una puta mierda, es lo que hemos encontrado nada más empezar la investigación, sin tiempo para avanzar por ningún camino. Podría ser que su mujer estuviese liada con la criada dominicana y nadie lo supiera porque la criada apenas sale de la casa, o que hubiese por ahí un sobrino en paro, resentido porque su tío no le ofreció trabajo, o un compañero de facultad que le odia porque consiguió despuntar en la profesión mientras que él tuvo que conformarse con un puesto de conserje en una compañía de seguros. A nadie le matan sin motivo, y averiguarlo es tan solo cuestión de esperar, de esperar y de trabajar, antes o después encontraremos el hilo que nos permitirá tirar de él hasta descubrir toda la madeja, pero de momento estamos desorientados, desorientados y desconcertados.

–Desconcertados, ¿por qué? –intentó sonsacarle Ander González.

El inspector jefe Rojas, antes de contestar al *ertzaina*, dio un sorbo a la copa de orujo de hierbas con las que el restaurante nos había obsequiado, era lo menos que

podían hacer después de la desorbitante cantidad que había tenido que abonar hacía escasos momentos por la comida. El único inconveniente consistía en que yo, como debía conducir luego de vuelta a Bilbao, tuve que limitarme a beber café y agua mineral. Rojas dio un chasquido de satisfacción tras paladear el licor, lo que acrecentó mi envidia por tener que estar, al contrario que mis dos compañeros, sometido a la ley seca, y ya repuesto de la aridez de garganta que le había producido su extensa perorata, respondió a la pregunta que acababa de formularle Ander.

–Bueno, hay básicamente dos motivos. En primer lugar está el modo en que se cometió el asesinato. Suena todo a muy profesional, a excesivamente profesional, incluso. Esto que os voy a decir no ha salido aún en la prensa, aunque supongo que de todos modos no tardará en filtrarse –suspiró con aspecto resignado–, pero las cámaras de seguridad y videovigilancia de la clínica Jorge Santos habían sido previamente inutilizadas y a dos enfermeras y un vigilante que se encontraban en el interior de la misma se les durmió con lo que parece ser un derivado del cloroformo que no les ha dejado más secuelas, afortunadamente, que un incómodo dolor de cabeza, pero que les mantuvo fuera de combate durante varias horas. Por lo demás, el asesino o asesinos no dejaron ninguna pista, nadie les vio, nadie se cruzó con ellos o recuerda haber notado algo fuera de lo normal, ni siquiera movieron de sitio una silla. Llegaron, mataron a Juan Luis de la Brecha, se largaron y, ¡hale hop!, nada por aquí, nada por allá, la paloma se ha ido del mismo modo que ha venido, sin que el sufrido espectador se haya enterado de nada. Como comprenderéis este modo de actuar no es el típico de una mujer celosa, una amante despechada o un compañero de trabajo resentido. Es cierto que la mujer celosa, la amante despechada o el compañero de trabajo resentido pueden, perfectamente, contratar a un tercero para que haga lo que ellos no saben o no se atreven a hacer en persona, pero me parece muy rebuscado insistir en esa hipótesis, solo alguien cuyo odio fuera muy frío y profundo, al nivel de la psicopatía, recurriría a esos sistemas y además, vosotros sabéis tan bien como yo que contratar a un asesino profesional no es algo demasiado fácil, no se anuncian en la prensa ni en la radio ni hay una sección a esos efectos en el centro comercial. No es que sea imposible, pero normalmente a lo que más fácilmente accede alguien que no conoce ese mundo ni posee los contactos adecuados es a algún chapucero desgraciado que necesita la pasta del encargo para pagarse la dosis. Contratar a unos asesinos con el nivel de quienes le dieron la boleta al abogado, capaces de inutilizar las cámaras de seguridad de una clínica y hacer el trabajo de un modo discreto y silencioso, sin dejar el menor rastro, no está al alcance de todo el mundo.

Lo que decía Rojas era bastante sensato y coincidía casi palabra por palabra con nuestra opinión. Así se lo hicimos saber y Ander aprovechó para hacerle una nueva pregunta.

–Antes nos has dicho que hay básicamente dos motivos para que estéis totalmente desconcertados. El primero acabas de explicárnoslo y, como ya te hemos dicho, nos parece razonable. ¿Y el segundo?

El inspector jefe Rojas volvió a lucir la socarrona sonrisa con la que de vez en cuando nos obsequiaba antes de responder.

–¿Que cuál es el segundo motivo? ¿Aún no os habéis dado cuenta? El segundo motivo sois vosotros.

–¿Nosotros? –intentó hacerse el sorprendido Ander González, aunque tanto él como yo creíamos saber a qué se estaba refiriendo Rojas.

–Sí, vosotros, porque no me creo que en Bilbao estéis tan aburridos que tengáis que venir a Santander a distraeros un rato, así que ahora os toca mover ficha, ¿qué interés tenéis en el asesinato del señor De la Brecha y qué información podéis proporcionarme para esclarecer el caso?

Ander me miró como animándome a hablar. Sabíamos de antemano que Rojas nos iba a hacer esa pregunta y habíamos decidido explicárselo todo, con pelos y señales, salvo la muerte del búlgaro, por supuesto, y que se lo contara yo, por ser quien estaba en primera línea.

–De acuerdo –admití–, estás en tu derecho, así que te lo voy a contar todo, pero me temo que no te va a servir de nada.

El inspector jefe Manuel Rojas siguió atentamente mi exposición, interrumpiéndome tan solo de vez en cuando para hacerme algunas preguntas adicionales. Cuando acabé de hablar estuvo unos cuantos segundos callado, como si quisiera asimilar lo que había escuchado y para ello necesitara estar en silencio, antes de preguntarme si había matado al búlgaro. En realidad no fue una pregunta, sino una afirmación.

–Así que mataste al búlgaro, ¿no? –no parecía tener ninguna duda sobre ese aspecto.

–¿Tú estás loco? Ya te he dicho que forcejeamos y consiguió huir antes de que pudiera retenerle.

–Vamos, Goiko, ¿así es como te llaman, no? –Ander me había presentado simplemente como Mikel Goikoetxea, un antiguo compañero–, no me subestimes del mismo modo que yo no lo hago contigo. Si crees que por llevar unos años destinado en Cantabria he perdido reflejos y facultades, te equivocas. Llevo muchos años en este oficio, e incluso por un tiempo estuve destinado en el Grupo Operativo de Extranjeros de la Jefatura de Bilbao, así que no me chupo el dedo. Conozco a esos europeos del este, y no hacen prisioneros. Si tú estás vivo es porque él murió. Por mi parte puedes estar tranquilo, por Isabel estoy al tanto de cómo era vuestro compañero Goirizelaia y tampoco me chocan los tejemanejes a que en ocasiones se dedican nuestros mandos, así que no te delataré. Además, no habiendo cuerpo ni evidencias de delito, sería absurdo hacerlo, ¿no estáis de acuerdo?

Tanto Ander como yo volvimos a darle la razón y admití que había acabado con el búlgaro.

–Era su vida o la mía –dije, no sé si para disculparme o para dramatizar aún más la situación.

–Me lo imagino, ya os he dicho antes que esa gente no hace prisioneros. El problema es que no puedo usar para mi investigación lo que me habéis contado, y eso que seguramente tenéis razón, el asesino o asesinos no querían cargarse a Juan Luis de la Brecha sino a Eneko Goirizelaia. Hay una cosa que no os he contado hasta ahora porque no estaba seguro de que tuviera relación con el caso. Hace unos días se detectó la presencia de un grupo de delincuentes procedentes del este de Europa en Santander, pero no pudimos seguirles la pista. Al principio, y viendo el modo tan profesional de trabajar del asesino del abogado pensé que podrían estar implicados, pero enseguida desterré esa idea de mi cabeza al considerar que la víctima no tenía entidad suficiente como para suscitar la atención de esa gente, pero por lo visto estaba equivocado y la primera impresión, como suele suceder, era la válida. En fin, volvamos a nuestro auténtico problema, ¿qué podemos hacer? Porque si asumo que el asesinato de De la Brecha fue producto de un error y que en realidad los asesinos iban a por Goirizelaia, el caso pertenece a vuestra jurisdicción. Solo que vuestros jefes entienden que en realidad no hay ningún caso. ¿He expuesto el problema de un modo correcto?

–Yo no lo habría hecho mejor –contestó Ander.

–Estaba pensando en algo que me ha ocurrido esta mañana –de repente Rojas pareció abstraerse aunque enseguida recuperó nuevamente el hilo– y que quizás se explique mejor a la luz de lo que os está ocurriendo en Euskadi, con esos mandos que no quieren que profundicéis en el caso. El Subdelegado del Gobierno en Cantabria me llamó para preguntarme cómo iba la investigación y cuando le dije que aún no había avanzado nada me contestó que no me preocupara, que entendía perfectamente que se trataba de un asunto muy complejo y que no me agobiara, que a estas alturas, y más con mi currículum profesional, nadie iba a cuestionarme ni poner en duda mi profesionalidad. Aunque sus palabras sonaban extrañas me las tomé como una especie de apoyo indirecto e incluso, ¿por qué no admitirlo?, todos somos vanidosos, de reconocimiento, pero después de lo que me habéis contado, quizás fuera una manera velada de decirme que no hacía falta que echara toda la carne en el asador, que a nadie le importaría un ardite si la investigación no llega a buen puerto, incluso que lo preferirían así.

–Sí –asintió Ander González nuevamente–, parece razonable.

–Bueno, pues como os he dicho, estamos en una situación difícil. La Ertzaintza no puede investigar el atentado contra Eneko Goirizelaia y yo estoy en un callejón sin salida. ¿Alguna sugerencia? –Rojas hizo ademán de brindar, aunque su copa estaba vacía.

–Me temo que tendréis que seguir dejándolo todo en mis manos –me acabé de un trago el café que tenía encima de la mesa. Se había quedado frío y los posos tenían sabor ásperamente amargo, pero al menos me dio la sensación de que estaba haciendo algo–. Lo mejor para ti, Rojas, será hacer caso a las sutiles alusiones del Subdelegado y llevar una investigación rutinaria, con la carpeta de «expedientes no resueltos» en el

horizonte. Por lo que has dicho nadie te lo va a reprochar y si por casualidad te encontraras con algo, que no creo porque una vez cumplida, aunque erróneamente, su misión en Santander, los asesinos habrán desaparecido y no volverán jamás, por lo menos para hacer algo relacionado con el asunto que nos ocupa, nos lo comunicas si crees que puedes y debes hacerlo. Y mientras tanto yo intentaré desenredar la madeja, a la espera de que Eneko despierte felizmente del coma y pueda aclarárnoslo mejor. La verdad es que no deja de ser una situación muy extraña, en las novelas y sobre todo en la vida real, es el detective quien necesita, y no siempre la consigue, dicho sea de paso, la ayuda de la policía, mientras que aquí son unos policías cuyas manos están atadas quienes, por decirlo de algún modo, han contratado, aunque sin gratificación económica, las cosas como son, a un detective para que llegue a donde ellos no pueden acceder por sus propios medios sin meterse en líos con sus superiores. Es el mundo al revés.

–Brindemos por eso –asintió casi feliz Rojas, mientras cogía la botella del orujo de hierbas y volvía a rellenar su copa y la de Ander González hasta el borde. Pensé tomarme yo también una, en cierto modo me lo merecía, pero finalmente desistí, no quería jugármela en la carretera. No sé si eso era señal de que me estaba volviendo más sensato que antaño o, simplemente más viejo, pero me limité a pedir un nuevo café solo, bien cargado. De momento, en la carretera, no hacían controles de cafeína. Intenté animarme pensando que al día siguiente Ander iba a estar totalmente jodido y tendría que acudir al trabajo con resaca mientras que yo estaría como una rosa. De todos modos ese pensamiento tampoco me hizo muy feliz. No sé si se debía a que, como he dicho antes, me estuviera volviendo más viejo y sensato o porque me estuviese reblandeciendo, el caso es que ya no disfrutaba tanto como antes con las hipotéticas desgracias ajenas.

Deseché, casi al mismo tiempo que vinieron a mi mente, esas elucubraciones que no conducían a ningún sitio y aprovechando el clima de confianza que se había generado entre el policía español y nosotros le hice una pregunta que seguramente para él no tenía ninguna relación con el asunto del que habíamos estado hablando.

–Rojas, por lo que me ha dicho Ander, estuviste destinado durante muchos años en Bilbao. ¿Llegaste a conocer a un inspector que estuvo también muchos años trabajando en Gordóniz^[16], Ernesto Villalpando?

Manuel Rojas titubeó un poco, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir o quizás como si no estuviera seguro de que debía decir algo.

–En realidad no llegamos a coincidir con él, pero si oí hablar de él a algunos compañeros veteranos. Por lo que me comentaron, se trataba de un buen policía y un gran tipo, al que ETA asesinó. ¿Por qué estás interesado en él? –no había hostilidad en sus palabras, pero sí un tono de firmeza como si quisiera decirme que no estaba dispuesto a acompañarme en ese paseo si creía que íbamos a pisar tierras cenagosas.

–Su nombre ha salido en el transcurso de la investigación, al parecer fue Koldo Ferreira, el etarra liberado que murió en el atentado en que hirieron a Eneko

Goirizelaia, quien le mató. Al menos eso dictaminó la Audiencia Nacional cuando fue condenado por ese hecho. Pero hay algo que no encaja, todas las demás víctimas de Ferreira eran, o se decía que eran, narcotraficantes. Villalpando fue el único policía al que asesinó, ¿no te parece extraño?

–¿Por qué iba a parecérmelo? –Rojas aún mantenía el dominio sobre sí mismo, pero seguía avisándome con los ojos que había cosas con las que no estaba dispuesto a transigir–. Los terroristas son eso, terroristas, y lo suyo es matar, donde pueden y cuando pueden. Es cuestión de oportunidad, en un momento dado asesinan a una persona a la que previamente se ha estigmatizado como narcotraficante, o como chivato, o como enemigo del pueblo, y en otro momento, si les viene mejor, matan a un policía o a un soldado, a un miembro de las fuerzas de ocupación. No hay ningún misterio en eso.

–Podría ser, sin embargo da la impresión de que, aún no sabemos si por decisión propia o de la organización, Ferreira mantenía una pauta, estaba «especializado» en narcotraficantes, por ridícula que pueda parecer la idea. Por decirlo con las palabras de uno de mis informantes –no pude evitar sonreírme al acordarme del enamorado de Agurtzane–, si ETA hubiese sido un cuerpo policial, Ferreira habría sido el jefe de la unidad antidrogas, un jefe tan volcado en su trabajo que siempre habría rechazado el traslado a otro tipo de puestos más importantes o lucrativos. Bueno, quizás no sean sus palabras textuales, pero eso es, más o menos, lo que me dijo.

–¿Estás insinuando que Villalpando era un policía corrupto metido en el negocio de las drogas? Porque si eso es lo que intentas decirme, ni siquiera me voy a enfadar, por lo que yo sé y me contaron compañeros que me consta que no me mentían, era un tío íntegro, un policía enamorado de su profesión y convencido de que, como rige el lema de la policía de Los Ángeles –en esta ocasión fue el inspector Rojas quien se permitió sonreír– nuestra misión es proteger y servir a los ciudadanos. Quién sabe, quizás le mataron por eso.

–¿Sabes?, eso último que acabas de decir quizás podría tener sentido. Porque en ningún momento he insinuado que Villalpando estuviese pringado en el tráfico de estupefacientes. En realidad si me interesa es por una cosa, Ferreira se dedicó, mientras estuvo en activo, a asesinar, como ya he comentado antes, exclusivamente a narcotraficantes. La única excepción fue Villalpando, pero lo curioso es que Ferreira siempre negó que le hubiese asesinado. ¿Por qué iba a mentir en ese caso cuando reconoció el resto de sus acciones? Parece lógico pensar que decía la verdad, y si es así, ¿por qué le endilgaron esa muerte?

–Quién sabe, quizás algún compañero, o algún juez, quería cerrar también el caso –contestó Rojas–, no somos perfectos y no habría sido la primera ni la última vez en la que se hiciera algo así. Supongo que estaréis de acuerdo conmigo.

–Lo estamos –dije, hablando también en nombre de Ander–, y seguramente será como tú dices, pero me gustaría profundizar más en la figura de Villalpando. Seguramente será otro callejón sin salida, pero creo que ahora eres tú el que estará de

acuerdo conmigo si te digo que no se puede dejar ninguna vía sin explorar, aunque finalmente resulte ser, como se preveía, una vía muerta. Es parte del abecé del trabajo policial.

–De acuerdo –me concedió finalmente Rojas–. ¿Qué es lo que necesitas saber sobre Villalpando?

–Todo.

–¿Todo? Tú estás loco.

–Quizás me he explicado mal. Cuando digo todo, es porque aún no sé qué es lo que tengo que buscar o lo que puedo encontrar, ni siquiera sé si hay algo que buscar o encontrar, por eso necesitaría todo lo que pudieras proporcionarme. Su expediente oficial, pero también todo tipo de informes, opiniones o incluso cartas o apuntes personales que pudieras proporcionarme.

Rojas se lo pensó durante unos instantes. Finalmente me dijo que de acuerdo, que colaboraría conmigo.

–Pero me tendréis informado en todo momento de lo que averigüéis y no haréis nada que pueda empañar la memoria de Villalpando sin antes consultarlo conmigo. No, no hace falta que me lo prometas –me cortó al ver que me disponía a hablar–, no necesito que me des tu palabra, es suficiente con que me creas cuando te digo que, en caso contrario, me tendríais como enemigo, y nunca he sido un buen enemigo.

A Ernesto Villalpando se le hicieron muy largos los siete días que estuvo sin pisar la comisaría. Pese a encontrarse perfectamente y no sufrir el menor rasguño en el atentado, sus jefes, con el apoyo oficial de los médicos, le instaron a guardar unos cuantos días de reposo, hasta estar totalmente restablecido. ¿Restablecido, de qué?, protestó más que preguntó el inspector, pero tanto los médicos como sus superiores jerárquicos se limitaron a mirarle con simpatía y a hablar ligeramente de estrés postraumático, de la difícil experiencia que había vivido, de la necesidad de tranquilizarse y centrarse y, como último recurso, del síndrome del Norte, esa palabra con la que se habían empezado a denominar los problemas de ansiedad y tensión que sufrían los policías destinados en Euskadi, como consecuencia del acoso al que se veían sometidos por parte de ETA y sus seguidores.

¿Síndrome del Norte? ¿Estrés postraumático? ¡Gilipollices! Ernesto Villalpando no negaba que eso existiera y que por desgracia muchos de sus compañeros lo habían padecido o lo padecerían mientras durara el terrorismo, pero pensaba con total seguridad que en su caso la situación era muy diferente. Él ya sabía lo que se jugaba cuando ingresó en la policía. Supo desde el primer momento que quería hacer un buen trabajo limpiando las calles, lo suyo no era la política, le repugnaba esa imagen que aún estaba fijada en la retina de muchos españoles y la casi totalidad de los vascos del policía que aporrea a un manifestante, él lo que deseaba era luchar contra los delincuentes, llevarlos hasta donde un juez y contribuir, dentro de sus posibilidades, a hacer más habitables las ciudades en la que había desempeñado sus funciones. No era ningún iluso, desde el mismo momento en que lo destinaron al País Vasco, aunque no participara en la lucha contra el terrorismo, supo que podía ser objetivo de ETA. Del mismo modo que si se hubiese quedado en su localidad natal podría haber sido asesinado por un atracador desesperado o por un traficante al que no le gustaba que metiera las narices en sus asuntos. Ser policía conllevaba un riesgo, quizás en algunos casos, como en Euskadi, un riesgo adicional y absurdo, pero lo asumió desde el primer día y el ver tan de cerca la muerte no le hizo cambiar de opinión.

Le sacaron de esos pensamientos los aplausos que escuchó nada más pisar los primeros peldaños de la escalinata de la Jefatura Superior de Policía que conducía a su despacho. La mayoría de sus compañeros, tanto agentes de paisano como uniformados, se habían agolpado a su alrededor y le ovacionaron durante unos cuantos minutos, como forma de demostrarle su cariño y solidaridad. Aunque a Villalpando no le gustaba nada esa parafernalia que parecía sacada de una película americana de policías y ladrones, agradeció el detalle saludando tímidamente con la mano y diciendo, en voz baja, que no era para tanto. Cuando cesó la algarabía unos cuantos, los más íntimos, se acercaron a él para abrazarle, darle palmadas en la espalda y transmitirle su apoyo incondicional. El inspector volvió a darles las gracias,

en esta ocasión de un modo más sincero, pero no pudo evitar el pensar en su interior sobre lo paradójico del caso. Llevaba años trabajando como policía del modo más honesto y eficaz posible, combatiendo la delincuencia, capturando asesinos, desarticulando tramas de narcotraficantes y negociando con atracadores, y jamás había obtenido el reconocimiento de sus jefes y compañeros, más allá de las típicas alabanzas rutinarias por un trabajo bien hecho. Y ahora, en cambio, por el hecho de haber sufrido un atentado, lo que ni dependía de él ni por otra parte lo había deseado, por haber sido el actor pasivo de un intento de asesinato, de repente se convertía en un héroe, casi en el policía del año.

Se deshizo de compañeros y amigos y con paso firme se acercó a su despacho. En el dudoso caso de tener algún tipo de ansiedad o estrés postraumático, estaba convencido de que el trabajo sería la mejor terapia, por eso abrió la puerta con gesto decidido, gesto que quedó en suspenso cuando comprobó que alguien, sentado en su silla, le sonreía y le hacía ostensibles gestos con la mano para indicarle que entrara del todo y cerrara la puerta.

—Pasa, héroe, pasa —el subinspector Antonio Pareja le recibió con una sonrisa, lo que le inquietó aún más que la vez anterior en la que se vieron, cuando le agarró por las solapas y le zarandeó—, ¿te han dado ya una medalla?, si te la ofrecen no la aceptes, que te den una gratificación, coño, esos cabrones que nos gobiernan piensan que todo se arregla con medallas, si son a título póstumo aún mejor, pero qué cojones, que se gasten la pasta, carajo, que al fin y al cabo no sale de sus bolsillos sino del de los honrados contribuyentes.

Ernesto Villalpando miró a su interlocutor. Seguía necesitando un buen afeitado y su ropa parecía rescatada de algún vertedero ilegal, pero el brillo de sus ojos y la sonrisa que lucía en la boca eran señales inequívocas de que consideraba que dominaba la situación.

—¿Se puede saber qué coño haces en el interior de mi despacho y sentado además en mi silla, Pareja?

—Joder, qué susceptible eres, Villalpando, igual es verdad eso que dicen que los héroes no tienen sentido del humor. Lo que sí tienen algunos es un sentido patrimonial del puesto de trabajo, tendrías que saber que ni el despacho ni la silla son de tu propiedad, sino del Ministerio del Interior, tú tan solo eres un usufructuario provisional, y en cualquier momento pueden ser utilizados, en caso de necesidad, por otra persona, yo por ejemplo. Pero bueno —se levantó de la silla y acercándose a Villalpando le golpeó en la espalda y levemente en una mejilla—, si estaba sentado en tu silla no es porque quiera quitarte el puesto, a un héroe no se le puede quitar el puesto, no estaría bien visto, sino porque quería felicitarte a solas y, como tú muy bien comprenderás, se espera mejor sentado que de pie.

—Vale, pues muchas gracias, aunque no me considero un héroe.

—No, es cierto, no lo eres pese a la opinión unánime de nuestros compañeros, tan solo eres una víctima y, lo que es mucho mejor, un superviviente, así que mi más

sincera enhorabuena. Por cierto, no sé si te has enterado ya, ha sido identificado el autor del atentado, un tal Koldo Ferreira, supongo que te suena su nombre.

—¿Koldo Ferreira? Sí, claro que me suena. Es más, incluso pensé que podía ser él cuando me disparó, pero ocurrió todo tan rápido que no estaba seguro. Así que Koldo Ferreira, cómo no me iba a sonar, el cabrón que asesinó al Gallego y posteriormente se dio a la fuga tras disparar contra dos compañeros.

En realidad le había visto claramente, y desde el primer momento supo que era él, sin lugar a dudas. De hecho, durante unas milésimas de segundo, pensó en lo irónico que sería morir acribillado por el mismo hombre del que, pese a haber matado brutalmente al Gallego y herir a dos de sus compañeros, se sentía en cierto modo cercano. Lo que no entendía bien era el motivo por el que finalmente no le matara, ya que si salvó la vida no fue por un milagro divino o un error humano, la mano de Ferreira estaba totalmente firme mientras le disparaba y apuntaba conscientemente por encima de su cabeza, sino porque el terrorista no había querido acabar con él. Y si hubiese tenido alguna duda, sus palabras, las que pronunció mirándole fijamente a los ojos antes de darse la vuelta para huir hacia el coche en el que le estaba esperando un compañero, las disiparon por completo.

—Me debes una, madero, me debes una. Que no se te olvide nunca.

Me debes una, madero, me debes una, que no se te olvide nunca, ¿cómo se iba a olvidar? ¿Y qué quiso decirle con eso? Parecía como si Koldo Ferreira supiera que sus caminos iban a volver a encontrarse, aunque eso no tenía ningún sentido, él no pertenecía a las fuerzas antiterroristas y si se había convertido en objetivo de ETA se debía, seguramente, a que era uno más de los policías destinados en Euskadi que en algún momento había sido detectado por los colaboradores de la organización armada.

—Te noto dubitativo o inseguro —sus pensamientos fueron cortados por las palabras del subinspector Pareja—, ¿acaso sabes algo que aún no nos has contado? —Pareja utilizaba el plural, pero estaba claro que se refería a él exclusivamente.

—No, no, nada de eso, es que no he podido evitar el recordar ese momento y...— en lugar de dar unas excusas que quizás no fuesen creíbles Villalpando prefirió escudarse en esa especie de estrés postraumático que desde el primer momento negó padecer—, no sé, quizás todavía no esté del todo recuperado del *shock*, estar a las puertas de la muerte es una experiencia que no se la recomiendo a nadie. La verdad es que aunque por unos instantes creí, precisamente, que era Ferreira el autor del atentado, no estaba seguro y además, no sé, supongo que no quería creerlo. Tengo que admitir que tú tenías razón, Koldo Ferreira no es solo un hombre dolorido que, cegado por la rabia, acabó con el causante indirecto de la muerte de su hermano y que, posteriormente, disparó contra los policías que se aprestaban a detenerle, sino un miembro activo de ETA. Quién lo iba a decir, no parecía lógico viendo su historial.

—Sí, quién lo iba a decir, ¿quizás lo dije yo? —el tono que usaba Pareja era evidentemente irónico, pero su aspecto se había vuelto serio, casi sombrío—. En fin,

eso ya no importa, ahora sabemos a ciencia cierta que es militante de ETA. Lo sabemos todos, tú también, héroe, sobre todo tú, que has sido su víctima, una víctima afortunada, pero una víctima al fin y al cabo. Y ahí quería llegar yo, ahora eres un héroe, no porque hayas realizado ninguna gran hazaña sino porque un terrorista con mala puntería no consiguió enviarte a la tumba, así que no se te ocurra meter las narices donde no te llaman. Koldo Ferreira ha dejado de ser una pieza de caza para ti, ahora es caza mayor y para eso estamos nosotros.

Villalpando no sabía si con ese «nosotros» Antonio Pareja se refería a alguna sección especial y desconocida dedicada a la lucha contra el terrorismo en la que, pese a ese desconocimiento o quizás por eso mismo, todos sus compañeros le ubicaban, o si estaba usando el plural mayestático, pero en el fondo daba igual, el mensaje era inequívocamente claro, no debía meter las narices en nada que oliese, ni siquiera de lejos, a terrorismo.

–No me jodas, Pareja –protestó Ernesto Villalpando–, sabes tan bien como yo que cuando fui detrás de Ferreira lo hice porque había asesinado a un camello, nada que ver con la política ni el terrorismo. Si luego resultó ser un militante activo de ETA, pues mala suerte, qué quieres que te diga, no tenía ni puta idea. Y tampoco fue idea mía el que atentara contra mí, te puede parecer raro, pero entre mis aficiones no se encuentra la de alentar ataques mortales contra mi propia persona.

–Puedes ahorrarte las ironías, Villalpando, yo no tengo sentido del humor, o mejor dicho, sí que lo tengo, pero me da la impresión de que tú no lo entenderías o no lo disfrutarías, que para el caso es lo mismo. Lo único que verdaderamente me interesa que entiendas es que Ferreira, para ti, ya no existe. Ni él ni la ETA ni sus simpatizantes, y si por casualidad, ya que confío en que no sea aposta, en alguna de tus investigaciones te encuentras con algo que tenga relación con él o con la banda de la que es miembro, lo primero que harás, y a una velocidad superior a la de la luz, es acudir a contármelo, a mí y a nadie más, ¿comprendido?

–¿A ti? ¿No sería más lógico que acudiera a la Brigada Antiterrorista?

–Si te gusta utilizar intermediarios, de acuerdo, pero antes o después todo acaba en mis manos y me gusta saberlo todo el primero. Así que tú mismo, creo que están las cosas claras, héroe.

Sí, las cosas estaban totalmente claras y así lo aceptó Villalpando. El problema, aunque esto no se lo transmitió a Pareja, era que sabía que volvería a encontrarse con Ferreira. Le debía una, o al menos eso era lo que creía el terrorista, y en el fondo, aunque la idea le repugnara, el policía pensaba que lo que le había dicho era verdad, que le debía una.

–Pues si está todo claro, ya no tenemos nada más de que hablar. Te dejo tranquilo en tu despacho, seguramente te pasarás la mañana recibiendo visitas y contestando al teléfono, todos querrán saludar al héroe del día. Ah, antes de irme –pareja se volvió hacia Villalpando cuando ya estaba agarrando el pomo de la puerta–, ha llamado un tal Menguele, al parecer quería hablar contigo, o eso me ha parecido, porque estaba

muy nervioso y acelerado. No sabía que tuvieras relaciones con el antiguo médico de Hitler.

–Es un confidente –contestó, ostensiblemente disgustado, Villalpando–, y las cosas como son, preferiría que no respondieras en mi nombre y que dejaras en paz a mis confidentes. Ya sabes que eso es sagrado, tanto como para ti que no interfiera en tus actividades.

–No te lo tomes a mal –sonrió Pareja–, podía haber sido urgente. De hecho me dio la impresión de que era urgente, eso es al menos lo que me dijo antes de darse cuenta de que no hablaba contigo y colgar abruptamente. Y en cuanto a lo de los confidentes, tienes razón, por supuesto, los confites son sagrados, pero ya sabes que toda regla tiene su excepción y estoy seguro de que si algún día necesito echar mano de alguno de los tuyos, no te negarás. Por tu bien –acabó Pareja aún sonriente, pese a lo sombrío de sus palabras, y sin darle opción a contestar abrió la puerta y abandonó el despacho.

Como había vaticinado el subinspector Pareja, el primer día de Ernesto Villalpando tras su reincorporación al trabajo transcurrió casi sin darse cuenta, ocupado en atender a las visitas y contestar las llamadas telefónicas recibidas, entre ellas una del propio Gobernador Civil de la provincia y otra del Secretario de Estado de Seguridad que, según le indicó, no solo llamaba en su propio nombre sino en el del Excelentísimo Señor Ministro. Durante esa jornada apenas pudo dedicarse a su trabajo, ni siquiera le dio tiempo a cambiar de sitio los papeles que le estaban esperando encima de la mesa, pero también como había vaticinado Andy Warhol, una vez consumidos sus quince minutos de gloria nadie, salvo los más íntimos, volvió a acordarse de él y al día siguiente ya estaba preparado para reiniciar, esta vez de verdad, su trabajo de policía.

Desde que estuvo con Pareja, no había dejado de pensar en el Menguele. Nunca supo por qué le llamaban así ni el interesado, que para otros asuntos le había demostrado tener la lengua muy larga, se lo había dicho jamás, pero eso era lo de menos. El Menguele era otro más de sus confidentes, quizás no el más activo ni el que más chivatazos le proporcionaba, pero sí el más eficaz de todos. Pocas veces se ponía en contacto con él, pero cuando lo hacía su información era oro molido. Villalpando sospechaba que también, como muchos otros de sus confidentes, estaba enganchado a las drogas, pero jamás pudo confirmarlo. El tío, si de verdad era un drogadicto, sabía controlarse y disimular su adicción de una manera magistral. Quizás ayudara a ello el que fuese un hombre con estudios y económicamente solvente, propietario de una pequeña empresa de asesoría financiera que había crecido mucho en los últimos años. Un golpe de suerte hizo que cayera en sus manos y no pudiera negarse a servirle de confidente, aunque Villalpando siempre había sospechado que si el Menguele hubiese querido podría haberlo arreglado de alguna manera para dejar de estar en sus garras, quizás la aceptación de su humillante condición de chivato de un policía no fue sino la manera que tuvo de expiar sus pecados, tanto los que el

inspector conocía como, seguramente, los muchos que desconocía.

Esa misma noche intentó ponerse en contacto con él sin conseguirlo. No se encontraba en su domicilio ni tampoco en ninguno de sus bares favoritos. Obviamente tampoco estaba en su oficina, pero aún así le dejó un mensaje en su contestador telefónico, diciéndole que ya le habían dado de alta y que le llamara en cuanto pudiera, que hasta las siete y media iba a estar en su casa y a partir de las ocho en su cubículo de Jefatura.

Esa mañana, de todos modos, antes de salir de su casa llamó nuevamente a la del Menguele, pero tampoco en esa ocasión consiguió ponerse en contacto con él. Seguramente estaría de camino a su oficina ya que, independientemente de otras consideraciones y del ambiente en el que se movía fuera de su horario laboral, su confidente, no solo por mantener las apariencias sino, sobre todo, su estatus económico y social, era cumplidor en su trabajo como el que más. No dejaba de tratarse de un caso curioso, ya que pese a ser un ave nocturna, un *gau txori* como decían en la jerga local, no le costaba nada madrugar, daba la impresión de que era inmune a las resacas y que necesitaba menos horas de sueño que el resto de los mortales.

Llegó a su despacho a las ocho menos cinco y sin quitarse la chaqueta se quedó mirando fijamente al teléfono. Quería llamarle cuanto antes, pero sabía que el Menguele no era el típico yonqui al que se podía apretar sin límites, era un buen confidente, pero por eso mismo no deseaba hacer nada que le pusiera en su contra. Es cierto que le tenía cogido por los cojones, pero en ocasiones pensaba que si quisiera podría zafarse fácilmente de su apretón, por eso prefirió esperar a que empezara su horario laboral para no dar sensación de ansiedad. Aunque, por otra parte, era él quien le había llamado en un estado completamente nervioso, si hacía caso a lo que le había dicho Pareja. Por una parte estaba eso, pero por otra, si de verdad tuviera tanta prisa por hablar con él, lo lógico es que hubiera estado accesible durante la tarde anterior.

–Da igual –dijo en voz alta, como intentando convencerse a sí mismo de cuál era el mejor camino a seguir–, la duda metódica estará bien para Descartes, si no recuerdo mal lo que estudié en el colegio, pero yo no soy un filósofo, soy un policía y tengo trabajo que hacer. ¡Mierda!

Esto último no constituía parte de su soliloquio, sino que lo dijo casi sin darse cuenta, prácticamente de un modo natural, cuando al ir a coger el teléfono para llamar nuevamente al Menguele, este sonó, obligándole a cambiar los planes o, por lo menos, retrasando la llamada que quería hacer.

–Jefatura Superior de Policía de Bilbao. ¿Qué desea?

–Coño, Villalpando, qué voz más engolada y oficial te sale cuando contestas al teléfono. Podrías haber llegado a ser un excelente locutor del No-Do.

–¿Quién eres? –creía reconocer la voz, pero le había pillado tan de sorpresa que no estaba completamente seguro.

–¡Joder!, ¿no me has reconocido? ¡Qué decepción!, acabas de golpear duramente mi autoestima. Soy Palacios, Gustavo Palacios.

–¿Palacios, de Homicidios?

–Pues sí, Gustavo Palacios, de Homicidios. Preferiría ser Gustavo Palacios, el tío al que le tocó la lotería y dejó de trabajar, pero de momento soy Gustavo Palacios, el de Homicidios.

–Sí, sí, claro, me había parecido reconocerte. ¿Que es lo que quieres? sabes que siempre estoy dispuesto a ayudarte, pero procura ser breve, porque tengo una llamada importante que hacer.

–¿No tendrás que llamar, por casualidad, a un tal Juan Ángel Suárez Carmona?

–¿Juan Ángel Suárez Carmona? No, no creo que... –de repente recordó que ese era el nombre auténtico del Menguele–. Joder, ¿qué tienes tú que ver con Suárez Carmona?

–Tener que ver, lo que se dice tener que ver, pues en estos momentos estoy viendo su cadáver. Según parece se ha suicidado, está caído sobre una silla de su despacho, con una pistola de esas que se utilizan para tiro olímpico a sus pies y un agujero en su sien. Bueno, y la moqueta, por supuesto, hecha un desastre, toda llena de sangre.

Villalpando no siempre entendía el humor negro de su compañero Palacios, quizás fuera tan solo una manera de autodefensa para no volverse loco o deprimirse tras haber visto un buen número de personas muertas violentamente, así que, sin reírle el chiste, le pidió que le ampliara la información.

–De acuerdo, ¿por qué no te acercas hasta el despacho? No está muy lejos de Jefatura y nosotros todavía tenemos aquí tarea para rato, pero antes me gustaría saber qué relación tenías con él.

–¿A qué viene eso? –se puso a la defensiva Villalpando.

–Joder, Villalpando, no te pongas tú también en plan ciudadano ofendido porque la malvada pasma empieza a interrogarle con saña, coño. Da la casualidad de que cuando hemos echado a andar el contestador automático para saber si tenía algún mensaje, pura rutina, ya sabes, al menos eso es lo que les decimos a los probos y honestos ciudadanos –se rio un buen rato antes de proseguir– cuando nuestra verdadera intención es meterles en el trullo, has aparecido tú interesándote por él y por alguna llamada que te hizo ayer mismo.

–Sí, es cierto, lo siento, Palacios, pero es que no me esperaba la noticia y por eso he reaccionado de ese modo tan absurdo. En realidad Suárez Carmona era uno de mis confidentes.

–¿Suárez Carmona confidente tuyo? –Palacios silbó entre dientes en señal de admiración–, eso sí que son palabras mayores, no sabía que jugaras tan fuerte, Villalpando, qué nivel, Maribel. ¿Por qué no vienes hasta aquí, como te he dicho antes, y nos hacemos mutuas confianzas, como las parejas bien avenidas?

El despacho de Suárez Carmona se encontraba en la calle Elkano, muy cerca del Instituto, a apenas quince minutos andando desde la Jefatura, así que Villalpando

accedió a los deseos del inspector Palacios y en muy poco tiempo se reunió con él. Tras explicarle cómo el asesor financiero había acabado convirtiéndose en su confidente, aunque se guardó para sí los detalles más jugosos, fue su turno de preguntar a su compañero qué creía que había sucedido.

–¿Estás seguro de que es suicidio?

–Todo indica que sí –se encogió de hombros Palacios–. La posición de Carmona y del arma, el agujero en su sien derecha, el hecho de que no había recibido últimamente ningún tipo de amenazas, según sus empleados. Tanto el médico forense como el juez de instrucción, que por cierto, dio orden de levantar el cadáver un poco antes de que vinieras así que ya no podrás examinarlo, están convencidos de que esa es la hipótesis correcta.

–¿Y tú no? –preguntó interesado y casi esperanzado Villalpando.

–Ya sabes cómo soy, cómo somos –rectificó–, no me gustan las soluciones fáciles, pero por otra parte, de momento no tengo nada que demuestre lo contrario.

–¿Sabéis ya a qué hora murió?

–No con exactitud, pero por lo que nos dijo el médico basándose en la temperatura del cadáver y la del despacho, entre las ocho y las diez de la noche.

–Cuando ya todo el mundo se había ido –dijo Villalpando pensativo.

–Sí, más o menos, ya sabes cómo son estos despachos de asesores, gestores, abogados y demás ralea, están llenos de adictos al trabajo, joder, con la de vicios estupendos que hay en la vida, como ir de putas o tomarse unos *whiskys* con los amigos, que haya gente que su vicio sea trabajar no me entra en el caletre, en fin, como decía mi difunto abuelo, hay gente para todo. Bueno, él decía que hay gente *pá tó*, pero es que yo tengo estudios. En fin, ahora hablando más en serio, el ajetreo a lo largo del día es constante, por lo que hemos averiguado suele haber movimiento hasta altas horas de la tarde, aunque según va oscureciendo baja algo el ritmo. Es imposible llevar un control de la gente que entra y sale del edificio. Hay un conserje, lo que antiguamente, cuando no éramos tan finos, llamábamos portero, pero a las siete y media se va, así que si tu anterior comentario iba encaminado hacia la posibilidad de que alguien hubiera venido a matarle a horas tardías o incluso que se hubiera escondido en algún rincón, pues qué quieres que te diga, no puedo rechazar de plano la idea, pero no tenemos de momento ningún dato que avale la hipótesis de un asesinato, al contrario que la del suicidio.

–Supongo que habréis revisado su agenda.

–Supones bien, su agenda y la del despacho y sus empleados en general. Todavía estamos en la fase previa de contactar con quienes estaban apuntados en ella, pero dudo mucho que nos sirva de algo. Si alguien quería matarle no creo que le pidiera cita, ¿qué es lo que desea el señor?, nada, poca cosa, solo matarle, ¿matarme?, ¡hmmm!, veamos, pues sí, tengo un hueco, ¿le parece bien venir a eso de las ocho menos cuarto?, creo que para entonces se habrá ido un cliente que solo quiere malherirme, me parece una hora estupenda, me viene de perlas, entonces no hay

problema, le estaré esperando, gracias, no, gracias a usted. Lo siento, Villalpando, pero como verás por ahí poco podremos sacar. ¿Te dijo a ti algo que nos pudiera servir como punto de partida?

–La verdad es que no llegué a hablar con él, un compañero me dio el recado de que me había llamado –no se atrevió a decirle que ese compañero era el inclasificable y temido subinspector Pareja, como si su contacto con él, por marginal e involuntario que fuese, le rebajara a ojos del resto de sus colegas– y lo único que supo decirme es que le notaba nervioso, muy nervioso. Eso me inquietó bastante, porque por lo general era un tipo bastante frío y tranquilo.

–Si era confidente tuyo, debo suponer que estaba bastante metido en el asunto del tráfico de drogas.

–Bueno, se movía entre cierta gente y ciertos ambientes que le permitían acceder a una información bastante interesante por lo general, pero no era un confite al uso, en realidad solo me pasaba algún dato jugoso cuando quería, no era de esos desgraciados a los que se podía presionar sin más. Es cierto que, hasta cierto punto, le tenía agarrado por donde más duele, pero aún así creo que podría haber intentado zafarse del apretón y sin embargo no lo hizo.

–¿Por qué crees que no lo hizo?

–No lo sé, quizás para él colaborar con la policía era un juego, una aventura, o tal vez una manera de redimirse.

–¿Redimirse?

–Bueno, no sé si es la palabra adecuada, ten en cuenta que yo estudié en un colegio de curas –sonrió Villalpando por primera vez desde que llegó al despacho de Suárez Carmona–, pero de algún modo eso tal vez le servía para intentar ponerse por encima de los traficantes, como si él moralmente fuera superior, aunque creo que también estaba enganchado, no sé, como si quisiera decir «yo también estoy metido en este mundo, pero al menos intento arreglarlo algo». Pero bueno, son solo especulaciones, yo nunca se lo pregunté y él nunca me lo dijo, pero nuestra pequeña sociedad funcionaba a satisfacción de ambos.

–Así que no sabes qué era lo que le preocupaba –retomó Palacios el hilo de su pregunta anterior–. Si temía por su vida o si había conseguido enterarse de algo extremadamente caliente.

–No, no te lo puedo asegurar. Está claro que tenía algo que decirme y que si estaba tan nervioso sería porque entendía que se trataba de algo muy importante. ¿Tanto como para que le mataran? –se preguntó a sí mismo más que a Palacios–. Podría pensarse que sí, pero no tengo forma de verificarlo.

–Hipótesis por hipótesis, y teniendo en cuenta que hasta el momento, por los datos que tenemos, todo indica que estamos ante un suicidio, ese nerviosismo que demostró al llamarte podría haber sido la causa de que decidiera acabar con su vida, ¿no?

–Puede ser, pero no sé, me cuesta creer que se suicidara, no daba el tipo, la

verdad, en el fondo estaba encantado de haberse conocido.

–Vamos, Villalpando, no me vengas con esas. No eres un recién salido de la Academia y sabes como yo que cualquiera es capaz de suicidarse, lo mismo que cualquiera es capaz de asesinar. Hasta la misma madre Teresa de Calcuta lo haría si se dieran las condiciones objetivas necesarias.

–Eres un cínico, Palacios.

–Lo soy, Villalpando, lo soy, Pero ¿tengo razón o no la tengo?

La tenía, por supuesto, Villalpando sabía que su compañero tenía razón, pese a que seguía sin creer que estuviesen ante un suicidio. Pocos días más tarde, sin embargo, recibió la confirmación oficial de que Juan Ángel Suárez Carmona se había suicidado, cuando un auto del juez instructor resolvió archivar las diligencias previas que se habían incoado tras asistir al levantamiento de cadáver. Aparte de la posición del arma y del propio fallecido, que un asesino profesional experto habría sabido arreglar sin ningún problema, en la mano con la que supuestamente había sostenido el arma se encontraron restos de pólvora y, como dato más concluyente, aparecieron documentos que indicaban que el asesor financiero se había apropiado de grandes cantidades de dinero de sus clientes que, tras haberlas perdido en operaciones muy dudosas, se veía incapaz de restituir.

–¿Sabes si se auditaron sus cuentas? –le preguntó Villalpando a su compañero cuando este le entregó sendas copia del informe policial y el auto judicial.

–¿Para qué? Según el juez la cosa estaba muy clara, así que no había motivos para hacer un gasto innecesario y seguramente muy costoso contratando un perito para que informara sobre lo que es evidente. Olvídate del tema, Villalpando, tu confidente se suicidó. Comprendo que es una putada haber perdido un informante tan valioso, pero así es la vida, a veces se gana y otras veces, muchas más, me temo –añadió filosófico– se pierde.

De nuevo volvió Villalpando a darle la razón a su compañero, agradeciéndole también su información, aunque en su fuero interno no estaba contento. Algo, su instinto tal vez, o más sencillamente la experiencia de muchos años como policía bregando en las zonas más sórdidas de la sociedad, le decía que el Menguele, o Juan Ángel Suárez Carmona, como era conocido entre sus pares, no se había suicidado, que había sido asesinado, y él iba a descubrir quién lo había hecho. Pero tendría que andarse con pies de plomo porque el caso estaba oficialmente cerrado y no tenía, por lo tanto, competencias ni facultades para reabrirlo.

Que te despierte a las siete de la mañana el timbre del teléfono es algo insoportable, pero últimamente me estaba acostumbrando a madrugar de esa forma. Ahora bien, que cuando contestes del modo más educado posible, con un simple «¿dígame?» en lugar de un merecido «¿quién cojones es?», te respondan preguntándote a su vez si vas a ir esta tarde al funeral, entonces sí que te quedas descolocado.

–¿De qué funeral me estás hablando? –volví a preguntar a la voz que me había despertado, que había conseguido identificar, tras denodados esfuerzos, como perteneciente a Ander González.

–Ah, pero ¿no te has enterado? Se trata de Lucas, ya sabes que se le detectó hace un par de años un cáncer de próstata.

–¿Lucas? –pregunté extrañado hasta que de repente me desperté—. ¡Lucas, no jodas!, ¿tan mal estaba? Yo pensaba que había reaccionado bien a la quimio y que se había recuperado del todo.

–Sí, eso creíamos todos, pero ya ves, al parecer se le reprodujo y en esta ocasión de una manera irreparable.

–¡Joder!, el bueno de Lucas. ¿Y a qué hora y dónde es el funeral?

–Creo que en la parroquia del Pilar, de todos modos en el periódico de hoy viene la esquela. Ah, una cosa, para evitar el típico desmadre que suele ocurrir cuando acude mucha gente, ya sabes que Lucas era muy conocido en el barrio, nos vamos a poner en la cuarta fila según se entre por la derecha, ya sabes que las primeras suelen estar reservadas para los familiares más cercanos, así que ya sabes donde puedes encontrarnos si quieres estar con nosotros.

Pobre Lucas, muerto a la temprana edad de cuarenta y dos años. Dejaba mujer y dos hijas. Algo lamentable y lo sentí no solo por él sino también por su familia, pese a no conocerles de nada. Pero la esquela no mentía, allí estaba, negro sobre blanco, Lucas María Redín González, de cuarenta y dos años de edad, padres Lucas (†) y Mariana, esposa, Karmele Goikuria, hijas, Oihane y Aintzane, hermanos Juan, Diego y María Luisa, hermanos políticos Miren Ibarrola, Virginia Gómez y Aitor Etxebeste, tíos, sobrinos, primos y demás familia y amigos suplicaban una oración por su alma y convocaban a todos sus allegados al funeral que por su alma se celebraría en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Pilar, en la calle Gordóniz de Bilbao, a las siete y media de la tarde.

El día se me hizo muy largo hasta que llegó la hora de acudir al funeral. Siempre hay cosas que hacer, sobre todo si uno es trabajador autónomo, pero curiosamente lo que en otras ocasiones me llevaba casi todo el día, aquel lo acababa en quince minutos, como si el destino se confabulase contra mí y se esforzara en que no pudiera pensar en otra cosa que en el enigmático Lucas. En más de una ocasión estuve tentado de llamar a Ander González o al inspector Rojas, pero me contuve, sabía que cuando tuvieran algo que decirme se pondrían en contacto conmigo. Aún así me

consumía la impaciencia, eso de estar sentado sin hacer nada no va con mi carácter.

Resignado a esperar que el tiempo pasara lo más lentamente posible, me encontraba viendo un programa de televisión consistente en ocho personas hablando todas a la vez mientras se acusaban las unas a las otras de ser unas guarras porque le habían quitado el novio a Fulano o Zutano, habían traicionado la confianza de una tonadillera o se habían acostado con un torero pese a que este estaba prometido con una estrella del porno nacional, cuando sonó el teléfono. Pese a no reconocer el número del que me llamaba no dudé en contestar, prefería aguantar mil veces a una señorita con un meloso acento sudamericano explicándome las ventajas de cambiar de compañía telefónica que seguir haciendo *zapping* en mi nuevo aparato de plasma. Afortunadamente no se trataba de ninguna campaña publicitaria, quien me llamaba era el mismo inspector Rojas con el que me había entrevistado hacía un par de días y del que me acababa de acordar no hacía mucho tiempo. Tras los saludos de rigor enseguida fue directo al grano y me confesó que estaba fuera del caso.

–¿Cómo que estás fuera del caso?

–Me lo han comunicado hace muy poco. La instrucción del caso ha pasado a depender de la Audiencia Nacional, en Madrid, y quienes van a llevarlo serán los agentes de la Brigada Central contra la Delincuencia Organizada.

–¿Y eso? –le pregunté inquieto.

–Tranquilo, Goiko, que la reunión que tuve con Ander González y contigo no ha trascendido, al menos de momento –intentó disipar Rojas los temores que advirtió en mi pregunta–, pero los compañeros de Madrid han llegado a la misma conclusión que llegamos nosotros, que el asesinato fue una equivocación y que el abogado De la Brecha no era la víctima que buscaban.

–Entonces, ¿saben que el objetivo era Eneko?

El inspector Rojas dejó pasar unos segundos antes de contestarme, como si estuviera calibrando qué podía contarme y qué no.

–La versión oficial es que iban detrás de un abogado de Madrid que de vez en cuando suele acudir a esa clínica, ya que tiene familia en Santander, a hacerse periódicos chequeos, pero que a última hora tuvo que suspender el que tenía ya comprometido al surgirle un asunto urgente que le obligó a quedarse en la capital. No me han dicho su nombre, pero debe tratarse de un abogado de la misma edad que Juan Luis de la Brecha y parecida contextura física, al que se vincula con ciertos grupos empresariales que, por decirlo de algún modo, no tienen el menor escrúpulo por usar métodos no permitidos por la ley para mejorar sus cuentas de explotación. Eso, unido al hecho de que se detectó, como tú sabes, la presencia de un grupo de gente perteneciente a un clan búlgaro en territorio cántabro y a que el calibre utilizado para asesinar al abogado se corresponde con el que suelen utilizar ese tipo de delincuentes, ha motivado que el juez central de instrucción que estaba de guardia en la Audiencia Nacional cuando mataron a De la Brecha haya asumido como propia la investigación requiriendo, de paso, la inhibición del juez de instrucción de

Santander que se ocupó de las primeras diligencias, supongo que con gran alivio por parte de este último.

Ahora fui yo quien dejó pasar unos cuantos segundos antes de hablar y reprocharle que no hubiese contestado a mi pregunta.

–En realidad sí lo he hecho, Goiko, y tú lo sabes ya que no eres nuevo en este negociado –aunque no podía verle a través de las ondas telefónicas supuse que en esos momentos estaba sonriendo–, yo no sé si, efectivamente, ese abogado de mafiosos madrileño iba a hacerse un chequeo en la clínica en la que asesinaron a De la Brecha, pero mis compañeros de la Brigada contra la Delincuencia Organizada no dejan nada al azar, así que tienen que saber quién y por qué ocupaba la habitación en la que posteriormente ingresaron al abogado asesinado, así como que su marcha fue precipitada y totalmente inesperada. ¿Significa eso que piensan, al igual que lo hacemos nosotros, que la víctima original tenía que haber sido Eneko Goirizelaia? ¿Tú qué crees? Está claro –prosiguió sin esperar mi respuesta, parecía evidente que se trataba de una pregunta meramente retórica– que no se chupan el dedo y saben hacer su trabajo, ¿por qué entonces no me hablaron de esa posibilidad? Pues porque independientemente de lo que ellos y nosotros creamos, esa posibilidad no existe. ¿Recuerdas que os comenté, a Ander y a ti, las enigmáticas palabras, aparentemente de ánimo y apoyo, que me dirigió el subdelegado del Gobierno y que, a la luz de lo que me comentasteis, parecían ser una insinuación para que me desentendiera del caso y acabara en el archivo de crímenes no resueltos? Pues me da la impresión de que los mismos que convencieron a los jefes de la Ertzaintza para que se olvidaran del atentado cometido contra Goirizelaia convencieron también a los míos para que se olvidaran del pobre Juan Luis de la Brecha. Así están las cosas, amigo mío, eso es lo único que puedo decirte y me temo que en el futuro no te podré decir nada más. Lo siento, te lo digo de verdad, pero así están las cosas y me temo que, como dice el refrán, no hay más cera que la que arde.

–¿No conoces a nadie en la Brigada contra la Delincuencia Organizada?

–Bueno, tengo algún contacto, en ocasiones he tenido que desplazarme a Madrid para colaborar con ellos en algunos casos o culminar algunas operaciones y sí, he hecho algún contacto, pero el tema está tan caliente que podría llegar a quemarme. Veré qué puedo hacer y cómo conseguir algo más de información sin levantar sospechas, pero no te prometo nada, así que por si acaso y para evitar frustraciones ponte en lo peor. Si averiguo algo intentaré ponerte en contacto nuevamente contigo, pero mientras tanto será mejor que olvides que nos hemos conocido.

Aunque me jodiese admitirlo tenía razón, no podía pedirle que se jugara el puesto, y quizás algo más, por mí, pero no quería despedirme de él sin hacerle otra pregunta, una que no le hice cuando nos vimos en Santoña, pero que en esos momentos en que todas las demás vías parecían cerrárseme era la única la que podía asirme.

–Rojas, por lo que nos dijiste has estado muchos años destinado en Bilbao, cuando la Ertzaintza aún no se había desplegado del todo. ¿Llegaste a conocer a un

subinspector apellidado Pareja, u oíste hablar de él?

–Adiós, Goiko, ha sido un placer hablar contigo, pero tengo que dejarte. Y no creas que no te estoy contestando, si lo piensas bien comprenderás que te he respondido y muy claramente, además. Cuídate, cuídate mucho, vas a necesitarlo.

En esta ocasión no hubo tiempo para una nueva última pregunta, aunque no hacía falta. Empezaba a intrigarme la figura del subinspector Pareja, no tenía datos suficientes para pensar que era la clave del asunto, pero cada vez que mencionaba su nombre a alguien que había oído hablar de él, la reacción era la misma. Y lo que estaba claro era que debía ser un tipo peligroso, aunque seguramente a estas alturas, si seguía vivo, tenía que haber entrado ya en eso que eufemísticamente llamamos la tercera edad. Desgraciadamente eso no significaba nada, los años me habían hecho desconfiar de los ancianitos entrañables ya que la experiencia me indicaba que podían ser igual de hijos de puta que un joven con acné o un tipo de edad madura que acaba de enterarse que luce una hermosa cornamenta. De todos modos no tenía mucho tiempo para pensar en ello, ya me ocuparía de ese problema más adelante, mi reloj me indicaba que faltaban apenas quince minutos para que dieran las siete y media y a esa hora tenía que hacer acto de presencia en la parroquia del Pilar para asistir al funeral de un tipo al que no había conocido en vida, pero que al parecer reclamaba mi atención después de haberse muerto. Afortunadamente el templo no estaba muy lejos de mi domicilio y pude llegar allí antes de que empezara la misa.

El amigo Lucas Redín debía ser un hombre muy popular, o quizás mucha gente le debía dinero y quería cerciorarse de verdad que había fallecido, porque el templo estaba a rebosar, prácticamente no cabía un alma, por rara que suene esa expresión aplicada a una iglesia. Tuve que ir haciéndome un hueco apartando a la gente que se encontraba de pie en el pasillo lateral derecho, y pronto conseguí llegar hasta la cuarta fila. Allí, en el extremo de un banco, pude vislumbrar la figura de Félix Covaleda, el antiguo compañero de la Ertzaintza que en estos momentos estaba destinado en los grupos de la lucha contra el terrorismo. Disimulé mi sorpresa lo mejor que pude y acercándome hasta donde se encontraba me coloqué a su vera, aunque fuera del banco por falta de sitio.

–Pobre Lucas, ¡quién lo iba a decir! –le comenté entre susurros, improvisando y con cara de pena. Cualquiera que nos estuviese observando pensaría que éramos dos viejos amigos del difunto dándonos mutuamente el pésame–. Ander no me había dicho que me iba a encontrar contigo. ¿Qué ha sido, un cáncer de esos fulminantes?

–Un cáncer, una hidropesía, que la mujer le clavó unas tijeras, qué más da, no tengo ni puta idea de quién era el tipo –hablaba en voz tan baja que solo yo podía escucharle, pero con un aspecto tan lastimero que seguramente más de uno de los feligreses habría tenido la tentación de acercarse para consolarle–. Es el mejor modo, y el más rápido, que se me ha ocurrido para ponerme en contacto contigo. Sí, ha sido terrible. Y con dos niñas tan pequeñas, no somos nada.

–Es por culpa de desgracias como estas –profundo suspiro– por las que te das

cuenta de la futilidad de la vida y de que hay cosas mucho más importantes que las banalidades a las que nos apegamos férreamente –la verdad es que si no tuviéramos que disimular lo más posible, así como por el debido respeto a la familia del difunto Lucas, habría empezado a descojonarme y no hubiese acabado hasta el final del oficio–. Se trata de Eneko, ¿no? Me imaginé que no podías hablarme claramente cuando empezaste a contarme el rollo ese de la cena. ¿Tan jodida está la cosa?

–No lo sé, de verdad, pero cuando uno está metido en los fregados en los que yo estoy metido, es inevitable acabar un poco paranoico. Espero que haya dejado una buena pensión a su mujer y que se hubiera hecho a tiempo un seguro de vida, porque tal y como está la vida..., sí, se trata de Eneko, aunque es poco lo que puedo decirte.

–Cualquier cosa me vendrá bien, por poco que sea.

–Se trata de las órdenes para que no investiguemos su muerte como un atentado. Proviene de Markel Irizar.

–¿Markel Irizar? –me sonaba el nombre, pero de momento no le ubicaba.

–Un antiguo polimili que cuando la autodisolución de ETA P-M se pasó a los milis aunque luego volvió a ser acogido por sus viejos compañeros de filas y posteriormente, cuando se fusionaron Euskadiko Ezkerra y el Partido Socialista de Euskadi, participó en la fusión. Un gran acierto, por su parte, ya que actualmente es asesor de la Viceconsejería de Seguridad.

–No lo entiendo, Félix. Por lo que me dijo Ander González el viceconsejero en persona tuvo una enganchada con algún alto cargo del Ministerio del Interior precisamente acerca de ese tema, ya que él sí deseaba que se abriera una investigación.

–Y te ha informado bien, pero eso fue antes de que su asesor le convenciera de que la postura del ministerio era la más razonable y la más conveniente políticamente. En realidad, no sé si estás al cabo de la calle, quien dirige la Viceconsejería no es el bueno del viceconsejero, un hombre del partido de carácter más bien bonachón y *bon vivant*, al que no sabían dónde colocar tras su fracaso estrepitoso en las elecciones municipales, sino quien oficialmente no es más que un simple asesor, Markel Irizar.

–Pero ¿qué interés puede tener en que no se investigue el asesinato en el que murió Ferreira e hirieron a Eneko?

–Sobre eso poco puedo decirte o, mejor dicho, no te puedo decir nada porque no sé nada. Y la mayoría de mis compañeros, por lo menos aquellos con los que puedo hablar del asunto sin despertar recelos, tampoco tienen ni puta idea. Y como decían en un famoso concurso de televisión, hasta aquí puedo leer. Lamento sinceramente no poder proporcionarte más información, pero es que no la hay o, de haberla, no está a mi alcance.

El sacerdote acababa de pronunciar la frase de ritual «démonos fraternalmente la paz» y por primera vez desde que habíamos empezado a hablar entre susurros Covalada se volvió hacia donde yo estaba y apretándome fuertemente la mano me

dijo «la paz sea contigo». Luego, en voz baja añadió, «cuídate, Goiko, que la cosa está caliente, muy caliente».

Cuando tras la última frase pronunciada por el sacerdote, «podéis ir en paz», se inició la desbandada, Covaleda fue de los primeros que desapareció, supongo que quería evitar al máximo que alguien pudiera vernos juntos. Tampoco estaba muy seguro de si al proporcionarme el nombre de Irizar lo había hecho para ayudarme en la investigación o para disuadirme de que siguiera adelante ya que quienes tenía enfrente eran hombres muy poderosos. En general me fiaba de él, pero nunca había sido de mis íntimos y aunque las referencias que tenía sobre su persona eran buenas, no lo eran tanto como para bajar la guardia. Aún así, incluso aunque me lo hubiera comentado como parte de un ardid para que abandonara, estaba convencido de que el nombre que me acababa de proporcionar era fetén.

No me acerqué a dar el pésame a la viuda de Lucas, entre otras cosas porque no nos conocíamos de nada, así que quince minutos más tarde me encontraba de nuevo en mi domicilio, buscando por Internet datos sobre Markel Irizar.

Al menos en una cosa no me había mentido Covaleda, Irizar era, efectivamente, asesor de la Viceconsejería de Seguridad. No tenía competencia directa sobre ninguna materia en especial, pero eso es lo bueno de ser asesor, que según de quién se trata y a qué departamento esté adscrito, puede ostentar más poder y capacidad de decisión que un cargo con las funciones y competencias tasadas legal o reglamentariamente. Y algo me daba en la nariz que Markel Irizar era de esos que enseguida se hacen con una fuerte cuota de poder. Por lo demás, no pude encontrar muchos datos sobre él en la red. Apenas alguna alusión a su pasada militancia en ETA, alguna que otra entrevista de prensa en la que hablaba levemente de su pasado y achacaba su antigua afiliación al grupo terrorista a errores propios de la juventud así como al peso del ambiente en el que se movía y unas cuantas fotografías en las que aparecía firme, junto al consejero, en alguna que otra recepción oficial. Debía tratarse de una persona excesivamente discreta o, al menos, que sabía moverse a tiempo para no salir en algunas fotos ya que la información que obtuve sobre él era demasiado escasa para alguien que tenía un pasado etarra y un presente de alto cargo autonómico.

Eran casi las nueve menos cuarto de la noche por lo que supuse que Rafael Bizkarrondo, el abogado con el que había estado hablando sobre Koldo Ferreira, no estaría en su despacho, pero quién sabe, quizás era uno de esos tipos adictos al trabajo, así que decidí llamarle. Iba a colgar varios segundos después de hacer la llamada al comprobar que nadie contestaba cuando de repente un seco ¿quién es? me indicó que tenía al abogado al otro lado del teléfono. Por lo que me dijo no se encontraba en su bufete, sino dando una vuelta por el Casco Viejo, con unos amigos. Tenía la costumbre de desviar las llamadas de su oficina al móvil por si surgía un caso urgente, pero desgraciadamente no consideraba que reunirse conmigo fuese algo urgente, pese a mi insistencia. Viendo que estaba a punto de colgarme cambié de táctica, preguntándole si al menos podía recibirme al día siguiente.

–Bueno, creo que podría concederle unos minutos. A las diez tengo una vista en el Palacio de Justicia, calculo que no me llevará más de una hora, así que podríamos vernos a eso de las once en el Iruña, si le viene bien.

Personalmente me venía mejor antes, a las nueve o incluso a las ocho, pero en eso fue inflexible. Por lo que me dijo, antes de la vista no quería quedar con nadie, para efectuar sus últimos apuntes y dar un repaso al asunto que tenía que defender, así que no me quedó más remedio que acceder, al fin y al cabo era a mí a quien le interesaba hablar con el abogado, y no al contrario.

A las once de la mañana yo estaba puntual, como un clavo, en el viejo café de la calle Colón de Larreátegui, observando la procesión de abogados, procuradores, jueces, fiscales y funcionarios que aprovechaban un rato de descanso en su duro trabajo para tomarse un café o algo más fuerte. A las doce y media aún continuaba sentado en la misma mesa que había ocupado nada más llegar, y llevaba ingeridos dos cafés y dos cervezas. Acababa de pedir la tercera cuando, por fin, pude observar cómo Bizkarrondo entraba en el local y, tras descubrir dónde me encontraba, se acercaba hacia mi mesa.

–Le ruego que me disculpe por el retraso, pero estas cosas son así y no tienen visos de cambiar, se sabe cuándo se empieza, pero no cuándo se acaba, aunque sinceramente no esperaba tener que estar tanto tiempo en la sala. Además, la vista ha empezado con retraso, esa puta manía de poner juicios cada poco tiempo, como si no supieran en la oficina judicial que siempre duran más de lo previsto sobre el papel. En fin, si me disculpa voy a pedirme una cerveza, que estoy sediento y me la merezco, después de haber hablado más de media hora seguida en el estrado.

En realidad, al abogado, como a la inmensa mayoría de los colegas suyos que tengo el gusto de conocer, le encantaba hablar y, sobre todo, escucharse, así que no me dio pena alguna. Además, por su aspecto de felicidad, parecía que todo le había salido redondo, aunque omití preguntárselo, para evitar que se diera delante de mí un baño de autoestima. Por fin, cuando los dos tuvimos encima de la mesa sendas cervezas y dimos el primer trago de forma prácticamente sincronizada, Bizkarrondo puso cara de letrado y me preguntó cuál era el motivo de que quisiera verle con tanta precipitación.

–Creo que el otro día le dije todo lo que sabía acerca de Koldo Ferreira –añadió con aspecto de estar estudiándome, aunque no lo dijo como reproche, sino con el tono de quien está muy ocupado y odia perder el tiempo con un asunto que ya creía zanjado.

–Sobre Koldo Ferreira sí, pero en mi investigación ha surgido de repente otro nombre que quizás a usted le suene.

–Es usted más molesto que un tábano y, según parece, piensa que no tengo nada mejor que estar a su servicio para informarle de todo lo que desea saber –su sonrisa desmentía el significado aparentemente hosco de sus palabras–, pero quién sabe, quizás me esté volviendo nostálgico y como un abuelo cebolleta cualquiera empiece a

encontrarle el gusto a contar viejas batallas ahora que parece que se están acabando definitivamente, así que dispare. De un modo metafórico, por supuesto.

–Markel Irizar.

–¿Markel Irizar? –de repente se le borró la sonrisa del rostro.

–Sí, Markel Irizar.

–¿El Markel Irizar que es actualmente asesor del Departamento de Interior del Gobierno Vasco?

–¿Conoce usted a algún otro?

–Pues la verdad es que sí, pero no creo que necesite recurrir a mi intermediación para comprar jamones y otros productos ibéricos, así que supongo que, en efecto, se refiere al asesor de Interior. ¿Qué ocurre con él?

–Por lo que me han informado, es quien está moviendo los hilos para impedir que se investigue a fondo el atentado en el que fue herido mi excompañero Eneko Goirizelaia, ya sabe a quién me refiero, le hablé de él el otro día.

–Sí, se a quién se refiere, y en cuanto a lo otro, qué quiere que le diga, es muy propio de Irizar actuar de ese modo, supongo que las viejas costumbres nunca se olvidan.

–Al parecer le conoce usted muy bien.

–Por favor, señor Goikoetxea, no diga tonterías. Usted sabe de sobra quién soy yo y a qué me he dedicado. Como puede comprender no conozco el historial, uno por uno, de todos los antiguos miembros de ETA, pero entre los que he tratado directamente por ser mis clientes, lo que me han dicho otros compañeros y lo que me ha ido llegando por diversos canales, he llegado a poseer cierta información. De todos modos, Irizar lo dejó hace mucho tiempo, de hecho ni siquiera llegó a pisar el suelo de ninguna prisión y ahora, ya ve cómo ha prosperado, es alto cargo del gobierno. Estamos hablando de una figura pública, así que lo único que tiene que hacer es tirar de Google y ya puede saber todo lo que necesita sobre él, no era necesario que me invitara a una cerveza para conseguir algo que tiene gratis en la red.

–Me interesa saber lo que no aparece en Google.

–Sí, claro, lo suponía –volvió a aparecer una sonrisa en su rostro–. ¿Y qué es eso que no aparece en Google y tanto ansía conocer?

–Cuál era su relación con Koldo Ferreira.

–¿Y por qué tendría que estar relacionado con Ferreira?

–Vamos, Bizkarrondo, no me subestime. Si no quiere hablar conmigo puedo llegar a entenderlo, me jodería pero como ya le he dicho puedo llegar a entenderlo, aunque creo que si colabora conmigo ningún cliente suyo va a salir perjudicado y, quién sabe, quizás podríamos entendernos en un futuro. Lo que no me gustaría ni un pelo es que me tomara por tonto.

–No se me ocurriría jamás tomarle por tonto, si aún sigo siendo alguien en mi profesión es, entre otras cosas, porque sé calibrar a la gente, pero por otra parte me gusta lo que acaba de decirme. La verdad es que no estaría mal –añadió con carácter

risueño—, tener un detective por aliado, tendré que pensármelo, ahora que voy a reorientar las actividades del bufete podría llegar a ser interesante, pero siga, siga, creo que iba a explicarme por qué, en su opinión, tiene que existir algún tipo de nexo entre Irizar y Ferreira.

—No, no iba a contárselo, se lo he preguntado a usted, pero si quiere saber cuál es el motivo de mi pregunta —asintió en silencio cabeceando, sin dejar de sonreír—, lo único que puedo decirle, porque es lo único que sé, es que ha sido Markel Irizar quien, desde su puesto, en el Departamento de Interior, consiguió paralizar las investigaciones sobre el atentado que sufrieron Ferreira y mi amigo.

—Sí, muy típico de él, actuar agazapado, en la sombra.

—Entonces, ¿le conoce?

—Por supuesto, como media Euskadi, no olvide que estamos hablando de un político, de un alto responsable del Gobierno Vasco.

—Sabe que no me refiero a eso, creo que ha quedado meridianamente claro. Aparte de que para ser un cargo público no es mucha la información que hay sobre él.

—De acuerdo —asintió de nuevo con una sonrisa—, le diré lo que desea usted saber, al fin y al cabo a Irizar no le debo ninguna lealtad y Ferreira está muerto. La verdad es que, aunque usted pueda creer lo contrario, no soy un pozo sin fondo de conocimiento sobre antiguos militantes de ETA, pero sí seguí la trayectoria de estos dos, en parte por ser clientes del despacho y en parte por su atípica trayectoria.

»Markel Irizar era un militante “legal”, un no fichado por la policía, de ETA P-M, los polimilis como se les llamaba en aquella época. Incluso trabajaba en los desaparecidos Astilleros Euskalduna, de cuyo comité de empresa creo que llegó a formar parte. Cuando la organización se autodisolvió para dar el salto a la acción política a través de Euskadiko Ezkerra, Irizar fue uno de los que se negó a seguir las consignas de la dirección y se integró en ETA Militar, los milis, que pronto pasó a ser la única organización usufructuaria de las siglas. Todo esto es historia, que seguramente usted conoce tan bien como yo, pero creo que es importante para contextualizar lo ocurrido.

»De todos modos poco duró la adscripción mili de Irizar. ETA P-M desapareció en 1982 e Irizar, que hasta entonces había conseguido burlar las investigaciones policiales, huyó a Iparralde en 1984, pero solo estuvo exiliado un par de años ya que de repente vio la luz y recordando que él era un polimili de toda la vida a finales de 1986 o principios de 1987, no recuerdo bien, consiguió acogerse a los planes de reinserción que se crearon para servir como pista de aterrizaje a sus antiguos compañeros. No tuvo problemas con la organización ya que nunca le consideraron un auténtico mili, por lo que pasó a ser en un tiempo récord un ciudadano libre de toda sospecha, integrándose sin ningún problema en la organización política procedente de los polimilis, que poco tiempo después se fusionaría con el Partido Socialista de Euskadi. Como es público y notorio, desde entonces ha ido escalando puestos en el organigrama de su nuevo partido y en estos momentos es asesor del Departamento

del Interior, con coche oficial y un buen sueldo. Pero en fin, esto es parte de nuestra historia más reciente y para enterarse de eso es suficiente con acudir a las hemerotecas o a Internet. Usted lo que quiere saber es qué relación había, si es que la había, entre Ferreira e Irizar.

–Eso es lo que le he estado preguntándole en varias ocasiones.

–Sí, no lo he olvidado, su insistencia impide que me olvide, pero si no me interrumpe quizás podamos acabar cuanto antes –miró su reloj, aunque no dejaba de ser una pose ya que no parecía tener prisa–, que no tengo todo el tiempo del mundo. Bien, volvamos al asunto que nos ocupa, el caso es que Ferreira e Irizar se conocieron en los Astilleros Euskalduna, donde ambos trabajaban antes de que la reconversión industrial se los cargara. Ferreira era un activo dirigente sindical conocido más por sus posturas de ultraizquierda que por un independentismo que, en aquellos momentos, no parecía compartir. Markel Irizar, en cambio, se significaba entre sus compañeros por su combativo sentimiento abertzale, del que era incansable propagandista. Aunque también participaba en la lucha sindical y obrera, para él eso no era lo fundamental. Curiosamente, pese a ser personalidades antitéticas, acabaron confluyendo en una militancia común, la de ETA. Ya le dije en la anterior ocasión lo que sabía de Ferreira y sus hipotéticos motivos para entrar en la organización. En cuanto a Irizar, estaba cantado que antes o después cruzaría la muga y dejaría de ser un militante legal para pasar a ser un liberado, como ocurrió con muchos otros militantes. Hasta ahí no se produce más que una coincidencia, los dos se conocían y ambos trabajaban en la misma empresa. Pero hay más, según parece Koldo Ferreira entró en ETA por mediación de Markel Irizar, aunque las malas lenguas dijeron, en su momento, que Irizar se vio obligado a avalarle ante la dirección y presentarle en sociedad, por decirlo de algún modo, pese a no tener ninguna simpatía personal por su compañero de trabajo. Por cierto, de tanto hablar se me está quedando la boca como el estropajo, yo creo que debería pedir un par de cervezas más.

Miré al abogado. Su tripa parecía ser clónica de la de un alemán fanático de la *Oktoberfest*, y daba la impresión de que si tomaba una cerveza más podía llegar a estallar o, al menos, rompersele todas las costuras de su camisa y pantalón, pero si invitarle a otra caña servía para que siguiera contándome todo lo que sabía acerca de la relación entre Irizar y Ferreira, no iba a ser yo quien se preocupara porque conservara la línea, así que opté por satisfacer sus deseos y pedí dos cervezas más.

–Esto está mejor –dijo dándole un buen trago a su vaso–, ahora ya puedo continuar. Pues bien, según las noticias y rumores que me llegaron, Irizar y Ferreira, una vez en Iparralde y a disposición de la dirección, formaron parte del mismo comando y participaron en todas las acciones ejecutadas hasta que el segundo fue detenido. Ahí tiene la relación que estaba usted buscando entre los dos, participaban en el mismo comando, solo que uno de ellos fue condenado por una serie de asesinatos a pasar la mitad de su vida a la sombra y el otro, en cambio, salió indemne y consiguió reinsertarse y hacer carrera política. Fin de la historia, ¿a que es

ejemplarizante?

–Así que se trata de eso –pensé en voz alta–, pero no lo entiendo, quien tendría que estar resentido sería, en todo caso, Ferreira y no Irizar. ¿Por qué iba a tener interés este último en que no se investigara a fondo el atentado contra su excompañero?

–¿No se le ocurre ninguna explicación, señor detective? –me preguntó socarrón el abogado.

–Desde luego, está claro que Ferreira conocía, o Irizar pensaba que conocía, secretos o historias de este último, de cuando militaba en ETA, que podrían perjudicarlo. Eso parece claro, pero ¿qué tiene que ver Eneko Goirizelaia en ese asunto? Eso es lo que aún no veo claro.

Como los vasos se habían vaciado por completo y parecía que ya estaba todo dicho entre nosotros, me despedí del abogado dándole las gracias por su colaboración, de ahí mi sorpresa cuando, al ir a levantarme de la silla, me agarró fuertemente por un brazo con lo que parecía una garra, en lugar de la mano fofa que a simple vista daba la impresión de tener.

–Hay otra cosa que podría ser importante –me dijo sin soltarme, en un tono muy serio, casi sombrío–, y que no le he contado hasta ahora, pero creo que puedo confiar en usted y que hará buen uso, en caso de que pueda hacerlo, cosa que dudo. Se trata de la única acción de la que no se responsabilizó Koldo Ferreira, la del policía muerto. Siempre he creído, todos los que llegamos a saber algo de ambos lo hemos creído, que quien mató al policía no fue Koldo Ferreira sino Markel Irizar. Pero, por supuesto, nunca se pudo demostrar y dudo mucho que pueda llegar a demostrarse en el futuro.

Odiaba a los críos, los odiaba profundamente. Un psiquiatra seguramente lo habría explicado como la consecuencia natural de no haber tenido jamás una infancia feliz, abandonado por su madre y con su padre asesinado por un grupo terrorista, aunque el padre muerto y, por tanto, mitificado en su memoria, solo se acordaba de él, de vez en cuando, para inflarle a hostias y de ese modo descargar su ira cuando algún negocio le salía mal, lo que seguramente le convirtió en una persona resentida contra todos aquellos que disfrutaban de lo que él jamás había disfrutado, el calor y el afecto de una familia. Pero ya fuese por ese motivo o por una insana inclinación natural, el caso es que odiaba a los niños con toda la fuerza de su ser, de ahí el desasosiego que sentía al tener que efectuar su vigilancia amparado por la marquesina de una parada de autobuses en la que acababa de estacionarse uno dedicado al transporte escolar. La algarabía de las criaturas, que bajaban desbocados del vehículo para ir a abrazar a madres, padres, abuelas o cuidadoras o a todo el mundo a la vez, le estaba generando un intenso dolor de cabeza, pero por desgracia no podía demostrar su mal humor. El Gilipollas sabía por experiencia que la mayoría de los padres, al contrario de lo que ocurría con los suyos, generalmente tenían la costumbre de defender a sus vástagos por cabrones que estos fueran, y ese no era el mejor momento para iniciar una discusión con la que lo único que conseguiría sería que un montón de ojos odiosos se fijaran en él e incluso cabía la posibilidad de que le denunciaran, había padres degenerados capaces de actuar de ese modo por el nimio motivo de que a su hijo le aticen la hostia que se está ganando a pulso y que el propio padre es incapaz de arrearle, y acudiera algún agente de la policía municipal. Javier Arroyo, su ángel guardián y protector, le había aconsejado, no, le había ordenado, que por encima de todo procurase pasar desapercibido, y eso era lo que iba a hacer.

Recordó que junto al lugar en el que estaba haciendo guardia anteriormente había una pastelería y varios cines que ya habían desaparecido. Pensando que ambos tipos de establecimientos eran de los que hacían felices a los niños, consiguió consolarse un poco. Que se jodan esos pequeños cabrones, que se han quedado sin palmeras de chocolate ni películas de Disney, pronunció entre dientes, aunque de un modo tan bajo que, afortunadamente, nadie le escuchó.

Cuando los pequeños monstruos empezaron a dispersarse vio a su objetivo venir desde el colegio de los Jesuitas. Iba acompañado por una mujer y un niño, lo que le sorprendió. Eso no estaba incluido en el guión, pero en el fondo tampoco tenía mucha importancia, si la mujer estaba con el hombre es que era una zorra de mierda que se merecía todo lo que pudiera ocurrirle y en cuanto al niño, que se joda también, las malas hierbas hay que arrancarlas cuando están brotando, antes de que cojan fuerza y sea más difícil aniquilarlas. Además, odiaba a los niños y la muerte de un cachorro de terrorista no le iba a quitar el sueño.

Imaginando que se dirigían al domicilio del objetivo, en la calle Manuel Allende,

situada enfrente de la marquesina bajo la que le había estado esperando, con una sangre fría que seguramente habría sido la admiración de Javier Arroyo en caso de haberlo estado observando, y ojalá lo hubiese hecho, para comprobar con qué eficacia y destreza estaba realizando la misión que se le había encomendado, cruzó la acera y se acercó hasta el portal del edificio en el que vivía el objetivo. Se quedó allí esperando, haciendo como que miraba el escaparate de un comercio cercano.

Las cosas estaban saliendo como lo habían planificado, bueno, en realidad las había planificado Javier Arroyo, pero él colaboró todo lo que pudo, y a los pocos minutos la pareja y el niño se acercaron al portal y abrieron la puerta. Ninguno de los tres se fijó en él, aunque eso apenas le importaba porque no le conocían y no iban a poder reconocerle tampoco en el futuro.

Esperó unos pocos segundos a que se cerrara la puerta y, sacando una llave, hizo ademán de abrirla a su vez. Había comprobado que en estos tiempos en que vivimos tan paranoicos y preocupados por la seguridad, la gente que jamás te abriría la puerta, pensando que eres un potencial asesino en serie, no dudaría en hacerlo si te ven acercarte a la cerradura con una llave. Lo de menos es que no coincida con la que ellos tienen, eso les da igual, nadie se fija en esos detalles, sencillamente piensan que si llevas una llave eres un vecino y acaban abriéndote sin necesidad de que la introduzcas en la cerradura. Y es que incluso los ciudadanos más paranoicos tienen restos de buena educación.

Cabía la posibilidad, no podía descartarla del todo y más tratándose de un terrorista, de que el objetivo no fuera precisamente un dechado de virtudes cívicas, eso habría supuesto un contratiempo, pero muy pequeño en todo caso, ya que contaba con un plan B, aunque afortunadamente no fue necesario utilizarlo ya que en milésimas de segundo un hombre sonriente le abrió, invitándole a pasar al interior del portal.

–Muchas gracias, muy amable –él también sabía ser educado cuando lo requería la ocasión.

–No hay de qué –replicó el hombre, y esas fueron sus últimas palabras. Patético, muy patético, pensó el Gilipollas, que lo último que digas en esta vida sea ese desvaído y convencional «no hay de qué». Nada que ver con la grandeza de Ana Bolena cuando le dijo a su verdugo «no le daré ningún trabajo: tengo el cuello muy fino», o el estoicismo de Menéndez Pelayo que comentó con resignación «¡qué pena morir, cuando me queda tanto por leer!». El terrorista demostró su falta de grandeza pronunciando un simple y patético «no hay de qué» antes de que de una pistola que acababa de sacar de la bolsa de deportes que llevaba en la mano y llevaba adosado un silenciador saliera una bala que entró directa en su corazón.

La mujer y el niño se encontraban de espaldas ya que en ese momento enfilaban las escaleras que daban a las viviendas y por eso no se percataron de lo sucedido. Posiblemente tampoco se dieron cuenta de que otras dos balas penetraban en sus espaldas, muriendo al instante, sin enterarse de nada, casi de un modo piadoso.

El Gilipollas miró satisfecho su obra. Nadie había visto nada, ya que a pesar de estar enclavado en pleno centro de Bilbao ese tramo de calle no era demasiado concurrido, pero aún así actuó con rapidez. De la bolsa de la que anteriormente había sacado el arma extrajo un plástico. Sin tocarlo con las manos, como le había explicado su mentor, expulsó del plástico un cartel, que quedó colocado en el suelo boca abajo. Daba igual, antes o después la policía, o quizás algún vecino que nunca había visto CSI e ignoraba que no se debía contaminar la escena del crimen, le daría la vuelta y todos serían capaces de leer perfectamente lo que allí estaba escrito.

El inspector Villalpando jamás, desde que había ingresado en el Cuerpo Nacional de Policía, había solicitado ni un solo día de baja. A ello contribuyeron tanto su salud de hierro, apenas recordaba haber estado algún día enfermo, como su dedicación, que rayaba en el fanatismo y la devoción, por el trabajo. Ni siquiera el atentado le animó a solicitar una baja, siendo forzado a hacerlo desde el propio Ministerio del Interior. Por eso aquella semana se sentía raro, porque por primera vez en su vida faltaba a su cita laboral.

En realidad eso no era del todo cierto, al menos lo de que no iba a trabajar, porque si, finalmente, aceptó la baja, lo hizo, precisamente, para iniciar una investigación por su cuenta, de modo extraoficial y sin seguir los cauces reglamentarios a los que debe atenerse todo funcionario público en posesión de una placa y un arma reglamentaria. No le fue difícil conseguirla, ya que precisamente a consecuencia del atentado sufrido, no había ningún médico capaz de recelar de él cuando explicaba que se encontraba bajo los efectos de una fuerte depresión, y en el fondo la idea no era tan descabellada, aunque su posible depresión no se debía al fallido atentado (¿fallido de verdad?, según le iba dando vueltas a la cabeza cada vez estaba más convencido de que Ferreira no quiso matarle en ningún momento) sino a la sensación de que un asesinato, el asesinato de Juan Ángel Suárez Carmona, también conocido como el Menguele, su confidente, iba a quedar impune.

No podía reprocharles nada a sus compañeros. Especialmente a Gustavo Palacios, que había hecho un buen trabajo, aunque desgraciadamente no pudo encontrar nada, aparte de la desconfianza y las sospechas del propio Villalpando, que indicara que el Menguele había sido asesinado. Todo apuntaba a un suicidio y cuando el juez de instrucción, basándose tanto en los informes policiales como en los del propio médico forense que había efectuado la autopsia y con la aquiescencia del ministerio fiscal, archivó las diligencias abiertas tras el levantamiento del cadáver, el caso se cerró definitivamente y de un modo satisfactorio para todas las partes que habían intervenido en él. El único que no quedó satisfecho con esa decisión fue el propio inspector Villalpando, pero su opinión no contaba, ya que no era su caso. Por eso pidió la baja, para poder trabajar en él de manera extraoficial. Seguramente ese hecho no le libraría de una sanción si se descubría lo que estaba haciendo, pero no le importaba arriesgarse. Confiaba en que, en el peor de los casos, decidieran enviarle lejos del País Vasco, estimando que su actuación irregular habría sido originada seguramente por sufrir el síndrome del Norte. Si se llegara a dar ese caso sabía que sería la envidia de sus compañeros aunque él, por motivos que no acertaba a discernir, deseaba permanecer en Euskadi, pese a que cuando comentaba eso con sus compañeros todos le decían que estaba como una regadera.

Sí, Palacios había hecho un buen trabajo, aunque no conocía a Suárez Carmona tanto como él, por eso consideró que era suficiente con el trabajo de campo que había

hecho hasta que el magistrado dio órdenes de archivar la causa, pero Villalpando llevaba tiempo tratando con su confidente y no se creía la patraña del suicidio. La idea que hacía unos días le comentó a su compañero, la de efectuar una auditoria a las cuentas de la asesoría que regentaba el Menguele, volvió a rondar su cabeza. Conservaba una fotocopia que había hecho cuando Gustavo Palacios le dejó los informes de la investigación para que los leyera y se la pasó, bajo cuerda, a un viejo amigo especialista en esos temas, un antiguo estudiante de la Comercial de Deusto y del ESADE, que había estado haciendo prácticas, al acabar sus estudios, en las oficinas de Nueva York de Lehmann Brothers y en la actualidad trabajaba para la delegación de Euskadi de Arthur Andersen, posiblemente la empresa auditora más importante del mundo. Como solía decir a menudo su amigo, envaneciéndose de su currículum aunque diciendo, al mismo tiempo algo incontestable, el día que se hundan Lehmann Brothers o Arthur Andersen es que se habrá hundido el mundo. Seguramente tenía razón, por eso confió en él, aparte de por la amistad que les unía y por eso le pidió que le hiciera un informe que, de haber tenido que solicitarlo oficialmente, en el improbable caso de que sus superiores hubieran accedido a ello, habría costado un ojo de la cara o, como solía decir precisamente su amigo auditor, un huevo y la yema del otro.

Su amigo no le defraudó, y en un tiempo récord (a veces Villalpando pensaba que si le hacía tantos favores desinteresadamente se debía seguramente a que se movía en un mundo tan movedizo que quizás estaba convencido de que en el futuro tendría que pedirle que se los devolviera) examinó la documentación que le había proporcionado y le hizo un informe oral, ninguno de los dos querían que constara nada por escrito, totalmente esclarecedor.

–Ya puedes ir limpiando las esposas –le dijo a Villalpando el día anterior al que este pidió la baja–, porque vas a tener que ponérselas al fulano que ha presentado estas cuentas, sin ninguna duda. La verdad es que me sorprendió del todo tu petición, yo creía que estabas destinado en la policía judicial, o como os llaméis, y no en la de delitos económicos, pero acertaste al sospechar que en esa contabilidad había gato encerrado. Aunque no sé qué es lo que, llegado el caso, dictaminará el juez correspondiente ni qué pena pedirá el fiscal, porque todo esto es raro, muy raro, nunca he visto nada así y te puedo decir, con toda sinceridad, que no entiendo qué es lo que se pretende con este fraude.

–¿A qué te refieres al decir eso?

–Mira, Ernesto, cuando alguien modifica las cuentas siempre lo hace a favor, para que parezca que su situación está mejor de lo que está, ya sea porque quiere vender la empresa o sacarla a bolsa, o porque pretende lavarse la cara ante la junta de accionistas. Pero falsear los datos para que todo el mundo piense que las cosas van peor... Hombre, no te niego que eso suele hacerse para declarar y por tanto pagar menos a Hacienda, pero aquí se han falsificado los datos para aparentar una quiebra e, incluso, para que de la impresión de que el autor se ha quedado con el dinero de los

clientes. Incluso si lo que pretendía hacerse con este maquillaje era algún tipo de estafa, pues no sé, no acabo de pillarle el sentido, te lo digo como lo siento.

Ernesto Villalpando sí le había pillado el sentido. Si lo que se pretendía era hacer pasar el asesinato de Suárez Carmona por un suicidio, entonces ese tipo de maquillaje contable adquiriría otra dimensión y proporcionaba el motivo adecuado para dictaminar que se quitó de en medio por su propia voluntad, pero no le dijo nada de esto a su amigo auditor, limitándose a agradecerle su trabajo y a decirle que estaba en deuda con él.

–Sí, me debes una, una más –le contestó risueño el economista, abriendo, sin saberlo, el depósito de cadáveres en el que Villalpando había enterrado las últimas palabras que escuchó de Ferreira. «Me debes una», le había dicho el terrorista, y volver a oír esa frase de labios del auditor, aunque su tono y sentido fuesen muy diferentes, le hizo revivir ese momento.

Tras salir de la oficina del auditor Villalpando dudó entre ir a hablar con su compañero u olvidarse de él. Gustavo Palacios era un buen tipo y un buen policía, seguramente no se merecía que actuara a sus espaldas, pero era consciente de que si iba a donde él y le contaba lo que había averiguado, no se lo iba a tomar nada bien, tanto por el hecho de haber dudado de su trabajo e incluso haberle enmendado la plana como porque a nadie le gusta que le reabran un caso que se considera resuelto y además resuelto a satisfacción de todos los estamentos implicados. La solución era investigar por su cuenta y cuando tuviera algo concreto en sus manos, pasárselo a Palacios como si él lo hubiese recibido de manos de otro confidente desconocido.

Una de las cosas que había traído la democracia, según había oído decir en más de una ocasión a muchos de sus compañeros nostálgicos del régimen de Franco, era la relajación de costumbres. Un observador imparcial podría haber pensado que ese comentario era totalmente hipócrita, ya que la inmensa mayoría de esos compañeros de inequívoca lealtad franquista jamás le habían hecho ascos, es más, en ocasiones lo habían exigido como pago por su protección y tolerancia, a recibir favores sexuales de las prostitutas que pululaban por la zona conocida como La Palanca, llamada a sí en honor de los mineros que bajaban del cercano barrio de Miribilla para desfogarse tras la dura jornada laboral. Pero en realidad no eran hipócritas, podría calificárseles de muchas maneras, la mayoría de ellas con sentido negativo y peyorativo, pero no había hipocresía en esos pensamientos, para ellos era totalmente compatible ser fascista e ir de putas. Es más, era casi obligatorio, una muestra de virilidad, no se puede ser buen español ni buen patriota sin ser viril, y qué mejor manera de demostrarlo que pasándose por la piedra, y gratis además, a todas las putas que se le pongan a uno a tiro. No, ese no era el problema, el auténtico problema era que la ciudad se había llenado de maricones y de travestis, unos maricones y travestis que, para mayor escarnio, incluso estaban quitando parte de su cuota de mercado a las prostitutas tradicionales, esas sacrificadas mujeres que solían acudir a las iglesias a pedirle a Nuestro Señor Jesucristo que les perdonara por la vida que llevaban, ya que

era el único medio que tenían para mantener a sus hijos, y cuando salían del templo hacían una felación al madero de turno para que no las incluyera en la próxima redada. Incluso en la tradicional procesión de los lunes santos, abandonando provisionalmente sus ocupaciones laborales, se arrancaban por saetas en honor del crucificado. España estaba degenerando, esa era la nítida conclusión de los compañeros de Villalpando, y la culpa de toda esa degeneración la tenía la democracia y la permisividad que había traído ante travestis, transexuales, tortilleras y maricones.

El inspector Villalpando coincidía con sus colegas más conservadores en una cosa, efectivamente La Palanca, ese barrio formado por las calles Cortes, San Francisco y adyacentes, estaba degenerando, pero ello no se debía a la prostitución, con la que siempre habían convivido, según le habían contado, las clásicas cuadrillas de *txikiteros*, ni por los transexuales u homosexuales que se buscaban la vida del mejor, o quizás único, modo que tenían, sino por culpa de la droga, de esa maldita droga contra la que intentaba luchar a diario desde su atalaya de la Jefatura de Policía de Bilbao, a veces con la incomprensión de compañeros que pensaban que en las Vascongadas había problemas más importantes, como el separatismo y el terrorismo, de los que ocuparse, y no de que unos gilipollas sin cerebro se metieran un pico entre las venas. De hecho muchas de las prostitutas de toda la vida no habían sido sustituidas por maricas y travestis sino por jóvenes drogadictas que se prostituían no para alimentar al hijo de unos amores desgraciados en los que, como suele pasar, la mujer siempre se lleva la peor parte, sino para poder pagarse la papelina que necesitaban para mantenerse en pie hasta que sus venas, castigadas por la inyección cotidiana, dijeran que ya no podían continuar cumpliendo con su función por más tiempo. A pesar de todo, el barrio sobrevivía y a él se dirigió Ernesto Villalpando cuando decidió investigar por su cuenta sin decirle nada, de momento, al inspector Palacios.

Independientemente del tono en que lo dijeran, los colegas de Villalpando tenían razón en una cosa, la explosión de libertad, o al menos de ansias de libertad, surgida tras la muerte del dictador, permitió que colectivos hasta entonces perseguidos como el de los homosexuales o transexuales salieran a la luz. Su vida seguía sin ser fácil, de hecho a menudo era extremadamente dura, pero al menos tenían la garantía de que ya no pisarían una prisión por el hecho de ser como eran e incluso podían organizarse para defender sus derechos. Acordes con esos nuevos tiempos surgieron locales en los que los transexuales, bien como parte de un espectáculo artístico, bien directamente como reclamo sexual, eran protagonistas. El «Tyffany's» en Deusto o el «Bataclán» en Bilbao la Vieja fueron quizás los más importantes, pero a su sombra nacieron otros. Uno de ellos era el «Boysgirls», *cabaret* de nombre suficientemente expresivo, uno o dos escalones más abajo de los anteriores y que más que por medio del espectáculo, aunque también lo ofrecía, un espectáculo triste, cutre y desangelado, apostaba por sobrevivir gracias a las transacciones sexuales entre los travestis a los

que cobijaba y los ciudadanos bilbaínos ávidos de nuevas emociones que no querían gastarse mucho dinero. Y ese local fue el elegido por el inspector Villalpando para iniciar su investigación extraoficial.

Hacía tiempo que a Villalpando dejó de preocuparle el hecho de ser reconocido como perteneciente a la bofia en ese tipo de locales. Debía ser verdad que de ellos emanaba un olor diferente o que los asiduos a esos locales, no siempre delincuentes, pero en muchos casos al límite de esa imaginaria línea que divide la legalidad de la ilegalidad, tenían un sexto sentido para descubrirles, por mucho que intentaran pasar desapercibidos, por eso no le extrañó que la hermosa y joven transexual, no tendría más de veinte años, a la que se acercó nada más entrar, le preguntara con tono desabrido si quería que le hiciera una mamada gratis, como le pedían siempre todos sus colegas.

–No sé lo que te piden mis colegas, pero tú haz como si fuera un cliente normal, así que pide dos consumiciones, de lo que quieras, y vayámonos a uno de los reservados.

–No va a colar, cariño, todo el mundo, incluidos la mayoría de los clientes, se ha dado cuenta de que eres un madero, pero tú mandas, que no se diga que en el «Boysgirls» no tratamos como se merecen a nuestros esforzados y varoniles policías. Y sin cobrarles ni un puto duro –añadió–. Eso también lo sabe todo el mundo.

Ernesto Villalpando, sin contestar a lo que acababa de decir el joven travesti, sacó de su cartera un billete de cinco mil pesetas y se lo entregó.

–Toma, creo que hay suficiente para pagar las copas y puedes quedarte con lo que sobra.

La sorpresa del travesti fue tan grande que tardó unos segundos en coger el billete y dirigirse a la barra para pedir al camarero que le sirviera dos copazos «de los que tú ya sabes», pero una vez con las bebidas en la mano volvió a acercarse, ya más sonriente que al principio, a donde le estaba esperando Villalpando.

–Que conste que cobro mucho más que la miseria que me va a quedar después de pagar las copas –le dijo al policía con lo que pretendía ser un mohín insinuante.

–No digas chorradas, si sabes que soy policía sabrás también que estoy informado sobre cuánto cobráis por ciertos servicios. ¿Qué es lo que me has traído? –añadió tras dar un sorbo a su copa y hacer una mueca de asco.

–Un *gin-tonic* de Larios, cariño.

Villalpando volvió a hacer una mueca tras pegar un nuevo trago. Aunque no era especialista en ginebras, estaba seguro de que no le habían servido la que le había dicho el travesti sino que le habían dado una de garrafón. Recordó que una vez un camarero con el que solía hablar en alguna que otra ocasión, y que curiosamente había estado trabajando en el «Tiffany's», le comentó que todos los policías tomaban Larios. «Ni Gordons, ni MG ni Beefeater, los policías tomáis siempre Larios», lo decía como si se tratara de la Biblia, de una verdad revelada sobre la que no cabía la menor discusión y el hecho de que él no hubiese probado nunca esa ginebra no hacía

tambalea la fe en esa materia de su interlocutor. Quizás por esa creencia, que al parecer debía estar extendida entre los camareros y afines de Bilbao, el travesti le dijo que el *gin-tonic* era de esa marca, cuando para cualquier paladar no demasiado exigente estaba claro que la ginebra que habían mezclado con la tónica había sido elaborada en algún alambique que no contaba con ningún control de calidad.

Aclarado el aspecto alcohólico de la situación, aunque el travesti, Villalpando se dio cuenta de inmediato, estaba bebiendo Coca-Cola, una Coca-Cola que acababa de pagar como si fuera champán, el inspector se la llevó (o se lo llevó, Villalpando nunca sabía qué género, si el masculino o el femenino, aplicarles y siempre oscilaba de uno a otro) a uno de los reservados que el local tenía habilitado para las transacciones sexuales del personal que ejercía allí al que algunos calificaban como el oficio más antiguo del mundo.

El reservado era un pequeño habitáculo con un catre y un lavabo minúsculo, lo suficiente para entrar en materia sin perder mucho tiempo. Cuando estuvieron dentro el travesti se quitó la ceñida camiseta y el diminuto sujetador que llevaba debajo dejando ver dos preciosas tetas. Villalpando sabía que eran artificiales, pero no pudo dejar de admirarlas mientras pensaba que jamás había contemplado algo tan perfecto en ninguna tía. Cuando el travesti comprobó que había conseguido ejercer en el policía el efecto deseado se le acercó insinuante, golpeándole el torso con sus pechos desnudos mientras le preguntaba si quería que empezara haciéndole una mamada.

Fueron estas últimas palabras las que devolvieron a la realidad a Ernesto Villalpando, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para rechazar la generosa oferta. El inspector siempre había sido considerado un bicho raro por sus compañeros del cuerpo, ya que se negaba por sistema a aceptar favores sexuales de las prostitutas y otras delincuentes, aduciendo que estaba enamorado de su mujer y se eran fieles mutuamente, pero no le importaban esos comentarios, algunos bastante molestos ya que se había llegado a insinuar que el motivo no era la fidelidad a su esposa sino a que era un maricón encubierto, ya que tenía las ideas claras y mientras Elena y él siguieran juntos no iba a hacer nada que pusiera en peligro su matrimonio y su convivencia. Habría tenido cojones, pensó irónicamente, que al final le hubiese puesto los cuernos con una mujer que por hermosa y atractiva que fuera lucía una bien dotada polla entre las piernas.

–No, no quiero que me hagas una mamada –dijo finalmente, separándose del modo menos brusco posible del abrazo del travesti–, aunque en cierto modo sí quiero que uses tu boca –sonrió al decir esto último–. Quiero que hablemos.

–¿Qué hablemos? –el travesti frunció el ceño de repente, dejando a la vista sus rasgos más masculinos–. Tú y yo no tenemos que hablar de nada, si quieres follar follamos, pero nada más. Y si quieres que te devuelva la pasta, te la devuelvo, pero de hablar nada de nada, yo no sé nada.

–¿Cómo puedes decir eso si aún no sabes de qué quiero hablar contigo?

–Me da igual, nada de lo que yo sepa te puede interesar.

–Me interesa Angelina. Creo que trabaja aquí, bueno, creo no, sé que trabaja aquí, pero en estos momentos no está. ¿Dónde puedo encontrarla?

–¿Angelina? No conozco a ninguna Angelina. ¿Lo ves?, ya te lo había dicho, no sé nada de lo que a ti te puede interesar.

Ernesto Villalpando levantó su mano derecha, en ademán de darle una hostia, provocando que el travesti reculara y se encogiera, aunque lo hizo más acojonado por el brillo furioso de sus ojos que por el gesto amenazador de su mano, pero la retiró enseguida, siempre había odiado esos métodos a los que tan adictos eran muchos de sus compañeros y no iba a empezar ahora, por mucho que estuviese perdiendo la paciencia.

–Déjate de hostias y contesta a lo que te pregunte, te conviene si no quieres que te arrastre hasta comisaría con cualquier pretexto.

–No sería la primera vez –contestó desafiante el travesti.

–No lo dudo. ¿Y tienes buen recuerdo de ello? Porque si quieres repetir, no tienes más que pedírmelo. Mira –intentó volver a un tono de voz más tranquilo y sosegado–, no he venido aquí a joderos, ni a ti ni a Angelina ni a las demás, todo lo contrario, creo que Angelina puede estar en peligro. ¿La conoces?, Angelina, o si lo prefieres Ángel María López Yécora, lleva un par de años trabajando en este local.

–¿Angelina está en peligro? –la pregunta que acababa de hacer el travesti indicaba que, efectivamente, conocía a su compañero.

–Creo que sí, ¿no habéis notado nada estos últimos días?

–Bueno –dudó durante unos instantes el travesti–, quizás sí, en los últimos días se la veía mucho más nerviosa de lo habitual, más excitada, pero no le dimos importancia, ya sabes, somos unas locas que tendemos al histerismo –intentó acompañar sus últimas palabras con una sonrisa, pero le salió una mueca desvaída–. ¿Qué le ocurre, por qué me dices que puede estar en peligro?

Ernesto Villalpando optó por jugar la baza de la sinceridad, considerando que de ese modo el travesti, aunque solo fuese por miedo, accedería de mejor grado a informarle de lo que sabía.

–¿No te has enterado? Hace dos semanas mataron a su novio.

–¿Su novio? No sabía que tenía novio. ¡Oh, Dios, es horrible!, tiene que estar destrozada, pobrecita.

Sí, Angelina tenía novio, pensó Villalpando antes de repetirlo en voz alta. No le extrañó que su compañero, ¿o debería decir compañera?, no lo supiera, Carmona y él lo habían llevado con extremada discreción por motivos obvios, aunque por una feliz casualidad él llegó a enterarse de esa relación, propiciando que el asesor financiero se convirtiera en su confidente. En ocasiones se había odiado por eso, ya que lo suyo era puro chantaje, pero qué coño, se decía, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, y él era un policía, no un asistente social, aunque a veces dudaba sobre cuál era su auténtica vocación. Quizás en otra época y en otra sociedad Angelina y su novio podrían haber sido felices juntos, pero estaban donde estaban y no les quedaba

más remedio que jugar con las cartas que les tocaron en el reparto. Y si él podía aprovecharse del conocimiento de su relación para servir mejor de ese modo a la comunidad, pues no iba a desperdiciar la oportunidad que se le había ofrecido. Además, siempre había pensado que Carmona, en el fondo, disfrutaba ayudándole, entre ellos se había instalado una dinámica más propia de la relación entre dos colaboradores que entre un madero y su confite.

–Tengo miedo de que quienes mataron a su novio intenten ir ahora a por ella –con esa declaración Villalpando intentaba tan solo presionar al travesti, pero según lo iba diciendo se daba cuenta de que se trataba de una posibilidad que no debía desdeñar.

–¿Pero por qué? No tiene sentido, nosotras no nos metemos con nadie, lo único que queremos es vivir nuestra vida, sin más.

Seguramente el travesti tenía razón, pero una cosa suelen ser los deseos y otra muy diferente las realidades y así se lo dijo Villalpando.

–Si sabes dónde puedo encontrar a Angelina dímelo, por favor –añadió, intentando transmitir una sensación de angustia que él mismo empezaba a sentir–, antes de que sea tarde.

No estaba claro a qué tenía más miedo el travesti, si a la reacción del policía o a que le pasara algo a su compañero de trabajo y tendencia sexual, pero cuando Ernesto Villalpando salió del «Boysgirls» llevaba consigo la dirección de Ángel María López Yécora, más conocido como Angelina, la novia del difunto Menguele. Como si quisiera separar lo más posible su vida profesional de la personal no vivía, al contrario que la mayoría de sus compañeras, en el barrio, sino que era propietaria de un piso en Otxarkoaga, el barrio creado por el régimen franquista para realojar a los trabajadores, muchos de ellos procedentes de la emigración, que hasta entonces se habían aposentado en chabolas ubicadas en zonas como el Monte Banderas, La Campa de los Ingleses u Ollargan, afeando la ciudad y dando una mala imagen de la España de los tecnócratas y sus planes del desarrollo, curiosa y paradójica imitación, en un régimen fascista, de los planes quinquenales soviéticos. El problema fue que un vez maquillada esa realidad e ingresadas en las cuentas de los constructores que participaron en su construcción las importantes cantidades con que el Ministerio de Vivienda retribuyó su participación en la creación del barrio, este fue dejado no solo de la mano de Dios sino, sobre todo, de la del Ministerio de Obras Públicas. Calles sin urbanizar, a las que ni siquiera se les adjudicó un nombre, defectos en los materiales de construcción y una degradación social por culpa del tráfico de drogas, contra lo que luchaban los vecinos no ya sin ser atendidos por sus gobernantes, sino con la oposición directa de estos. La llegada de nuevas autoridades municipales, autonómicas y estatales, salidas de las elecciones celebradas en el nuevo régimen democrático, había empezado a cambiar la situación, pero aún así la evolución era todavía muy lenta. Se trataba, por tanto, del barrio propicio para que un ser marginal y marginado, como Angelina, buscara su refugio.

Era cierto que el Menguele podría haberle proporcionado una vivienda mucho

mejor, incluso en pleno centro de Bilbao, ya que los problemas que podía haber tenido en vida el confidente de Villalpando no eran de tipo económico, pero por algún extraño motivo, quizás para preservar unos restos de independencia y orgullo personal, Angelina seguía viviendo en el piso que había sido de sus padres antes de que estos, derrotados por la vida y humillados por la condición sexual de su único hijo varón, hubieran regresado a su Extremadura natal.

El barrio no le era desconocido a Villalpando, que en más de una ocasión se había acercado a él siguiendo el curso de sus investigaciones, por eso dio sin dificultades con el bloque en el que Angelina vivía. Cuando llegó al portal comprobó que el ascensor estaba fuera de servicio y se resignó a tener que subir andando hasta el sexto piso. Fue a la altura del tercero cuando vio bajar a un joven los escalones de tres en tres, con una celeridad digna del mítico Zatopek. Sus ojos delataban al drogadicto y de la navaja que llevaba en la mano izquierda se escurrían unas pequeñas gotas de lo que tenía todo el aspecto de ser sangre, sangre de la que también parecía haber restos en su camiseta. Durante unos instantes pensó que el joven no le había visto, pero cuando le dio la señal de alto se volvió rabioso hacia él intentando asestarle un buen tajo con la navaja. Villalpando lo estaba esperando, por eso le esquivó fácilmente al mismo tiempo que sacaba su arma reglamentaria y le daba de nuevo la voz de alto. Quizás el joven estaba aún bajo los efectos de una dosis porque en lugar de reaccionar como es habitual en los delincuentes que aparecen en las películas, levantando los brazos y rindiéndose mientras en sus labios aflora una impertinente sonrisa, como si dijeran «da igual, ya tendremos una nueva oportunidad de vernos las caras», se abalanzó navaja en ristre contra el policía que de nuevo le esquivó, aunque con tan mala suerte que resbaló contra uno de los peldaños y cayó al suelo. Milagrosamente no se deslizó escaleras abajo, lo que podría haberle sido fatal, pero dio tiempo a que el joven de la navaja volviera a atacarle. Se trataba de su vida o de la del navajero, por eso Villalpando no lo dudó ni un instante y apretó el gatillo. La bala entró por un ojo, el izquierdo, de su agresor, y saliendo por detrás de la nuca fue a incrustarse contra la pared del descansillo. Durante unos segundos se preguntó si la Jefatura tendría que indemnizar a la comunidad de vecinos por los desconchones producidos, lo que le hizo reírse históricamente. En el fondo ese absurdo pensamiento le vino bien, ya que de ese modo se desahogó. No era la primera vez, por desgracia, que tenía que disparar a un delincuente, pero eso de segar la vida de un semejante, por escoria que fuese, continuaba produciéndole una profunda desazón.

Tras comprobar que, como sospechaba, no podía hacerse nada por el navajero y que este podía esperar, hasta el fin de los tiempos si fuese necesario, y enarbolando la placa que le identificaba como policía por si algún vecino entrometido salía de su domicilio para comprobar qué pasaba, cosa hartamente dudosa ya que lo que menos desean los ciudadanos honrados y honestos es meterse en líos, subió las escaleras a la carrera, preso de una inquietante y extraña premonición. Como había sospechado mientras subía, la puerta del domicilio de Angelina estaba abierta y, como también se

había imaginado, el transexual yacía muerto, con la garganta cercenada de un tajo. En las películas, pensó Villalpando, el héroe llega siempre cinco segundos antes que el criminal y evita la acción, pero él no debía ser ningún héroe de película, ni él ni el resto de sus compañeros. Lo más habitual era que llegaran cinco segundos, cinco minutos, cinco horas o incluso cinco semanas o meses más tarde de que el crimen se hubiera producido. Como había ocurrido ahora, de haber llegado cinco o diez minutos antes quizás habría conseguido salvar a Angelina, pero ahora ya no era posible. Estaba muerta, o muerto, seguía sin saber qué género gramatical o sexual aplicarle, y nada podía hacerse en su favor, salvo avisar a sus compañeros de homicidios y al juzgado de guardia, para que procedieran a levantar el cadáver y tras efectuarle la consabida, aunque seguramente innecesaria, autopsia, darle cristiana sepultura.

Se alegró de que Gustavo Palacios no estuviese de turno cuando llamó, ya que su amigo quizás habría sumado dos más dos y el resultado obvio, cuatro, le habría hecho sospechar de su casual presencia en el domicilio de Angelina poco después de que esta fuese asesinada. En lugar de en las de Palacios el caso había recaído en las manos de Carlos Beato, un compañero que sin ser un total desastre sí que podía decirse de él que no le gustaba complicarse la vida. Si además había una persona asesinada y otra muerta con una navaja en la mano que tenía todo el aspecto, como así demostró posteriormente un análisis más minucioso, de ser el arma homicida en la que se encontraban restos de sangre de la persona asesinada, no consideraba necesario hacer más diligencias que las meramente burocráticas para dar por cerrado el asunto y emitir un informe que se uniría a unas diligencias judiciales abocadas a un rápido archivo por el fallecimiento del único imputado posible. El inspector Villalpando justificó su presencia aduciendo que Angelina era uno de sus confidentes, lo que fue aceptado sin la menor sospecha por Beato, y el desorden que había en la casa del fallecido, fruto de un minucioso registro en opinión del propio Villalpando, opinión que se calló, para Beato no era más que la consecuencia de la febril búsqueda que había realizado el asesino en busca de drogas, ya que parecía evidente, en su opinión, que el travesti era su camello y que el navajero, cegado por el síndrome de abstinencia, arremetió contra todo, incluida la propia Angelina, en su desesperada necesidad de darse un buen pico.

La muerte de Angelina constituía, además de un asesinato, un contratiempo para Villalpando, que veía cómo se había esfumado la posibilidad de tener una conversación con el amante del Menguele. Además, el desorden de la casa, que Beato achacó, sin ser desmentido por su compañero, a la furia del yanqui en busca de una dosis, indicaba que el navajero, un delincuente habitual cuya voluminosa ficha estaba archivada en la Jefatura Superior de Policía, buscaba algo que seguramente no logró encontrar. O quizás sí, el desorden no significaba necesariamente que su búsqueda no hubiese dado fruto, quizás solo era la imagen del propio desorden mental del delincuente, pero Ernesto Villalpando se sonrió, mientras se despedía de Carlos Beato

y se ponía a disposición del juez de guardia para declarar sobre lo sucedido, pensando en la pequeña llave que en esos momentos se alojaba en el bolsillo izquierdo de su pantalón, una llave sobre cuya existencia, de momento, iba a callarse, hasta averiguar qué era lo que daba de sí.

En el intervalo transcurrido entre el momento en el que tuvo que disparar contra el navajero y aquel en que llegaron, casi simultáneamente, el inspector Beato y la comisión judicial, a Villalpando le dio tiempo para efectuar primero un registro del asesino de Angelina y posteriormente una pequeña inspección del propio domicilio del travesti. En poder del primero no encontró nada, por lo que supuso que su búsqueda había sido infructuosa, si efectivamente buscaba algo. Él creía que sí, ya que se resistía a pensar que los asesinatos, casi sucesivos, de los dos amantes no estuviesen relacionados, pero podía tener razón su compañero Beato y la hipótesis más evidente y fácil, la del yanqui desatado a consecuencia del síndrome de abstinencia, fuese la correcta. Cuando comprobó, por tanto, que el asesino no llevaba nada encima decidió efectuar un rápido registro del domicilio. Obviamente renunció a escudriñar en todos aquellos rincones por los que se notaba el paso destructor del navajero, pese al desorden enseguida comprendió que el registro había sido sistemático, por lo que supuso que no merecía la pena volver a mirar en los mismos sitios por los que aquel ya había pasado. Fue entonces cuando recordó lo que le dijo en una ocasión el Menguele acerca de Angelina, que si a él le ocurría algo recurriera a su novia ya que «ella lo tenía todo en la cabeza». Al principio pensaba que se refería a que Angelina conocía todos los secretos de su novio y los había memorizado, por lo que una vez muerta no iba a servirle para nada ese consejo de su antiguo confidente, pero cuando se fijó en el extraño gesto que hacía su cabeza y comprendió que el travesti usaba peluca de repente entendió el sentido de la frase. Con delicadeza se la apartó y en su interior, bien envuelta para que no le hiciera daño, encontró una llave que procedió a guardarse mientras esperaba la llegada del juez y sus compañeros. Recompuso como pudo la peluca y aunque el resultado no fue muy bueno, una vez muerta lucía aún más grotesca sobre la cabeza de Angelina, todos pensaron con posterioridad que era el resultado de la agresión del navajero, a nadie se le ocurrió que había sido manipulada por el inspector que había encontrado el cadáver.

Ernesto Villalpando había visto con anterioridad llaves de ese tipo por lo que no le fue difícil averiguar que se correspondía con las de algún apartado postal alquilado en una oficina de correos y haciendo pruebas comprobó con satisfacción que la caja que abría estaba ubicada en las dependencias de la calle Bertendona, junto a las oficinas centrales de la Alameda de Mazarredo. En su interior encontró uno de esos sobres marrones, acolchados, que se utilizan para que los envíos no sufran a causa de los posibles golpes, aunque en ese caso era una precaución innecesaria, ya que los papeles que se encontraban dentro no iban a ser remitidos a ningún destinatario y de haberse hecho se tendría que haber utilizado un sobre ignífugo, porque su contenido

quemaba, vaya que si quemaba, cuando el inspector Villalpando, en la tranquilidad de su domicilio pudo echarles un vistazo comprendió el nerviosismo de Suárez Carmona cuando le llamó por teléfono y no le encontró, y también supo por qué él y su novio habían sido asesinados.

Lo que tenía entre manos era una auténtica bomba de relojería dispuesta a estallar en cualquier momento y a él le iba a tocar hacer de artificiero. En el sobre que Angelina guardaba en la oficina de correos estaban los indicios y, sobre todo, las pruebas concluyentes, de que David Hermosilla, uno de los más prósperos empresarios y hombres de negocios del norte de España, estaba metido de hoz y coz en los negocios del narcotráfico, la trata de blancas y el tráfico de armas. Ahora se trataba de gestionar esa información del mejor modo posible, sobre todo teniendo en cuenta el modo en que la había conseguido, ya que en ningún momento contó con sus compañeros. Pese a haber encontrado la llave en el escenario de un asesinato, tenía dudas sobre la validez procesal de esas pruebas. Finalmente optó por enviárselas a sí mismo como si un confidente anónimo se las hubiese remitido. Por supuesto, en el sobre no constaba el nombre del remitente ni ninguna pista especial, como podrían ser unas huellas dactilares, que posibilitaran averiguar quién era el informante, como le explicaron posteriormente los compañeros que lo analizaron. Un sobre que, se ocupó en persona de ello, no llegó directamente a sus manos sino a las de uno de sus subordinados más entusiastas, el subinspector, este sí era un auténtico subinspector, Valentín Ortigosa. Cuando Ortigosa le comunicó alborozado lo que acababa de recibir, se enteraron en toda la Jefatura y nadie pensó que Ernesto Villalpando estuviera detrás de ese montaje.

En su calidad de jefe de grupo se juntó con sus compañeros y subordinados para, entre todos, elaborar el plan de actuación, un plan que gracias a sus oficios y su liderazgo se correspondía, punto por punto, con el que había pergeñado en su mente con anterioridad. Aunque tenían indicios más que suficientes para registrar las empresas de Hermosilla y controlar sus teléfonos no deseaban que por un error procedimental se fuera todo al traste, así que solicitaron del juez de guardia que estaba de turno que les extendiera los preceptivos mandamientos de registro. Con ellos en la mano, Villalpando podría asestar el mayor golpe que en los últimos años habría recibido el tráfico de drogas en el País Vasco, por eso, cuando el juez le convocó en su despacho, acudió totalmente confiado, pensando en que lo que quería era entregarle en persona los mandamientos y comentar con él el caso, lo que no esperaba era que le recibiera con el ceño fruncido y un evidente gesto de enfado.

—¿Se puede saber de qué coño va esto, inspector? —le preguntó el juez nada más entrar Villalpando en el despacho, mientras blandía en una mano toda la documentación que previamente le habían proporcionado desde el grupo antidrogas de la Jefatura Superior de Policía. El magistrado era un gallego de ojos saltones al que, cuando estaba enfadado, se le notaba aún más su acento originario y los ojos le daban el aspecto de un sapo mutante, como en esas películas de terror de serie B en

los que un holocausto nuclear ha originado que ranas, sapos, arañas y lombrices adquieran un tamaño descomunal y una letal animadversión contra los seres humanos.

–No le entiendo, señoría, creo que está bastante claro. Esos papeles demuestran que el señor Hermosilla dirige una de las redes más importantes de narcotraficantes en el norte de España, por eso necesitamos que nos firme una orden judicial para poder intervenir sus teléfonos y registrar sus oficinas.

–Esto es basura, auténtica basura –el juez parecía más enfadado a cada momento, y lo demostró tirando al suelo los documentos–, ¿cómo llegó esta mierda a sus manos?

Villalpando intentó calmarse pese a que seguía sin entender la actitud del magistrado, y procuró explicarle cómo apareció esa documentación en Jefatura a través de un sobre anónimo.

–¿Un anónimo? ¿Un sobre anónimo, sin firma, me está diciendo? ¿Y desde cuando nuestra policía da pábulo a denuncias anónimas?

–Desde que esas denuncias nos proporcionan una información que parece totalmente veraz acerca de actividades delictivas que entendemos que se deben investigar. Somos policías y nuestra función es esa, investigar los actos aparentemente delictivos –intentó contemporizar con el juez–, para presentarlos ante ustedes y que decidan si de verdad son delitos o no y si merecen ser penados por ello sus responsables.

–¿Sabes usted quién es David Hermosilla, señor Villalpando?

–Bueno, no le conozco en persona, pero su nombre me suena bastante, como a todo el mundo en la ciudad, por otra parte, ya que se trata de un importante empresario que a menudo es entrevistado en los periódicos o en la televisión sobre temas económicos.

–En efecto, señor Villalpando, estamos hablando, precisamente, de un hombre muy importante que, por tanto, tiene enemigos también muy importantes. ¿No se le ha ocurrido pensar que esta información se la ha proporcionado, casi con total seguridad, uno de sus enemigos para así quitarle de en medio o, al menos, perjudicarlo considerablemente?

–Sí, claro, parece evidente que quien nos remitió esta información no es un devoto del señor Hermosilla, incluso muy probablemente tiene que ser enemigo suyo, pero eso para nosotros es lo de menos. Como usted bien sabe, señoría, en muchas ocasiones las informaciones o chivatazos sobre un acto delictivo nos las proporcionan enemigos personales de los interesados o gente que quiere sacar un beneficio, son las reglas del juego, lo que a nosotros nos interesa es la veracidad o no de esas acusaciones y, en este caso, parecen estar muy bien fundadas.

–Esas acusaciones, como usted las llama, son basura, pura basura, creo que ya se lo he dejado bien claro hace un momento –volvió a decirle enfurecido el magistrado, mirándole con unos ojos más saltones que nunca, que semejaban misiles a punto de

chocar contra su persona—, por eso no voy a extender la orden que me ha solicitado. No voy a participar en el acoso a un ciudadano honrado, que además ha sido amenazado reiteradamente por la organización terrorista ETA por el único delito de ser un hombre preocupado por crear riqueza y no someterse a su chantaje. Puede irse, señor Villalpando, y le recomiendo que de ahora en adelante se abstenga de acosar al señor Hermosilla, o sus días como funcionario pasarán a mejor historia.

Villalpando jamás se había sentido tan humillado a lo largo del ejercicio de su profesión como en aquellos momentos, pero era consciente de que enfrentarse al magistrado no iba a servir para nada salvo, quizás, para que le abrieran un expediente disciplinario, por eso se limitó a despedirse y volver a Jefatura con el rabo entre las piernas a decir a los miembros de su equipo que ya no había caso, que David Hermosilla era intocable y que de momento tenían que parar la investigación. Él siempre había sido uno de esos convencidos, en contra de la opinión de muchos de sus compañeros, de que en un estado democrático la policía tenía que estar al servicio de la judicatura, pero en esos momentos veía como sus más firmes convicciones se estaban desmoronando, por culpa de un magistrado al que no se atrevía a calificar de prevaricador, ya que no tenía pruebas para afirmarlo, pero del que, en su fuero interno, pensaba que lo era.

Como si no hubiese tenido suficiente con la bronca que le echó el magistrado, cuando regresó a Jefatura, Valentín Ortigosa, un subinspector que hacía pocos meses había sido destinado a Bilbao desde su Algeciras natal y que en muy poco tiempo se había convertido en su hombre de confianza, le avisó de que el Jefe Superior quería que se reuniera con él en su despacho sin la menor dilación. Si ya de por sí eso no era habitual, el nerviosismo con el que le transmitió el recado su ayudante contribuyó a aumentar el suyo propio. Normalmente las llamadas de los superiores no solían presagiar nada bueno, pensó desalentado el inspector, aunque después de lo que le había ocurrido en el Palacio de Justicia ya nada podía ser peor, intentó consolarse. Para lo que no estaba preparado era para ver cómo quien ocupaba la silla reservada al Jefe Superior era el subinspector Pareja, que le recibió sonriente, mientras el propio Jefe Superior, que se encontraba de pie, junto a Pareja, le decía que les dejaba solos porque seguramente tenían mucho de que hablar.

—Y le aconsejo que haga caso al subinspector, no se deje engañar por su grado, Villalpando, es un hombre experimentado que sabe perfectamente lo que se hace y se dice —finalizó el Jefe Superior antes de irse, en lo que no se sabía muy bien si había sido una orden o una advertencia.

—No le hagas caso, ya sabes que es muy formalista, me imagino que es una característica que va unida al cargo —Pareja hablaba del Jefe Superior en tono desenfadado, pero sus ojos estaban alertas y fijos en Villalpando—, sencillamente le he pedido que nos habilitara un lugar tranquilo para charlar y ha tenido el detalle de cedernos su propio despacho. La verdad es que tendrá sus cosas, entre ellas que es un gilipollas pomposo, como ya has podido comprobar en más de una ocasión

seguramente, pero no es un mal jefe.

–Déjate de rollos y dime qué es lo que quieres, Pareja.

–Tú, como siempre, derecho al grano, ¿no, Villalpando? Algún día te va a dar un infarto, hay que saber vivir, tomarse las cosas con calma –pese a lo que Pareja estaba diciéndole el inspector Villalpando no pudo dejar de observar que su interlocutor se mostraba intranquilo–, pero supongo que, como en ocasiones anteriores, no vas a hacer ni puto caso a mis desinteresados consejos.

–Abrevia, Pareja, te agradezco tu interés por mi salud, pero no creo que sea eso lo único que quieres decirme.

–No, en realidad no se trata de eso, aunque nunca está de más aconsejar sabiamente a un amigo –Villalpando no pudo evitar que en su cara surgiera una mueca al oír la palabra «amigo»–, pero hay otras maneras de ayudarle aparte de dándole consejos sobre su salud. Creo que acabas de estar con el juez Rovira, ¿no? Y que no te ha ido muy bien, ¿me equivoco?

–No, no te equivocas, en esta Jefatura las noticias vuelan que se las pela.

–Es normal, somos una pequeña comunidad en la que antes o después todo se sabe. El problema es que a mí me hubiera gustado saber antes lo que pretendías, así ambos nos hubiéramos evitado un disgusto.

–No te entiendo.

–Pues es muy fácil de entender, Villalpando, si me hubieras explicado con anterioridad en qué asunto andabas metido podría haberte vaticinado cuál iba a ser la reacción del juez y te habría evitado un fracaso profesional.

–Se trataba de un asunto que solo me competía a mí y a mi equipo, totalmente dentro de mi jurisdicción, tú no pintabas nada en él.

–Te equivocas totalmente, Villalpando, te equivocas, en esta Jefatura, y como no eres nada tonto creo que ya lo sabes, todo, absolutamente todo, es de mi competencia, así que a partir de ahora no vas a ir ni siquiera al retrete sin antes decírmelo, ¿entiendes? Y si yo te digo que no puedes ir, tendrás que aguantarte y cagarte en los calzoncillos, porque no podrás ir. Hay cosas más importantes que dar caza a un traficante de drogas por importante que este sea, ¿me sigues?

–Entonces, ¿qué se supone que debo hacer, lo de los tres monos? ¿No ver, no escuchar, no hablar?

–No te pases de listo, Villalpando, o al menos no olvides que estás hablando también con un policía. Eres un buen elemento, un tipo capaz, pero no eres el Llanero Solitario, así que de ahora en adelante límitate a la caza menor, yonquis, drogadictos, pequeños traficantes. La caza mayor, como su nombre indica, es para la gente mayor a la que, si no recuerdo mal lo que decía el catecismo, se debe respetar en edad, dignidad y gobierno. Así que ya lo sabes, a partir de ahora, cuando tengas información sobre un asunto importante, no darás ningún paso sin comunicármelo con antelación, ¿queda claro?, así nos evitaremos un nuevo bochorno como el que acabas de sufrir en el Palacio de Justicia.

–¿Me estás diciendo que deje en paz a los traficantes?

–Te estoy diciendo que hay cosas que te vienen grandes, y más vale que me hagas caso si quieres seguir haciendo carrera en el Cuerpo Nacional de Policía. ¿Ves cómo soy un buen tipo que te aprecia sinceramente? He empezado esta conversación dándote un buen consejo y la acabo dándote otro, no te puedes quejar, ojalá hubiesen hecho lo mismo conmigo cuando yo era joven y novato. En fin, no eres nada tonto así que supongo que no hace falta hablar más del tema. Espero por tu bien que hagas caso a ambos consejos, sobre todo a este último, Villalpando, sobre todo a este último.

El día no había empezado mal del todo. Desde el centro sanitario en el que los hombres de Gerardo Azurmendi custodiaban a Eneko me avisaron de que había salido del coma. La clínica, aunque situada fuera de Euskadi, no estaba excesivamente lejana así que en menos de tres horas me planté en su habitación. Con lo que ellos consideraban un gesto magnánimo, los médicos que le atendían me permitieron hablar con él quince minutos, «solo quince minutos, ni uno más, el paciente necesita descansar», me dijeron, como si todo el tiempo que había estado en coma no hubiera estado descansando, pensé huraño. Pero ellos eran los que mandaban y a mí no me quedaba más remedio que obedecer.

Decidido a explotar al máximo ese cuarto de hora escaso que me habían concedido, no abracé efusivamente a Eneko, ni le pregunté cómo se encontraba, ni le transmití los besos que su mujer y sus hijas, que generosamente habían permitido que quien le viera primero fuese yo, me habían rogado que le transmitiera. Quince minutos no daban para mucho, y yo estaba seguro que no iba a haber la menor prórroga, así que no me quedaba más remedio que ir al grano, sin mayores ceremonias. Eneko, como policía veterano que era, seguramente lo entendería, y si no lo entendía en ese momento ya lo entendería más adelante. Por eso lo primero que hice nada más entrar en su habitación fue preguntarle qué relación tenía con Koldo Ferreira.

–Ninguna.

–¿Cómo que ninguna? Coño, Eneko, ya sé que no te he preguntado por tu salud, pero es que me interesa más tu vida, han estado a punto de matarte por culpa de un tipo llamado Koldo Ferreira y me dices que no tienes ninguna relación con él. Joder, Koldo, que el atentado que sufriste no fue un accidente. Tal vez no lo sepas, pero mientras estabas en coma han intentado matarte otras dos veces. Hasta hora hemos tenido suerte, pero las cosas pueden cambiar si no descubrimos quién desea verte muerto.

–Supongo que tú lo has evitado, Goiko, te lo agradezco mucho –no había ironía, aunque tampoco pasión en sus palabras. Lo decía en serio, pero estaba tan fatigado que lo mismo podía haber hablado de otra cosa–. Desgraciadamente no puedo decirte nada, ya te digo que no tenía ninguna relación con Ferreira.

–Entonces, ¿fue casualidad que te encontraras allí cuando le asesinaron? No me lo puedo creer, quizás podría hacerlo si no hubiesen intentado matarte posteriormente, pero después de esos intentos no me lo puedo creer, lo siento. Me cago en la hostia, Eneko, ya sé que estás jodido y confuso, pero es que no puedo creerme que no tuvieras ninguna relación previa con Ferreira.

Intentó levantarse de la cama, si bien sus esfuerzos no fructificaron. Estaba tan fatigado que no lo consiguió. Postrado en el lecho y con un tono de voz casi inaudible me dijo que no me mentía.

–No tenía ninguna relación con Ferreira previa, te digo la verdad, pero sí que había ido a Basauri a recogerle, porque...

En ese momento se desvaneció y una enfermera con cara de mala leche interrumpió súbitamente en la habitación y me dijo que el enfermo necesitaba reposo y que mi tiempo se había terminado. Intenté protestar alegando que no se habían acabado mis quince minutos de gracia, pero la enfermera fue inflexible y me señaló, de modo amable aunque no exento de energía, el camino de la puerta. Cuando estaba a punto de salir Eneko volvió a despertarse e irguiéndose, en esta ocasión lo consiguió, pronunció una sola palabra, «marchante», antes de volver a tumbarse sobre la cama. Al principio no entendí a qué se refería con esa palabra, un marchante es una persona que se dedica al tráfico comercial, sobre todo de obras de arte, aunque también podría referirse a algún perista o receptor, pero entonces hubiese pronunciado esas palabras y no la de marchante. Por otra parte interpretar de ese modo lo que acababa de decirme no tenía ningún sentido, Eneko era un policía especialista en homicidios y delitos contra las personas, nunca había tenido nada que ver con ese tipo de asuntos, hasta que me di cuenta de que «marchante», aparte de un sustantivo recogido en el Diccionario de la Real Academia Española, podía ser un apellido, concretamente el de Eladio Marchante, el confidente al que mi viejo compañero visitó unas cuantas veces en la prisión de Basauri. Recordé que le había pedido a Ander González que indagara sobre su paradero. Estaba seguro de que el colega de Eneko no habría olvidado el encargo, pero aún así me hice el firme propósito de recordárselo de nuevo, por si acaso. Parecía claro que Marchante había sido utilizado por Ferreira para ponerse en contacto con el propio Eneko, pero si ni siquiera mi amigo conocía el motivo se hacía totalmente necesario, incluso prioritario, dar con él para poder sonsacárselo cuanto antes.

Llamé a Ander, pero no respondió, sino todo lo contrario, ya que apenas había podido escucharse una señal de llamada cuando mi móvil quedó nuevamente en silencio, como si él hubiese cortado a posta la comunicación. Decidí esperar un rato antes de volver a intentarlo y cogí el coche para regresar cuanto antes a Bilbao. Mientras conducía por la autopista recibí un mensaje procedente del móvil de González: «n 30 mnts n l Grsl sin psar x ksa». Al principio no me enteré de qué iba el tema, bastante tenía con, contraviniendo la normativa de tráfico, leer su mensaje mientras conducía a 120 kilómetros por hora, diez más de los permitidos, pero enseguida comprendí que también en la Ertzaintza habían asimilado el lenguaje juvenil de los «SMS» y lo que estaba diciéndome era que quería verme dentro de media hora en el «Grossly», un bar de la calle Autonomía, y que fuera directamente, sin pasar antes por mi domicilio.

Como teclear un mensaje en el móvil mientras conducía a ciento cuarenta me parecía excesivamente temerario, aproveché el peaje para responder a su mensaje. Ya había pasado la media hora que me daba, pero era algo que no se podía evitar, bastante hacía con arriesgarme a una multa por exceso de velocidad y a que me

quitaran un montón de puntos del carné. Tardé otros diez minutos en enviarle el mío, ya que yo los escribo con todas las letras, e inmediatamente recibí su llamada, al parecer ya podía hablar con plena libertad, puesto que anteriormente se encontraba asistiendo a una diligencia de levantamiento de cadáveres. Espera hasta que nos juntemos, entonces te lo explicaré todo con más calma, fue lo que me dijo al pedirle que me ampliara la información.

Cuando llegué al punto de reunión Ander González parecía haberse olvidado de todos los problemas, ya que se disponía a atacar una menestra de verduras y una merluza rebozada que eran como para quitarse el sombrero, en el caso de que aún se utilizara esa antigua pero señorial prenda. El Grossly no es un bar muy grande, pero tiene un pequeño comedor en el sótano, y la comida que en él se sirve es siempre de primera y, sobre todo, preparada con un amor y una sabiduría al alcance de muy pocos elegidos. Le dije a Emilio, el dueño, que me sirviera lo mismo que a Ander y durante unos minutos me olvidé de los búlgaros, de Ferreira, de Eladio Marchante y de las madres que los parieron a todos ellos, pero a los postres, cuando estábamos degustando un queso Idiazabal que estaba de muerte, se rompió el encanto. Lo rompí yo, porque Ander González estaba tan satisfecho con esa comida que, por supuesto, una vez más iba a sufragar yo, que casi se le olvida para qué me había citado.

–Sobre todo me tiene intrigado eso que me decías de que no pasara por casa –le dije.

–Sí –me contestó mientras se limpiaba con una servilleta los restos de pan que habían quedado adheridos sus labios–, porque tu casa ha sido el escenario del crimen y prefería que hablaras conmigo antes de ir hacia allí.

–¿Mi casa? ¿Escenario de un crimen? ¿Se puede saber de qué coño estás hablando? –la exquisita comida con la que acababa de homenajearme empezaba a revolverse en mi estómago.

–Bueno, tu casa exactamente no –me tranquilizó Ander mientras se servía una copa del vino de Rioja con el que habíamos amenizado la velada–, el escenario del crimen ha sido en realidad el portal.

–¡Joder, es la hostia!, ¿mi portal escenario de un crimen? De todos modos no entiendo qué tiene que ver conmigo. ¿O sí que hay algo? Sabes dónde he estado esta mañana, y tengo testigos.

–Coño, Goiko, no te me pongas paranoico que tan solo te estoy informando, no te estoy acusando de nada. Si he creído que te interesaría conocer la noticia a través mío antes que por otros canales, se debe a que los fallecidos son tres personas a las que tú conocías, Matxalen Ruiz, tu vecina del 1.º, la que vive justo enfrente de tu puerta, su hijo Iker y Garrastatzu, el policía que te sustituyó el día que estabas haciendo de canguro del niño.

A lo largo de mi carrera como *ertzaina*, y posteriormente como investigador por cuenta propia, las había visto de todos los colores y a menudo pensaba que ya nada podía sorprenderme, pero si en esos momentos llegan a pincharme la piel, de mi

cuerpo no habría salido ni un milímetro cúbico de sangre.

–¡Hostia, hostia, hostia! –si mi santa madre viviera me habría hecho limpiarme la boca con jabón, porque si no repetí esa palabra mil veces no lo hice ninguna–. Joder, Ander, no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. ¿Cuándo y cómo ha sucedido?

–Como una media hora antes de que te llamara. Aunque no ha habido testigos presenciales podemos fijar ese lapso de tiempo porque tres cuartos de hora antes de que un vecino que iba a salir a la calle descubriera los cadáveres, otro había entrado en el portal y en esos momentos no había nada a la vista.

–Es la hostia, todavía no me lo puedo creer –lo decía convencido, pese a saber que Ander me estaba diciendo la verdad.

–Creo que tú les conocías muy bien, al menos lo suficiente como para hacer de canguro del niño en una ocasión.

–Sí, bueno, no es del todo exacto, a ella la conocía superficialmente, pero estaba muy buena así que ya sabes, intenté ligármela. Joder, eso no es ningún crimen –dije al ver que González me miraba con expresión reprobatoria–, yo soy un tipo soltero y sin compromiso y ella creo que estaba separada o era madre soltera, o quizás era viuda, no lo sé a ciencia cierta, nunca me lo dijo, el caso es que mis intentos de aproximación solo sirvieron para que acabara endosándome al niño, como un favor personal, esa tarde para que ella pudiera salir con otro. Así de bien se me dan últimamente las mujeres –añadí con amargura, aunque ni yo mismo sé si me estaba autocompadeciendo o se trataba de un efecto causado por la noticia que acababa de recibir.

–Así que no sabes si ella andaba metida en algo sucio o peligroso.

–No, no lo sé, como no lo sé de ninguno de mis vecinos, pero no creo que ninguno de ellos esté metido en algo sucio y peligroso y tampoco lo creía, hasta hace un momento, de Matxalen.

–¿Y ahora lo crees?

–No, tampoco lo creo, pero es que, la verdad, es que ha sido una noticia tan sorprendente e inesperada que me cuesta pensar con tranquilidad, tú eres el que me acaba de decir que la han asesinado, y de paso también se han llevado por delante al enano. Joder, era un chaval malcriado e insoportable, pero no se lo merecía, nadie se lo merece, solo que él, además, tenía toda la vida por delante. Seguramente habría acabado siendo un hijo de puta y un cabrón, pero no le han permitido serlo. La vida no es justa y aunque esto no es un hecho nuevo para mí, cada vez que lo compruebo en persona me jode, no puedo evitarlo.

–¿Sabes por qué estaba Garrastatzu con ella?

–Sí, eso sí que lo sé –el poder hablar de algo que conocía con total seguridad me infundió confianza–, ella se lo tiraba. Y no solo eso, sino que hacía alarde de ello –de repente la parte más mezquina y rencorosa de mi personalidad había salido a flote, recordando el encuentro que tuve hacía algunos días con mi vecina.

–¿Qué Matxalen y Garrastatzu...? –no acabó la frase, pero no hacía falta, hay

cosas que se sobreentienden perfectamente—, no me lo puedo creer, Garrastatzu es, era —rectificó el tiempo verbal— un católico practicante y un padre de familia intachable, con cuatro hijos a los que adoraba y una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Lo sé porque en más de una ocasión he estado con ellos y esas cosas se notan.

—No me vengas con esas gilipolleces, Ander, por mí como si era del Opus o había hecho voto de castidad, parece mentira que tú, que llevas años pateándote las calles como *ertzaina*, me digas esas tonterías. Coño, si es que no es tan extraño, la tía estaba más buena que el pan y ya conoces el refrán, tiran más dos tetas que cien carretas. Quizás luego, después de habérsela follado, el bueno de Garrastatzu entraba en la primera parroquia que encontraba abierta para confesarse y decir que nunca más, y no dudo que a pesar de todo quisiera a su mujer y a sus hijos y eso le mortificara el alma, pero seguramente cuando ella movía el dedo y le decía ven, él se olvidaba de su mujer, de sus hijos, de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana y acudía como un corderito a su regazo. Y si quieres que te diga la verdad, lo único que siento es envidia.

Al principio habíamos pactado no tomar copas, él porque oficialmente estaba trabajando y yo porque quería tener las ideas claras, pero nuestra férrea voluntad se fue al carajo y decidimos obsequiarnos con dos *gin-tonics* de Beefeather. Fue quizás la ginebra lo que me hizo recordar el motivo de haberle llamado. Estábamos tan conmocionados con la muerte de mi vecina, su hijo y el agente Garrastatzu que por unas horas nos habíamos olvidado de que si nos embarcamos en toda esta historia era a consecuencia del atentado sufrido por nuestro amigo Eneko. Le expliqué a grandes rasgos la situación, cómo había recobrado el conocimiento, aunque aún estaba muy débil, y la conversación que en el escaso tiempo del que disfruté tuve con él.

—Entonces —me dijo con unos ojos que volvían a estar vivos—, ¿se encuentra ya fuera de peligro?

—Ya sabes cómo son los médicos, no les gusta mojarse, pero la impresión que me dio a mí es que sí, que salvo complicaciones inesperadas de última hora está fuera de peligro. Al menos por ese lado. Y espero que también por el otro, los hombres de Azurmendi son profesionales y no van a bajar la guardia hasta que no se les dé instrucciones en ese sentido.

—¿Te fías de él?

Me encogí de hombros. Podría haberle dicho que cómo no iba a fiarme de él si hasta había sido recibido por el mismo lehendakari en su condición de miembro de la comisión ejecutiva de la patronal vasca, y que continuamente aparecían artículos laudatorios sobre su persona en los medios locales de comunicación, e incluso en algunos madrileños, debido no solo a su condición de empresario de éxito capaz de crear puestos de trabajo en una época de crisis económica, sino a su mecenazgo cultural y su colaboración con diversas oenegés.

—No me quedan más cojones que fiarme de él —dije finalmente—. Era la única

solución que tenía a mano y aunque en el fondo si me ha hecho el favor es porque a él mismo le conviene, ya que sabe que gracias a esto, y a favores similares, le estaremos eternamente agradecidos –Ander torció el gesto al escuchar esto último, pero en el fondo no podía negar que yo tenía razón–, creo que sí, que podemos fiarnos de él.

–¿Has preguntado a los médicos si recobrará pronto la memoria?

–No se trata de que no se acuerde de nada, Ander, te he contado, casi literalmente, lo que me ha dicho, y aún no había hablado para nada con Koldo Ferreira. Precisamente si le estaba esperando era porque el propio Ferreira se lo había pedido, a través de Eladio Marchante, por eso creo que es imprescindible que localicemos a este último.

–Estoy en ello, Goiko, no me he olvidado –protestó Ander González–, el problema es que se nos está acumulando el trabajo y no estamos llegando a ningún sitio, y eso sin contar con que oficialmente esta investigación no existe. Lo que no entiendo es para qué querría hablar Ferreira con Eneko, que nunca estuvo destinado en actividades antiterroristas.

–Supongo que es una de las cosas que habrá que preguntarle a Marchante cuando le localicemos.

–Sí, desde luego, pero es que no tiene sentido. Estamos en plena tregua y en esta ocasión parece que por fin va a ser la definitiva, no tiene sentido que Ferreira intentase remover el avispero, sobre todo cuando él iba a salir en libertad y mejor o peor iba a poder rehacer su vida. ¿Venganza contra algunos excompañeros? Pero entonces, ¿por qué ahora y no antes? Y si anteriormente no lo hizo porque estaba amenazado, ¿qué es lo que cambió en ese sentido en los últimos tiempos en los que además, si lo que te dijo el Relojero es cierto, y es un tío que siempre dispone de buena información, habían dejado de acosarle?

–Más preguntas para Marchante.

–Lo he entendido, coño, lo he entendido, y ya te he dicho que estoy haciendo lo que puedo.

–No lo he puesto en duda en ningún momento –le repliqué–, pero no nos queda más remedio que hacer un esfuerzo extra si queremos averiguar qué quería decirle Ferreira a Eneko y así saber quién le está amenazando.

Casi sin darnos cuenta habían transcurrido un par de horas desde que empezamos a comer, así que pagamos y salimos del local. En la calle nos recibió un cielo plomizo y gris que amenazaba lluvia. Iba a despedirme de González, pero este, agarrándome suavemente por un brazo, me retuvo.

–Lo siento, Goiko, pero se me olvidó decírtelo mientras estábamos comiendo –habría apostado mi ojo derecho a que no se le había olvidado nada, pero no era cuestión de hacerle enfadar en esos momentos–. Tendrás que acompañarme a comisaría a declarar.

–¿A declarar acerca de qué? –le pregunté, aunque me lo estaba imaginando.

–Joder, Goiko, pues sobre qué va a ser, sobre el asesinato de tus vecinos y

Garrastatzu.

–¿Y qué es lo que quieres que declare? –protesté–. Éramos vecinos, nada más, no tengo ningún dato sobre sus asesinatos, ni siquiera he sido testigo, seguramente hay gente que conoce mejor a las víctimas y cualquier otro vecino que se encontrara en esos momentos en casa habrá podido escuchar algo, pero yo estaba a un montón de kilómetros de distancia, tú mismo puedes corroborarlo, ya hemos hablado del tema mientras comíamos.

–Sí, lo sé, pero no se trata tan solo de eso, hay algo más.

El tono de voz de Ander denotaba una gran preocupación, por lo que empecé a inquietarme, por eso le apremié para que me contara la parte del caso que hasta ahora había omitido.

–Junto a los cadáveres se encontraba un cartel. La persona que lo descubrió no pudo leerlo ya que estaba boca abajo y no lo tocó, se ve que es un asiduo de las series de televisión protagonizadas por forenses, pero cuando llegaron los de la científica le dieron la vuelta y pudieron observar perfectamente lo que en él estaba escrito, en grandes letras de imprenta: ASÍ MUEREN LOS PEDERASTAS. ¿Entiendes lo que significa?

–¿Y por qué cojones tendría que entenderlo? –intenté rebelarme contra las palabras que había pronunciado Ander González, pero mi rabia no iba dirigida contra él sino contra un pasado que parecía perseguirme allá donde fuera.

Hacía algo más de un par de años, casi tres, tuve que pedir la excedencia en la Ertzaintza porque fui acusado de pertenecer a una red de pedófilos y prostitución infantil. No se pudo probar nada en mi contra, por eso no fui procesado, pero la mayoría de mis compañeros, incluyendo mi mujer, que abandonó el hogar conyugal, creyeron esos infundios. Afortunadamente conseguí limpiar mi nombre tras descubrir quiénes estaban detrás de esa conspiración, pero cuando alguien quería joderme lo tenía muy fácil, con sacar a relucir aquella historia ya tenía hecho más de la mitad del camino. Y ahora aparecía ese cartel junto a los cadáveres de Matxalen, su hijo pequeño y el cuitado de Garrastatzu. Parecía un mensaje dirigido a mi persona y así se lo dije, una vez pasado mi acceso de mal humor, a Ander.

–Lo que no acabo de comprender es qué tipo de mensaje puede ser –añadí– y por qué han tenido que matar a esos tres si lo que querían era dejarme a mí en evidencia.

–Creo que no lo has pillado del todo –suspiró Ander González, aunque se equivocaba, lo había pillado perfectamente, pero algo en mi interior se negaba a aceptarlo–. ¿Te has fijado en que Garrastatzu y tú podríais pasar si no por gemelos, lo que quizás sería exagerado, sí por hermanos? Idéntica estatura y complexión física, mismo tono de piel, el pelo cortado y peinado de similar manera, ambos morenos y con color de ojos verde grisáceo, los dos camináis siempre bien erguidos. ¿Necesitas que siga enumerando otras características similares en ambos?

–Lo que estás queriendo decirme es que yo era el objetivo –tuve que afirmarlo, finalmente.

–Eso es lo que pienso.

–¿Qué crees, que acaso un justiciero psicópata no se creyó lo de mi inocencia y decidió tomarse la justicia por su mano? Por Dios, Ander, no es creíble, además, si es así, en el caso de que me hubiera confundido con Garrastatzu, ¿por qué matar también a mi vecina y su hijo? ¿Alguien que odia a los pederastas haría eso? No tiene sentido.

–La explicación más lógica es que tu vecina y el niño se encontraban en el lugar y momento equivocados. Y en cuanto a lo otro, claro que no tiene sentido la idea de un justiciero, pero me temo que tú sí que eras el objetivo y no por pederasta.

–Te refieres a que intentan quitarme de en medio por el mismo motivo que han intentado acabar con la vida de Eneko.

–Vuelves a acertar –me respondió González–. El problema es que tú y yo somos los únicos que conocemos la verdad.

Estábamos llegando a comisaría y sabía lo que quería decir con eso. Me iban a interrogar como testigo, no porque hubiese presenciado el triple asesinato, sino porque los agentes a cargo del caso pensaban, y tenía su lógica como ya se ha visto, que el asesino fue a por mí.

No conocía a los suboficiales a cargo de la investigación, Germán Noriega y Josu Albizu, pero Ander me había dicho que eran dos tipos serios y formales. Que eso fuese algo bueno o malo dependía de cómo evolucionaran los acontecimientos. Antes de dejarme en sus manos me advirtió que cuando me enviaran para casa pasara por su despacho, que tenía algo que darme.

Me condujeron a una sala de interrogatorios, para estar más tranquilos, dijeron.

–No hemos enchufado la videocámara porque has acudido como testigo, no como acusado, y se trata de una charla previa –me dijo uno de los dos *ertzainas*, a lo que no opuse ninguna objeción.

Quizás ese fuera el motivo de que de repente, y sin haber sido invitados, aparecieran mis viejos conocidos Zubieta y Zubiaga, por mal nombre Zipi y Zape.

–Parece que por fin hay ciudadanos responsables que han decidido acabar con la lacra de los pederastas –dijo Zipi Zubieta.

–Sí, lástima que se hayan equivocado de objetivo –le dio la réplica Zape Zubiaga.

–Menos mal que no hay ciudadanos responsables que hayan decidido acabar con los gilipollas e impresentables con placa, porque de ser así haría ya mucho tiempo que estaríais bajo tierra –no pude evitar que de mis labios saliera una contestación tan llena de sutileza.

Zubieta se acercó a donde yo estaba con ánimo de darme una hostia, pero por suerte aparecieron en esos momentos Noriega y Albizu que, según parece, no simpatizaban demasiado con sus compañeros y consiguieron que se fueran. Parecían buenos tipos, porque incluso se disculparon por el comportamiento de sus colegas.

No se anduvieron por las ramas, y como ya habíamos intuido Ander González y yo, me dijeron que sospechaban que yo era el auténtico objetivo del asesino. Sabían

que las acusaciones que se me hicieron en su momento eran infundadas, añadieron intentando congraciarse conmigo y conseguir mi colaboración, pero parecía evidente que alguien no se lo había creído del todo.

–¿Has recibido últimamente amenazas a cuenta de ese asunto? –me tuteaban con ánimo de mostrar colegueo, al fin y al cabo yo, aunque estaba en excedencia, aún era *ertzaina*, y de paso ganarse mi confianza.

–No, nunca he recibido amenazas.

–¿Tampoco indirectamente?

–Tampoco.

–¿No sabes de alguien que te quisiera mal?

–He sido *ertzaina* muchos años –contesté sonriéndoles. ¿No querían confianza?, pus les iba a dar confianza–, como vosotros, así que claro que me he ganado enemigos, todos aquellos a los que en el pasado detuve o desbaraté una operación, es la salsa del oficio, pero jamás pensé que ninguno de ellos quisiera matarme, aunque seguramente, y a la vista de lo sucedido, estaba equivocado.

–¿Qué relación tenías con el agente Garrastatzu?

–Ninguna en especial, no coincidí nunca con él cuando estaba en activo, y posteriormente le he visto tan solo un par de veces. Me hizo un favor un día –este era el momento más delicado de la charla, y procuré por ello no dar demasiadas explicaciones, para que no sospecharan que estaba investigando el atentado contra Eneko–, me sustituyó como canguro del niño asesinado cuando me avisaron que mi antiguo compañero y buen amigo Eneko Goirizelaia había sido tiroteado. Se ve que a raíz de eso hizo migas con la madre de la criatura, de hecho me crucé un par de veces con ellos en las escaleras, pero no había vuelto a tener trato alguno con él.

Quizás Ander González les había contado anteriormente la historia, porque para mi tranquilidad no ahondaron en ella. También eran conocidos de Eneko y el atentado les había jodido, pero en ningún momento sospecharon que yo estaba investigando su muerte. Y si lo sospecharon, optaron por no cortarme las alas, seguramente ellos también estaban interesados en que mi investigación diera frutos.

Me hicieron algunas cuantas preguntas más del mismo tipo antes de despedirme e intentar tranquilizarme diciéndome que a pesar de todo no tenía motivos para preocuparme.

–Ander nos ha dicho –dijo uno de ellos refiriéndose a Ander González– que no aceptarías que se te pusiera un escolta así que no lo haremos, además, como seguramente sabes, estamos escasos de efectivos, pero no creo que tengas que preocuparte, el tipo dejó sus huellas dactilares por todo el portal, así que es cuestión de poco tiempo que conozcamos su identidad.

Eso último me descolocó, aunque no dejé traslucir mi desconcierto. Si la hipótesis que habíamos manejado Ander y yo, la de que el asesinato lo habían cometido los mismos que atentaron contra Eneko era cierta, no parecía lógico que dejaran sus huellas por todas partes. Ya puestos a ello, podrían haber tenido la delicadeza de

obsequiarnos con una muestra de su ADN, pero preferí no darle vueltas al asunto y me acerqué hasta el cubículo que le servía de refugio.

–¿Qué tal te ha ido? –y sin esperar mi respuesta, se contestó él mismo, mientras me alargaba un sobre marrón, de esos acolchados del tamaño DINA 4–, supongo que bien, ya te había dicho que Noriega y Albizu son legales, esto es para ti –añadió refiriéndose al sobre, cosa que ya me había imaginado previamente porque acababa de entregármelo–, aunque Rojas nos dijo que no iba a participar en el caso ha cumplido su palabra y te envía toda la documentación que ha conseguido recopilar acerca del inspector Villalpando. Pero tendrás que esperar todavía un rato para leerlo, porque aún tienes cosas que hacer en este edificio. El asesor del viceconsejero quiere hablar contigo.

–¿El asesor del viceconsejero? ¿Cuál de ellos?, creo que tiene más de uno.

–Me parece que tiene tres, pero este es el más importante, al menos el que más influencia política tiene, Markel Irizar. Ha venido a la comisaría para una reunión con los mandos y cuando se ha enterado de que estabas aquí nos ha dicho que quería hablar contigo. Se ve que de repente te has convertido en un tipo importante. Aunque sinceramente no me gustaría estar en tu pellejo, las cosas como son. No sé qué querrá de ti, pero no me huele nada bien, así que procura ser prudente y no pasarte de la raya.

Era un buen consejo, pero no estaba muy seguro de si sería capaz de seguirlo. El propio Ander me acompañó hasta un despacho muy extenso, decorado a todo lujo, en el que me recibió Markel Irizar. Pese a la prohibición de fumar en lugares públicos tenía en la boca un puro de un tamaño considerable, no entiendo mucho de tabaco, pero me imaginé que sería auténtico cubano. Fue un punto a su favor, ¿para qué coño sirve ser un alto cargo del Departamento de Interior si ni siquiera puedes fumarte un purito de vez en cuando en las dependencias oficiales que están bajo tu mando? Era un tío bien educado, aparte de un presunto asesino rehabilitado, ya que me ofreció uno, aunque decliné educadamente su oferta.

–Así que tú eres Mikel Goikoetxea, Goiko, el famoso Goiko, ¿puedo llamarte así? –me extendió la mano como un político en campaña electoral, se ve que tenía bien asimilado su nuevo oficio–. A mí puedes llamarme Markel, no me gustan las formalidades.

A mí tampoco me gustan mucho las formalidades, aunque de vez en cuando son útiles para establecer una barrera entre nosotros y la gente con la que no deseamos tener un trato excesivamente cercano, pero atendí el consejo de Ander y me abstuve de comentarlo en voz alta. Intenté abstraerme mirando el retrato del Lehendakari, que parecía observar atentamente la reunión, como si la imagen de Patxi López intuyese que el asesor principal de uno de sus viceconsejeros más importantes no era precisamente lo que se dice trigo limpio.

–La verdad es que tenía muchas ganas de conocerte, ¿sabes? He leído tu expediente y creo que es impecable, ojalá todos los *ertzainas* tuvieran un porcentaje

de casos resueltos tan solo la mitad del tuyo. Im-presionante, en dos palabras, como decía el torero ese tan famoso, realmente impresionante, te lo digo de verdad, no es peloteo, claro que no, es al asesor del viceconsejero al que todo el mundo quiere hacer la pelota, no al revés, je, je –se rio él solo de su propio chiste–, ¿no crees?

–No lo sé, si de algo me precio es de no haberle hecho jamás la pelota a nadie –si Ander González hubiese estado a mi lado seguramente me habría dado una patada por debajo de la mesa, pero afortunadamente no estaba.

–Eso es lo que me gusta de ti. Eso y que supiste sobreponerte a una situación extremadamente difícil en lo personal y profesional y salir adelante.

Desde luego no fue gracias al apoyo del Departamento de Interior, pensé para mí, pero me abstuve de hacer cualquier comentario acerca de eso, quién sabe, quizás los consejos de Ander no habían caído en saco roto y empezaba a civilizarme.

–¿Has decidido ya qué vas a hacer cuando se te acabe la excedencia? ¿Vas a reincorporarte al cuerpo o seguirás siendo un lobo solitario, un Marlowe euskaldun? –se notaba que el asesor o era un aficionado a la literatura de género negro o se leía los artículos que sobre el tema aparecían periódicamente en los suplementos de fin de semana de la mayoría de los periódicos nacionales–, ya sé que esto último parece mucho más romántico, incluso más atractivo desde el punto de vista literario, pero cuando uno va por la vida ejerciendo de lobo solitario no goza de las ventajas, en medios, tiempo y personal, de quien pertenece a una gran organización, moderna y eficaz, como la Ertzaintza que estamos construyendo en estos últimos tiempos.

No sabía a dónde quería llegar Irizar con esa conversación así que a la espera de que descubriera sus cartas, me limité a echar balones fuera y decirle que aún no lo había decidido, que todavía tenía tiempo para hacerlo.

–No tanto, si mis informes no están equivocados –me dijo sonriendo, tras esa demostración palpable de que conocía a fondo mi historial, cosa que por otra parte no tenía ningún mérito, ya que para eso era él un asesor de la Viceconsejería de Seguridad y yo un *ertzaina* en excedencia laboral–, no tanto, Goiko. Supongo que te extrañará que te haya hecho esta pregunta, pero es que me gustaría contar contigo en el futuro. No te lo esperabas, ¿verdad? –añadió al contemplar mi gesto de extrañeza–, pero es algo completamente lógico. Estamos en una época de grandes cambios, y la Ertzaintza no puede ser ajena a esos cambios. Por eso necesitamos contar con los mejores y tú eres uno de los mejores.

»Entre las muchas modificaciones que vamos a implementar en el organigrama –daba la sensación de que en lugar de estar hablando conmigo lo estaba haciendo para algún entrevistador de la ETB–, una de las más importantes es la de la creación de una macrosección destinada a la lucha contra la delincuencia organizada, que dependería directamente del viceconsejero, y creo que eres la persona más adecuada para dirigirla, tanto por tu formación como por tu historial. Sería una manera estupenda de aprovechar tus cualidades y también de compensarte, de algún modo, por lo que tuviste que sufrir cuando fuiste perseguido tan injustamente. Aunque está

claro que si no fueses la persona más capacitada para llevar adelante el trabajo no te lo ofrecería, eso que conste.

»Por supuesto, sería una macrosección equipada con el material de trabajo más moderno que hay en el mercado y contaría con un personal extremadamente cualificado. Y lógicamente las retribuciones serían equiparables a las de un director, aunque incluso podrían llegar a mejorarse, tendría que pelearme con el Departamento de Hacienda, pero es un proyecto lo suficientemente importante como para que no se muestren cicateros. ¿Qué te parece la idea?

¿Que qué me parecía la idea? En apariencia atractiva, pero mi experiencia me decía que todas esas reorganizaciones mega y superimportantes en la mayoría de las veces no eran más que cambios estéticos o de denominación de algo que ya estaba en funcionamiento, independientemente de que ese funcionamiento fuese bueno o malo, ya que las cosas no iban a mejorar porque le asignaran un nombre diferente al departamento. Además, independientemente de esas consideraciones, la oferta me sonaba a soborno. No es que no estuviera de acuerdo con el asesor cuando me decía que yo era uno de los profesionales más preparados y capacitados para detentar el cargo de jefe de esa nueva sección, la parte más vanidosa de mi personalidad le daba la razón en ese aspecto, pero el lado más racional de mi cerebro, o quizás el más oscuro, me decía claramente que lo que me ofrecía Markel Irizar era, lisa y llanamente, un soborno. Y supuse que una de las cosas que me pediría a cambio de mi nombramiento sería olvidarme para siempre del atentado sufrido por Eneko Gorizelaia. Probablemente no me lo diría con esas palabras, pero no tenía ninguna duda de que lo haría.

Desde que la escuché tuve muy claro que no iba a aceptar la oferta, pero decidí darle largas y, para ganar tiempo, le comenté que me parecía francamente atractiva, pero que tendría que pensármelo.

–Me he acostumbrado a trabajar por mi cuenta y no sé si sería capaz de integrarme de nuevo en una organización tan numerosa –era una excusa débil, pero si en contra de lo que me pedía el cuerpo iba a optar por contestarle de un modo prudente, no me quedaba más remedio que decir algo parecido.

–Lo entiendo, estimado amigo, lo entiendo, aunque te ruego que me respondas cuanto antes ya que no queremos que se demore por mucho tiempo la puesta de largo de la nueva sección, el consejero en persona está muy ilusionado con el tema y me llama prácticamente casi todos los días para preguntarme cuándo estará operativa. Comprendo que quieras pensártelo, pero tienes que darte cuenta de que es una oportunidad de esas que solo pasan a tu lado una vez en la vida. Y como ya te he dicho antes, por romántico y literario que sea caminar por la vida como un lobo solitario, a la larga no produce beneficios. Y además es peligroso, sobre todo teniendo un oficio como el tuyo. Si Marlowe, Lew Archer o Mike Hammer sobrevivieron a cientos de casos fue única y exclusivamente porque a Raymond Chandler, Ross McDonald y Mickey Spillane les convenía que lo hicieran para poder seguir

vendiendo novelas con ellos de protagonistas y es que, claro, nadie quiere matar a la gallina de los huevos de oro. Pero en la vida real antes o después esos grandes detectives de ficción se habrían encontrado de bruces con la horma de su zapato y seguramente habrían acabado tirados en alguna cuneta, con un tiro en la nuca.

Mientras caminaba hacia mi casa, tras despedirme de Irizar con la promesa de que en unos pocos días tendría la respuesta, no pude dejar de pensar en sus últimas palabras. Sobre todo me había estremecido cuando habló de «acabar tirado en alguna cuneta, con un tiro en la nuca». Si lo que me confesó su antiguo abogado, Rafael Bizkarrondo, era cierto, y no tenía motivos para dudar de su palabra, Irizar sabía mucho de «tiros en la nuca». Por eso, pese a que las escondiera tras una reflexión aparentemente literaria, estaba claro que sus palabras encerraban una amenaza real y que yo era el amenazado. Markel Irizar no era jugador de pequeña, le gustaba dar órdagos a la grande, y mi problema no era el desconocer qué cartas tenía él, mi auténtico problema era que ni siquiera sabía con qué cartas contaba yo. Aún así estaba dispuesto a aceptar el reto, pero unos cuantos días más me vendrían muy bien para poder averiguar qué mano teníamos ambos, por eso le solicité un plazo algo más largo para contestarle, no porque no supiera de antemano cuál iba a ser mi respuesta.

No había comido nada en todo el día, así que antes de llegar a casa me acerqué al J. C., en la Alameda de San Mamés. Necesitaba quitarme la desazón que me había entrado por todo el cuerpo y una buena ración de jamón ibérico, regada por un crianza de La Rioja, contribuyó tanto a aliviar mi hambre como a animarme. Allí mismo, mientras comía y bebía sentado en una mesa, al tiempo que me regodeaba también contemplando los estupendos cuadros que decoraban el bar, todos ellos salidos de la mano del hijo de Andoni, el dueño, empecé a echar un vistazo a los papeles que me había proporcionado el inspector Rojas por medio de Ander. Eran fotocopias, así que no tenía problemas si las manchaba con la grasa del jamón. Me consumía la impaciencia y quería empezar a leerlas cuanto antes.

El historial de Villalpando era de los que producen admiración. Nunca fue amonestado por ningún motivo, no ya referido a malos tratos a detenidos, ocultación de pruebas o malversación de fondos públicos, sino que ni siquiera habían podido achacarle la más pequeña falta administrativa. Incluso, a tenor de lo que podía leerse en el informe, daba la impresión de que ninguna mañana se olvidó de decir «buenos días» a sus compañeros cuando iniciaba su jornada laboral en la comisaría y jamás salió de sus labios palabra inconveniente alguna, bien dirigida a sus propios colegas, bien a detenidos o delincuentes.

Pero lo que de verdad podía considerarse excepcional era su currículum profesional. Ernesto Villalpando había sido un policía con un gran porcentaje de éxitos profesionales, las tramas que había desenmascarado, los traficantes que detuvo y los delitos que resolvió mientras estuvo en activo le proporcionaban unos porcentajes de eficacia superiores no ya a la media, sino a un nivel más alto que la media. Y todo ello en unas condiciones francamente desfavorables, porque aunque yo

también había pertenecido al grupo de los que en su juventud cantaron el «que se vayan» y había solicitado la salida del país de lo que entonces llamábamos cuerpos represivos, comprendía que hacer un trabajo policial normal en los años ochenta en Euskadi no era nada sencillo.

Había, sin embargo, un detalle inquietante. A partir de finales de 1984 su eficacia descendió radicalmente. Seguía desarticulando tramas de tráfico de drogas y deteniendo a sus responsables, pero o los detenidos eran inocentes o no presentaba las pruebas necesarias para convencer a los tribunales de que emitieran condenas de prisión. Lo primero parecía bastante ilógico en un policía con la experiencia y el rigor de Villalpando y en cuanto a lo segundo, de vez en cuando sucede, pero no parece normal pasar de unos ratios de eficacia del ciento por ciento a otros de casi un cero por ciento. ¿Qué ocurrió en los primeros meses de 1985? En los papeles que me había pasado Rojas no encontré ninguna explicación, y posiblemente de haber existido esa explicación estaba lejos de mi alcance, porque a mediados de ese año un comando etarra, al parecer dirigido por Koldo Ferreira (así aparecía en los papeles de Rojas) le asesinó con el tradicional procedimiento del tiro en la nuca. En esos papeles no se mencionaba para nada, curiosamente, que ese era el único de los crímenes imputados a Ferreira que este se había negado a reconocer, y tampoco aparecía, en ningún momento, el nombre de Markel Irizar, pese a ser miembro del comando al que pertenecía Ferreira.

Había otro nombre que tampoco conseguí localizar, pese a buscarlo con intensidad, incluso con el antiguo e infalible procedimiento de tocar con mi índice todos los párrafos del informe, el del subinspector Pareja, aunque en cierto modo esa omisión, por desconcertante que fuese, no me extrañaba. Había llegado a un punto en el que seguramente el único sistema para localizar al tal Pareja sería acudiendo a los buenos oficios de un investigador de lo paranormal como Iker Jiménez.

Durante el escaso trayecto que hay entre el J. C. y mi domicilio fui dándole vueltas a la cabeza a ese repentino bajón en la eficacia del inspector Villalpando. Me negaba a pensar que, de repente, hubiera pasado de ser un policía brillante a un auténtico desastre, pero eso agravaba aún más mi desconcierto. ¿Y si no fuese Villalpando el responsable de esos trabajos tan brillantes sino el misterioso Pareja y, desaparecido este de escena por algún motivo desconocido, Villalpando hubiese sido incapaz de mantener el nivel de éxitos de la época anterior? Era una hipótesis que no podía desdeñar, pero aún así me resistía a creer en ella, por lo poco que había podido adivinar acerca del subinspector Pareja no me daba la impresión de ser el típico tío altruista capaz de ceder sus éxitos a un compañero para que este progrese en su profesión. Además, pese a que hasta hacía poco tiempo era un auténtico desconocido para mí, había empezado a sentir cierta simpatía por Villalpando y me negaba a pensar que había sido un hombre de paja manejado por el subinspector, esa idea no casaba con el concepto que me había formado sobre él.

Ya en mi domicilio volví a repasar la documentación que me había proporcionado

Manuel Rojas para ver si en una segunda o tercera lectura encontraba la clave de esa ruptura en sus éxitos profesionales, pero no encontré nada que me diera la clave. Supongo que las emociones del día me habían dejado completamente extenuado porque acabé durmiéndome en el sofá mientras veía, o hacía como que veía ya que ni siquiera recuerdo de qué iba el capítulo, una serie de médicos con muy mala hostia, pero muy buenos diagnosticando. Cuando me desperté eran las dos de la madrugada y una extraña idea me revolvió el cerebro, pero me encontraba muy espeso y en lugar de profundizar en ella me fui a mi dormitorio y me metí en la cama. Seis horas y media más tarde, ya despierto, y sin saber si lo soñé o de verdad había pensado en ello antes de dormirme, esa idea que había vislumbrado de madrugada entre bostezos y nubes de somnolencia regresó a mi cerebro, pero por suerte en esta ocasión estaba totalmente despejado.

Un repaso a las notas que había ido tomando sobre el caso y una nueva incursión por Internet me confirmaron lo que había estado pensando. Acababa de encontrar, por fin, o eso creía al menos, la clave que había estado buscando. El problema estribaba en que si eso era cierto, las consecuencias podían ser terribles. Quizás, de hecho, ya lo habían sido puesto que tanto Ferreira como Villalpando habían acabado sus vidas asesinados.

–Tú estás completamente loco, tío, eres un auténtico obseso. ¡Joder, solo es un porro, no he cometido ningún crimen!

Koldo Ferreira no pudo evitar sonreírse al escuchar las palabras de Nekane. Estaba tendida junto a él, desnuda, con su larga cabellera rubia caída lánguidamente sobre sus hombros y sus verdes ojos centelleantes de furia. Acababan de hacer el amor y ambos habían cumplido el ritual de encender un cigarrillo. El problema surgió cuando se dio cuenta de que el cigarrillo que había encendido ella no era de tabaco sino de marihuana. Sin pensárselo, casi de un modo instintivo, se lo arrancó de la boca y lo destrozó en el suelo, pisoteándolo con saña.

Mientras Nekane seguía quejándose Koldo pensó en la ironía involuntaria subyacente en las palabras que acababa de escuchar, «no he cometido ningún crimen». Los dos eran militantes de ETA lo que, para la mayoría de la gente, incluso para él, aunque hacía tiempo que había aprendido a vivir con esa contradicción interna, significaba que sí eran unos criminales; sin embargo Nekane pronunció esas palabras con tanta vehemencia e ingenuidad que no pudo evitar sonreír.

–¿Y ahora de qué te ríes? –le preguntó ella–, a mí no me hace ni puta gracia.

–Lo siento, no te cabrees conmigo, ha sido un acto instintivo –en lugar de explicarle el motivo de su sonrisa optó por disculparse por su acción anterior–, ya sabes que no soporto las drogas, mi hermano pequeño murió por culpa de ellas y desde entonces..., no sé, supongo que tienes razón al decir que estoy obsesionado con ese tema, pero no consigo librarme de ello.

–Lo sé, lo sé, y gracias a ti, sobre todo, estamos poniendo remedio a esa lacra –desnuda como estaba se acercó de nuevo a él y le abrazó–, ¿a cuántos hijos de puta que trafican en Euskal Herria nos hemos cepillado ya?, y tú eres el gudari que lo está haciendo posible, por eso te quiero y te admiro, pero hay que saber distinguir, coño, no es lo mismo fumarse un porro que inyectarse un chute de heroína.

Koldo apretó fuertemente a Nekane para devolverle el abrazo. Aunque acababan de hacer el amor sintió de nuevo una fuerte erección que le llevó a tumbarla de nuevo sobre la cama del piso franco que compartían desde hacía casi un mes. Mientras volvía a entrar en su cuerpo pensó que eso era lo único bueno que le había ocurrido en los últimos meses, lo malo del asunto era que cuando se conocieron ambos estaban ya militando en ETA. Intentó imaginarse cómo podría haber sido la vida con ella en otra situación. Nekane era una joven alegre, hermosa, radiante, físicamente espectacular. En una ocasión le preguntó por qué militaba en la organización, pero se limitó a encogerse de hombros y a contestarle que luchaba por la independencia de su patria. Posteriormente se enteró de que sus padres y un hermano pequeño habían muerto en un control policial. Parecía una historia de esas que no tienen fin, eso que tanto decían algunos curas de que la violencia solo engendra violencia y al final no sabe ni quién la empezó, como en esas rencillas entre montescos y capuletos en las

que ya nadie se acuerda de cuál fue el agravio primitivo que encendió las hostilidades. Algún día tendría que pararse eso, pero mientras tanto él se aprovechaba de la situación para llevar adelante su lucha particular. Mientras sus intereses coincidieran con los de la organización, todo iría sobre ruedas, pero seguramente algún día se torcerían las cosas y entonces..., mejor no pensar en ello.

Volvió a regodearse en la contemplación de Nekane, tras haber hecho por segunda vez el amor. Era una mujer preciosa y acababa de decir que le quería y le admiraba. Ojalá la situación fuera diferente, pero sabía que ninguno de los dos tenía futuro así que lo mejor era tomar lo que la vida les ofrecía y vivirla no ya al día, sino al minuto o al segundo.

–¿En qué piensas? –le preguntó de repente Nekane–. Y no me digas que en nada, como soléis decir los tíos, porque no cuela, estabas tan pensativo que parecía que te fuera a estallar la cabeza.

–Me has pillado –se rio Koldo–, te iba a decir eso precisamente, que no estaba pensando en nada, pero tienes razón, sí que estaba pensando, aunque no se trataba de nada especial. Sencillamente en que ha estado todo muy bien, en realidad no hacía falta decirlo, contigo siempre está todo muy bien –aprovechó ese momento para volver a besarla–, pero que tendremos que descansar, porque mañana tenemos trabajo. Por cierto, Markel no ha llamado en todo el día, ¿no?

–No, y es extraño, pero no te preocupes, es un buen militante y no nos va a dejar colgados.

Koldo aceptó las palabras de Nekane asintiendo con la cabeza, pero no podía evitar el sentir cierta preocupación. La relación personal entre ellos no había sido muy buena desde el día en que le chantajeó para poder entrar en la organización y para colmo de males, había sido el anterior novio de Nekane. Cuando comentó esto con ella no le dio la menor importancia, «somos militantes socialistas, revolucionarios, estamos al margen de esos convencionalismos burgueses», le dijo. «Además las tías no somos propiedad de ningún hombre», añadió, «somos dueñas de nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, y si hoy quiero follar contigo pues follo contigo y si mañana me apetece montármelo con otro, pues me lo monto, ¿qué os habíais creído?».

Koldo Ferreira podía estar de acuerdo con Nekane en la teoría, pero en la práctica sabía que por muy revolucionario, socialista o independentista que se fuera, a nadie le gustaba que le pusieran los cuernos y menos con un compañero, por lo que tenía claro que esa situación a la larga podría generar problemas, pero sus leves insinuaciones acerca de ese tema no hicieron mella en los dirigentes y de momento ambos continuaban compartiendo el mismo comando con Markel Irizar.

Apenas llevaban dos horas dormidos cuando le oyeron llegar. Estaba cantando a grandes voces y se encontraba completamente borracho. Las recriminaciones de Koldo y Nekane no le afectaron en absoluto ya que con la dignidad de todos los beodos rebatió sus quejas alegando que se encontraba totalmente lúcido y en plena

forma. El hecho de vomitar encima de la mesa de la cocina tampoco lo consideró muy significativo, seguramente le había sentado mal algo que había comido. Además, se negó a dar explicaciones de dónde había estado aduciendo que su vida privada era eso mismo, su vida privada. El hecho de que le reprocharan que cuando alguien está fichado por la policía su vida privada tiene que ser lo más discreta posible tampoco quebrantó su ánimo. No quedaba más remedio que renunciar al operativo y volver a Iparralde, sugirió Koldo, apoyado por Nekane, pero Markel se negó. Además, él era el jefe del talde^[17], el hombre con más experiencia, y a los otros dos no les quedaba más cojones que acatar sus órdenes. Nekane y Koldo pensaron seriamente desobedecerle, pero por otra parte Koldo deseaba seguir adelante con la operación, así que optaron por quedarse de momento en el piso franco, aunque por prudencia debería desecharse su utilización para posteriores operaciones. No sabían si estaba quemado o no, pero ante la duda era mejor ser extremadamente cautos.

Pese a que necesitaban descansar para estar frescos a la mañana siguiente, apenas lo hicieron, temerosos como estaban de que Irizar se hubiese ido de la lengua y de repente apareciera algún contingente policial en su búsqueda. Por si acaso prepararon una ruta de salida y Nekane y él se turnaron para vigilar por si se materializaba dicha posibilidad. Por suerte para ellos nadie debió de fijarse en su compañero que, además, fue el único que durmió a pierna suelta, con la inocencia de los bebés, y a la mañana siguiente se encontraba fresco como una rosa, sin el menor asomo de resaca. «Ya os lo dije», comentó sonriendo, aunque a Koldo le gustaba menos cuando sonreía que cuando se cabreaba, «yo soy así, está en mi naturaleza».

Mientras los miembros del comando se duchaban y tomaban un desayuno frugal, leche fría y un par de piezas de fruta cada uno, en el interior del Palacio de Justicia otras dos personas se disponían también a almorzar, aunque en su caso el refrigerio iba a ser más copioso porque lo habían encargado en uno de los restaurantes de la calle Ledesma. Había sido una iniciativa de David Hermosilla, que quería mostrar de ese modo su agradecimiento al magistrado-juez del Juzgado de Instrucción n.º 7, que tan eficazmente desbarató la operación que unos policías evidentemente mal informados y manipulados habían tramado en su contra.

–No tenías que haberte molestado, David –los ojos saltones del magistrado brillaban de satisfacción dándole a su cara un aspecto de sapo feliz–, es lo menos que podía hacer por un hombre tan generoso y desprendido como tú, un buen amigo, además. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta.

–Gracias, Severo, sabía que lo entenderías. Me conoces y por eso sabes que solo soy un hombre de empresa, un creador de riqueza, y que nunca me he metido en otro tipo de asuntos, pero es descorazonador ver cómo por culpa de la política se nos persigue a quienes lo único que hemos hecho toda la vida es trabajar y trabajar, y que además azucen contra uno a la policía acusándole, con pruebas falsas, de estar metido en asuntos turbios..., es sencillamente descorazonador. Por eso debo agradecer doblemente tu intervención.

–Ya te he dicho que no tienes que darme las gracias, solo cumplía con mi deber, estamos en un país democrático y los jueces somos precisamente los garantes de que no se cometan ese tipo de atropellos e injusticias. Suelo decírselo a menudo a Virginia, mi mujer, «Virginia, si no fuera por nosotros, los jueces, los ciudadanos honrados estarían permanentemente en peligro de ser tratados con total arbitrariedad por los poderes públicos», aunque en el fondo no es necesario que se lo diga porque ella también es licenciada en Derecho y está de acuerdo conmigo en ese aspecto. Ya sabes que tuvo que dejar su trabajo en Galicia para poder venir conmigo a Bilbao, nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

–Por cierto, ya que me hablas de Virginia, ese tema está solucionado. He estado charlando con Rodolfo Elorriaga, creo que has oído hablar de él, es el propietario de uno de los grupos industriales más importantes de esta zona, y me ha dicho que no hay problema, que se incorpore el próximo mes a trabajar. De momento estará como adjunta del jefe de sus servicios jurídicos, con un sueldo equivalente al de un director general, y luego ya veremos, es un grupo muy importante y con mucha proyección. Me hubiera gustado contratarla yo mismo, pero teniendo en cuenta que tu juzgado ha sido el que ha tenido que intervenir para paralizar el acoso que estaba sufriendo y la gente es tan mal pensada, sobre todo los que trabajan en la prensa, me ha parecido más prudente esa solución, que además creo que será muy satisfactoria para Virginia.

–De nuevo tengo que darte las gracias, David, ya conoces a mi mujer, no puede estarse quieta sin hacer nada y para ella fue un sacrificio tener que dejarlo todo para venir a Bilbao, va a ponerse muy contenta cuando se lo diga.

–Pues nada, ya está arreglado, que me llame esta tarde y le diré con quién tiene que contactar para empezar a trabajar cuanto antes. Por cierto, antes de que me vaya – David Herмосilla cogió el maletín que había dejado posar a sus pies y de su interior sacó otro, que abrió de par en par. Estaba lleno de billetes de cinco mil pesetas y el juez calculó, a vista de pájaro, que en su interior habría el equivalente a cinco millones de pesetas–, quería entregarte esto. No me digas que no, soy consciente del excelente trabajo que hacéis muchos jueces y de lo mal remunerados que estáis. Considéralo como un donativo de un ciudadano agradecido.

–No tenías que haberte molestado, David, pero con este dinero seguramente se podrán hacer muchas cosas buenas –por ejemplo, cambiar de coche, regalar un brillante a Virginia, efectuar ese viaje que siempre habíamos deseado hacer, pensó el juez con los ojos brillantes de codicia.

Había sido muy fácil, pensó Herмосilla mientras salía del juzgado y se subía al coche en el que estaba esperándole su chófer. Y barato, además. El amigo que le habló de ese juez había tenido mucha razón, no fue nada difícil metérselo en el bolsillo. Además, le tenía agarrado por los cojones, porque llegado el caso podía demostrar la procedencia de esos billetes. No es que le conviniera que se hiciera pública la operación, pero llegado el caso él tenía sistemas para poner a recaudo tanto su fortuna como su persona, mientras que al juez le estallarían todo en las manos y no

tendría dónde refugiarse.

Miró su rólex de oro auténtico, David Hermosilla nunca utilizaba imitaciones, y comprobó la hora. Había estado en el Palacio de Justicia más tiempo del calculado, así que le dijo al chófer que apretara el acelerador, porque iba a llegar tarde al despacho y aún tenía muchas cosas que hacer. La celeridad con que su empleado cumplió sus órdenes evitó que el comando compuesto por Koldo Ferreira, Markel Irizar y Nekane desistiera de llevar a cabo la acción que tenían asignada. Iban a irse del lugar en el que le habían estado esperando cuando vieron aparecer su vehículo, que se introdujo por la entrada al garaje propiedad del edificio en el que tenían su domicilio social la mayoría de sus empresas.

–Va con cincuenta minutos de retraso –dijo Irizar–, ¿creéis que merece la pena esperarle? Quizás haya cambiado su rutina, y sería absurdo estar aquí parados para nada, con el riesgo de levantar las sospechas de la pasma.

–Normalmente unos veinte minutos después de haber entrado al garaje sale a desayunar –le contestó Ferreira–, así que no perdemos nada si esperamos otros veinte, o mejor aún, treinta minutos. Es posible que al ir con retraso cambie, como tú acabas de decir, su rutina, pero media hora no es mucho tiempo, creo que merece la pena esperar.

–Estoy con Koldo –dijo Nekane–, así que ya lo ves, somos dos votos contra uno.

–Os recuerdo que aquí no se toman las decisiones por votación, soy el responsable del operativo y me toca a mí decidir qué es lo que se va a hacer –repuso malhumorado Irizar–, pero estoy de acuerdo, esperaremos treinta minutos más, como ha dicho Koldo.

En realidad la primera intención de Markel Irizar fue la de largarse, pero sus compañeros le habían dado la excusa perfecta para quedarse. Si finalmente todo salía bien el mérito seguiría siendo suyo, como jefe del comando, pero si el asunto se torcía siempre podría decir que Koldo y Nekane le obligaron a proseguir y que él no tuvo más remedio que acatar la decisión tomada asambleariamente.

Diez minutos más tarde veían cruzar la acera a David Hermosilla. Parecía como si quisiera volver a sus hábitos intentando recuperar en lo posible el tiempo perdido. Todos los miércoles, nadie sabía con certeza por qué tenía que ser precisamente ese día de la semana, pero parece ser que era una reminiscencia de cuando era más joven y aún no había amasado su ingente fortuna, una especie de rito sentimental o quizás el tipo era supersticioso y pensaba que le traía suerte, desayunaba en la misma cafetería un café cortado y un bollo de mantequilla, era el único día que lo hacía fuera de sus oficinas. Le acompañaba siempre su chófer que también ejercía de guardaespaldas y aquella mañana, como las de todos los miércoles del año, salvo en vacaciones o que su jefe y él se encontraran de viaje, también caminaba guardándole las espaldas. Y como todos los miércoles sus ojos bien entrenados escudriñaron inquisitivamente por todas las direcciones, pero no se fijó en los miembros del comando, ya que habían movido el coche de lugar y se habían camuflado

perfectamente entre los viandantes que recorrían la calle.

Los tres miembros del comando sabían que tendrían que esperar, ya que por lo general, y ese día no había sido una excepción, Hermostilla y su escolta se sentaban en una mesa que estaba enfrente de la puerta. Por su actitud distendida daba la impresión de que no lo hacían por motivos de seguridad, sino por costumbre. Incluso el hecho de que el empresario llevara un guardaespaldas parecía deberse más a una cuestión de estatus, se tiene un guardaespaldas como se tiene un reloj de oro o un yate anclado permanentemente en Puerto Banús, que a una necesidad de protección que no sentía, Hermostilla era de esos tipos que se consideraban «intocables». Normalmente el empresario se demoraba media hora en el interior de la cafetería, pero como había sospechado Ferreira, daba la impresión de que estaba empeñado en arañar minutos en cada lugar a los que acudía para ajustarse cuanto antes a su horario cotidiano, por lo que en tan solo veintidós minutos ya se había tomado el café y el bollo y si no había pagado la cuenta se debía a que todos los días 1 de cada mes, o el primero que no fuese festivo en su caso, uno de sus empleados se acercaba puntualmente por la cafetería para abonar todos los gastos más un plus que se repartían religiosamente, a partes iguales, el camarero que solía atenderle y el propio empleado.

El guardaespaldas fue el primero en salir y quizás sospechó algo, porque se quedó mirando a Nekane, que llevaba un gran bolso en bandolera. Allí cabía perfectamente un arma y de hecho la militante de ETA ocultaba una pistola en su interior. Mientras el escolta se acercaba a donde estaba ella David Hermostilla se quedó resguardado en el interior de la cafetería, pero junto a la misma puerta, que permanecía abierta. El empresario no quería perder ni un segundo más de su valioso tiempo y se encontraba allí prácticamente varado, a la espera de que le hicieran la señal de que no había riesgos y podía salir. Pero en lugar de con la señal que esperaba se encontró con tres balas salidas del arma de Koldo Ferreira que, a escasos centímetros de su objetivo, no podía fallar los tiros. Una le entró en el lugar en el que tenía la nariz y las otras dos, cuando ya se caía, en el corazón y en uno de sus pulmones.

Todavía no había empezado a gritar de pánico ningún transeúnte cuando el chófer-guardaespaldas se volvió hacia el lugar en el que debía encontrarse su protegido. Ese fue el momento que aprovechó Nekane para dispararle por la espalda. No acertó, como pretendía, junto a la columna vertebral, sino en uno de sus hombros. Intentó rematarle, pero falló, aunque por los gestos que hizo su objetivo comprendió que le había dado en su pierna izquierda.

–*Goazen, azkar!* ¡Vamos, rápido! –se lo repitió en castellano Koldo, señalándole a Nekane el vehículo que habían robado esa misma mañana y que conducía Markel Irizar.

Nekane se dirigió apresuradamente al vehículo, nerviosa tras haber comprobado que no había conseguido acabar con el guardaespaldas, y debido a ello no se percató de un pequeño obstáculo que había en la calzada. Algo insignificante, una lata de cerveza que un ciudadano con poco espíritu cívico había arrojado al suelo en lugar de

a una papelera, pero lo suficiente para hacer resbalar a Nekane y que esta se cayera, momento que aprovechó el escolta, malherido como estaba, para descargar con toda la rabia que llevaba dentro su pistola sobre el cuerpo de la joven, que parecía convulsionarse a cada disparo que recibía.

Las protestas de Koldo no sirvieron para nada y Markel arrancó el coche, poniéndolo enseguida a gran velocidad y desapareciendo de escena, dejando a Nekane abandonada a su suerte.

–¡Para, joder, para! ¡Que pares, coño! –se desgañitaba Koldo, intentando que su compañero echara marcha atrás y volviera a recoger a Nekane.

–Ahora eres tú el que estás diciendo gilipolleces –le replicó Markel Irizar–. ¿Qué quieres que hagamos, que nos detengan también a nosotros? Soy el primero al que le jode tener que dejarla tirada, pero no podemos hacer otra cosa. Somos militantes revolucionarios, coño, no lo olvides, y sabemos que en cualquier momento nos puede ocurrir lo que le ha ocurrido a ella, pero sería una estupidez que, por intentar un rescate imposible, cayéramos nosotros dos. Lo único que podemos hacer es lo de la canción, ya sabes, «lepoan hartu ta segi aurrera», cargar con ello y seguir adelante.

Koldo sabía que su compañero tenía razón y finalmente se la dio, no era cosa de suicidarse, pero sin embargo una fuerte amargura le envolvió de repente, y no solo por la caída de quien había sido su amante sino por lo que todo aquello conllevaba. Sí, tenía razón Markel, era un militante revolucionario, siempre lo había sido, solo que hasta hace unos meses jamás se le hubiese ocurrido pensar que acabaría empuñando un arma y ahora que sí lo hacía se daba cuenta de lo que eso significaba. El aislamiento total, de la familia, aunque en su caso le daba igual porque ya no le quedaban parientes vivos, de los amigos, quizás de las posibles novias, o el saber que una joven que hacía pocas horas había rozado su piel contra la suya seguramente ya no lo haría nunca más.

Lo que seguramente nunca sabría es que la caída de su compañera les había facilitado la fuga. Aunque casi inmediatamente se pusieron en marcha los dispositivos previstos desde el Ministerio del Interior para controlar las carreteras y los pasos fronterizos, la necesidad de intentar salvar la vida de Nekane para así poder interrogarla y obtener el máximo de datos posibles sobre el comando al que pertenecía hizo que parte de los efectivos policiales se volcaran en esa operación, descuidando, aunque fuese mínimamente, la otra. Uno de los más interesados en que sobreviviera era precisamente el subinspector Pareja, que fue informado casi en tiempo real del atentado y desde un despacho habilitado a tal efecto en la Jefatura Superior de Policía coordinaba las operaciones. Si normalmente la mayoría de sus compañeros le rehuían, en aquellos momentos el aspecto de enfado que no se preocupaba en disimular acrecentaba la aprensión y el temor de todos ellos.

–¡Joder, cómo coño es posible que se hayan escapado! –fue lo primero que dijo tras comprobar que, de momento, los dos hombres que habían participado en el atentado contra Heramosilla parecían haber burlado el cerco–. ¡Pero cómo se puede ser

tan inepto!

No obtuvo ninguna respuesta de los agentes que estaban a sus órdenes, ni la esperaba. Intentó calmarse mientras recapitulaba sobre lo sucedido. En realidad no era algo que se saliese de lo habitual, el año que acababa de finalizar hacía pocos días había arrojado un balance de treinta y dos muertos y el anterior se había saldado con cuarenta y cuatro víctimas, algo así como un asesinato cada diez días. Pero los objetivos habían sido siempre los mismos, guardias civiles, policías, militares, algún taxista o comerciante tildado de chivato policial o algún empresario que se había negado a abonar el impuesto revolucionario o no lo había hecho a plena satisfacción de la banda terrorista. Los dos últimos atentados, en cambio, abrían una incógnita que tenía que solventar cuanto antes. Primero había sido Isidro Amunárriz y ahora David Hermosilla. En uno de los casos se trataba de un famoso relaciones públicas donostiarra, metido en mil saraos y conocido en casi todos los rincones de las Vascongadas. En el otro, de un empresario bilbaíno cuyo nombre no sonaba tanto como el de Amunárriz, pero sí lo suficiente como para que la gente bien informada supiera que se trataba una de las principales fortunas de la región. Las especulaciones periodísticas indicaban que el guipuzcoano había sido puesto en el punto de mira de ETA seguramente por haberse ido de la lengua cuando no debía, su conocimiento de todos los rincones de su provincia natal seguramente le había proporcionado una información que no supo gestionar adecuadamente lo que habría enojado a los terroristas. En cuanto al vizcaíno todas las hipótesis apuntaban a que se negó rotundamente a pagar el impuesto revolucionario. Ambas teorías, por separado, podían ser razonables y asumibles, pero él sabía que las cosas no eran tan sencillas. Seguramente en unos días o semanas, como era habitual, la organización terrorista sacaría un comunicado explicando el motivo de sus acciones, pero a él no le gustaba esperar a que los demás movieran ficha, a él le gustaba ir siempre por delante.

Salió del despacho que le habían asignado y a grandes zancadas se acercó hasta el refugio del inspector Villalpando, que se encontraba reunido con el subinspector Ortigosa, aparentemente enfrascados en la tediosa redacción de sendos informes que tenían que elevar a la superioridad.

–Supongo que estaréis al tanto de las últimas noticias –les espetó directamente, sin mayores preámbulos ni cortesías.

–Si te refieres al atentado en el que ha fallecido David Hermosilla sí, estamos al tanto. Qué quieres que te diga, no me alegro de que le hayan matado, pero si hubiera podido encarcelarle, como se merecía, quién sabe, igual seguiría vivo todavía.

–No me toques los cojones, Villalpando, no me toques los cojones, que no está el horno para bollos –bramó Pareja–. Si Hermosilla seguía en libertad se debía exclusivamente a que el juez de guardia no encontró nada que le incriminara y tenía razón, pero no es ese el caso, ya te dije en su momento que hay cosas que ignoras, que ignoráis –rectificó dirigiéndose también a Ortigosa e indirectamente al resto de los policías asignados al grupo que dirigía Villalpando– y que tendréis que seguir

ignorando en el futuro, pero ya que lo tuvisteis durante un tiempo en el punto de mira hay una pregunta que quiero que me contestes con total seguridad. Mientras investigabas a Herмосilla, ¿detectasteis algo sospechoso, si le seguían o vigilaban terceras personas, por ejemplo, o si había recibido algún tipo de amenazas?

–¡Coño, Pareja, parece que no te enteras! –seguramente fue la tensión lo que hizo estallar a Villalpando, generando sorpresa e incluso temor en su subordinado, que no entendía que se atreviese a hablar de esa manera a un tipo tan peligroso como Antonio Pareja–, sabes perfectamente, porque has tenido acceso a toda la documentación y diligencias, que en ningún momento vigilamos a Herмосilla. Lo que teníamos contra él, que pese a lo que digáis Su Señoría y tú mismo creo que era más que suficiente para empapelarle si se nos hubiese permitido intervenir sus comunicaciones, llegó a nuestro conocimiento por una documentación que se nos remitió anónimamente. En ningún momento le hemos tenido bajo vigilancia. Y tampoco aparece en esos papeles, que seguramente ya has leído, que se sintiera amenazado por ETA o por cualquier otra persona u organización.

Antonio Pareja miró inquisitivamente a Villalpando, como si sopesara la sinceridad y veracidad de sus palabras. Para mayor sorpresa de Ortigosa, no parecía estar enojado con su jefe sino sinceramente interesado en lo que acababa de escuchar.

–De acuerdo, tienes razón –concedió finalmente Pareja–. ¿En qué estáis trabajando ahora?

–¿Y a ti eso qué coño te importa?

–Me importa, claro que me importa, creo que ya te lo dejé bien claro anteriormente. Porque además se da la puta casualidad de que últimamente en cada caso que has estado investigando ha aparecido algún episodio que lo hilaba con ETA, y no me gusta, no me gusta nada. Ya te dije en otra ocasión que la caza mayor tienes que dejarla a los expertos.

–Por mí puedes quedártela todo lo que quieras, nosotros no cobramos el plus que cobráis quienes os dedicáis a esos asuntos, así que para ti para siempre, lo único que deseamos es que a su vez nos dejes trabajar en paz y no interfieras en nuestras operaciones.

–Vuelves a estar equivocado, Villalpando, es al revés, eres tú quien no debe volver a interferir en cierto tipo de asuntos, por eso debes tenerme informado de en qué andáis metidos. No es una sugerencia, ¿necesitas que te dé una orden firmada por el Jefe Superior o el propio Ministro del Interior? Porque si eso es lo que necesitas, por mí no hay ningún problema, dentro de media hora te la traigo.

–De acuerdo, tú ganas, pero la verdad es que en estos momentos, después del fiasco judicial producido en el asunto Herмосilla, no llevamos nada grande entre manos, las típicas detenciones de yonquis que trapichean para pagarse la dosis y algún que otro movimiento de mercancía que estamos a punto de requisar, seguramente mañana haremos una pequeña redada, si necesitas más datos Ortigosa –señaló a su ayudante– te los puede proporcionar.

–Más tarde, ahora tengo cosas más urgentes que hacer, pero suspended cualquier tipo de actividad hasta que hayáis hablado conmigo.

Sin dar más explicaciones el subinspector Pareja se despidió de los dos policías y tras recoger un coche camuflado, sin distintivos que lo identificaran como policial, se dirigió hacia el Hospital de Basurto, donde estaba ingresada Nekane Iturralde, la activista de ETA herida en el atentado que acabó con la vida de David Hermosilla. Uno de los policías que custodiaba a la detenida le había avisado hacía unos pocos minutos de que ya había salido del postoperatorio. Aún no se encontraba en condiciones de recibir a nadie, según los médicos, pero eso no constituía ningún problema para él.

La oposición de médicos y enfermeras, en efecto, no hizo mella en el ánimo del subinspector Pareja, que dejó bien claro que cualquier intento por impedir su entrada en la habitación de Nekane Iturralde podría considerarse complicidad con el terrorismo.

–Con un poco de suerte, o más bien con mucha suerte porque ya procuraría yo que eso no sucediera, y tengo medios para hacerlo, os podría tocar un juez tiquis miquis, de esos que se la cogen con papel de fumar, que desestimaría procesaros por colaboración con banda armada, pero para cuando eso sucediera habríais pasado ya unos cuantos días incomunicados, no sé si sabéis que según la legislación vigente podéis estar hasta cinco días recluidos sin ver a nadie y sin ser puestos a disposición judicial, y en cinco días pueden ocurrir muchas cosas y ninguna buena. Y la peor de ellas, creedme, no sería el estigma social de haber estado ingresado en unos calabozos policiales.

En realidad no fueron tanto las amenazas proferidas por el subinspector Pareja, aunque influyeron también, lo que provocó que se sometieran a sus exigencias, sino la firme determinación que emanaba de su persona, parecía claro que estaba dispuesto a pasar por encima de todos ellos para lograr su objetivo, y sobre todo la certeza de que gozaba de total impunidad para hacer lo que creyera conveniente y necesario.

Aunque Nekane Iturralde había conseguido salir viva de una operación que duró varias horas, viéndola tendida en aquella cama de hospital daba la impresión de que la balanza se inclinaba más por el lado que señalaba la muerte que por el que indicaba la vida, pero eso no inquietó a Pareja, todo lo contrario, le espoleó a llevar cuanto antes el interrogatorio que tenía previsto hacer, no fuera a morirse sin que hubiese podido intercambiar unas cuantas frases con ella.

Sin la menor delicadeza la despertó, pese a estar sedada. Apenas unos balbuceos le hicieron comprender que quizás no estaba consciente del todo, pero eso no desanimó al subinspector, que le arreó dos fuertes bofetadas en sus mejillas, con la intención de espabilarla del todo.

–Despierta, zorra, que tienes que contestar a algunas preguntas.

–¿Qué pasa?, ¿quién eres?, ¿qué quieres? –hablaba con un hilillo de voz, tan bajo que Pareja tuvo que poner todos sus sentidos en escucharla, pero no era la primera

vez que se encontraba en una situación similar, así que no le costó mucho hacerlo.

–Aquí las preguntas las hago yo, zorra. Soy policía y tú estás detenida por intentar matar a David Hermosilla. Como verás te ha salido el tiro por la culata, porque Hermosilla está vivo –mintió– y tú, en cambio, ingresada en un hospital.

–Eso es mentira, el cabrón ese está muerto, lo vi con mis propios ojos.

–¿Con estos ojos? –Pareja le hundió con sus dedos los globos oculares, con la presión suficiente para causarle un terrible dolor, aunque no tanto como para dejarla ciega. Nekane intentó chillar, pero el antebrazo del policía se posó encima de su boca, impidiéndoselo–. ¿Ves lo que te puede ocurrir si no colaboras? –volvió a decirle, mientras simultáneamente aflojaba su presa.

–Vete a tomar por el culo.

–¿Quieres pelea? No te lo recomiendo, porque llevas las de perder, pero es tu decisión –nada más decir esto Pareja le asestó un fuerte puñetazo en el estómago, que la hizo perder de nuevo el conocimiento. Para volver a despertarla tuvo que recurrir a pellizcarle fuertemente los pezones, por debajo de su blusa, hasta casi sacarla sangre.

–¿Vas a decirme por qué atentasteis contra Hermosilla?

Durante unos segundos Nekane le miró ida, con los irritados ojos perdidos en Dios sabe qué lugar, por eso Pareja se vio obligado a retorcerle de nuevo los pezones. Por fin, cuando soltó su presa, pudo escuchar cómo decía, con una voz casi inaudible, la palabra «drogas».

Así que habían atentado contra David Hermosilla por ser uno de los responsables de la introducción y venta de drogas en el País Vasco. Era tal y como se lo había imaginado, pero quería saberlo cuanto antes, sin tener que esperar al próximo comunicado de la organización terrorista.

–Así que ahora atizáis a los traficantes –Pareja usó el tono de voz que usaría un atento y cariñoso padre con una hija enferma– ¿A qué se debe esta nueva línea de actuación?, ¿es algo esporádico o pensáis seguir cometiendo este tipo de atentados?

Como única respuesta Nekane volvió a mandarle a tomar por culo, aunque lo que pronunció fue «ulo», suficiente como para que Pareja se diese por enterado y actuara en consecuencia. En esta ocasión no fueron los ojos ni los pezones el objeto de su ira, sino que fue rompiéndole una por una las uñas de su mano izquierda, mientras le impedía gritar, no tanto porque no lo oyeran en el exterior de la habitación, sino para evitarle ese simple aunque primario desahogo.

–Por favor, por favor –con un gran esfuerzo Nekane pronunció perfectamente, y por partida doble, esas dos palabras.

–Contéstame a lo que te he preguntado antes y te dejaré en paz.

–Oldo –se esforzó en decir Nekane.

–¿Oldo? ¿Qué es eso de «oldo»? –preguntó nuevamente Pareja. Creía saber a qué se refería la chica, pero antes quería confirmarlo.

–Koldo –dijo esta vez Nekane, y daba la impresión de que era la última palabra que iba a poder pronunciar en su vida.

–¿Koldo? ¿Te refieres, quizás, a Koldo Ferreira?

En esta ocasión Nekane no pronunció ninguna palabra, se limitó a asentir con la cabeza. «Así que Koldo Ferreira ha sido el instigador de estos atentados», pensó Pareja. Todo parecía encajar, al parecer ETA había decidido iniciar una campaña contra los traficantes de drogas, pensando seguramente que así conseguiría la complicidad o, al menos, la simpatía y el agradecimiento de un sector de la población. Y también parecía encajar con lo que sabía sobre él, que había pasado demasiado bruscamente de ser un sindicalista de extrema izquierda a convertirse en un terrorista de ETA. Conocía, gracias a Villalpando, el historial de Ferreira y en el fondo le daba la impresión de que más que por la independencia de Euskadi por lo que luchaba era por vengar la muerte de su hermano pequeño. Pero fuese por lo que fuese, preveía problemas, y gordos. Y a él le pagaban, y muy bien además, por solucionar los problemas, preferiblemente antes de que surgieran.

Volvió a fijar su vista en Nekane, que daba la impresión de estar exhausta y en las últimas. Agarró la almohada y la apretó sobre su cara. La joven no opuso resistencia y a los pocos segundos estaba ya muerta. En el fondo le había hecho un favor, como se hace a los perros que están malheridos cuando se les pega un tiro. Cuando salió les dijo a los médicos que había fallecido mientras intentaba hablar con ella.

–Supongo que desde este mismo momento ustedes están ya libres de todo, la responsabilidad pasa a otras manos –añadió al ver el gesto de escepticismo, e incluso de irritación, que apareció en alguno de los rostros–, a partir de ahora será al médico forense a quien le tocará hacerse cargo de la muerta. Tendrán que hacerle la autopsia, por supuesto, pero más que nada por seguir el trámite procesal, es evidente que pese a sus denodados y loables esfuerzos –sonrió en dirección a los sanitarios que le observaban– no ha conseguido sobrevivir a los disparos recibidos. Sobre ese aspecto no hay ni habrá dudas en el futuro –recalcó estas palabras, parecía como si estuviera subrayándolas–. Es una lástima, pero ya lo dice la Biblia, el que a hierro mata, a hierro muere.

A Markel Irizar le gustaba trabajar en la sombra, no era muy amigo de acudir a saraos ni a actos públicos, si algo valoraba por encima de todo era su intimidad, solía pensar, y ahora que ejercía como asesor del Departamento del Interior del Gobierno Vasco comprobaba con satisfacción que sus pensamientos eran acertados, que el poder se ejerce mucho mejor lejos de los focos que exponiéndose a la luz pública, pero aún así era consciente de que por su condición de cargo político de vez en cuando devenía ineludible su asistencia a cierto tipo de actos muy concretos y específicos. Por eso aquel día se encontraba en el interior del Palacio Euskalduna, en el Auditorium, participando en unas jornadas sobre el trabajo de los bomberos y servicios de emergencia en la Comunidad Autónoma Vasca y en el resto de los países occidentales.

No hacía mucho se había conmemorado el décimo aniversario del atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y a raíz de ello se publicaron infinidad de artículos periodísticos y se emitieron un número similar de programas televisivos y radiofónicos en los que, entre otros muchos aspectos, se resaltaba la abnegación y el sacrificio de los bomberos neoyorquinos, muchos de los cuales fallecieron mientras intentaban rescatar a sus conciudadanos encerrados en lo que resultó ser una trampa mortal. Esos artículos y reportajes encendieron una bombilla en algún alto cargo del gobierno y aprovechando que estaba prevista la celebración de un congreso sobre la materia en Bilbao, se invitó a una delegación de los bomberos neoyorquinos para que, junto a los vascos y los representantes de otras comunidades autónomas del Estado Español, participaran en las diversas ponencias y grupos de trabajo que se habían organizado. La presencia de los héroes de Nueva York convirtió lo que iba a ser un congreso profesional como otros, en un espectáculo de masas capaz de atraer la atención de la prensa y, por tanto, de los dirigentes políticos, sobre todo de quienes por su puesto tenían relación con la materia tratada en el congreso; de ahí que no solo Markel Irizar sino el mismo consejero del Interior y algunos altos cargos más del Gobierno Vasco acudieran a realzar, con su presencia, el acto inaugural.

Entre los periodistas acreditados se encontraba Alberto Mellado Angulo, que no separaba sus ojos de Markel Irizar. Cumpliendo su palabra, y demostrando nuevamente que era un tipo de fiar, su mentor, el hombre al que conocía como Javier Arroyo, le consiguió una acreditación para poder asistir al congreso y le explicó lo que tenía que hacer. Ese iba a ser su gran día, el día en el que todo el mundo iba a saber quién era Alberto Mellado, el día en el que todo el mundo se iba a percatar de que se habían confundido terriblemente al pensar en él como un deshecho humano, un gilipollas de mierda que sobrevivía a base de picos de heroína. Ese era el día en que les iba a demostrar que era un auténtico patriota que no se paraba en barras cuando llegaba la hora de castigar a los terroristas y sus cómplices.

Le habría encantado llevar su recientemente adquirida Minimi, la pequeña

ametralladora de fabricación belga que le había proporcionado Javier Arroyo, pero este le disuadió explicándole que se trataba de un arma muy difícil de ocultar, pese a su reducido tamaño, y aún más difícil de introducir en el interior del Palacio Euskalduna.

—Tengo algo mucho mejor para ti —le dijo, mostrándole una Star del calibre 22 LR, modelo FR, una pistola semiautomática fabricada hacía ya muchos años en Eibar, pero que aún conservaba su precisión y se mantenía limpia y brillante por dentro y por fuera—. Con esto no podrás fallar y será mucho más fácil introducirla en el Euskalduna.

Arroyo le explicó perfectamente el plan. Unas horas antes de que comenzara el acto uno de los miembros del equipo que tenía que verificar la seguridad del local guardaría la Star en uno de los baños de caballeros que había junto al Auditorium, dentro de la cisterna de uno de los retretes en el que, para mayor seguridad de que no había problemas, un cartel con la leyenda «averiado-disculpen las molestias» desanimaría a cualquier persona que hubiera tenido la intención de utilizarlo. Alberto Mellado, una vez dentro, lo único que tenía que hacer era recogerla y esperar al momento oportuno.

Al principio la idea no le gustó demasiado. Pese a que gracias al material que le proporcionaba el propio Javier Arroyo en los últimos tiempos vivía entre nebulosas, le pareció que eso era un suicidio, y así se lo manifestó a su mentor.

—¿Es que ya no confías en mí? —le preguntó este con dureza—. ¿Acaso te he fallado alguna vez?

—No, no, no es eso —el temor apareció en los ojos de Alberto Mellado—, pero no entiendo cómo voy a poder escapar, dentro de un recinto cerrado que va a estar vigilado por todos los sitios.

Quizás, después de todo, Alberto Mellado no fuese gilipollas de nacimiento, después de todo, pensó por un momento Javier Arroyo, pero daba igual, los embates de la vida le habían convertido en un gilipollas de récord Guinness y en esos momentos era plastilina maleable en sus manos, así que no tuvo problemas para persuadirle de que sus temores eran totalmente infundados.

—En eso tienes razón —le contestó finalmente—, no vas a poder escapar, ahí está el truco, ¿lo pillas?

Era evidente que Alberto no lo pillaba, incluso que no le seducía para nada la idea, así que Javier Arroyo hizo un esfuerzo suplementario para explicárselo de modo que lo entendiera y no pusiera objeciones.

—Aunque a simple vista lo parezca, escapar no siempre es una buena idea. ¿Cómo ibas a hacerlo, a pie? Imposible. ¿En coche? Aparcar enfrente del Palacio Euskalduna es impensable, ni siquiera en sus cercanías, ten en cuenta que van a asistir un montón de autoridades y que rastrearán al milímetro cada baldosa. Seguramente podríamos pergeñar un montón de planes de fuga, pero me temo que ninguno sería perfecto y corremos el riesgo de que te detengan fácilmente. No, es mejor que no lo intentemos.

–Entonces, ¿qué va a pasar conmigo? –se notaba que Alberto intentaba seguir las explicaciones de su mentor, pero no acababa de entender sus hipotéticas virtudes.

–Te detendrán, eso ya ha quedado claro –contestó Javier Arroyo, imperturbable, como si le molestara tener que repetirlo de nuevo–, pero te detendrá gente de los nuestros.

–¿De los nuestros?

–Sí, de los nuestros –Arroyo empezaba a mostrar ostensibles signos de irritación, lo que despertó las alarmas de Alberto, que no quería que se enojara con él la única persona que le había tendido una mano en los últimos años–, y, por favor, no repitas constantemente lo que yo digo. Como comprenderás una operación de este tipo no se puede improvisar, hay que tenerlo todo previsto, de ahí que hayamos desechado la fuga al momento, por los riesgos que implica. Te detendrán dos hombres que tengo infiltrados entre las fuerzas de seguridad que vigilarán el acto y luego, cuando vayan a llevarte a comisaría para interrogarte, un accidente posibilitará que escapes sin que haya nadie cerca que pueda seguir tus pasos. ¿Qué te parece el plan?

–Cojonudo, tío, cojonudo, hay que admitir que eres la hostia. Solo que de ese modo todo el mundo sabrá que he sido yo el autor, ¿no?

–Sí, claro, pero aunque eso parezca un inconveniente, tiene sus ventajas. Por una parte la organización que hemos creado, el VAT, Venganza AntiTerrorista, no será una entelequia, un grupo fantasma, tendrá caras y ojos, la cara y los ojos de una víctima del terrorismo que al darse cuenta de que las autoridades políticas han sido y seguirán siendo cómplices, por acción u omisión de esta lacra, ha decidido pasar a la acción, como un auténtico patriota. Tu nombre saldrá en la prensa, es cierto, pero la mayor parte de la gente que lo lea pensará que es el nombre de un héroe.

A Alberto Mellado solo le faltó babear de gusto, como si fuese un perro al que le acabaran de dar un hueso, y mucho más cuando escuchó las siguientes palabras de Javier Arroyo.

–Por supuesto, ya te he dicho que eso tiene un pequeño inconveniente, que estarás «quemado» para futuras actividades, ya que la policía también conocerá tu identidad, pero en realidad eso no va a ser ningún inconveniente porque, como ya hemos hablado con anterioridad, cuando te escapes de los agentes que te detengan, tu destino será Brasil. No podrás participar en más acciones del VAT, y es una lástima, pero a ti te habrá correspondido el privilegio de iniciar lo que se prevé una larga y gloriosa lucha, y ese honor no te lo podrá quitar nadie. Además, ya sabes –le guiño un ojo al decirlo– que en Brasil no vas a estar solo.

Alberto Mellado volvió a sonreír al recordar el vídeo que hacía unos pocos días le mostró su mentor en el que una mulata con más curvas que una carretera del tercer mundo le decía que le habían hablado de él y que esperaba con ansiedad el momento de tener entre sus brazos (aunque en el vídeo se señalaba las tetas) a un auténtico héroe y caballero español. Viendo su reacción, Javier Arroyo se preguntó si era posible que alguien fuese tan gilipollas y si esa característica de Alberto, que le hacía

tan manipulable, no sería un inconveniente a la hora de llevar a cabo la misión, pero desechó la idea, él en persona estaba entrenándole y sabía que no le iba a fallar.

Ahora, en el interior del Palacio Euskalduna, Alberto Mellado, como había supuesto Javier Arroyo, no albergaba ya la más pequeña duda sobre su misión y sin vacilar ni un momento se acercó hasta el punto indicado y comprobó nuevamente, con satisfacción, que su tutor nunca le fallaba. Guardó la Star que acababa de recuperar en el interior de su chaqueta y volvió, con paso firme, a la sala en la que, tras haberse escuchado y debatido varias ponencias, los asistentes estaban participando en un «coffee break», la expresión con la que últimamente se quería dar más realce al clásico tentempié de toda la vida, para relajarse y tomar fuerzas antes de volver al Auditorium y sumergirse en la escucha de unas cuantas tediosas conferencias más.

La pistola le hacía un pequeño gesto en la chaqueta, pero eso no preocupó a Alberto. Tenía su acreditación en regla y había sido cacheado cuidadosamente antes de permitírsele el acceso al local, así que no creía que nadie se mostrara suspicaz si se percataba de ello. En el peor de los casos pensarían que era uno más de la pléyade de escoltas que ese día pululaban por el Euskalduna Jauregia.

Cuando se acercó al rincón que ocupaba Markel Irizar, este estaba metiéndose en la boca un pincho de tortilla de patata, hablando con un par de congresistas de inequívoco aspecto yanqui y flanqueado por dos armarios con patas que, evidentemente, eran sus guardaespaldas. A Alberto le gustó el detalle, el asesor del Departamento del Interior era un hombre de gustos clásicos que, al igual que él mismo, rechazaba esos nuevos pinchos de diseño en los que uno no sabe lo que come la mayoría de las veces y se decantaba por lo tradicional, la tortilla de patata, la chistorra o el bocadito de jamón, pero esa afinidad gastronómica no le iba a disuadir a la hora de cumplir con su misión, el asesor era un terrorista, amigo y protector de terroristas, y tenía que ser castigado por ello.

Uno de los escoltas de Irizar debió sospechar algo porque sacó su arma, pero no lo hizo lo suficientemente rápido como para evitar que Alberto disparara sobre su protegido y sobre él mismo y su compañero. A la distancia con la que efectuó los disparos, no hacía falta que ningún médico se abalanzara sobre ellos para dictaminar cuál era su estado de salud, estaban muertos y lo único que podría hacerles ese hipotético médico en todo caso, sería la autopsia.

Alberto Mellado, siguiendo el guión que le había escrito su mentor, arrojó la Star al suelo y, sonriendo, se llevó ambas manos a la cabeza, pero algo debió fallar en ese guión que llevaba tan bien aprendido, porque en lugar de sentir dos brazos que le colocaban unas esposas lo que de repente golpeó su cuerpo fue una ráfaga de disparos que impactaron contra él, haciéndole caer al suelo mientras junto a la sangre se le iba también la vida a chorros.

Antes de morir, en el único momento de lucidez que tuvo en los últimos veinticinco años, Alberto Mellado se dio cuenta de que, efectivamente, había sido un

gilipollas durante toda su puta vida.

Nunca había necesitado el despertador para levantarse de la cama, pero aquel día se sentía especialmente perezoso. Llevaba más de una semana escondido en uno de los pisos francos que la organización tenía en Barakaldo, a la espera de entrar en acción, y esa espera le estaba llevando a plantearse muchas cosas, toda su vida en realidad.

Palpó el lado opuesto de la cama, pero allí no había nadie, cómo lo iba a haber, hacía ya algunos meses que Nekane había muerto, tras la operación en la que acabaron con la vida de David Hermosilla y ella, debido a un estúpido accidente, no logró huir con el resto del comando. Seguramente había muerto torturada, pensó con rabia Koldo, como denunció el diario «Egin» pocos días después de que salieran los hechos a la luz, ganándose una querrela interpuesta por el Gobierno Civil de Vizcaya. ¡Qué hijos de puta y torturadores!, dijo para sus adentros, aunque quizás él no fuera muy diferente a quienes la mataron, teniendo en cuenta que dentro de muy pocas horas iba a asesinar a un ciudadano, un narcotraficante, era cierto, pero un ciudadano a fin de cuentas, con su vida, su mujer, quizás sus hijos, sus padres y hermanos, sus amigos.

Llevaba ya más de dos años militando en ETA y en ocasiones le costaba recordar por qué había sido tan estúpido o inconsciente como para tomar esa decisión. Era cierto que desde que empezó a tener conciencia política había estado a favor de la autodeterminación de los pueblos que conformaban el Estado Español, pero siempre partiendo de una postura marxista-leninista y unionista, no separatista, y sin embargo ahora se encontraba luchando con las armas por la independencia de Euskal Herria. La vida da muchas vueltas, sobre eso no le cabía ninguna duda, seguramente si su hermano pequeño no hubiese muerto de sobredosis no se encontraría en ese momento empuñando las armas. Cada uno tiene su historia, quién sabe, quizás si en otras circunstancias diferentes a las que seguramente vivió el ciudadano al que dentro de pocas horas iba a matar hubiese tenido la ocasión de cambiar de trabajo o de estudios, o hubiese conocido a una mujer o a unos amigos diferentes a los que tenía, es posible que hubiese acabado siendo un honesto ciudadano de misa dominical y no se encontraría próximamente en su punto de mira.

De repente se dio cuenta de que no solo se encontraba hastiado sino, sobre todo, cansado y desmotivado. Como Jonás, había penetrado en el interior de la ballena y ahora no sabía cómo salir. Porque estaba claro que quería salir, aunque no iba a ser fácil. La tarde anterior, quizás eso reforzó su melancolía, escuchó en el pequeño transistor que le acompañaba a todas horas la terrible noticia. María Dolores González Katarain, más conocida como Yoyes, había sido asesinada por sus propios compañeros que no le perdonaban lo que consideraban una desertión.

–Somos un ejército en guerra contra el opresor español –le dijo Markel Irizar cuando comentó con él la noticia–, y en todos los ejércitos, en tiempo de guerra, se fusila a los desertores.

¿Había sido Yoyes una desertora o simplemente una mujer que, cansada de la violencia, tomó la decisión de vivir con su marido y su hijo en su pueblo, en paz y libertad, luchando pacíficamente por los ideales que la habían movido durante toda su vida? ¿Era él un justiciero que intentaba luchar contra una lacra que estaba acabando con muchos jóvenes vascos o un pistolero que se tomaba la justicia por su mano? Era cierto que desde que ingresó en ETA solo había atentado contra delincuentes que envenenaban a la población, pero eso en el fondo no significaba nada, por mucho que uno intente justificarse, si perteneces a una organización lo haces con todas las consecuencias, asumiendo todo lo que hacen tus compañeros y, por tanto, asumiendo también el resto de los asesinatos.

Quizás debería dejarlo. No, con toda seguridad debería dejarlo, pero ¿cuál era el camino? ¿Yéndose sin más, quizás al extranjero, a iniciar una nueva vida? ¿Entregándose a la policía? ¿Hablarlo con la dirección y marcharse amistosamente, sin tener que dar un portazo? Visto lo que había ocurrido con Yoyes esto último no parecía lo más factible, desde luego. Se miró las manos, grandes, fuertes. Pese a lo que insinúan las imágenes literarias, no le parecían unas manos teñidas en sangre sino las de un hombre que la mayor parte de su vida las había utilizado para trabajar. Todavía podían servir para eso, en lugar de para disparar balas del calibre 9 milímetros *parabellum*, pensó con cierta tristeza.

De nuevo se acordó de Nekane. Quizás si ella estuviese aún viva..., aunque no lo creía posible, ella sí que estaba entregada a la causa. Además, ni siquiera estaba seguro de si la había amado o no. Se llevaban bien, lo pasaban estupendamente juntos y en la cama funcionaban como un reloj suizo. ¿Era eso suficiente? Por lo que él sabía, de cuando tenía una vida normal y se relacionaba con gente normal, era más de lo que muchas parejas estables compartían. Y sin embargo, tenía su lógica que las cosas hubiesen acabado así, por mucho que se empeñara en imaginárselo, con una insistencia casi masoquista, jamás habría existido un futuro compartido para los dos, seguramente ni siquiera había un futuro para él en solitario.

Sacó del interior de su camiseta los folios con los que se había estado entreteniendo para ocupar de algún modo el exceso de tiempo libre que había tenido en los últimos días. Estaban completamente arrugados y olían a sudor, pero no quería arriesgarse a que los leyera Markel, no porque pudieran comprometerle sino porque eran parte de sí mismo, de su propia intimidad, y no quería compartirlos con nadie.

De pequeño, cuando desconocía el significado de las palabras Euskadi, patria, España, socialismo, revolución, lucha armada, marxismo, fascismo, capitalismo, etc., es decir, cuando aún era feliz y creía que lo iba a ser siempre, le gustaba escribir. Luego, cuando ya más mayor, con eso que quizás irónicamente se denomina «uso de razón», tuvo que enfrentarse a la realidad dejó de hacerlo, no porque ya no le gustara escribir sino porque apenas tenía tiempo ocupado, como estaba, en cosas mucho más importantes y vitales. Hasta que hacía muy pocos días le había vuelto la necesidad de expresarse por escrito y casi sin darse cuenta acabó un relato al que tituló «Latidos».

Lo releyó unas cuantas veces, no por narcisismo sino porque en el fondo él mismo estaba sorprendido por lo que en aquellos escasos folios había quedado plasmado.

Por primera vez desde que hacía ya muchos años ingresó en la organización, la mano de Iker sudaba mientras agarraba la pistola con la que dentro de escasos minutos cercenaría la vida de otro enemigo del pueblo. El cabrón ese, un lacayo del estado opresor, se estaba retrasando y empezaba a notar un áspero reseco en su boca. Intentó no pensar en lo que iba a suceder dentro de muy poco tiempo, pero no podía evitar darle vueltas en su cabeza. Nunca hasta entonces había tenido la menor duda acerca de que hacía lo correcto, así que no había ninguna razón para que ahora cambiara de actitud.

Además, él era Iker Goikolea, uno de los militantes auténticamente duros de la organización, forjado durante más de veinticinco años en la lucha. Había sufrido detenciones y torturas y las había aguantado reciamente, virilmente, sabiendo que la causa era mucho más importante que su propia vida. Aún conservaba en su cuerpo las cicatrices delatoras de su paso por cuartelillos y comisarías. Extrañamente, pensar en eso no le consoló como en otras ocasiones. Esas cicatrices, las físicas, habían sido curadas, eran tan solo una huella del pasado que ya no le producía ningún dolor. Eran otras heridas las que aún permanecían vivas, sin cicatrizar.

Goizalde, su compañera, le sonrió tímidamente, en un gesto que a él le pareció de apoyo y solidaridad. Era curioso. Se trataba de la primera acción en la que participaba su nueva camarada. Se suponía que era él, el militante veterano y experimentado, quien debía tranquilizar y dar ánimos a la novata y, sin embargo, parecía que estaba ocurriendo todo lo contrario, como si fuese el mundo al revés. Intentó imaginarse qué es lo que pasaría por su cabeza. ¿Miedo, temor, excitación? ¿Pensaba tal vez que acabaría convirtiéndose en una heroína del pueblo, que gracias a ella y a la pistola que sostenía en su mano, Euskal Herria estaba más cerca de conseguir su independencia? Esas habían sido, al menos, las ideas que pasaron por la suya cuando ingresó en la organización. ¿Se estaría repitiendo la historia? Al menos cuando él inició la lucha había un objetivo claro, una dictadura fascista que conculcaba sistemáticamente las libertades populares, pero ahora... Los jefes, esos hombres que jamás habían puesto en peligro su vida, proclamaban que seguía habiendo una dictadura solo que oculta bajo el disfraz de una democracia burguesa. Quizás tuvieran razón, pero daba la impresión de que al pueblo le gustaba ese disfraz. Alguien, no recordaba quién, creía que un escritor del siglo XIX, pero no estaba seguro, llevaba más años trabajando con las armas que con los libros, dijo una vez que en España todo el año era carnaval. Pues bien, ese dicho quizás pudiera aplicarse también al país de los vascos. Sí, a sus compatriotas les gustaba ese disfraz. Incluso a su padre le había gustado.

Goizalde volvió a sonreírle y decidió devolverle la sonrisa. En realidad se había equivocado anteriormente. La impasibilidad de su compañera, su reconcentrada

frialdad, sus gestos de ánimo, no eran sino la máscara –otra vez el carnaval– bajo la que se ocultaba un invencible nerviosismo. Cada vez eran más jóvenes y menos preparados, otra señal del ocaso. Ya no había campos de entrenamiento en Argelia, Palestina o el Yemen, ahora pasaban de vociferar en una manifestación a pegar tiros. Lo admitieran o no los dirigentes, habían perdido la guerra. Y la habían perdido sin honor o, por lo menos, eso pensaba la mayoría del pueblo por el que decían que luchaban. Su padre también fue derrotado en una guerra, pero él sí la perdió con honor, él sí pudo andar siempre con la cabeza bien alta, mientras en el pueblo la gente alababa su capacidad de lucha y sacrificio, su humanidad y desprendimiento, su honradez y generosidad.

¡Otra vez su padre! Quizás, después de veinticinco años, estaba obligado a reconocer que tenía razón. O tan solo pensaba en él porque aún no hacía ni un año que había fallecido. Un año, doce largos meses, y ni siquiera pudo acudir a su entierro, no pudo acercarse a besar el féretro para darle el último adiós. Le había estado vedado abrazar a su madre para consolarla. No podía hacer eso, era un huído, un fugitivo, un hombre buscado por la policía, que vivía en la clandestinidad, entre tinieblas.

Veinticinco años, un cuarto de siglo. Veinticinco años separado de su familia, enemistado con su padre, viviendo como un animal acosado. ¿Se habría equivocado? Dios, no podía haberse equivocado, no podía haber tirado por la borda toda su vida por una simple y llana equivocación.

–Goizalde, ¿por qué estás aquí? –le preguntó a su compañera, como intentando que su espíritu juvenil, su idealismo aún virgen, le insuflara moral y le reafirmara en el camino emprendido.

–Bueno, esto, pues ya sabes, ¿no? –le contestó dubitativa Goizalde, extrañada por la pregunta–, no hacemos más que cumplir órdenes, tenemos que ejecutar a ese txakurra, a ese torturador.

–No, no me refiero a eso, quiero decir por qué te uniste a la organización.

–Bueno, eso está aún más claro, por qué iba a ser, para luchar por la libertad de nuestro pueblo.

–Lo sé, pero quizás haya otros medios de lucha, otras organizaciones, hay partidos políticos, sindicatos, asociaciones culturales y juveniles, incluso religiosas. ¿Por qué decidiste empuñar un arma?

Esta vez la mirada de Goizalde más que sorprendida fue totalmente recelosa. No entendía a qué venía ese interrogatorio, quizás la organización dudaba de ella y la estaban poniendo a prueba. Conocía la fama de Iker, su carácter de duro entre los duros, inflexible consigo mismo y con los militantes, y por unos segundos tuvo miedo de no saber responder adecuadamente.

–Porque alguien tiene que hacerlo, joder, alguien tiene que hacerlo, las palabras ya no sirven de nada, hay que pelear con sus mismos métodos. Tú siempre has sido un ejemplo para mí, Iker, por tu capacidad para hacer daño al enemigo y por tu

sacrificada e incansable lucha, siempre en vanguardia, siempre en primera fila a la hora de hacer daño al opresor y devolverle en su propia piel todo el sufrimiento que ha causado a nuestro pueblo.

Así que en el fondo no se trataba más que de eso, de su ejemplo y el de otros como él. Parecía una tontería, una simpleza, pero era verosímil. Todos querían mirarse en el espejo del héroe, pero ¿de verdad era él un auténtico héroe? ¿De verdad podía servir de ejemplo par alguien? Su padre sí le había dado un buen ejemplo, pensó tristemente, pero él se negó a seguirlo y ahora una chica que estaría mucho mejor bailando en una discoteca con algún tío cachas había decidido, gracias a su ejemplo, que lo que tenía que hacer con su vida era ir por ahí pegando tiros. Se preguntó cómo sería el padre de Goizalde, si sabía lo que estaba haciendo su hija, cómo pensaba, si la había alentado o por el contrario había procurado disuadirla. El suyo intentó hacerlo, pero en vano. Él, con veintitrés años, sabía mucho más que su padre con cincuenta. Incluso le despreció, tildándole de cobarde.

¡Cobarde su padre! ¡Qué ironía! Calificar así a un hombre que con tan solo quince años, y falsificando su edad, combatió durante la guerra civil con las tropas republicanas, contra el fascismo. Quizás él hubiera perdido su guerra, pero la había perdido en un campo de batalla, mirando frente a frente al enemigo, con los ojos limpios. Nunca disparó a la nuca de un taxista, por la espalda, como había hecho él en un par de ocasiones. Pero era ya tarde para lamentos, había echado su moneda al aire y le había salido cruz.

A veces se preguntaba qué hubiera pasado si hubiese vuelto a casa. No se refería a la cárcel, eso estaba claro, por mucho arrepentimiento que le hubiese echado tenía demasiadas muertes a sus espaldas como para salirse de rositas, no se habría librado de pasar un montón de años en el talego, pero quizás hubiera vivido más libre. Seguramente su padre, olvidándolo todo, habría ido a visitarle, a abrazarle. Y lo mismo su madre y sus hermanos, y algún que otro amigo. Ahora, en cambio, aunque no estaba en prisión, no podía sentirse libre, siempre escondiéndose, siempre concertando citas clandestinas, recelando de la gente que paseaba a su alrededor. Y todo por una quimera, por una ilusión de juventud que no supo frenar a tiempo.

El cabrón se retrasaba. Ojalá viniera cuanto antes, dentro de un segundo, ahora mismo. Apretaría el gatillo y se iría, habría terminado todo, pero cuanto más tardara más le torturarían los pensamientos, más dudaría, y un militante consecuente no puede dudar porque si lo hace está perdido.

Su padre era todo lo contrario, siempre estaba dudando. No porque no creyera en los ideales que le impulsaron a alistarse durante la guerra, sino porque pensaba que nadie está en posesión de la verdad absoluta, que al fin y al cabo las ideas no eran más que eso, ideas, y cada uno podía tener las suyas, sin que por ese motivo nadie tuviera que ser encarcelado, maltratado o asesinado, que lo importante era respetarse y convivir. ¡Mierda!, pensó, tenía razón, el viejo tenía razón, pero él lo había descubierto demasiado tarde.

Hasta después de su muerte demostró su talante y generosidad. Pese a su edad donó sus órganos, que se encontraban en perfecto estado. Murió en un accidente de tráfico, pero su corazón quedó intacto y ahora servía para que otra persona viviese. Casi le entraron ganas de reírse, el corazón de su padre latía actualmente en el interior de un funcionario de prisiones. Al principio no se lo creyó cuando se lo dijeron, pero era verdad. Nadie preguntó para quién era, nadie puso trabas. Incluso fue abrazado por su madre y sus hermanas cuando salió perfectamente recuperado de la operación. Lo sabía porque alguien le hizo llegar una fotografía. Pensó que más que una fotografía aquello había sido un mensaje, tal vez una súplica de su madre, a la que no hizo caso.

—Ya viene —oyó que decía Goizalde y saliendo de su ensimismamiento miró al lugar que su compañera le señalaba.

Por fin todo iba a acabar, por enésima vez se iba a consumir el rito. Volvió a mirar a su compañera, expectante, nerviosa, pensando seguramente que iba a dar el primer paso de su nueva vida, de esa vida que estaba dispuesta a inmolar en aras del altar de la patria, por la libertad de su pueblo. No sabía a lo que estaba renunciando, no sabía que nunca tendría descanso, que jamás daría de mamar a un recién nacido, que si apretaba el gatillo renunciaría a tener un hogar, una familia. No sabía que aunque su nombre sería adorado por unos pocos causaría desolación, repugnancia y asco en la mayoría. No sabía que los libros de historia no hablarían jamás de ella como de una heroína sino que en todo caso pasaría a engrosar las ya abultadas páginas de la historia universal de la infamia. No sabía nada de eso y no tenía tiempo para explicárselo.

El objetivo se acercaba. Iker amartilló su pistola y disparó, certero como siempre, con una sola bala mortal, suficiente para penetrar por la nuca de una persona y despojarla de su existencia. Goizalde no se enteró, murió sin saber que su compañero, el que había sido su ídolo y su ejemplo, la había matado. Era mejor así, Iker habría sido incapaz de explicarle todo lo que acababa de pasar por su cabeza. Quizás podía haberle dicho que el funcionario de prisiones al que tenían que ejecutar llevaba en su interior el corazón de su padre, un corazón que seguía latiendo, vivo, palpitante. Aunque seguramente no se lo habría confesado, quizás ese no fuese el auténtico motivo, quizás tan solo estuviese hastiado y cansado. Quizás, sencillamente, se había percatado de que toda su vida había sido un error, una ficción, una auténtica mentira y deseaba acabar con todo.

Mientras Iker contemplaba el cuerpo sin vida de Goizalde el funcionario de prisiones, que por estar amenazado siempre llevaba en sus bolsillos una pequeña pistola, la sacó y empezó a disparar nerviosamente, sin ton ni son. En otras circunstancias habría caído abatido por el arma de Iker, pero en esa ocasión este permaneció impasible, como si el tiroteo no tuviera nada que ver con él, mirando tristemente el cuerpo de su compañera, hasta que por fin, tal vez por casualidad, una bala perdida penetró en su corazón.

Cuando comprendió que había llegado el final sonrió, pensando que por fin iba a poder pedir perdón a su padre.

Seguramente el relato tenía varios errores, pensó tras releerlo, haciendo un ejercicio de autocrítica. Por ejemplo, era dudoso que el corazón de una persona de avanzada edad pudiera ser trasplantada a otra, además, por lo que él sabía, no era factible averiguar la identidad de la persona que recibía un órgano en donación. Y en cuanto a lo autobiográfico, él no llevaba toda la vida luchando por la independencia de Euskal Herria, aunque sí lo había hecho, desde que tenía uso de razón, por la emancipación de la clase obrera, y su padre tampoco se escapó de su casa para luchar por la República. De hecho, hizo la guerra en el bando franquista, pero eso ni siquiera fue una opción personal, sencillamente acudieron a buscarle y no tuvo más remedio que alistarse. Tampoco tenía ya una familia a la que aferrarse, ojalá la tuviera, y además él solo había matado a traficantes de droga, aunque cada vez estaba menos seguro de si eso marcaba o no de verdad una auténtica diferencia con sus actuales compañeros de militancia. Y ni siquiera creía que hubiera otra vida después de muerto, como parecía desprenderse del último párrafo del relato, aunque al pensar en sus padres y su hermano deseó que lo que decían los curas, algunos de los cuales habían luchado con él codo a codo contra el franquismo y por la revolución, fueran ciertas. Pero a pesar de todo ello, tanto de los errores como de las inexactitudes y discrepancias con su vida pasada y presente que pudiese tener el relato, cuando acabó de escribirlo comprendió que lo que acababa de plasmar negro sobre blanco era un trozo de su vida, era una autobiografía, tal vez excesivamente literaria o adornada, pero su autobiografía.

Se preguntó si él habría llegado a matar a Nekane como su *alter ego* literario, Iker, había hecho con Goizalde, y aunque al principio se dijo a sí mismo que no, que jamás habría dado ese paso, enseguida comprendió que la realidad estaba en la ficción que había escrito y no en sus pensamientos o justificaciones. Ya nunca lo sabría, Nekane había muerto en un hospital tras ser tiroteada, presumiblemente torturada por la policía, así que nunca tendría que ponerse a prueba, pero comprobó, con horror, que mientras estaba escribiendo su relato se sentía tan identificado con su protagonista que en el fondo era él quien había matado a Goizalde, es decir, era él quien había matado a Nekane.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada de Markel en la habitación, instándole a prepararse porque el baile iba a comenzar.

—Por cierto, ¿qué estabas leyendo? —le preguntó mientras salían del piso franco.

—Nada importante, cosas mías. Íntimas —añadió—, que no interesan a nadie.

—A mí sí —le replicó Irizar—. A mí y a la organización nos interesa, y mucho. No te olvides que somos militantes revolucionarios, esas chorradas pequeño-burguesas de la intimidad personal no son aceptables, y mucho menos en una organización armada y clandestina como la nuestra. No puede haber nada propio, no si pone en peligro nuestra seguridad y la de nuestra organización.

Koldo Ferreira no se encontraba con ganas de discutir, así que le contestó diciéndole que sí, que luego le dejaría leerlos. No pensaba hacerlo, pero hasta que no llegara el momento prefería no enzarzarse con su compañero, aunque teóricamente, como jefe del comando, fuese su superior. Ya llegaría el momento de enfrentarse con él y seguramente, cuando eso ocurriera, el hecho de no haberle permitido leer un relato escrito por él sería el menos importante de los motivos del enfrentamiento.

Como en ocasiones anteriores conducía Irizar. Acababa de robar hacía pocos minutos un coche, uno de esos en los que nadie se fija, anodino, de los que se ven por miles en las carreteras, pero que disfrutaba de la doble ventaja de estar en buen estado y tener lleno el depósito de gasolina. La circulación era bastante fluida aquel día, así que pronto se alejaron del centro de la ciudad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ferreira a su acompañante, al percatarse de que no se dirigían al lugar previsto según los planes de la dirección, que había memorizado perfectamente.

—Ha habido cambios de última hora —le contestó Markel Irizar—, pero no te preocupes, pese a los cambios el objetivo sigue siendo el mismo, solo que ahora el riesgo será aún menor.

—Todo cambio precipitado supone un riesgo —le contestó Ferreira, aunque ni él mismo estaba seguro de si se refería a los cambios en la operación o a los que él empezaba a vislumbrar en su propio futuro—, las improvisaciones nunca han sido buenas en este negocio —dijo finalmente, para recalcarle a Irizar que hablaba, precisamente, de la operación que tenían en marcha.

—Puedes estar tranquilo —le contestó Markel Irizar sin mirarle, extremadamente atento a la carretera, pese a que por su modo de conducir daba la impresión de que conocía perfectamente el camino—, no ha habido ningún tipo de improvisación, eso puedo asegurártelo.

Koldo Ferreira, tal vez convencido por las firmes palabras de su compañero o quizás comprendiendo que no ganaba nada con oponerse a su decisión, se recostó en su asiento limitándose a contemplar el paisaje mientras fumaba un cigarrillo. Hasta que tuvo que huir a Iparralde había sido siempre básicamente un urbanita, un hombre apegado al asfalto, así que no conocía con detalle todos los pueblos que circundaban Bilbao, pero tras alejarse de la ciudad por Enekuri enseguida se dio cuenta de que se adentraban en el Txorierri. Un cartel que indicaba que entraban en el término municipal de Loiu, el pueblo que él antiguamente había conocido por el nombre castellanizado de Lujua, le confirmó que no se equivocaba, aunque seguía sin entender qué iban a hacer allí.

Como si adivinara sus pensamientos Markel Irizar le indicó que iban a encontrarse con un contacto.

—¿De qué contacto se trata? —Koldo Ferreira no estaba receloso, pero sí extrañado, ese repentino cambio de normas de actuación no encajaba con los sistemas habituales de trabajo de la organización.

–Sé tan poco como tú –le respondió su compañero, intentando disipar sus temores–. Al principio a mí también me pareció todo muy raro, pero órdenes son órdenes, ya lo sabes. Para serte completamente sincero estoy tan extrañado como tú, ya que no sé con quien nos vamos a encontrar, se supone que es él quien debe reconocernos y ponerse en contacto con nosotros, aunque muy pronto saldremos de dudas. Mira, allí es –le señaló un punto en el horizonte que según se iba agrandando parecía ser una de esas cabañas, una chabola en realidad, que usan los cazadores y caminantes para hacer un alto en el camino.

Pocos segundos después de decir esto último, Markel Irizar frenaba y tocaba el claxon en lo que parecía ser una señal convenida, dos pitidos largos, dos cortos y luego uno más largo. Cuando hubo acabado vieron cómo una silueta se deslizaba por la puerta de la cabaña y un hombre salía de ella.

–Quédate dentro del interior del coche y no salgas antes de que te avise –le ordenó Irizar a Ferreira.

–Yo conozco a ese tío –exclamó Ferreira al observar desde más cerca al hombre que acababa de salir de la cabaña.

–No lo creo –le espetó Irizar–, pero no importa, pronto saldremos de dudas. De momento haz lo que te he dicho, quédate quietecito en el coche y no salgas hasta que yo te lo ordene –añadió colocándose los guantes que había estado llevando esos días, para proteger sus manos del frío que se había apoderado de la ciudad, lo que causaba la abierta hilaridad de su compañero, que incluso durante esos días tan gélidos acostumbraba a andar por la calle en mangas de camisa.

Koldo Ferreira asintió en silencio aunque de su cara no desapareció una manifiesta expresión de extrañeza y preocupación. Aislado por los cristales de la ventanilla no consiguió escuchar lo que se decían los dos hombres que acababan de encontrarse, pero podía observarse claramente que estaban hablando entre ellos. Y de pronto, casi sin transición, Irizar sacó una pistola y la descargó contra su interlocutor, que cayó al suelo en un extraño movimiento, como un títere al que de repente le hubieran cortado todos los hilos al mismo tiempo, o al menos eso le pareció a Ferreira que, desde su atalaya en el interior del vehículo robado, observaba la acción como si la estuviese viendo en cámara lenta.

Aún no se había recuperado del todo, por lo inesperado de lo sucedido, cuando vio cómo Irizar le hacía gestos ostensibles para que saliera del coche y se acercara hasta donde estaba él, junto a lo que tenía todas las trazas de ser ya un cadáver. Acatando el requerimiento de su compañero se fue aproximando hasta el lugar indicando y según se iba acercando se percató de que estaba en lo cierto, él conocía al tipo que estaba allí tendido en el suelo, muerto.

–Este no era nuestro objetivo –dijo inclinándose sobre el cadáver, e iba a añadir que se trataba de un tal Ernesto Villalpando, un inspector de policía adscrito a la lucha contra el tráfico de estupefacientes, pero sus palabras fueron cortadas en seco por una nueva ráfaga de disparos que le quemaron las costillas y le hicieron perder el

conocimiento. Antes de sumirse en la negrura de la inconsciencia le dio tiempo a observar que su compañero le había disparado con el arma reglamentaria del policía.

Apenas dos horas más tarde Markel Irizar, cuyo aspecto físico había cambiado ostensiblemente al afeitarse la barba y vestirse con un traje que le daba aspecto de director de una sucursal bancaria subía, con gesto despreocupado, las escalinatas que llevaban al interior de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao. Contempló con satisfacción que su fotografía no aparecía entre la de los terroristas más buscados. Quizás eso fuese un golpe a su vanidad, pero hacía las cosas mucho más fáciles. Mientras le indicaba al policía uniformado que ejercía de recepcionista que tenía una cita con el subinspector Pareja, miró con interés todo lo que aparecía delante de sus ojos. Era la primera vez que se encontraba en ese lugar y no podía evitar sentir curiosidad. Se suponía que entre esos muros habían sido torturados muchos de sus compañeros, pero ese pensamiento no le causó ningún malestar. Eran unos imbéciles que estaban bajo tierra o privados de libertad por un período que seguramente sería muy largo, mientras que él iba a iniciar una nueva vida.

Aún estaba reflexionando sobre ello cuando le avisaron de que el subinspector Pareja le estaba esperando. Le acompañaron hasta su despacho, dejándole junto al más temido policía de la Jefatura. No hubo saludos ni abrazos, ni siquiera las habituales y corteses, aunque indiferentes, preguntas sobre el estado de salud de las respectivas familias. Nada más entrar en el despacho Irizar se limitó a decir que ya estaba hecho el trabajo.

–No, no está hecho –le contestó el policía, haciendo palidecer al terrorista.

–Eso es imposible, cuando me alejé de la cabaña estaban los dos muertos –dijo finalmente Markel Irizar.

–Villalpando sí, pero tu compañero no. Está muy jodido, y no se sabe si sobrevivirá o no, pero de momento le están operando en el hospital de Basurto. Y aunque muy escasas, aún tiene posibilidades de salir con vida.

–¡Ese hijo de puta! –masculló entre dientes Irizar–, no se va a salir así como así de rositas, acabaré el trabajo, te lo juro, Pareja, no sé cómo, pero antes o después acabaré con ese cabrón de mierda.

–Olvídalo, no es conveniente convertir los asuntos de negocios en algo personal –le recriminó el subinspector–, ya me encargaré yo de ese asunto. Si se recupera lo trasladarán de inmediato a la Audiencia Nacional y me aseguraré que el magistrado que lleve el asunto sepa lo que tiene que hacer, por ese lado no hay ningún problema, aunque seguramente ni siquiera hará falta llegar a eso, un par de conversaciones con Ferreira y el asunto quedará zanjado.

–No lo creas, Pareja, ese hijo de puta es un tipo duro, muy duro, y además está loco, no le importa morir, es más, creo que lo desea.

–Es posible que lo desee, pero hasta el momento ha sobrevivido. Y en cuanto a que es un tipo duro..., seguramente lo es, en este negocio todos somos tipos duros, si no hace ya tiempo que estaríamos muertos –le contestó, risueño, Pareja–, pero en

toda estructura, por sólida que sea, siempre hay una grieta, solo hay que encontrarla, y yo sé cuál es esa grieta.

–¿De qué grieta me estás hablando?

–¿De verdad crees que voy a contestar a esa pregunta? En fin, dejémoslo. Y ahora, lo mejor será que te vayas. Durante los últimos tiempos has cumplido tu parte a la perfección, aunque hayas sido incapaz de cargarte a Ferreira, pero ese es un detalle anecdótico y sin importancia, así que yo también cumpliré con la mía. Sube a la segunda planta y pregunta por Valverde, él te proporcionará un pasaporte a nombre de Sabino Gorostiza Gardeazabal, ¿qué te parece el nombre que te he buscado?, se sale de los típicos Juan Pérez o Iñaki Aguirre, que ya de lejos suenan a falso, y seguramente será del gusto de alguien que como tú se ha criado en un, en un..., ¿cómo llamáis en vascuence al caserío?

–Baserri –contestó Irizar, a pesar de saber que Pareja conocía perfectamente cómo se decía caserío en euskera.

–Eso, baserri, se me había olvidado. Pues bien, Valverde te dará el pasaporte y un sobre con la cantidad acordada. Y como habíamos acordado, dentro de unos seis meses te acercas a la embajada de Bruselas y preguntas por Cosme. Si no hay problemas para entonces tus antecedentes estarán borrados por completo y no será difícil encontrar una excusa para que procedas a tu reinserción como ex poli-mili, pese a que ya hayan pasado dos años desde la autodisolución de tu antigua organización.

–¿Cómo lo vas a hacer?

–Esa es otra pregunta sin respuesta, o mejor dicho, a la que no pienso responder. Tú haz lo que te he dicho y todo irá bien.

–¿Por qué tengo que fiarme de ti? –nada más hacer esa pregunta Irizar se arrepintió de ser tan impulsivo, si algo no deseaba era enemistarse con alguien tan peligroso como el subinspector Pareja.

–Porque no te quedan más cojones –Antonio Pareja hablaba con suavidad–. Has quemado todas tus naves y no puedes volver a tu antigua vida. Pero yo soy leal con quienes me ayudan, no por romanticismo, sino por interés. Este es un negocio muy restringido y silencioso, casi secreto, pero si se corre la voz de que no cumples los pactos y sacrificas a tus peones, nadie querrá hacer tratos contigo. Además, eres tan sucio, mezquino, avaricioso, traidor y ruin –el subinspector soltó una estruendosa carcajada al ver qué cara se le estaba poniendo a su interlocutor–, que me interesa seguir teniendo buenas relaciones contigo, nadie sabe qué puede depararnos el futuro y es bueno contar con la colaboración de alguien a quien tienes agarrado por los huevos. Lo nuestro no es amor, amigo Irizar, sino una inversión. Y te aviso desde ahora mismo, para que nunca lo olvides, me gusta sacar rendimientos a mis inversiones.

Me avisó Agurtzane de lo que había sucedido.

–¿Te has enterado? Acaban de asesinar a Markel Irizar, uno de los asesores del Departamento de Interior del Gobierno Vasco.

Durante unos segundos me quedé en blanco. En esos momentos estaba disfrutando de uno de los pocos ratos de tranquilidad de que había podido disponer en los últimos días y la llamada me pilló bebiendo una cerveza bien fría que acababa de sacar de la nevera y escuchando en mi equipo de música el cedé que había grabado Oskorri por su veinticinco aniversario. Habían transcurrido unos cuantos años más, pero me gustaba volver a escucharlo de vez en cuando. En esos instantes la voz de Natxo de Felipe cantaba la primera estrofa de Euskal Herrian euskaraz: «Euskal Herrian euskaraz / nahi dugu hitz eta jolas / lan eta bizi euskaraz eta / hortara goaz, / bada garaia noizbait dezagun / guda hori gal edo irabaz^[18]». Pensé en ello durante unos pocos segundos, la batalla por conservar un idioma tenía cierta belleza y además, aunque el futuro estaba aún abierto parecía que iba bien encaminado, pero había batallas que ya nadie sabía si se habían ganado o perdido e incluso si merecía la pena ganar o perder. Y ahora esto, cuando parecía que la violencia política iba desapareciendo del horizonte del país, me llegaba la noticia de que acababan de asesinar a un alto cargo del propio Gobierno Vasco. Del Departamento del Interior, para mayor sarcasmo.

La noticia me impresionó. No había simpatizado con Irizar cuando nos entrevistamos, e incluso creí percibir en sus palabras una velada amenaza a mi persona, pero aún así la muerte, y más si se trata de un asesinato, de alguien a quien has conocido y con el que has estado charlando, impresiona. Me preocupaba también la llamada de Agurtzane. Intenté memorizar lo mejor que pude mi anterior conversación con ella, el día que vino a casa acompañada por Jon Basabe, el compañero de profesión que babeaba cuando la miraba, pero me pareció recordar que solo hablamos de Koldo Ferreira, el nombre de Markel Irizar no había salido en ningún momento. ¿O sí? No, estaba claro que no, en esos momentos yo ni siquiera conocía su existencia. ¿A qué se debía entonces esa llamada? Con el mayor tacto posible, aunque admito que esa no es una de mis cualidades más prominentes, se lo pregunté.

–Estoy recabando datos sobre el personaje, nada sobre política o trabajo, ya sabes, el lado humano de los hombres públicos y todas esas chorradas, para el artículo que saldrá en el periódico de mañana, y como tú has sido *ertzaina* pues he pensado que quizás podrías contarme alguna anécdota jugosa acerca de él.

Lamenté decepcionarla, pero no me quedó más remedio que explicarle que apenas había tenido contacto con él, solicité la excedencia al poco tiempo de su nombramiento y, posteriormente, no habíamos coincidido prácticamente nunca. Para

que se quedara algo más tranquila y no pensara que me negaba a colaborar con ella le di el nombre de un antiguo compañero al que, si no había cambiado mucho en los últimos años, le encantaban los cotilleos y que seguramente, si accedía mantener en secreto su identidad, no le importaría nada contarle, o incluso inventárselos, todos los chascarrillos que fuera menester. Me dio las gracias antes de colgar y prometernos mutuamente que nos tendríamos informados si nos enterábamos de algo.

Nada más despedirme de Agurtzane encendí el ordenador y me metí en Internet. Además, por si eso fuera poco, enchufé simultáneamente la radio y la televisión. Un observador imparcial podría haber sospechado que me estaba volviendo majareta, pero necesitaba informarme lo mejor posible sobre el hecho.

Tanto en las ediciones digitales de los periódicos como en los *flashes* que continuamente daban las televisiones o en las informaciones radiofónicas, se hablaba todo el rato de lo mismo, de su trayectoria política como antiguo militante poli-mili, su abandono de la lucha armada e integración en Euskadiko Ezkerra y, por último, su posterior adscripción al partido surgido de la fusión de este último con el Partido Socialista de Euskadi. En cuanto a los hechos, eran muy pocos los datos que habían trascendido hasta el momento, aunque todos los medios incidían en que el asesinato tenía toda la pinta de ser la obra de un loco que consiguió burlar la vigilancia del Palacio Euskalduna e irrumpir con un arma en el interior del mismo, mientras se celebraba una asamblea internacional de bomberos y especialistas en emergencias y protección civil.

Algunas publicaciones apuntaban la posibilidad de que se tratara de un atentado cometido por la extrema derecha e incluso un digital insinuaba que quizás fuera un atentado de la propia ETA, un aviso como el que hacía años se dio con el asesinato de Yoyes. Esta última hipótesis me parecía totalmente descabellada, tanto por los tiempos en los que estábamos, en los que parecía haberse consolidado una tregua que tenía visos de ser definitiva, como por las características y personalidad de las víctimas. Además, ese digital no me merecía mucha confianza.

Me resistía a pensar que se tratara de un atentado, pero también me resistía a pensar que pudiera ser obra de un loco y, sin embargo, los medios que hablaban de esta última posibilidad parecían tener razón. Según las informaciones periodísticas, falleció al repeler la agresión los escoltas presentes. ¿Quién iba a querer inmolarse, como aparentemente lo había hecho el autor del atentado, de no estar completamente ido? Eso no me encajaba, y sin embargo parecía mucha casualidad que Markel Irizar, cuyo nombre había surgido en los últimos tiempos en las investigaciones que estaba desarrollando sobre la muerte de Koldo Ferreira y el atentado contra Eneko, acabara siendo asesinado.

Llamé a Ander González y Félix Covaleta para ver si podían decirme algo más que lo que aparecía en los medios, pero ninguno de los dos contestó a mis llamadas, por lo que opté por enviarles sendos mensajes que tampoco tuvieron respuesta alguna. Mientras tanto en los periódicos digitales que constantemente ojeaba iban

ampliándose, con cuentagotas, los datos conocidos. Gracias a ello pude enterarme de que habían fallecido dos de los guardaespaldas de Markel Irizar así como de su identidad, se trataba de mis viejos conocidos Zipi y Zape, Gorka Zubieta y Enrique Zubiaga. Sentí un amargor especial al enterarme de que habían sido asesinados, por una parte eran un par de hijos de puta a los que no podía ver ni en pintura, pero por otra, morir así, nunca se lo he deseado a nadie, ni siquiera a ese par de cabrones. De todos modos, sin alegrarme por su muerte, tampoco iba a caer en la habitual estupidez de hablar bien de los muertos que habían sido unos canallas mientras vivían así que, sintiendo sinceramente que hubieran acabado así, decidí que en ningún caso asistiría a sus funerales, ni aunque me lo pidiera el propio Consejero de Interior.

Volví a llamar a Ander y Covaleda, pero seguían sin responder, incluso cortaban la llamada cuando, desde sus móviles, se percataban de que era yo el que quería hablar con ellos. Incluso lo intenté con Agurtzane, para ver si se había enterado de algo más, pero me contestó de muy mala hostia que ella no sabía nada, que el cabrón de Jon Basabe había decidido que el reportaje sobre el asesinato de Markel Irizar lo iba a realizar él y que a ella la había marginado totalmente. Tras comprobar que esta vez no era yo el que la había puesto de mala hostia y alegrarme un montón, aunque no se lo dije, porque eso significaba dos cosas, primero que no había conseguido acostarse con Agurtzane, y segundo, que ya no lo conseguiría en toda su puta vida, le contesté que sí, que tenía razón, que Basabe era un auténtico cabronazo y nos despedimos con la mutua promesa de llamarnos si nos enterábamos de algo nuevo así como de vernos próximamente.

Viendo que ni González ni Covaleda contestaban a mis llamadas, le envié un mensaje al primero preguntándole si se había enterado de algo nuevo acerca de Eladio Marchante. Confiaba en que si le dejaba claro que no deseaba hablar sobre Irizar sino sobre el antiguo compañero de prisión de Koldo Ferreira me contestara y, quién sabe, quizás acabáramos hablando acerca del asesor asesinado, aunque Ander era perro viejo y no iba a caer fácilmente en una trampa tan burda.

Para mi sorpresa me contestó a los pocos segundos, aunque no con un nuevo mensaje sino llamándome al móvil.

–Sí que tengo noticias sobre Eladio Marchante –me dijo nada más coger la llamada–, aunque me imagino que no me llamabas solo para eso, que te conozco bien, Goiko, pero de todos modos Marchante puede esperar. Félix –supuse que se refería a Covaleda– quiere hablar contigo. Cuanto antes –remarcó sus palabras en tono serio–, así que si puedes pasarte por comisaría en quince o veinte minutos te lo agradeceríamos.

Había supuesto que antes o después Félix Covaleda se pondría en contacto conmigo, no en balde él fue el primero que me habló de Markel Irizar, pero no sospechaba que fuese a hacerlo tan pronto, precisamente por eso, porque yo desconocía quién era hasta que él me lo dijo. Y sin embargo en la petición de Ander González observé un claro matiz de urgencia que aunque de momento no entendía

seguramente estaba justificado.

Veinticinco minutos más tarde entraba por la puerta de la comisaría. En recepción debían conocerme y estar sobre aviso de mi llegada ya que, prácticamente sin identificarme siquiera, me dejaron en presencia de Félix Covalada. Se encontraba solo, al parecer Ander se había limitado a ejercer de intermediario, en un despacho amplio y sobrio, tan solo adornado por la fotografía oficial del Lehendakari y otra en la que podía vérselo con su mujer y sus tres hijas.

–¿Son tus hijas? –le dije señalando la fotografía–, ¡qué mayores y guapas están!

–Sí –suspiró–, crecen rápido y nos hacen mayores a nosotros. Supongo que es ley de vida. En fin, te agradezco que hayas venido tan pronto.

–La verdad es que estoy intrigado. Ander no me ha dicho qué querías, pero me dio la impresión de que se trataba de algo urgente.

Asintió con la cabeza antes de preguntarme si de verdad desconocía el motivo por el que quería hablar conmigo.

–Me imagino que se trata del asesinato de Markel Irizar, ¿no? De hecho he estado intentando ponerme en contacto con vosotros desde que me enteré de la noticia.

–Lo sé, pero ya sabes cómo son estas cosas, las primeras diligencias nos han tenido totalmente ocupados y más tratándose de un alto cargo del gobierno. Por cierto, ¿qué es lo que querías de nosotros cuando nos has estado llamando?

–¿Para eso me has citado? ¿Para responder en persona a mis llamadas? Desde luego hay que reconocerlo, la Ertzaintza ha mejorado mucho desde que yo la dejé, por lo menos en amabilidad.

–En realidad no hemos evolucionado tanto, estás aquí para contestar a mis preguntas, no para que yo haga lo propio con las tuyas, era tan solo una forma amigable de romper el hielo –me dijo sonriendo, tomándose mi respuesta como lo que era, una broma un tanto irónica–, pero no me importa responder a las que pueda, así que te lo vuelvo a decir, qué querías saber cuando nos has llamado.

–Todo.

–¿Todo? No te andas con chiquitas.

–Bueno, ya sabes, todo lo que puedas contarme. Lógicamente me interesa el tema, sobre todo después de que me dijeras que era él quien os estaba impidiendo que investigarais el atentado en el que fue herido Eneko. He pensado que quizás su asesinato y el atentado podrían tener alguna relación.

Haciendo como si no hubiese escuchado mis últimas palabras me preguntó qué había averiguado por mi cuenta acerca de Markel Irizar.

–Bueno, ya sabes, lo que es de dominio público. Que fue militante de ETA, en la facción político-militar, que se acogió a las medidas de reinserción pactadas con el entonces ministro del Interior del gobierno español, Juan José Rosón, que posteriormente se afilió a Euskadiko Ezkerra y participó en la fusión con el Partido Socialista de Euskadi. En fin, cosas de ese tipo.

Covalada me miró fijamente a los ojos antes de hablarme nuevamente.

–Hasta ahí puedo llegar yo solo, así que olvídate de lo que es de dominio público y empieza a contarme lo que has averiguado por tu cuenta, porque estoy seguro de que después de haber hablado conmigo el otro día en la iglesia del Pilar, habrás querido saber más sobre nuestro desgraciadamente fallecido asesor –al ver que iba a hablar me interrumpió con un gesto–. Y no me vengas con esas milongas del secreto profesionalidad o de la confidencialidad que debe un detective a sus clientes. Entre otras cosas porque no tienes ningún cliente, en todo caso los clientes, unos clientes que no te pagamos en metálico, lo admito, pero que sí te pagamos, y te podremos seguir pagando, de otra manera, somos los amigos de Eneko. Y no olvides que te estamos ayudando en lo que podemos, algunos más, como Ander González, y otros quizás menos, como yo mismo, pero estamos todos en el mismo barco, así que no es este el momento de hacerte el héroe que prefiere ir a la cárcel antes que revelar sus secretos.

–¿Es una amenaza?

–Es la polla en verso, si lo prefieres. Joder, Goiko, deja de hacerte el estupendo y cuéntame de una puta vez todo lo que has averiguado. No estás aquí como imputado, si eso te tranquiliza –sonrió nuevamente, como si deseara quitar hierro a sus palabras–, ni siquiera como testigo sino como colaborador. Porque de eso se trata, de eso se ha tratado desde que Ander te contó que habían tiroteado a Eneko, de que colaboremos.

–¿Y tú crees que el asesinato de Markel Irizar y el atentado contra Koldo Ferreira y Eneko pueden estar relacionados?

–No lo sé, por eso, entre otras muchas cosas, quiero que me digas lo que has averiguado por tu cuenta.

Covaleda en el fondo tenía razón, no le debía lealtad a ningún cliente, así que le expliqué con pelos y señales mis actividades de los últimos días y le conté todo lo que había llegado a saber, incluyendo su participación en el comando en el que estaba integrado Ferreira y que, seguramente, él había sido el autor material del único asesinato que su compañero había negado cometer.

–No sería nada extraño –comentó Covaleda al escuchar esto último–, lo extraño es lo que suelen decir algunos exmilitantes de ETA que han evolucionado tanto que ahora cobran de las arcas del Estado Español, que ellos, aunque fueron miembros de la organización, nunca mataron a nadie. Quizás sea cierto, pero si eran miembros de una organización que mataba, son responsables también de esos actos, ¿no? Pero en fin, esas son disquisiciones morales sobre las que no me corresponde opinar ni decidir, ni ganas que tengo de hacerlo, pero podría ser el motivo por el que intentó paralizar, y lo consiguió, una investigación más a fondo sobre el atentado. Por cierto, ¿quién te proporcionó esa información tan concreta sobre la actividad terrorista de Irizar?

–Sobre ese aspecto, permíteme, Félix, que de momento mantenga el silencio. Aunque es cierto que no me debo a ningún cliente, sí me interesa tener buenas

relaciones con mi confidente, porque quizás necesite de él en el futuro. Además, si no lo habéis hecho ya, antes o después hablaréis con él.

–En eso tienes razón, Goiko, nunca se sabe cuando vamos a necesitar la ayuda o el consejo de un buen y experimentado abogado.

La cara de pasmado que debí poner al escuchar lo que acababa de decir Covaleda hizo que este acabara riéndose a carcajadas.

–No sé de qué te extrañas, Goiko, lo mismo que tú yo también llevo un montón de años en este oficio, la mayor parte de ellos en actividades antiterroristas, así que como tú comprenderás, no me chupo el dedo.

–¡*Touché!* –fue lo único que acerté a responder.

–Así me gusta, que aceptes deportivamente tu derrota. Y como castigo, vas a tener que responderme a una nueva pregunta. ¿Qué es lo que sabes del VAT? Y no me salgas con esa tontería de que es una marca de *whisky*, te estoy hablando muy en serio.

–¿El VAT? Pues no, si no puedo relacionarlo con el *whisky*, no sé de qué me estás hablando. ¿Tendría que sonarme de algo?

–Son las siglas de Venganza AntiTerrorista.

–Suenan a grupúsculo de extrema derecha o parapolicial, pero nunca he oído hablar de ellos.

–Yo tampoco, y eso que como ya te he dicho y tú bien sabes, llevo años adscrito a la lucha contra el terrorismo. Así que en ningún momento has oído hablar de ellos, ¿no?

–Ya te he dicho que no. ¿Debería?

–Me imagino que no, puesto que como te he dicho ni siquiera nosotros conocíamos su existencia.

–Me has intrigado, ¿de qué va eso del VAT?

–Antes contéstame a otra pregunta. Supongo que a través de los periódicos digitales o de la televisión y la radio te habrás enterado, sobradamente, de cómo ha muerto Markel Irizar, así como de que el asesino fue abatido casi al momento. ¿Qué opinas de esto último?

–Supongo que no habrá habido más remedio, lo ideal hubiera sido cogerle con vida, pero cuando un tío saca un arma en un recinto cerrado y empieza a disparar, matando a tres personas, una de ellas un alto cargo del gobierno, es difícil que la policía y los guardaespaldas se limiten a decir eso de «queda usted detenido».

Covaleda asintió con la cabeza antes de preguntarme si en mi opinión era la obra aislada de un loco. De todas, esa fue la pregunta que más me desconcertó, había reflexionado sobre ello, pero no sabía a qué atenerme.

–Tiene toda la pinta, ¿no? –dije finalmente–. Un tío que dispara en el interior de un palacio de congresos, abarrotado de policías y vigilantes de seguridad, contra una autoridad, desde un lugar lejano de cualquier puerta o punto posible de salida, desde luego parece más la obra de un enajenado que de alguien que haya planificado

perfectamente la acción, y sin embargo...

–¿Y sin embargo qué?

–Pues que no me gustan las coincidencias, nunca he creído demasiado en ellas y cuando me encuentro ante una me desconcierta. No parece normal que una persona que, aunque de momento solo colateralmente, ha aparecido en una investigación por asesinato, investigación que además ha tratado de impedir u obstaculizar amparándose en su cargo, sea a su vez asesinada. Está claro que el asesino no puede ser miembro de ninguna trama conspiratoria, salvo que sea un terrorista suicida, pero eso es más propio de grupos islámicos, no de la extrema derecha europea. O de la extrema izquierda, a esos efectos lo mismo da. Quizás haya llegado el momento de que me expliques qué es eso del VAT.

–Como ya te he dicho antes son las siglas de un grupo llamado Venganza AntiTerrorista. Un grupo del que hasta hoy no sabíamos nada, ni nosotros, ni la Policía Nacional ni el CNI, aunque de estos dos últimos no nos fiamos del todo, las cosas como son, pero parece ser cierto que es un grupo fantasma. Incluso dudamos de que sea un grupo auténtico ya que hasta el momento, aparte del asesino de Irizar, desconocemos que haya otros miembros o su identidad en caso de existir.

El tono de voz de Covalada había cambiado y comprendí que había llegado el momento de las revelaciones. Lo que me intrigaba, más que lo que me iba a decir, era el motivo de que me hubiera elegido para ser depositario de sus confidencias.

–El asesino de Markel Irizar se llamaba Alberto Mellado Angulo. Eso al menos ponía en su documento nacional de identidad. Al principio pensamos que tanto su nombre como el domicilio que aparecía en el DNI serían falsos, pero por rutina lo investigamos y resultaron ser ambos auténticos así que poco después de cometer su asesinato suicida nos personamos en su domicilio. Allí fue donde encontramos un montón de panfletos firmados por el VAT en los que se decía que la muerte de Markel Irizar no era un asesinato sino la ejecución de la pena de muerte que los patriotas españoles habían decidido aplicar a los terroristas, empezando por aquellos que intentaban lavar sus culpas alegando hipócritamente que se habían reinsertado en la sociedad. Entre sus papeles y documentos no encontramos ninguna alusión a posibles compañeros de grupo o de gente que estuviera detrás, financiándolo o dándole algún tipo de cobertura, pero no solo encontramos panfletos reivindicativos, encontramos también un arma, una pequeña ametralladora belga, una Minimi, que no es nada fácil de conseguir.

–Yo no estaría seguro de eso –le interrumpí–, sabes que por desgracia el tráfico de armas es cada vez más floreciente.

–Sí, tienes razón, pero me extraña que un tío como el Mellado, por lo que hemos averiguado hasta ahora de él, tuviera un fácil acceso a ese mercado sin ayuda. Esa es una de las dudas que, como ya te he dicho, nos han surgido, pese a que el asesinato de Irizar es la aparente obra de un loco. Pero es que hay más, me has interrumpido cuando iba a contarte lo mejor. Todavía lo están cotejando en los laboratorios, pero

tenemos la certeza casi absoluta de que con esa ametralladora mataron a Koldo Ferreira e hirieron a Eneko. ¿Qué te parece?

–Me parece que todavía hay algo más que aún no me has comentado.

Covaleda asintió con un cabeceo mientras una nueva sonrisa, aunque en esta ocasión algo desvaída, aparecía en sus labios.

–No se te escapa nada, ¿eh? Sí, tengo que decirte algo más, pero antes me gustaría hacerte otra pregunta. Es sobre el asesino suicida, Alberto Mellado Angulo. Cuando he pronunciado su nombre me ha dado la impresión de que no te sonaba de nada.

–Así es –se lo confirmé–, ese nombre era totalmente desconocido para mí hasta que tú me dijiste quien era.

–Lo suponía –me contestó, mientras de debajo de una carpeta que había sobre la mesa sacaba una fotografía y me la entregaba–. Y ahora, ¿le reconoces? ¿Te suena de algo su cara?

–Presumo que se trata de Alberto Mellado –Covaleda asintió nuevamente en silencio–. No, no le conozco de nada, nunca le he visto ni he tenido ningún trato con él. ¿Se puede saber de qué va todo esto, Félix?

–Sus huellas coinciden con las que encontramos en la ropa del agente Garrastatzu y tu vecina y su hijo cuando fueron asesinados hace unos días en el portal de tu edificio. Pero es que, además, la pistola con la que ha asesinado a Irizar es del mismo calibre que la utilizada para matar a Garrastatzu y tus vecinos. La hemos enviado también al laboratorio, pero se trata de una comprobación rutinaria, estamos convencidos de que se trata de la misma arma. Y por lo que me ha contado Ander, tanto él como tú sospechabais que el objetivo auténtico de ese asesinato no era el infeliz de Garrastatzu, que el verdadero objetivo eras tú.

Esta vez fui yo quien asintió en silencio, no por economizar palabras sino porque las revelaciones que acababa de hacerme Covaleda me habían dejado mudo. Mis excompañeros de la Ertzaintza podrían tener muchos defectos, pero conocían su oficio y, de ser eso cierto, la misma persona que asesinó a Koldo Ferreira y Markel Irizar había intentado hacer lo mismo conmigo.

–No quiero volverme loco, pero todo esto tiene pinta de ser una conspiración, aunque de momento no encuentro el motivo. Joder, Félix, no tiene sentido, o al menos yo no se lo encuentro. Además no tiene lógica que alguien que ha planificado tan bien el atentado contra Ferreira y Eneko y mi asesinato, la cague del modo que lo hizo en el de Irizar. O es un suicida al que se le va la olla o un asesino frío y planificador, pero ambas cosas al mismo tiempo, no sé, no me cuadran.

–Quizás pensaba que con la muerte de Irizar había ya cumplido con la misión que se había autoimpuesto y no le importaba inmolarsse.

–Es posible, pero no lo creo. Si yo era uno de los objetivos, tuvo que enterarse de que había errado en su anterior acción al matar a alguien que físicamente se parecía mucho a mí, pero que no era yo.

–Sí, así es. En realidad cuando te he dicho eso tan solo actuaba como una especie de abogado del diablo, pero yo tampoco lo creo. Es más, ni siquiera creo que se tratara de un loco. Mira, no las tengo disponibles en estos momentos, pero he estado revisando varias cintas de seguridad grabadas en el Palacio Euskalduna, y aunque a simple vista parece imperceptible, todo ocurre en milésimas de segundo. Tras verlas, me ha parecido intuir que Alberto Mellado, en lugar de seguir disparando, lo que se dispone a hacer es soltar el arma y echarse las manos a la cabeza, en una especie de señal de rendición. Incluso parece esbozar una sonrisa que, lógicamente, se ve truncada al recibir los impactos de los disparos de varios de los agentes que se encontraban en el recinto. El problema es que no puedo demostrarlo, por lo menos ante un juez, pero me ha dado la impresión de que tenía un plan B, como si pese a haberse metido en una encerrona confiara en que iba a salir de allí libre de algún modo, tras ser detenido. Como si contara con que alguien, quizás la misma persona que consiguió infiltrarle en el Euskalduna y le proporcionó el arma, acabaría sacándole del embrollo.

–Por lo que me estás diciendo, tú crees que Mellado no estaba loco, en todo caso sería un imbécil que se dejó manipular.

–Has vuelto a acertar –pese a estar de acuerdo conmigo, el semblante de Covalada de repente se volvió sombrío–, el problema, como ya te he dicho, es que se trata tan solo de una suposición que no voy a poder demostrar. Y no solo no voy a poder demostrarla, sino que nadie va a querer que la demuestre. Creo que no hace falta que te explique cómo está la situación, pero aún así voy a hacerlo para que no haya la menor sombra de duda entre nosotros. Alberto Mellado, oficialmente, era una persona desequilibrada desde que hace ya casi treinta años, cuando él aún era un niño, ETA mató a su padre. Creó una organización fantasma, el VAT, de la que él era el único militante e inició una cruzada para cazar a los terroristas a los que acusaba del asesinato de su padre y su propia desgracia personal. Él fue quien mató a Koldo Ferreira e, incidentalmente, sin proponérselo, hirió gravemente a Eneko Goirizelaia que, por decirlo de algún modo, se encontraba en el lugar equivocado a la hora equivocada. Y también fue quien asesinó a Markel Irizar que, pese a ser un exterrorista reinsertado social y políticamente, actual asesor del Departamento de Interior del Gobierno Vasco, en su juventud también militó en ETA. De un plumazo se resuelven dos asesinatos y un atentado y además de un modo limpio, con el asesino también muerto, lo que evita que declare en un juicio y diga, quizás, cosas que a nadie interesa saber o, en el mejor de los casos, recordar. Fin de la historia, los jueces tranquilos porque son dos sumario menos que hay que diligenciar, el gobierno contento porque ambos asuntos se han solucionado, la prensa satisfecha porque cuenta con una historia impactante para satisfacer a sus lectores. En definitiva, caso cerrado y todos felices.

–¿Y dónde encajaría en ese espíritu de venganza contra el terrorismo y sus secuaces el intento de acabar con mi vida?

–Dentro del mismo espíritu justiciero. Entre terrorista y terrorista aprovecha también para acabar con alguien a quien considera un pederasta, ¿por qué no? En su mente, y en la de mucha gente que afortunadamente no se toma la justicia por su mano, ambos tipos de delincuentes merecen la misma calificación moral. Quién sabe, seguramente si se le diera la oportunidad algún psiquiatra acabaría descubriendo que el bueno de Alberto Mellado sufrió abusos en su infancia por parte de algún familiar, profesor o tutor y eso explicaría todo, pero como ha muerto, no hay nada que explicar. La Audiencia Nacional cerrará las diligencias abiertas por las muertes de Ferreira e Irizar y el juzgado de instrucción de Bilbao que se ocupa del asesinato de tus vecinos y Garrastatzu también dará carpetazo al asunto. Y aquí paz y después gloria. Entiendes qué significa eso, ¿no?

Lo entendía perfectamente, claro que lo entendía. Si hasta ahora había actuado por mi cuenta, sin cobertura oficial, pero con la leve esperanza de que algún nuevo indicio obligara a los jueces o los mandos policiales a tomarse más en serio el asunto, ahora que todo parecía perfectamente solventado a ojos de ambas autoridades, las cosas se nos ponían aún más difíciles que al principio.

–Ander González me ha estado informando acerca de vuestras actividades – volvió a hablarme Covalada–, por eso sé que Eneko continúa en peligro y que ahora tú también lo estás. Ambos sabemos que el asunto se va a cerrar en falso, pero quienes han intentado mataros no creo que desistan por ese motivo, así que deberéis extremar las precauciones. Por mi parte, y dentro de lo posible, intentaré echar alguna que otra red entre mis contactos de los diversos cuerpos y servicios para ver si puedo pescar algo que te pueda ayudar, pero a la hora de la verdad, si sigues en esta historia y, o muy mal te conozco o estoy seguro de que seguirás, estarás solo, completamente solo.

Se podía decir más alto, pero no más claro. Además, no me había dicho nada que no supiera yo de antemano, así que agradeciéndole la información que me había proporcionado me despedí de él, aunque no salí de la comisaría. Ander me había anticipado que tenía noticias sobre Eladio Marchante así que le busqué en su despacho, pero no estaba, al parecer se había cansado de esperarme o quizás había tenido que salir a una urgencia y no me había dejado ningún recado. Cuando abrí mi móvil para llamarle comprobé que hacía poco más de una hora me había enviado un mensaje de cuya llegada, enfrascado como estaba en mi conversación con Covalada, no me percaté en su momento. En él aparecía precisamente el nombre de Eladio Marchante y una dirección, correspondiente a la calle Barriocepo de la localidad de Logroño. Aunque hoy en día gracias a la autopista no se tarda mucho en recorrer la distancia que hay entre Bilbao y la capital de La Rioja, me encontraba cansado y preocupado, habían sucedido muchas cosas en el mismo día, así que opté por volver a mi domicilio y procurar descansar.

De todos modos no siempre acaba uno haciendo lo que se propone, porque cuando llegué a mi casa en lugar de tirarme en el sofá o meterme en la cama me puse

a revisar algunos de los papeles que durante esos días había ido acumulando y encontré una curiosa conexión entre Alberto Mellado y Ernesto Villalpando, el policía que según los informes oficiales fue asesinado por Koldo Ferreira. En Internet encontré varios artículos que más o menos, con diferente estilo, decían lo mismo:

A las seis y media de la tarde de ayer ETA asesinó en Algorta, de un tiro en la nuca, a Juan Carlos Mellado Aranzubía, conocido empresario vizcaíno del ramo de la hostelería, propietario de tres afamadas cafeterías de Las Arenas y Getxo y de otras dos ubicadas en Bilbao, además de participar como socio en varias discotecas y restaurantes a lo largo de todo el País Vasco y Navarra.

Juan Carlos Mellado acababa de salir de uno de los locales que poseía en Las Arenas y presumiblemente, como solía hacer a diario, se dirigía a pie a otro de sus negocios, situado a apenas cuatrocientos metros de distancia, cuando se le acercaron dos hombres que tras abordarle en plena calle efectuaron un solo disparo de pistola, según informaciones policiales con un proyectil 9 milímetros *parabellum*, marca FN. La bala penetró por su nuca y, tras atravesar su cabeza, salió por uno de sus ojos, matándole prácticamente al instante según declaraciones del médico forense que le examinó, por lo que pese a la celeridad con la que los testigos presenciales, algunos de ellos empleados del propio Juan Carlos Mellado, avisaron a una ambulancia, cuando esta llegó ya había fallecido.

Personas allegadas a la víctima declararon que al empresario asesinado no se le conocían vinculaciones políticas de ningún tipo. Tampoco les consta que hubiera sido amenazado en el pasado por ETA o que se le hubiese exigido el pago del impuesto revolucionario.

Se da la circunstancia de que apenas hace dos meses, por agentes de la Brigada Regional de Policía Judicial del Cuerpo Nacional de Policía, se procedió a un registro simultáneo de la mayoría de los locales hosteleros propiedad del asesinado en el que se buscaba un alijo de drogas que, según informó una fuente anónima al inspector jefe del grupo de la lucha contra el tráfico de estupefacientes, había recibido hacía unos pocos días, pero no se halló nada y se comprobó que la denuncia era totalmente infundada, como lo prueba el que el mismo juzgado de guardia ordenara archivar las diligencias que se habían incoado previamente un día después de que el atestado policial le fuera remitido.

Juan Carlos Mellado estaba casado con Sofía Angulo Pérez, una antigua Miss Cantabria, y deja un hijo de corta edad, Alberto.

Ese hijo de corta edad era Alberto Mellado Angulo, el hombre que había asesinado a Koldo Ferreira y Markel Irizar y había intentado hacer lo propio conmigo, llevándose por delante, en su error, al agente Garrastatzu y a mi vecina y su retoño. Quizás, si no hubiese sido por la trágica muerte de su padre, habría sido un tipo normal, o quizás no, eso nunca se sabrá, pero no me cabía la menor duda de que aquel asesinato le había marcado para siempre. Y ahora estaba muerto, tan muerto como su padre, o quizás más, porque mientras las cenizas de Juan Carlos Mellado

hacía ya tiempo que se habían dispersado por los cuatro puntos cardinales, el cadáver de Alberto Mellado en esos momentos reposaba bien refrigerado en las dependencias del Instituto Vasco de Medicina Legal a la espera de que un bisturí y un serrucho le abrieran para practicar la correspondiente autopsia.

Dejé de apenarme por Alberto Mellado, al fin y al cabo, y aunque intelectualmente comprendiese que quizás no había sido dueño de sus actos en ningún momento de su vida, había herido gravemente a mi mejor amigo e intentado matarme a mí, y volví a repasar mis papeles. Como me pareció recordar desde un principio, el inspector jefe que condujo el operativo contra Juan Carlos Mellado del que hablaba el artículo de prensa era Ernesto Villalpando, y el etarra condenado por el asesinato, Koldo Ferreira. Seguramente, a tenor de la información que había ido recogiendo durante la investigación, Markel Irizar, aunque no tuvo que responder penalmente por esa muerte, también participó en el asesinato, pero esa información era extremadamente restringida, al alcance de muy poca gente, y no me imaginaba yo a Alberto Mellado con la capacidad ni las habilidades suficientes para enterarse por sí solo de ese dato. Todo indicaba que, efectivamente, como pensé en un primer momento y me lo acababa de confirmar hacía pocas horas Félix Covaleta, había una conspiración en marcha, y que un desconocido *deus ex machina* estaba moviendo todos los hilos del cotarro, aunque aún no sabía por qué, pese a intuirlo. Alguien con acceso a información privilegiada y capaz de llevar a la inmolación a un pobre desgraciado que no se enteraba de nada. Si ya ser un paranoico es algo muy grave, ser un paranoico al que le persiguen de verdad puede llegar a ser la hostia. En mi caso era la hostia, seguramente por eso me dio el bajón.

De repente me di cuenta de que no me apetecía estar solo en esa casa tan grande que había heredado de mis padres. Desde que mi mujer me dejó, y posteriormente aún más tras su muerte, me había acostumbrado a vivir solo. De vez en cuando traía algún ligue, alguna amiga con la que tomar algo y hacer esporádicamente el amor y poco a poco me había acostumbrado a esa vida tranquila y sosegada, pero cuando esa noche me vi encerrado entre esas cuatro paredes, sabiendo que la vida de Eneko y la mía estaban en peligro, sentí un profundo vacío, no tanto por el hecho en sí de estar amenazados, eso en cierto modo era parte de nuestra vida y sabíamos a lo que nos exponíamos cuando elegimos el oficio que elegimos, sino por no tener al lado a alguien a quien poder contárselo.

Intenté alejar ese profundo vacío cocinando. Había comprado una merluza en una pescadería de confianza, según volvía a casa, y decidí preparármela a la vasca. Freí unos dientes de ajo en una cazuela de barro que perteneció a mi madre y aún la conservaba en casa. Cuando ya estaban bien fritos los saqué e introduje la merluza, que previamente había cortado en trozos redondos, dejándola a fuego lento durante unos tres minutos. Luego le eché un vaso de vino blanco y una ramita de perejil picado, antes de añadir un buen número de almejas y un puñado guisantes así como un vaso de agua. Tras diez minutos de espera le di la vuelta a la merluza y cinco

minutos más tarde estaba hecha. Ya solo era cuestión de adornarla con unos espárragos y un huevo duro cortado en rodajas y el plato estaba listo para servir, exactamente como me había enseñado mi madre a hacerlo y como le gustaba a Natalia, mi exmujer.

Cuando pensé esto último me di cuenta de que no iba a poder comérmela. No sé si el subconsciente me había jugado una mala pasada, pero de repente comprendí que cocinar no había sido tan buena idea, sobre todo porque había hecho una merluza para dos personas y la segunda persona no estaba ni estaría nunca más. Pensé en tirarla a la basura, pero eso iba contra todos los principios con los que me había educado, así que sin pensarlo, seguramente de haberlo pensado no lo habría hecho, cogí el teléfono y llamé a Lola.

A Lola la conocí hace un par de años, mientras investigaba la muerte de la mujer de un conocido notario de Bilbao. Había sido compañera suya en el colegio de la Pureza, un acreditado centro escolar de la ciudad, y cuando la conocí se limitaba a salir de compras y cafeterías con las amigas y vivir del dinero de su marido, un hombre de esos que no sufre apreturas económicas ni en los peores momentos de crisis financieras y económicas. A pesar de ello, y de tener una vida que en mi época juvenil universitaria hubiera calificado en el mejor de los casos de burguesa y en el peor de decadente, era una mujer inteligente con la que conecté enseguida y que me ayudó en lo que pudo. Incluso intenté ligármela, pero inútilmente, como me dijo sin rodeos en la primera ocasión en la que apareció por mi casa, para ella follar era un acto alegre y placentero, por eso no podía hacerlo conmigo, porque de mi persona emanaban demasiada amargura y tristeza. No pude reprochárselo porque tenía razón, en aquellos momentos yo era la viva imagen de la derrota. Luego, cuando al fin conseguí levantar cabeza, tampoco pudo ser, ya que por lo que me dijo se había reconciliado con su marido y era mujer de un solo hombre.

–Humphrey –respondió al identificarme en su móvil. Solía llamarme así, por razones evidentes, al menos para ella, yo nunca he acabado por identificarme ni con el actor ni con sus personajes–, cuánto tiempo sin saber nada de ti, tío duro, ¿qué tal te va la vida?

–Me temo que estoy en uno de esos nuevos momentos en que destilo por todos los poros de mi piel amargura y tristeza, pero acabo de cocinar una merluza que no deseo comer solo.

–¿Es una invitación?

–Creo que sí. Sí, por supuesto que sí, me gustaría que vinieras a casa a cenar conmigo.

–¿Solo a cenar?

–Por lo menos a cenar.

–Pues vete poniendo la mesa que en media hora estoy allí.

Tardó algo más, unos cuarenta minutos, pero la espera mereció la pena. Seguía siendo una mujer irónica e inteligente y la entrada en la cincuentena, había cumplido

la quinta década hacía tan solo dos meses, por lo que me dijo, la había vuelto aún más interesante.

Fue una cena estupenda, y no solo porque la merluza a la vasca sea un plato que siempre me sale exquisito sino porque, casi sin darme cuenta, se lo conté todo, desde que me enteré de que habían tiroteado a Eneko hasta lo que me había ocurrido ese mismo día. Se lo conté todo de un modo natural, sin tener que hacer ningún esfuerzo especial, tan solo porque entre sus cualidades estaba la de saber escuchar. Y tengo que decir que después de hablar con ella se me quitó un gran peso de encima como cuando de pequeño iba al confesionario y le contaba al cura todos los pequeños pecados, aunque entonces a mí me parecían muy grandes, que había cometido la semana anterior y volvía a salir limpio, tras recibir el perdón y la absolución. Con la ventaja adicional de que Lola no me impuso, como penitencia, el rezar tres padrenuestros y un ave maría.

Debió notar mi alivio porque después de que se lo contara todo, y mientras estábamos acabando la botella de txakoli blanco con la que regué la cena, un Gorrondona que había comprado en Bakio el verano anterior, me dijo que no creía que yo estuviera amargado y triste.

–En todo caso se te nota preocupado, muy preocupado, y eso es normal, no solo por ti sino también por tu amigo. Eres un buen tío, Humphrey, duro por fuera, pero tierno, muy tierno por dentro. Y lo mismo que nunca me ha apetecido follar con tipos tristes y amargados, sí que me apetece hacerlo con tipos tiernos, sobre todo si me han gustado desde el primer día, como es tu caso.

No lo decía por decir, sino que se acercó a mí para besarme y restregar su cuerpo contra el mío.

–Creía que seguías casada y que eras mujer de un solo hombre –como es habitual en mí, no desperdicié la oportunidad de decir una chorrada que no venía a cuento o, al menos, era francamente inoportuna.

–¿Me estás rechazando? –pese a la pregunta no se la notaba enojada sino divertida.

–No, no es eso, todo lo contrario, pero...–preferí no continuar, no fuera a meter mucho más la pata.

–A mi marido, por si saberlo te tranquiliza, no le gustan las cincuentonas, así que últimamente se dedica a las jovencitas.

–Tu marido es un imbécil –le dije.

–En eso has dado en la diana, mi marido es, efectivamente, un imbécil, aunque se trata de un imbécil con mucho dinero, así que de momento seguimos juntos, pero si él tiene sus buenos ratos de esparcimiento, ¿por qué no los voy a tener yo? Y ahora dime qué prefieres, llevarme a la cama o que sigamos hablando de él hasta que nos aburramos y regrese a la placidez de mi hogar.

Cuando una mujer tiene razón, la tiene, aunque esté casada con un imbécil adinerado, así que no volvimos a hablar de su marido en toda la noche.

La casa, situada en las afueras de Madrid, estaba protegida hasta el paroxismo en previsión de cualquier ataque externo. Era imposible que nadie, desde fuera, consiguiera allanarla. Pero por fortuna, pensó el subinspector Pareja, no se había previsto la posibilidad de un ataque interno. Bueno, pensó con satisfacción, sí que se había previsto, eran profesionales de verdad que jamás dejaban un cabo suelto, pero quien se había encargado de esa seguridad interna era él en persona. Los búlgaros habían depositado su confianza en él, ya que en el pasado les había hecho muchos favores y nunca les había fallado, pero siempre hay una primera vez para todo.

Había desconectado las alarmas y, previsor como era, en su comida había introducido un potente somnífero, inidentificable al probarlo, pero de efectos inmediatos. El asalto no podía fracasar y no fracasó. Cuando se dio la orden de entrada ninguno de los habitantes de la casa opuso resistencia. De hecho, ni se enteraron. Pasaron de disfrutar de un sueño reparador en la tierra a gozar del sueño eterno no se sabe dónde, eso a Pareja, que siempre había tenido los pies en el suelo y no le preocupaba ni creía en la existencia de un más allá, no le interesaba en absoluto. Tan solo le preocupaban los resultados. Los cuatro búlgaros estaban muertos y él podría disfrutar a partir de ese momento de todo lo que había construido a lo largo de su vida, sin que nadie pudiera inquietarle lo más mínimo ni arrebatárselo.

Para conseguirlo no le quedó más remedio que sacrificar a los búlgaros. En el fondo le daban un poco de lástima, pero solo un poco. Le habían servido fielmente, pero él también les había sido muy útil. Solo que desconocían que en ese extraño juego de ajedrez el rey era él, mientras que ellos eran simples peones desechables.

Se preguntó qué sería de Ortigosa. Hacía años habría pensado en él como en otro peón o, a lo más, como en un alfil, siempre a la sombra de Villalpando. La muerte en atentado terrorista de este último, volvió a sonreírse, le vino muy bien, porque a partir de entonces fue ascendiendo. Siempre fue un lameculos muy eficiente, un auténtico chupatintas que ahora era el jefe de una triste comisaría en Logroño. Eso era algo que seguramente le venía como anillo al dedo, una capital de provincias con poco trabajo, como mucho algunos pocos papeles que tendría que firmar antes de acabar la jornada laboral y, el día de la patrona, ponerse un elegante uniforme y beber unas cuantas copas de vino junto al subdelegado del gobierno, el alcalde la ciudad y el presidente de la comunidad autónoma. Quizás actualmente fuera más que un alfil, quizás fuera una torre. Dudaba mucho de que se le pudiera atribuir la condición de reina.

Tenía, por tanto, su lógica que le hubiesen utilizado para ponerse en contacto con él. Al principio le extrañó que una persona a la que siempre había considerado anodina y mediocre fuera el portador de la propuesta, pero bien mirado, era lo que él siempre hacía, utilizar a tontos útiles a los que podía sacrificar cuando ya no le servían para nada o era necesario para salvar su propio culo.

Cuando Ortigosa le citó en su despacho de la comisaría de Logroño («te he citado

aquí», le dijo misteriosamente, como si fuera la caricatura de un conspirador de película, «porque es el único sitio en el que estoy seguro de que nadie va a poder enterarse de lo que hablamos») se reafirmó en lo que ya sabía sobre él, que era un burócrata eficiente y cumplidor que no deseaba complicarse la vida, aunque para ello tuviese que hacer de chico de los recados de quienes de verdad movían los hilos. De hecho le costó entrar en materia, como si le molestara tener que ser el portavoz de algo que no entendía del todo y que podía llegar a complicar su apacible vida, aunque al final no le quedó más remedio que ser claro con él.

–Ha habido ya demasiadas muertes, Pareja. A ver si me acuerdo de todos – empezó a contar con los dedos, como si eso le ayudara a memorizar– Koldo Ferreira, que no es que me importe mucho porque era un terrorista, pero al matarle también se hirió a un *ertzaina* al que, por lo que me han comentado, le queda muy poco para diñarla, sobrevive gracias a la respiración asistida, pero antes o después tendrán que desconectarlo, Markel Irizar, que también fue en su día miembro de ETA aunque cuando murió era un alto cargo del gobierno vasco y ese tal Mellado, una víctima del terrorismo, lo que es muy triste, aunque por lo que me han dicho de él no es que se haya perdido gran cosa. Y no sé, creo que hay algunos más, pero tampoco llevo la cuenta. A mí, en el fondo, me da igual, yo vivo muy tranquilo con mis rateros y navajeros aquí, en Logroño, pero me han dicho que te lo transmita y eso es lo que estoy haciendo, transmitírtelo.

Se había olvidado de la vecina del detectivillo ese que le estaba poniendo tan nervioso así como del imbécil que la acompañaba y de su hijo, pero optó por no mencionárselo a Ortigosa. No había que darle más pistas de las necesarias a ese policía de sillón y despacho. Al contrario, incluso intentó impugnar levemente la relación de muertos que acababa de achacarle su interlocutor.

–Creo que exageras, a Irizar le mató ese tal Mellado y este fue abatido por sus escoltas. No es nada nuevo, salió en todos los periódicos.

–A mí déjame de periódicos y de hostias –Ortigosa se encogió de hombros–, si me han dicho que Irizar y Mellado están en la lista, pues lo están. Yo lo único que quiero es que acabemos todo este follón cuanto antes, que estos líos están bien cuando eres joven, pero ahora lo único que quiero es vivir tranquilo y sin complicaciones, ni siquiera sé por qué cojones me han elegido a mí para hacer de intermediario contigo. ¡Qué coño!, sabes perfectamente que nunca me caíste bien, y esa es una cosa que no cambia con el tiempo.

–El aprecio es mutuo, por lo que veo –sonrió irónico Pareja–. En cuanto a lo otro, supongo que tú, como todos, tienes tus trapos sucios que ocultar y no te queda más cojones que tragar cuando te piden algo que se sale del reglamento.

–No digas chorradas –protestó Ortigosa, con una falta de convicción que confirmó a Pareja que había dado en el clavo–. Además, da igual. ¿Estás dispuesto a aceptar el trato que se te ofrece?

Estaba dispuesto, por supuesto que estaba dispuesto. Aunque mirara con

desprecio al comisario de Logroño él también estaba harto de tantas batallas. Si había vuelto al ruedo, como esos toreros barrigones que dicen sentir nostalgia de los tiempos en los que recorrían las plazas de toda España cortando orejas cuando en realidad lo que suele ocurrir es que están totalmente arruinados, era precisamente para preservar tanto su tranquilidad como su extensa cuenta corriente, ganada tras muchos años de cruzar continuamente la línea que separa el mundo de los delincuentes del de los policías. Y ahí estaba la prueba, el sacrificio de sus cuatro ayudantes, sacrificio por el que no sentía ningún remordimiento.

De nuevo se encontraba junto a él Ortigosa. No se explicaba que les hubiera acompañado en el operativo, dudaba de que tuviera estómago para participar en esas cuatro muertes. Aunque en realidad no había participado, se había limitado a esperar que todo terminara y a asentir con un leve movimiento de la cabeza cuando sus hombres, bueno, sus hombres no, pensó con desprecio, los hombres que le habían asignado desde el alto mando, le comunicaron que la operación había sido todo un éxito.

–Bueno, por fin se ha acabado todo –le dijo mientras se alejaban caminando parsimoniosamente de la casa en la que habían buscado refugio los búlgaros y se dirigían hacia el lugar en el que habían dejado aparcados sus respectivos vehículos. Ortigosa había dado a sus hombres instrucciones para que se alejaran, ya que quería hablar con tranquilidad con su viejo compañero–. La verdad es que estas cosas me desagradan un montón, no entré en la policía para esto.

–Siempre fuiste un flojo –le contestó Pareja–, y para ser sincero ni entonces ni ahora entendí cómo pudiste meterte en el cuerpo, pero bueno, son cosas sobre las que no merece la pena perder un minuto, a lo hecho, pecho, ese ha sido siempre mi lema. Pero aún no hemos acabado –añadió–, queda el asunto del detective. Tiene que desaparecer de escena y cuanto antes mejor.

–No sé por qué te molesta tanto ese tipo, si ni siquiera sabe por dónde le da el aire.

–¡Qué cojones sabrás tú de eso! –le replicó irritado–. Además da igual, ya intenté cargármelo una vez y fracasé. Bueno, en realidad fracasó el gilipollas de Mellado, pero aún así no me gusta que los trabajos se queden a medias. Además, es parte del trato que hicimos.

–Sí, en eso llevas la razón –concedió, conciliador, Ortigosa–. Hicimos un trato y los tratos hay que cumplirlos, aunque tú no sueles cumplir los tuyos.

–¿A qué te refieres? –de nuevo la irritación apareció en el rostro de Pareja, casi al borde de la congestión–, yo siempre cumplo lo que digo.

–¿Sí? ¿También con Mellado? ¿Y con los búlgaros?

–Eso es otra cosa –sonrió Pareja–, eran simples peones a los que no me quedaba más remedio que sacrificar. La única pieza importante es el rey y yo soy el rey. Siempre lo he sido y, como dice la canción, sigo siéndolo.

Durante un rato siguieron caminando sin cruzarse ni una palabra más, como si

entre ellos estuviera todo dicho y ambos tuvieran prisa por llegar hasta sus respectivos vehículos y no volver a verse nunca más en la vida. Los tenían ya a la altura de su vista cuando Ortigosa rompió inesperadamente la brecha de silencio que se había abierto entre ellos.

–Te gusta el ajedrez, ¿no?

–Sí, siempre me ha gustado –respondió, a regañadientes, Pareja–. Es un interesante juego de estrategia, que te enseña a ceñirse en lo importante aunque para ello haya que desechar todas las piezas prescindibles.

–¿Eres un buen jugador?

–¿Por qué? ¿Acaso me vas a retar a una partida? –se burló ostensiblemente de su compañero–. No soy un gran maestro, pero frente a mí no tendrías ninguna posibilidad.

–Es cierto –admitió Ortigosa–, se me había olvidado que tú eres el rey.

–Así es –contestó Pareja ufano–, tú lo has dicho, soy el rey.

–¿Sabes?, a mí es un juego que siempre me ha aburrido mucho, pero con el tiempo he aprendido algo y es que no es suficiente ser el rey, sino ser el rey adecuado.

–¿A qué te refieres? –le preguntó intrigado Pareja.

–A que quizás tú seas el rey, pero eres el rey de las piezas negras y, como tienes que conocer perfectamente, si sabe jugar bien sus bazas quien lleva siempre las de ganar es el rey de las piezas blancas, y mira por dónde, en estos momentos yo soy ese rey.

La extrañeza de Pareja se acrecentó cuando vio aparecer, repentinamente, una pistola en la mano derecha de su compañero, una extrañeza que enseguida se transmutó en miedo.

–¿Se puede saber qué haces? Estás completamente loco si piensas que de ese modo vas a conseguir algo. No estás tratando con ningún aficionado –le espetó con tanto desprecio como ira–, es posible que no quieras cumplir el trato que hemos firmado, no soy tan imbécil como para fiarme de vuestra palabra, pero tengo agarrados por los cojones a tus jefes, si les desobedeces tú serías el siguiente en caer así que no seas estúpido y guárdate el arma, haré como si no la hubiera visto.

–Muy generoso por tu parte –contestó irónico Ortigosa–, tengo que admitir que los tienes bien puestos y que siempre has sido muy bueno en lo tuyo, extremadamente bueno, pero te equivocas menospreciando a los demás como si nos chupáramos el dedo. Y has olvidado que tú eres una sola persona y, una sola persona, por preparada que esté y eficiente que sea, nunca puede luchar contra una organización. Quizás los componentes de esa organización sean mediocres, incompetentes y chapuceros, como tú piensas, pero el disponer de todos los medios, personal y dinero que se necesite proporciona poder, mucho poder, y ante el poder todo el mundo, por eficaz y profesional que sea, acaba por claudicar. Has dicho que nos tienes agarrados por los cojones, pero para tu desgracia estás equivocado. Los tres periodistas, de medios diferentes y con intereses editoriales y económicos diversos, a los que les llegaría

cierta documentación, no harían nunca nada con ella. Uno de ellos trabaja en una revista con graves problemas económicos a la que la retirada de la publicidad institucional le hundiría irremisiblemente, otro tiene un hermano drogadicto al que le puede caer más de treinta años por narcotráfico y otros delitos, salvo que un juez complaciente dicte, como haría si nosotros se lo sugerimos, una sentencia absolutoria, y la máxima ilusión del tercero es obtener la corresponsalía de una cadena muy importante de televisión en Nueva York y, puta casualidad, nosotros nos llevamos muy bien con el director general de esa cadena. En cuanto a los tres bancos en los que tienes guardadas copias de esos mismos documentos en otras tantas cajas de seguridad, causalmente están esperando como agua de mayo unos pocos de esos miles de millones que nos van a enviar desde Bruselas para sanear nuestro sistema financiero, y no van a poner en peligro esas ayudas por mantener la confidencialidad de un miserable como tú, lo entiendes, ¿verdad?

–No podéis hacerme eso, no podéis –el rostro de Pareja se había vuelto repentinamente blanco–. Eres un hijo de...

No llegó a acabar la frase porque una bala salida del pistola de Ortigosa le entró por su ojo derecho, matándole al instante.

–Cuando anteriormente te dije que siempre me habías caído mal –se dirigió Ortigosa al muerto, pese a ser consciente de que ya no podía oírle–, te dije la verdad, pero no te he matado por eso. Ni siquiera porque me lo hayan ordenado, no. Me he limitado a cumplir con mi obligación, con el añadido de que en este caso cumplir con mi obligación ha sido al mismo tiempo un placer. Porque pese a que no he disfrutado matándote, no soy de esos, en estos momentos me siento mucho más feliz que cuando tenía que aguantar tu presencia en este asqueroso mundo.

Cuando me desperté los dinosaurios no estaban allí, cosa que no me importó lo más mínimo, pero tampoco se encontraba Lola, lo que sí me jodió un poco más, aunque nuestra relación había sido fugaz y en ningún momento habíamos hecho planes de boda, ni mucho menos. Al menos me dejó la típica nota en la que escuetamente decía que lo había pasado muy bien conmigo y que ya nos veríamos. Junto a su firma había estampado como rúbrica un beso que impregnó la nota de un carmín extremadamente fuerte, que yo no había notado el día anterior.

En el fondo me vino bien su marcha ya que tenía aún muchas cosas que hacer. Entre ellas recoger a Eneko y su familia y acompañarles hasta el aeropuerto de Biarritz. Afortunadamente mi amigo se había repuesto del todo, pero seguía sin recordar nada sobre todo porque, como me insistió reiteradamente, no tenía nada que recordar, el primer contacto con Ferreira lo iba a tener el día en que salió de prisión, pero ya nunca tendría lugar. Cuando hablé con él por primera vez, antes de que se desvaneciera y tuviera que irme del hospital, no tuvo fuerzas para decirme por qué estaba esperándole, pero en nuestra siguiente entrevista me comentó que uno de sus confidentes, un tal Eladio Marchante, le había avisado de que Koldo Ferreira quería hablar con él.

–¿Por qué contigo? Siendo un antiguo miembro de ETA, ¿no hubiese sido más lógico que contactara con un miembro de la brigada antiterrorista, en el caso de que quisiera decirle algo a la policía?

–Yo también me he hecho esa pregunta –me contestó encogiéndose de hombros–, e incluso se la hice a Eladio, pero este no supo responderme. La única explicación factible es que Ferreira y él se habían hecho amigos en la prisión y confiaban mutuamente el uno en el otro, y como Eladio me conocía y, dentro de lo que es una relación confidente-policía, se fiaba en mí, pues le dio mi nombre.

Parecía una explicación lógica, pero era al mismo tiempo una auténtica putada, porque mi amigo, y yo mismo, estábamos en peligro sin conocer el motivo. Y con el problema añadido de que no contábamos más que con nosotros mismos y la ayuda que eventualmente nos pudieran proporcionar Ander González y Félix Covaleta que, pese a su buena voluntad, quizás no fuera suficiente. Mientras las autoridades, policiales y judiciales, consideraran cerrado el caso, a satisfacción de todo el mundo, poco se podía hacer. Por eso convencí a Eneko, que accedió a regañadientes, para que se tomara unos días de vacaciones, y por eso les había acercado al aeropuerto, a él, a su mujer y a sus dos hijas, para que tomaran un avión que acabaría llevándoles a Nueva York, obsequio del tío Mikel. En momentos como ese me alegraba de no haber rechazado, pese a mis escrúpulos iniciales, la herencia que me legó mi viejo camarada de juergas y otros desmanes Arturo Apodaka. Por lo menos a mi amigo le proporcionaba quince días más de tranquilidad, aunque aún no sabía qué íbamos a hacer cuando volviera.

Me despedí de la pareja y los niños y enfilé el coche en dirección hacia Logroño. Por autopista no se tardaba mucho, apenas dos horas y media, seguramente algo menos, aunque preferí tomarme la conducción con calma, necesitaba tiempo para tranquilizarme y pensar.

La dirección de Eladio Marchante que me había proporcionado Ander González no estaba muy lejos del Paseo del Espolón, así que dejé el coche en un aparcamiento subterráneo cercano y tras saludar a la estatua del general Espartero, que firme en su impasibilidad militar se negó a devolverme el saludo, me dirigí a la calle Barriocepo. Allí, en un viejo edificio situado junto a la iglesia de Santiago el Real, tenía su último domicilio conocido el confidente de Eneko. No albergaba muchas esperanzas de encontrarle, pero por algún sitio tenía que empezar, así que tras tocar todos los timbres y decir «cartas del banco, me abre por favor», algún alma caritativa o quizás un pequeño accionista del BBVA apretó desde su casa el interruptor que me permitió introducirme en el portal. Se trataba de un edificio viejo, con escaleras de madera y pinta de estar bastante bien cuidado, pese a lo cual el paso del tiempo comenzaba a hacer sus estragos. Supuse que la mayoría de los vecinos llevarían muchos años viviendo allí y se conocerían de toda la vida. Lo primero que hice fui mirar los buzones. En el que correspondía a Marchante, el 2.º B, no se leía ningún nombre, como si no se hubiese tomado la molestia de encargar una placa con su identificación, con que aparecieran el piso y la puerta parecía tener suficiente, seguramente no había sentido la necesidad de dar a conocer el resto de sus datos, tal vez por desidia o más probablemente por prudencia. Aprovechando que no bajaba nadie por las escaleras con un golpe seco conseguí que se abriera el buzón, que estaba a rebosar, indicio de que hacía mucho tiempo que su propietario no se molestaba en abrirlo, seguramente porque también hacía mucho tiempo que no se pasaba por su domicilio. En su interior encontré lo que ya me esperaba, aunque pese a todo hay que intentarlo: publicidad, publicidad y más publicidad. Ni siquiera había las típicas cartas del banco o la caja de ahorros, aunque sí tres de las compañías de la luz, el agua y el gas en la que le instaban a pagar lo que les adeudaba o amenazaban con cortarle el servicio.

Subí hasta el 2.º B por las escaleras y toqué el timbre de la vivienda. Sabía que nadie me iba a abrir, pero enseguida observé cómo desde la mirilla de la puerta de enfrente alguien intentaba enterarse de qué estaba ocurriendo y quién estaba llamando a la puerta del vecino. Aquel día me había puesto el traje que suelo usar para ir a bodas, bautizos y funerales y sobre la camisa, blanca e impoluta, lucía una corbata de rayas azules oscuras sobre fondo rojo capaz de enternecer al más exigente de los jefes de protocolo. Mi aspecto debió inspirar confianza a la persona que me observaba tras la mirilla, porque instantes después se abrió una puerta y una señora ya mayor, que quizás aún no había entrado en la ancianidad, pero a la que le faltaba poco, me dijo que no me molestara, que el Eladio hacía ya muchos días que no pasaba por la casa.

—¿Le conoce usted bien?

—Desde que era un renacuajo, aunque en realidad a quien conocía bien, bien, de

todo la vida, era a su difunta madre, la pobre Eulalia, una mujer trabajadora como la que más, que solo vivía para su hijo, y eso que hace unos cuantos años ser madre soltera no era nada fácil. Hoy, en cambio, hay que ver cómo ha cambiado la vida, incluso salen en televisión presumiendo de ello, pero en aquellos tiempos ser madre soltera no era nada fácil, no señor. De todos modos la Eulalia nunca se amilanó y luchó por sacar a su hijo adelante, aunque se dejó para ello la vista cosiendo día y noche, día y noche, como una auténtica esclava, para que a su hijo no le faltara de nada. Y así se lo pagó él, que acabó siendo un auténtico delincuente. Por cierto, ¿para qué le estaba buscando? –Seguía siendo una mujer amable y confiada, pero quizás después de decir lo que acababa de decir, empezaba a parecerle extraño que alguien preguntara por un auténtico delincuente, como le había definido.

–Bueno, creo que no cometo ninguna indiscreción –respondí intentando restablecer la mutua confianza–, si le digo que el señor Marchante estuvo recluido, durante una temporada, en la prisión de Basauri, en Bizkaia, cerca de Bilbao. Allí, dentro de un programa de rehabilitación de los reclusos, participó en unos cursos de formación y capacitación laboral diseñados para facilitar la reinserción social y laboral de los expresos y dentro del seguimiento que hacemos a quienes, tras aprobar dichos cursos, han quedado en libertad, quería estar con él para ofrecerle un trabajo en una de las empresas colaboradoras con el programa. Sería un contrato temporal, por supuesto –es mejor, en ocasiones, rebajar el listón si se quiere que cuelen nuestras mentiras y parezcan más verosímiles–, pero es una forma de introducirse de nuevo en un ambiente de trabajo y alejarse de la delincuencia.

–¡Ay, qué contenta se hubiese puesto la Eulalia! –La vecina parecía que iba a echarse a llorar de la emoción–, lástima que las buenas noticias lleguen cuando ya está muerta. En fin, más vale tarde que nunca, como dice el refrán. Pero la verdad es que, como ya le he dicho, hace tiempo que no pasa por aquí. ¿Perdería la oportunidad si no le encuentran pronto? Porque sería una verdadera lástima.

–Bueno, sabemos cómo son las cosas con esta gente, usted ya me entiende – intenté establecer una relación de complicidad entre ambos–, no es la primera vez que, tras salir de prisión, una persona desaparece, por si acaso, así que procuramos ser comprensivos y esperar durante un tiempo, pero me temo que si no le encontramos en un par de semanas, perderá su oportunidad. ¿No sabría usted decirme dónde podría localizarle?

–Es difícil decirlo, ¿sabe?, yo no soy de esas personas que se mete en la vida de los demás –esperé interesado, durante unos cuantos segundos, para ver si cambiaba su fisonomía, pero curiosamente no le creció la nariz–, pero al Eladio le conozco desde que nació y mucho más a su madre, la Eulalia, una auténtica santa, cómo se alegraría de saber que por fin su hijo puede enderezar su vida, pero no sé, quizás..., mire, él tenía bastante aprecio y amistad, no me explico por qué, con una mujer que era viuda de un policía, una mujer muy buena a la que le mataron el marido en las Vascongadas, los terroristas esos de la ETA, ¿usted es vasco, no?, se lo digo por el

acento, allí hay gente muy maja, que conste, no todos van a ser iguales, aquí a La Rioja suelen venir muchos vascos, pero es que hay cosas que no están bien, eso de ir por ahí matando a la gente no está bien, no señor. Déjeme pensar cómo se llamaba, la viuda Villalpando, eso es, nadie la conocía por su nombre, creo que era María, pero todo el mundo la llamaba la viuda Villalpando. ¿La conoce usted, por casualidad?

Esto último debió decirlo porque nada más escuchar ese nombre no pude evitar que a mi rostro asomara un gesto de sorpresa. Seguramente había mucha gente apodada Villalpando en toda España, e incluso habría más de un policía con ese apellido, pero estaba claro que si buscando a Eladio Marchante me encontraba con un Villalpando, tenía que ser el policía al que supuestamente asesinó Koldo Ferreira en la que, curiosamente, fue su última acción como militante de ETA.

–No, creo que no, pero el apellido me suena, hace muchos años conocí a un policía destinado en Bilbao que se llamaba Ernesto Villalpando –en esta ocasión fue mi apéndice nasal el que no se alargó, pese a lo que acababa de decir.

–Ese, ese era el marido, un buen hombre, aunque la verdad es que yo no le conocí, pero eso es lo que se decía de él.

–¿No sabrá usted la dirección de esa señora?

–No, de memoria no me la sé, pero creo que en algún rincón de la casa guardo la nota de agradecimiento que me envió su hermana por asistir al funeral. Si espera un momento se la busco.

Sin aguardar mi contestación la mujer se introdujo de nuevo en la casa, dejándome a solas en el descansillo –pese a su cordialidad en ningún momento me invitó a entrar en el domicilio– para que rumiara en silencio la noticia de que la viuda de Ernesto Villalpando también había fallecido, con lo que parecía cerrarse una puerta más en mi investigación. ¿Habría sido también asesinada? Cuando la mujer volvió a salir al rellano, con la tarjeta de agradecimiento, me fijé en la fecha, y pude comprobar que su fallecimiento se produjo tan solo tres meses antes del atentado contra Ferreira y Eneko. De todos modos, por lo que me dijo la vecina de Marchante, que se resistía a perderme de vista, supongo que la buena mujer no debía recibir muchas visitas, no parecía haber nada sospechoso en su óbito. La pobre María falleció a consecuencia de un cáncer de páncreas, tras una larga y dolorosa enfermedad, por lo que a simple vista su muerte no parecía que tuviera nada que ver con los últimos acontecimientos. Por lo demás, la viuda no debía tener muchos allegados, ya que la única que firmaba la nota de agradecimiento era su hermana Adelaida.

–Vivían juntas –me explicó–, en un piso precioso de la Gran Vía del Rey Juan Carlos I, desde que María enviudó. Adelaida también era viuda, pero de un ingeniero que la dejó con el riñón bien cubierto. Ninguna de las dos tuvo hijos, así que se hacían mutua compañía y, como eran muy piadosas, se dedicaban a hacer obras de caridad.

–¿Por ese motivo conocían esas señoras a Eladio?

–No, qué va, de jóvenes habían vivido en este barrio y eran amigas de su madre, la buena de Eulalia. Si no de qué iban a tratar con su hijo, eran muy buenas personas, bueno, Adelaida sigue siéndolo, que no ha fallecido, la muerta es solo su hermana, pero tenían mucho miedo a los ladrones y gente así, aunque tratándose de Eladio la cosa era diferente, pensaban que por ser hijo de Eulalia nunca les iba a hacer ninguna barrabasada, y tenían razón, porque que yo sepa nunca ha hecho nada en contra de ellas.

Agradeciéndole su información me despedí de la señora, prometiéndole que haría ímprobos esfuerzos para encontrar al Eladio y ofrecerle ese trabajo gracias al cual el espíritu de la pobre Eulalia podría descansar tranquilo al comprobar que su querido hijo por fin iba a encauzar su vida de una manera digna y provechosa.

Como supuse que con doña Adelaida, la hermana de la viuda de Villalpando y viuda ella misma, a su vez, de un ingeniero, no iba a servir el mismo sistema de acercamiento que con la vecina de Eladio Marchante, opté por llamarla por teléfono y solicitarle una entrevista. Me arriesgaba a que no me atendiera y con un «no» escueto me colgara y me dejara con el culo al aire, pero merecía la pena arriesgarse, mi experiencia me indicaba que, por lo que me había comentado la vecina de Eladio, que era también quien me había proporcionado su número, seguramente no era el tipo de mujer a la que se pudiera engañar. Cuando hablé con ella le oculté todo aquello que pudiera despertar su desconfianza, limitándome a contarle parte de la verdad, la suficiente para que accediera a tener una corta entrevista conmigo. Para mi sorpresa no tuve la necesidad de desplegar todo mi encanto telefónico ya que accedió a mi petición casi al instante. Lo único que me pidió es que fuera por la tarde, después de comer, ya que por la mañana estaba muy atareada y no podía recibirme.

Para hacer tiempo me di un paseo por la ciudad. Se acercaba la hora de comer, así que me acerqué a la calle Laurel. Allí, en el Soriano, mientras bebía una caña me comí unos champiñones que, según dice la leyenda, son los mejores del mundo. Quizás eso sea exagerado, nadie ha estado en todos los lugares en los que se sirven champiñones para poder comparar, pero de lo que no cabía ninguna duda es de que estaban buenísimos. Repetí tanto la bebida como la comida y poco después atacé un menú del día en uno de los muchos tascos que hay en esa calle y sus inmediaciones. Cuando uno come solo el tiempo parece que transcurre mucho más rápido, así que al acabar con los postres aún me quedaba casi una hora para acudir a mi cita, por lo que fui dando un paseo, deteniéndome de vez en cuando frente a los escaparates de las bien surtidas y elegantes tiendas que encontraba a mi paso, como si fuera un turista en busca de alguna ganga. En algunas ocasiones me dio la impresión de que me estaban siguiendo o controlando, pero pese a mis esfuerzos no pude confirmarlo. Siempre he estado bien preparado para detectar ese tipo de situaciones, así que finalmente deseché mis temores pensando que eran producto del cansancio que llevaba encima. De todos modos tampoco le di demasiada importancia al asunto, si alguien me estaba siguiendo antes o después lo descubriría o se manifestaría de

alguna manera. Además, se acercaba la hora de mi cita. El café que me tomé en una cafetería situada en los bajos del edificio en el que habitaba doña Adelaida me indicó el momento de ir a su encuentro.

A las viudas de los policías, aunque hayan muerto asesinados en un atentado terrorista, no les suelen quedar unas pensiones muy elevadas, y desde luego no tanto como para poder permitirse vivir en aquel edificio, pero estaba claro que a las viudas de los ingenieros, o por no generalizar, a la viuda de aquel ingeniero en concreto, sí. No era extraño que habiendo perdido ambas a sus respectivos maridos acabaran viviendo juntas, y que lo hicieran en la casa propiedad de doña Adelaida, no en la que había vivido, antes de perder al suyo, la mujer del inspector Villalpando.

Casi siempre que uno oye hablar de viudas piensa, seguramente influenciado por los tópicos al uso y más si al hablar de alguna de ellas se la cita con el nombre de doña Adelaida, en una venerable ancianita con el pelo canoso recogido en un moño y vestida con una raída bata de tonos grises u oscuros. Nada más lejos de la realidad, al menos en ese caso. Doña Adelaida, «llámeme Adelaida, que todavía no me han tenido que llevar a un asilo» me dijo riéndose, tendría poco más de sesenta años y ni su cuerpo ni su expresión risueña eran los de una anciana. Quizás yo tenga una mente en exceso sucia, pero pensé que hasta hacía muy poco tiempo podría haber llevado, en caso de haber sido ese su deseo, una vida social e incluso sexual muy intensa, y que aún hoy en día podría seguir en activo. No es que me vayan las sesentonas, pero muchas cuarentonas, e incluso treintañeras, habrían tenido que batirse en retirada ante mi anfitriona. Lógicamente no me ofreció el típico chocolate con churros que yo me había temido, sino una copa. En su mueble bar tenía de todo, ginebra, ron, güisqui e incluso un licor de arándanos que, en su opinión, estaba para chuparse los dedos. Ahí empecé a perder la batalla porque acabé pidiéndole un güisqui demostrando con eso que, llegado el caso, puedo ser mucho más conservador que la desconsolada viuda de un ingeniero de caminos, canales y puertos.

Cuando las bebidas estuvieron preparadas, de lo que se encargó ella en persona, me preguntó directamente qué interés tenía en la persona del pobre Eladio Marchante.

—Nosotras, mi hermana Carmen, que en paz descanse, y yo, le acogimos porque era hijo de una vieja amiga nuestra, pero el bueno de Eladio es, supongo que usted lo sabe tan bien como yo, por lo que le he entendido cuando hablábamos por teléfono, por decirlo de un modo suave, un desastre, un auténtico desastre, un cabeza loca que, como profetizaba mucha gente, acabó yendo a parar a la cárcel.

—Así es, en efecto, pero por lo que me han dicho cuando salió de prisión se puso en contacto con ustedes. Voy a serle sincero, necesito encontrarle, no para nada que pueda redundar en su perjuicio, pero sí creo que su colaboración puede serme útil para ayudar a un amigo que está en peligro —había decidido que para llegar a esa mujer el mejor camino era el de la sinceridad, y parecía que podía funcionar, a tenor del interés con el que me estaba atendiendo.

—Me gustaría escuchar completamente su historia, que parece ser fascinante, pero

me temo que no va a ser posible satisfacer su curiosidad porque en su pregunta hay un fallo. No fue Eladio quien acudió a nosotras, sino que fue mi hermana, poco después de que se le diagnosticara el cáncer que la llevó a la tumba –cuando hablaba de esto fue el único momento en que detecté un signo de vejez en doña Adelaida–, quien se puso en contacto con él.

–¿Y a qué se debió esa iniciativa?

–Eso quizás será mejor que se lo cuente yo, señor Goikoetxea, si no tiene inconveniente. Y me temo que si tiene algún inconveniente, también.

Miré en dirección a la voz que tan bruscamente nos había interrumpido y que acababa de entrar por una puerta lateral del salón en el que estábamos departiendo la viuda del ingeniero y yo. Supuse que se encontraba allí antes de que yo llegara. Quizás, después de todo, no fuese un paranoico, quizás, después de todo, sí que me estuviesen siguiendo. Superada mi sorpresa inicial le pregunté quién era y por qué se consideraba con derecho a hablarme de ese modo, pero haciendo caso omiso a mis preguntas se acercó a doña Adelaida y besándole la mano le agradeció sus gestiones y su colaboración.

–Pero a pesar de ello –añadió–, me temo que voy a tener que privarte de la sin duda agradable compañía del señor Goikoetxea –y luego, dirigiéndose a mí, dijo–: ¿me acompaña, señor Goikoetxea? ¿O puedo llamarle Goiko, como creo que hacen sus amistades?

Aunque el cuerpo me pedía responderle que él no estaba incluido en el selecto grupo de mis amistades, opté por asentir en silencio mientras observaba a mi interlocutor. Tendría cerca de sesenta años y aunque su pelo estaba completamente blanco, inequívoca señal del paso del tiempo, se le veía fibroso y en forma. Su cara, cruzada por alguna que otra arruga, permanecía constantemente risueña y el modo en que hablaba con doña Adelaida, pese a ser aparentemente ceremonioso, indicaba que la conocía desde hacía tiempo. Por lo demás, estaba claro que de su persona emanaba un aura de autoridad que no se recataba en ejercer, aunque en ningún momento, por sus exquisitos modales, diera la impresión de que necesitara salirse de madre para ejercerla. Tras ese breve, pero intenso examen, comprendí que lo mejor era asentir a sus deseos. Además, aunque su irrupción me había descolocado levemente, intuía que seguramente tenía la clave de lo que estaba sucediendo o, al menos, podía indicarme cuál era el camino correcto. Eso, en el caso de que no tuviera intenciones hostiles, cosa que tampoco se podía descartar a las primeras de cambio.

Como a chulo no me gana nadie, besé también la mano de doña Adelaida, agradeciéndole su hospitalidad, y le dije al hombre que acababa de interrumpirnos que estaba a su entera disposición. Con gesto versallesco me agradeció mis palabras e indicándome la puerta me dijo eso tan manido de «usted primero», aunque no estaba muy seguro de si lo decía por educación o porque no se fiaba del todo de mí.

–Hace un buen día, algo fresco, eso sí, así que si no le importa podríamos dar un paseo –me dijo mi nuevo amigo al cruzar el portal de edificio y salir a la calle. No

sabía exactamente qué era lo que pretendía ni qué quería de mí, así que me limité a asentir nuevamente y a esperar.

Mientras paseábamos por la Gran Vía del Rey Juan Carlos I pude observar cómo cuatro hombres, a ambos lados de la calle y distanciados entre sí, nos seguían. Al contrario que unas horas antes en las que había sido también seguido, ya no me quedaba duda alguna acerca de ello, sin que yo pudiera descubrir a mis perseguidores, ahora no se escondían, es más, con toda probabilidad el efecto que buscaban era, precisamente, que yo les viera y supiera que estaban allí, vigilándome, dispuesto a lo que fuese necesario para proteger al hombre que caminaba junto a mí.

–Es por su seguridad –me dijo, al advertir que me había fijado en ellos. Y sonrió antes de añadir–: por su seguridad y por la mía también, naturalmente. Creo que es usted una persona en la que se puede confiar, pero nunca se puede bajar la guardia. Eso es lo primero que aprendemos en este oficio. Y volviendo al tema de la seguridad, ya puede usted estar totalmente tranquilo, ahora y en el futuro, porque ni su vida ni la de Eneko Goirizelaia van a correr ya ningún riesgo en el futuro. Por decirlo en términos médicos, la operación, aunque extremadamente delicada, ha sido un éxito y no hay ninguna posibilidad de complicaciones, así que el paciente, los pacientes en este caso, usted y su amigo, se encuentran fuera de peligro.

Suponía que mi acompañante quería hablar, o quizás algo peor que hablar, acerca de los atentados contra Koldo Ferreira y Eneko, pero no me esperaba que de buenas a primeras me dijera algo así, y supongo que mi extrañeza se reflejó tanto en la cara que tuvo que decirme que me estaba hablando en serio, completamente en serio.

–Creo que será mejor que nos sentemos –me señaló la terraza de una elegante cafetería que teníamos justo a nuestro lado, una terraza que, «milagrosamente», se encontraba vacía pese al trasiego de gente–. Para el caballero un *gin- tonic* de Beefeather y para mí un cardhu –se dirigió al obsequioso camarero que, como si hubiese salido de la nada, apareció de repente delante de nuestra mesa–. Espero haber acertado.

Sí, había acertado, por supuesto que había acertado. El tío sabía hasta cuál era mi combinado favorito. Me sentía como un muñeco manejado por un titiritero y aunque confiaba en que no se rompieran las cuerdas, si lo que acababa de decirme mi acompañante era verdad, la sensación no era muy agradable. Esperamos un rato en silencio hasta que nos sirvieron las bebidas y entonces, tras tomar un pequeño trago y sonreír satisfecho, chasqueó los dedos y uno de los hombres que nos habían estado siguiendo, y que se habían aposentado en una mesa contigua aunque con la distancia suficiente como para darnos una extraña sensación de intimidad, se acercó y le entregó una carpeta, para retirarse respetuosamente poco después.

De la carpeta sacó cinco fotografías ampliadas a tamaño folio. En cada una de ellas podía verse la cara de un hombre, y también podía observarse, sin posibilidad del más mínimo error, que los cinco hombres estaban muertos.

–¿Les conoce? –me preguntó, con el mismo tono con el que podía haberme

preguntado si conocía a una joven minifaldera que, en esos momentos, cruzaba la calle.

–Antes me gustaría que me explicara eso que acaba de decir, lo de que ni Eneko Gorizelaia ni yo estamos ya en peligro.

–Todo a su tiempo, todavía quedan unas horas para que su amigo aterrice en el aeropuerto Kennedy de Nueva York y llegue al hotel en que se va a alojar con su familia, el W si no me equivoco, el que está en Lexington, junto a la calle 51. Entonces podrá llamarle para darle la buena nueva, mientras tanto conteste, por favor, a mi pregunta, ¿conoce a estas personas?

–No, no las conozco –respondí mientras pensaba si el hombre que estaba a mi lado conocería también la talla de calzoncillo que usaba. Por si acaso no osé preguntárselo.

–Y las fotografías, ¿no le dicen nada?

–Parece que estas cinco personas están muertas.

–Sí, eso salta a la vista, no tiene mucho mérito mencionarlo –me respondió en tono irónico y zumbón–, vamos, Goiko, estrújese un poco más las meninges, no me decepcione, siempre he pensado que era usted un tío inteligente y capaz.

–Bueno, cuatro de ellos parecen tener rasgos eslavos. ¿Podrían ser búlgaros?

–¿Ve como podía hacerlo, a poco que se esforzara? Efectivamente, estas cuatro personas son, o mejor dicho eran, porque los muertos no tienen nacionalidad, búlgaros, al igual que nuestro añorado Luboslav Gruev, el hombre que intentó acabar con su amigo y, seguramente, probó de su misma medicina. No, tranquilo, eso es una historia pasada que no me interesa conocer, entre otras cosas porque me imagino perfectamente lo que ocurrió y no tengo nada que objetar. Y ahora pasemos al quinto hombre. Usted me ha dicho que no le conoce y yo le creo, naturalmente que le creo, pero haga un esfuerzo. Imagínese que esto es un concurso y que le quedan muy pocos segundos para contestar a la última y decisiva pregunta, tiene que intentarlo para poder llevarse a casa el premio máximo, así que no le queda más remedio que decir un nombre, cualquiera, el primero que le venga a la cabeza.

–Antonio Pareja. El subinspector Antonio Pareja –el nombre me salió espontáneamente, sin pensarlo, como si le conociera de toda la vida y de repente hubiese recordado quién era.

–¿Ve cómo he acertado al pensar que era usted una persona inteligente y eficaz en su trabajo, señor Goikoetxea? En efecto, es Antonio Pareja, aunque hace tiempo que no era subinspector, de hecho se jubiló hace varios años con el grado de comisario y creo que incluso cuando era conocido como «el subinspector Pareja» ese no era tampoco su grado. No le voy a preguntar por qué me ha dado ese nombre, ya que me lo imagino, ni qué sabe acerca de él, porque supongo que es muy poco, en el fondo es como una leyenda urbana, corren muchas historias acerca de él, pero todas en voz baja, e incluso hay quienes dicen que es un mito, que el subinspector Pareja nunca existió, que es un personaje de ficción, como los de las novelas. Pero existió, vaya

que si existió –se sonrió nuevamente mi acompañante al decir esto último–, yo lo conocí. Antes le he dicho que tengo que explicarle unas cuantas cosas, pero aún no le he dicho mi nombre, lo cual constituye una imperdonable descortesía que quiero rectificar en este momento. Como decía Sean Connery cuando estaba al servicio de Su Graciosa Majestad, mi nombre es Ortigosa, Valentín Ortigosa.

–¿Valentín Ortigosa? –repetí como un papagayo–. ¿Valentín Ortigosa? ¿El Valentín Ortigosa que era compañero del inspector Ernesto Villalpando en los años 1984 y 1985?

–El mismo. Entonces era un humilde subinspector agregado al grupo antidrogas de la Jefatura de Bilbao, que dirigía, efectivamente, el inspector Ernesto Villalpando, un gran hombre y un gran amigo. Durante dos años trabajé codo con codo junto a él, hasta que fue asesinado. Aunque oficialmente era su subordinado jamás me trató como a tal, no era su estilo, éramos compañeros y, sobre todo, amigos. Además, pese a que en Euskadi eran tiempos difíciles, muy difíciles, compartíamos la ilusión por hacer un buen trabajo y contribuir, de ese modo, al progreso de nuestro país. En fin, ya se sabe, los jóvenes, y nosotros entonces lo éramos, suelen ser muy ingenuos. Dígame, amigo Goiko, ¿qué es lo que sabe acerca de la muerte de Villalpando?

–Que falleció en un atentado terrorista perpetrado por ETA.

–No me toque los cojones, Goiko, cuénteme lo que usted ha averiguado, no la verdad oficial.

–Creo que no le mató Koldo Ferreira, como dijeron la policía y los magistrados de la Audiencia Nacional, pero sí que le mató un miembro de ETA.

Valentín Ortigosa asintió con la cabeza antes de reclamarme que le dijera el nombre del asesino.

–Porque seguramente usted ya sabe quién mató a Villalpando.

Ortigosa estaba tranquilo, sonriente, como el profesor que está examinando a un alumno del que espera mucho, aunque no está seguro de si ha estudiado lo suficiente. Pues bien, yo sí había estudiado lo suficiente, y pese a que aún no controlaba la situación, lo que me tenía bastante desconcertado, le proporcioné el nombre que me pedía.

–Irizar. Markel Irizar, el asesor del Gobierno Vasco que ha sido asesinado hace unos días –añadí de manera innecesaria, era obvio que Ortigosa tenía que conocer perfectamente ese detalle. Y luego, como si reivindicara que desde el primer momento había tenido razón, añadí–: Y que en esos momentos militaba en ETA, o sea que, como le he dicho hace un rato, Villalpando falleció en un atentado terrorista perpetrado por ETA.

–En eso se equivoca, amigo Goiko. A Villalpando le mató Irizar, es cierto, pero no en cumplimiento de las órdenes de la organización terrorista, sino en cumplimiento de las órdenes que previamente había recibido por parte de Antonio Pareja, del subinspector Pareja.

La expresión de desconcierto que apareció en mi rostro debió ser bastante cómica,

porque Ortigosa no pudo, o quizás no quiso, evitar que a su boca aflorara una fuerte carcajada.

–Discúlpeme, amigo Goiko, ya sé que he sido descortés al reírme de ese modo – me dijo cuando retornó a su estado natural–, pero no he podido evitarlo. Como desagravio, quizás lo mejor será que empiece a contarle toda la historia desde el principio.

–Sí, seguramente será lo mejor –empezaba a cabrearme, aunque no tanto como para olvidarme de los cuatro gorilas que nos estaban vigilando y que, en caso de haber una trifulca, tenía claro que no se iban a poner de mi parte.

–Antes le he confesado mi nombre –hizo como si no hubiera observado mi mal humor y me habla–, pero no mi rango ni mi cargo. Soy comisario del Cuerpo Nacional de Policía aunque en estos momentos estoy adscrito, el cargo que ostento no importa, a la dirección del CNI, el Centro Nacional de Inteligencia.

–Pensaba que el CNI se nutría exclusivamente de militares.

–Hay militares, por supuesto, pero también policías e incluso personal contratado directamente de acuerdo a los principios constitucionales, ya sabe, eso de igualdad, mérito y capacidad. Podría decirse que estoy en una especie de comisión de servicios, pero de todos modos eso no añade nada al tema que nos atañe, así que lo mejor será que me ciña a él.

»Como usted ha dicho hace un rato, treinta años atrás yo era un subinspector destinado en Bilbao y trabajaba junto al inspector Villalpando en el grupo antidrogas de la Jefatura de Bilbao. Yo era un policía atípico, incluso durante un tiempo fui considerado un bicho raro por mi familia que, en general, aborrecía a la policía y lo que significaba. Le digo esto porque mis padres y mis abuelos eran republicanos, gente de izquierdas, de las que perdieron la guerra y posteriormente fueron represaliados durante los años de paz. Ya sé que estas batallitas no le interesan a nadie hoy en día, pero debe tener en cuenta que cuando yo ingresé en la policía no hacía ni diez años que había muerto Franco y eran tiempos en los que aún se vivía la política como si todavía se estuviera luchando contra la dictadura. De hecho yo ingresé en el cuerpo un año después de que el teniente coronel Tejero diera su frustrado golpe de estado, porque estaba convencido de que unos tiempos nuevos requerían unos policías nuevos, unos policías comprometidos con los nuevos tiempos democráticos, y que desde allí podría aportar a la sociedad mucho más que desde otros lugares. Luego resulta que la realidad no es tan bonita, nos ha pasado a todos, antiguos militantes comunistas han llegado a ministros con Aznar, por ejemplo, pero son cosas inevitables, la gente evoluciona, la vida te va cambiando y poco a poco tus ardores juveniles van languideciendo, aunque en el fondo no me arrepiento de mi decisión, supongo que nací para ser policía.

Como si necesitara recuperar fuerzas tras la parrafada con la que acababa de obsequiarme, dio un nuevo sorbo a su copa, que aún permanecía medio llena. Yo, en cambio, había acabado mi *gin-tonic*. Pensé en pedir otro, al fin y al cabo pagaba el

CNI, o eso esperaba, no creía que Ortigosa fuese a tener el morro de pasarme la cuenta cuando llegara el momento de abonarla, pero prudentemente opté por abstenerme. Aguanto bastante bien el alcohol, pero con dos *gin-tonics* no se tiene la cabeza tan alerta y lúcida como con uno, y aún no sabía, pese a intuirlo, a donde nos iba a llevar aquella conversación.

–Llegué a Bilbao lleno de ilusiones –prosiguió tras limpiarse la boca con una servilleta de papel–, pese a lo conflictivo de la situación en Euskadi y enseguida me entusiasmé con mi trabajo. Tenía un jefe que más que un jefe era un compañero, y la labor que estábamos haciendo era importante, luchar contra quienes envenenaban a la juventud por su propio beneficio. Y la verdad es que al principio conseguimos unos cuantos éxitos, pero todo se torció, de repente, tras varios éxitos, las tornas cambiaron y se empezó a obstaculizar nuestro trabajo, no se nos permitía indagar a fondo ni hacer detenciones y cuando las practicábamos los jueces desbarataban la operación aduciendo formalismos técnicos o archivando directamente, por falta de pruebas, las diligencias incoadas. No recuerdo que ninguna de las detenciones que practicamos en los meses anteriores al asesinato de Ernesto acabara con el detenido siendo llevado a juicio. En fin, son cosas que pasan. ¿No cree? O quizás usted tenga una teoría al respecto, amigo Goiko.

–No, ninguna –le dije impasible. Al menos intenté aparentar impasibilidad.

–No me decepcione, señor Goikoetxea, claro que tiene usted una teoría. Y no me duele tanto la negativa a explicármela como la desconfianza que demuestra con su actitud. Le he prometido antes que tanto usted como su amigo no tienen que temer nada, así que, como ya le he dicho, me duele profundamente su actitud –no tenía aspecto de estar dolido, pero preferí no comentárselo–. Veo que tendré que seguir en el uso de la palabra –lo dijo como si lo lamentara, cuando estaba claro que disfrutaba hablando tanto como Fidel Castro en un congreso del Partido Comunista de Cuba, o incluso más, en el dudoso caso de ser eso posible– así que le recordaré, aunque seguramente no se le ha olvidado, que en aquella época surgió una «leyenda urbana» según la cual el tráfico de drogas estaba protegido por la propia policía, para así desactivar a los jóvenes que apoyaban a ETA y las fuerzas abertzales, sobre todo en las zonas en las que eran mayoritarios o tenían mucha presencia. De ese modo se impedía que se organizaran en contra de los deseos del estado y de los dirigentes de la lucha antiterrorista. Como ya le he dicho es una «leyenda urbana», como dijo un expresidente del gobierno hablando de la guerra sucia, nunca ha habido pruebas y nunca las habrá, y si no hay pruebas, está claro que eso nunca ha ocurrido. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Goikoetxea?

Me encogí de hombros. A estas alturas del partido ya todo daba lo mismo, remover ese pasado seguramente no tenía sentido en estos momentos, lo único que me interesaba era saber qué tenía que ver esa historia con todo lo que había sucedido desde que Koldo Ferreira salió en libertad, y así se lo dije, intentando que mis palabras no parecieran excesivamente agresivas o descorteses.

–Todo a su debido tiempo, amigo Goiko, todo a su debido tiempo. Acepto que no quiera mojarse, aunque me duele su desconfianza en mi palabra, como ya le he dicho, pero al menos sí me dirá si ha observado alguna conexión especial entre Koldo Ferreira y Ernesto Villalpando, independientemente del atentado frustrado que el primero cometió contra el segundo.

Estaba claro de qué me estaba hablando Ortigosa y accedí a sus deseos, entre otras cosas porque lo que le iba a decir no era nada nuevo para él. Estudiando los papeles que me envió Manuel Rojas y cotejándolos con el resto de la información de que disponía, me había dado cuenta de que había una clara pauta entre las operaciones fallidas dirigidas por Villalpando y los atentados cometidos por Ferreira. Cuando uno de los detenidos por el inspector quedaba en libertad sin cargos, pocas semanas o meses después caía víctima de un atentado ejecutado por Ferreira. Así se lo dije y conseguí que me obsequiara con un cabeceo en señal de asentimiento.

–Veo que no solo es inteligente, señor Goikoetxea, sino que ha hecho bien sus deberes. Y ahora, la pregunta del millón: ¿qué ha deducido de esa conexión tan brillantemente descubierta?

–Que entre ellos había una relación personal y que Ferreira acababa el trabajo que, por el motivo que fuese, no había podido culminar el inspector Villalpando.

Ya está, ya lo había dicho, y con ello acababa de ponerme en manos de ese extraño agente del CNI, pero supongo que no tenía otra opción. Estaba en sus manos y solo me quedaba confiar en que, efectivamente, fuese un hombre de palabra y cumplierse lo prometido. El problema estribaba en que no podía fiarme al ciento por ciento y, de momento, no disponía de ningún plan B.

–En eso se equivoca, señor Goikoetxea, pero es un error bastante comprensible –ahora su semblante era serio, excesivamente serio–. No era el inspector Villalpando quien le indicaba a Ferreira cuál debía ser su próximo objetivo. Era el subinspector Ortigosa quien se lo indicaba. Era yo.

Cuando entre dos personas se crea un desasosegante momento de silencio se suele decir que ha pasado un ángel, pero en esos momentos lo que yo sentía era que había pasado un demonio o, mejor, un ejército de demonios. Un alto cargo del CNI acababa de informarme, mientras se tomaba plácidamente una copa de cardhu, que había sido cómplice de un miembro de ETA en una serie de asesinatos, y yo estaba en sus manos. ¿Me fiaba de él, que además no tenía ninguna obligación de confesarse conmigo? Sí, me fiaba de él, pero porque no me quedaban más cojones, la opción contraria, aún pareciendo más realista, era mucho más jodida.

–Ya le he dicho que en aquella época yo era un joven idealista que procedía de una familia de perdedores, republicanos e izquierdistas que habían sufrido en sus carnes la represión del régimen del general Franco. Por eso, aunque no aprobaba el terrorismo, creí que dada la situación podía manejar el asunto a mi manera para conseguir hacer justicia. Me equivoqué, pero para cuando me di cuenta de eso ya era tarde para rectificar. En cierto modo soy el responsable de la muerte de Villalpando,

ya que me hice pasar por él. Ferreira creyó siempre que era con él con quien estaba en contacto. Cuando le perdonó la vida en su primer atentado le dijo «que le debía una», el propio Villalpando me lo contó, y me aproveché de eso para que el etarra confiara en mí, en la creencia de que se trataba del propio Villalpando. Es cierto que intenté minimizar los posibles daños y perjuicios contra mi jefe, al que apreciaba de verdad y con el que me sentía muy unido, haciendo que mis comunicaciones con Ferreira se produjeran en momentos y situaciones en los que estaba claro que Ernesto Villalpando no había podido ser su interlocutor, pero se ve que por desidia de quienes decretaron su muerte o por pura mala suerte, esa estratagema no funcionó. Durante un tiempo, por supuesto, me sentí responsable de su muerte, ¿quién no se hubiese sentido así?, aunque en realidad sabía perfectamente que ese no fue el motivo de que le asesinaran o, al menos, no el más importante.

»El auténtico motivo fue que metió las narices donde no debía. O mejor dicho, las metió donde debía, pero eso no gustó a ciertas personas a las que sus investigaciones ponían en evidente peligro. Y es que, independientemente de que como ya le he dicho antes, y espero que esté usted de acuerdo conmigo en este aspecto, piense que esa idea tan extendida en ciertos ambientes de que se utilizó la introducción de la droga en el País Vasco como sistema de lucha contra el terrorismo es una leyenda urbana – yo, efectivamente, tenía una opinión al respecto, pero como en lo que sí estaba de acuerdo con Ortigosa es en que no había pruebas ni las habría en el futuro, opté por darle en silencio la razón, no por cobardía sino por puro pragmatismo–, lo que sí es cierto es que algunos policías usaron su puesto para enriquecerse colaborando con las mafias que introducían ese veneno aprovechándose de que, debido al trabajo que hacían, eran intocables y nadie les pedía cuentas de nada. Uno de esos policías descarriados era Antonio Pareja. Villalpando lo descubrió y por eso le asesinaron, para evitar que destapara el asunto.

–¿Y qué tenían que ver en esa trama Koldo Ferreira y Markel Irizar?

–Irizar era un confidente de Pareja, que este utilizaba a su conveniencia. Creo que no lo fue desde un principio, pero en algún momento, no sé cuándo, debieron descubrir que tenían intereses comunes. Por lo que he sabido más tarde, cuando a raíz de mi traslado al CNI, aunque entonces se llamaba CESID, Centro Superior de Información de la Defensa, como usted seguramente ya sabe, tuve acceso a cierta información, Markel Irizar odiaba a Ferreira, y como este, además, era el máximo impulsor de los atentados contra los narcotraficantes a los que Pareja protegía, la conexión entre policía venal y etarra traidor era tan solo cuestión de tiempo.

Pese a la sorpresa inicial, toda la historia parecía coherente. Con un agente del CNI no puede uno fiarse del todo, pero me daba la impresión de que Ortigosa era sincero, quizás no por deferencia a mí sino por nostalgia del policía idealista que fue en su juventud, en el caso de que eso no fuese una mentira, por supuesto, pero por el modo de entonar cuando me lo contaba creo que, al menos en lo que a eso respecta, me había dicho la verdad. Aún así, y ya que estábamos conversando sin censura

previa, decidí preguntarle lo que de verdad me interesaba.

–Todo eso está muy bien, pero ¿por qué treinta años después resurge todo el asunto, justo cuando Ferreira va a salir de la cárcel? ¿Y qué cojones pinta Eneko Goirizelaia en ese tinglado?

Por primera vez desde que nos habíamos juntado Ortigosa me miró con cierta condescendencia, como si pensara que no estaba a su altura y le diera pereza tener que explicar algo que seguramente en su opinión estaba totalmente diáfano, pero que yo no había tenido la clarividencia necesaria para entenderlo.

–Como seguramente usted sabrá, Ferreira sufrió varios intentos de asesinato mientras estaba en la cárcel. Le salvaron las medidas de protección que tomó por su cuenta y con la ayuda de otros presos de ETA y también las propias que habilitaron los directores de las prisiones en las que estuvo encerrado, ya que tratándose de presos condenados por terrorismo no querían complicaciones. Y seguramente también sabrá que de repente cesaron esos intentos de asesinato y le dejaron en paz durante muchos años. Exactamente hasta que salió en libertad y fue asesinado.

–Sí, estoy al tanto de esas circunstancias –respondí al comprobar, tanto por la mirada de Ortigosa como porque había dejado de hablar, que esperaba una confirmación por mi parte.

–Y seguramente se habrá preguntado por el motivo de que de repente cesaran esos intentos.

–Sí, claro, por supuesto que me lo he preguntado –estuve tentado de añadir «yo estoy esperando a que me lo cuentes, mamonazo», pero afortunadamente un resquicio de sentido común hizo que me reprimiera a tiempo y en su lugar le pedí humildemente que me lo explicara.

–Como ya le he dicho, Villalpando consiguió pruebas acerca de las actividades extrapoliciales de Pareja, pero no le dio tiempo a utilizarlas porque fue asesinado antes de hacerlo. Parte de esas pruebas llegaron a Ferreira a través de mí, lo que me colocaba en una posición muy inestable, por lo que tuve que maniobrar para evitar consecuencias indeseables. Y ahí entra, sin ella saberlo, la viuda de Villalpando. Desde la sombra conseguí que se estableciera un extraño equilibrio, Ferreira no diría nada siempre que ni él ni la viuda sufrieran represalias, y al mismo tiempo amenazó a Pareja con destapar todo el asunto si intentaban asesinarles de nuevo. Se corrió el rumor de que si a la viuda le ocurría algo, en algún lugar se harían públicos los documentos que le incriminaban. Dicho así parece un truco burdo e infantil, viejo como el mundo, pero si se sabe tocar las teclas adecuadas, y yo supe tocarlas, al objeto de la amenaza no le queda más remedio que tomársela en serio.

»Lo que le estoy contando ocurrió hace treinta años y prácticamente todo estaba olvidado, hasta que a María, la viuda de Ernesto Villalpando, le detectaron un cáncer en fase terminal. Cuando vivía su marido nos habíamos conocido y llegamos a forjar unos sinceros lazos de amistad, así que continué viéndola y visitándola siempre que pude y, con el tiempo le conté, porque tenía derecho a saberlo, parte de la historia. Le

costó asimilarla al principio, pero era una mujer valiente y enseguida se hizo cargo de la situación. Y aunque, por supuesto, no comulgaba ni con las ideas ni con las acciones de Ferreira, el que en una ocasión se hubiese negado a asesinar a su marido y que solo atentara contra delincuentes hizo que, desde la distancia, ya que nunca llegó a conocerle en persona, le cogiera cierta simpatía. Por eso, cuando supo que iba a morir, decidió dejarle libertad para que utilizara las pruebas que tenía contra Pareja si le apetecía hacerlo. Lo malo es que Pareja de algún modo se enteró, o lo intuyó, y ocurrió lo que ocurrió.

–Me parece una historia muy rebuscada.

–Sí, lo admito, pero totalmente cierta, a estas alturas de nuestra conversación no tendría ningún sentido que le mintiera, y si hubiese querido hacerlo tengo a mi disposición una serie de excelentes «guionistas» que habrían sabido pergeñar una historia alternativa totalmente válida y sin fisuras, así que lo que le estoy diciendo es la verdad, por extraña que parezca. Tiene que tener en cuenta que aquellos eran tiempos convulsos y los equilibrios que había que hacer para salir adelante en ocasiones eran incluso mucho más difíciles e inestables.

–De acuerdo, le creo –dije con talante conciliador–, pero sigo sin ver qué pintan en esta historia Eladio Marchante y Eneko Goirizelaia. Si no recuerda mal, en el domicilio de la cuñada de Villalpando me dijo que me iba a explicar por qué la viuda se puso en contacto con el confidente de mi excompañero.

–Y lo voy a hacer, se está haciendo tarde –miró su reloj– y el avión de Nueva York aterrizará de un momento a otro. Me imagino que estará ansioso por decirle a su amigo que está fuera de peligro, así que procuraré ser lo más breve posible. Como usted seguramente también sabe, Eladio era hijo de una amiga de la infancia de María. El que se torciera y se dedicara a pequeños robos y trapicheos, sería injusto calificarle como un auténtico enemigo público, no hizo mella en el cariño que tenía por quien, a falta de haberlos tenido propios, consideraba si no un hijo, sí un sobrino, aunque ese cariño nunca la cegó y siempre supo a qué se dedicaba. Por eso, cuando tras ser condenado por su último delito, fue internado en el mismo centro penitenciario en el que estaba pasando sus últimos meses de condena Koldo Ferreira, creyó que era una buena idea utilizarle de contacto para comunicarse con el etarra y liberarle de su promesa de guardar silencio, ya que le quedaban muy pocas semanas de vida. De hecho falleció antes de que Ferreira saliera en libertad y fuera asesinado.

»Lo de su excompañero es algo más sencillo. Ferreira, al estar a punto de salir libre y destapar el escándalo, quería contar con la ayuda de un policía. Me imagino que, pese a lo que ha cambiado el país en estos últimos treinta años, no se fiaba de la policía española y por eso pensó que un *ertzaina*, pese a que despectivamente sus compañeros les califican como “zipaios”, seguramente sería más de fiar. Eladio Marchante era confidente de su excompañero y le proporcionó su nombre, asegurándole que se trataba una persona en la que se podía confiar, por eso estaba esperándole el día que salió de la cárcel. Y por eso es totalmente cierto que su amigo

no recuerda nada, salvo que Ferreira le había pedido que fuera a reunirse con él, porque no tiene nada más que recordar.

Sí, tenía sentido, y así se lo dije a Ortigosa. Pero aún quedaban varios cabos sueltos, como la historia del VAT, o mejor dicho de Alberto Mellado, y los asesinatos cometidos por él y también dónde se encontraba en estos momentos Eladio Marchante.

–En lo que afecta a Eladio, comprenderá que no se lo diga, espero que lo entienda, yo también tengo derecho a ser suspicaz de vez en cuando –me lo dijo muy en serio, pero inmediatamente lanzó una sonora carcajada, al parecer Valentín Ortigosa tenía un curioso sentido del humor–. No, no se trata de eso, por supuesto, me fío de usted, pero hay cosas que no puedo ni debo contarle. Aunque quizás no se lo merezca, va a tener una segunda oportunidad, supongo que se lo debo a María, y también a Ernesto. Tengo que reconocer que he estado muy torpe en este asunto, y para cuando me di cuenta ya habían muerto Ferreira y el abogado de Santander y su amigo había sufrido un atentado.

–Se olvida nuevamente de mis vecinas y de un buen agente de la Ertzaintza, por no citar a Markel Irizar. ¿Qué tienen que ver esas muertes con toda esta historia?

–No, no me olvido, y lamento también esas muertes, aunque en el caso de Irizar bastante menos, para qué negarlo, y en cuanto a qué tienen que ver, supongo que usted ya se lo habrá imaginado. Alberto Mellado era un pobre imbécil cuyo padre fue asesinado por ETA, concretamente por Koldo Ferreira. A su trauma infantil por esa muerte unía una imbecilidad congénita, cualidades ambas que Pareja supo aprovechar en su propio beneficio. En realidad el objetivo del asesinato que se produjo en el portal de su domicilio era usted, pero eso ya lo sabe sin lugar a dudas, en los últimos días se había convertido, con su investigación, en una auténtica mosca cojonera, y a Pareja no le gustan las moscas cojoneras. En cuanto a Irizar, era un cabo suelto, y los cabos sueltos le gustaban aún menos que las moscas cojoneras.

Todo parecía encajar, pero había una pregunta que me quemaba los labios y tenía que hacerla, aunque sabía que no era prudente.

–¿Cuántas de esas muertes se podrían haber evitado?

La mirada que me dirigió Ortigosa, preñada de tristeza, me pareció sincera, aunque quizás me la enviaba el Ortigosa de hacía treinta años, no el que hoy en día era un alto mando del CNI.

–Quién sabe, quizás todas si hubiese estado alerta desde el principio o María hubiese confiado más en mí. Para cuando empecé a atar cabos la situación ya se había salido de madre y tuve que poner remedio del modo más drástico posible, cortando por lo sano.

Entendí a qué se refería y señalé la carpeta en la que estaban las fotografías de los cadáveres de Pareja y sus secuaces búlgaros.

–¿Y estas muertes? Si caen en manos de un juez de esos concienzudos y persistentes, pueden ser difíciles de explicar.

–¿Un juez? ¿Qué juez? ¿Acaso ha tenido usted, amigo Goiko, noticia de estas muertes hasta que yo le he enseñado las fotografías? No, ¿verdad? Y mire que cinco muertos constituyen una noticia muy jugosa a la que todos los medios de comunicación intentarían exprimir al máximo. Sé que lo que voy a decirle puede acrecentar la falsa leyenda de que los servicios de inteligencia son incontrolables y campan por sus respetos, lo que no es cierto ya que estamos sujetos a un estricto control parlamentario, pero bueno, en este caso sí que se puede decir que hemos tenido que usar una serie de técnicas o habilidades, por decirlo de algún modo, gracias a las cuales la única persona que se ha enterado de que hay cinco delincuentes peligrosos menos en nuestro país, aparte de un selecto círculo de elegidos, es usted, y espero que el círculo nunca se amplíe.

Sus últimas palabras eran una amenaza nada disimulada, pero pese a ello, o quizás por ello, le dije que no se preocupara, que mis labios estaban sellados. Sabía que con esa gente no podía andarme con bromas, aunque aún no las tenía todas conmigo.

–¿Por qué me ha contado todo esto?

–Porque de algún modo había que pararlo. Mire, señor Goikoetxea, le voy a ser sincero, durante un tiempo barajé la posibilidad de que usted fuera una fotografía más en esta carpeta –volvió a abrirla, para que viera de nuevo los rostros sin vida de Antonio Pareja y los búlgaros–, pero en el fondo usted estaba haciendo lo que tenía que haber hecho yo, no ahora sino hacía treinta años y, por otra parte, ni Ernesto Villalpando ni María, su mujer, lo hubiesen aprobado. Además, el problema de fondo está solucionado y sé que usted es lo suficientemente inteligente como para no irse de la lengua e incluso olvidarse de todo. Así que puede pensar lo que quiera, que se ha salvado porque un viejo y endurecido policía ha recuperado unos atisbos de conciencia, porque dos muertos a los que ese viejo y endurecido policía siempre ha llevado en su corazón han intercedido por usted o, más razonablemente, por puro pragmatismo, porque quienes pueden decidir sobre estos asuntos han pensado que ya era hora de acabar con esta sangría. Puede pensar lo que quiera, pensar es libre, pero debe guardárselo para usted, ¿lo entiende? Ni siquiera puede decírselo a su amigo Eneko Goirizelaia. Estoy seguro de que si le dice que está fuera de peligro le creerá, como también estoy seguro de que le pedirá explicaciones y de que usted no se las dará. ¿Me equivoco?

No, no se equivocaba y así se lo dije.

–Me alegro mucho, señor Goikoetxea, de verdad. Y ahora creo que ha llegado el momento de despedirnos. Me gustaría decir, como en el final de «Casablanca», ¡qué gran película!, eso de «esto es el inicio de una gran amistad», pero no lo diré porque nuestra hipotética amistad acaba aquí, en el mismo lugar en que ha empezado. No creo que nos veamos nunca más, pero si por alguna trampa del destino coincidimos en algún lugar, haremos como si jamás nos hubiésemos conocido.

Poniendo en práctica sus palabras, se levantó de la silla y junto a sus

guardaespaldas se alejó de mí, sin estrecharme la mano ni despedirse. ¿Hasta dónde podía confiar en su palabra? La pregunta que me había estado torturando durante toda nuestra conversación ya no tenía sentido, pese a mis iniciales recelos sabía que Ortigosa no me había mentado. Entre otras cosas porque no tenía necesidad de hacerlo, saltaba a la vista que en cualquier momento podría haberme hecho desaparecer como había hecho con Pareja y los búlgaros. El asunto estaba zanjado aunque yo había quedado como un idiota, como el niño que se mete en una pelea contra otros niños mucho más grandes y fuertes que él y al final tiene que ser rescatado por un adulto de esos que se pasan todo el puto día en el gimnasio. Menudo detective de los cojones estaba hecho, pensé compadeciéndome de mí mismo, mientras me dirigía al aparcamiento en el que había dejado el coche, aunque si lo miraba con frialdad, era lo mejor que podría haberme pasado, un francotirador, por buena puntería que tenga, jamás puede vencer a un ejército bien pertrechado.

Comprobé la hora en el salpicadero del coche y vi que Ortigosa tenía razón, Eneko y su familia seguramente acababan de instalarse en el hotel, así que les llamé. Como había vaticinado el hombre del CNI mi amigo me creyó y se enfurruñó cuando le dije que no podía darle explicaciones. Isabel, en cambio, no me pidió explicaciones, se limitó a darme las gracias mientras estallaba en un prolongado llanto. Cuando su marido estuvo en peligro mantuvo el tipo, pero ahora que sabía que estaba todo bien no pudo aguantar más y se desahogó con ganas. No se lo reproché, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Por último se pusieron las niñas, para las que aquello eran unas inesperadas y felices vacaciones.

–Tío –me dijo la más pequeña de las dos, yo no tenía sobrinos propios pero ellas me llamaban siempre tío–, mañana vamos a ir al puente de Brooklyn, ese que sale en las pelis, y al Central Park, y a..., bueno, a muchos sitios, a la Zona Cero también, por ejemplo, mira que son tontos esos americanos, ¿cómo pueden poner el cero a un lugar? Las calles siempre empiezan por el número uno, ¿no? En Bilbao, por lo menos, es así, eso me ha dicho mi aita^[19].

La Zona Cero, pensé mientras apagaba el móvil. Otra muestra más de la barbarie humana. A veces me entraban severas dudas acerca de si de verdad había sido un buen día aquel en el que un mono se puso a andar a dos patas y empezó a usar herramientas. Seguro que la primera que inventó aquel cabrón fue un arma con la que aplastarle el cráneo a otro mono que se lo estaba montando con su hembra o le había pisado un callo.

Debería estar contento, Eneko y yo estábamos fuera de peligro y no iba a haber más muertes, pero esa sensación de que éramos simple peones prescindibles en un inmenso tablero de ajedrez no se me iba de la cabeza. Incumpliendo las normas de tráfico, y pese a que conducía a ciento veinte kilómetros por hora por la autopista cogí de nuevo el móvil y llamé a Lola. Tuve suerte, su marido estaba en un congreso y en un par de horas podríamos vernos.

En este desquiciado mundo en el que nos había tocado vivir y que entre todos

estábamos jodiendo, parecía que todo se reducía al famoso binomio de las películas equis, sexo y violencia, violencia y sexo. Pues bien, yo ya había tenido dosis de violencia suficientes como para dar y regalar, así que me merecía un poco de sexo. Pensando en eso último y en Lola sonreí. Fue la primera vez que lo hice en lo que llevaba de día.



JOSÉ JAVIER ABASOLO (Bilbao, 1957) irrumpió en el mundo literario como ganador del Premio de Novela Alba/Prensa Canaria 1996 con *Lejos de aquel instante*, que fue también candidata al Premio Hammett 1977 de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela policíaca publicada originalmente en español.

Recientemente ha sido designado vocal de la Asociación Española de Escritores Policiacos; ha ejercido de abogado, secretario de Juzgado de Instrucción y jefe de negociado en los Servicios del DNI de Bilbao y en el Gobierno Civil de Bizkaia. Actualmente trabaja para el Gobierno Vasco.

Notas

[1] Nombre del edificio en el que se encuentran las dependencias del Gobierno Vasco en Vitoria-Gasteiz. <<

[2] Txartela, tarjeta identificativa en euskera. <<

[3] Ver «Pájaros sin alas», Editorial Erein, Donostia-San Sebastián, 2010. <<

[4] Saludo típico en euskera cuando los que se saludan hace tiempo que no se ven. <<

[5] Batzoki, sede del Partido Nacionalista Vasco en la que suele haber un restaurante o bar abierto al público sin necesidad de acreditar su afiliación al partido. <<

[6] Ibaigane es el nombre del edificio en el que tiene su sede el Athletic Club de Bilbao, el equipo de fútbol de Bilbao. <<

[7] Ekintza, en euskera acción. Palabra con la que habitualmente se refieren a los atentados de ETA sus autores. <<

[8] Gero, en euskera luego, después. Axular era sacerdote y se trata de un libro de contenido básicamente religioso. <<

[9] Txakurra, literalmente perro en euskera, es la palabra con la que se alude despectivamente a los policías nacionales o guardias civiles destinados en Euskadi.

<<

[10] Lasai, mutil, lasai, en euskera «tranquilo, muchacho, tranquilo». <<

[11] Ekintza, «acción» en euskera. En el lenguaje de ETA, acción armada o atentado.

<<

[12] Biltzar Ttipia, literalmente «Asamblea Pequeña», denominación en la época del Comité Ejecutivo de ETA. <<

[13] Txapeldun, campeón en euskera. <<

[14] El «Agur Jaunak» es una tradicional canción de ceremonia, que se utiliza para mostrar respeto y homenaje a una persona. <<

[15] Hamaiketako, literalmente en euskera «el de las once», almuerzo que suele tomarse a esa hora de la mañana. <<

[16] Gordóniz es el nombre de la calle en la que se ubica la Jefatura Superior de Policía de Bilbao. <<

[17] Talde, literalmente «grupo» en euskera, palabra con la que se designa a los comandos de ETA. <<

[18] En Euskal Herria queremos / hablar y jugar en euskara / trabajar y vivir en euskara / y vamos a eso, / ya es hora de que alguna vez / ganemos o perdamos esta lucha. <<

[19] Aita, padre en euskera. <<